

Carmen Enríquez

CARMEN POLO SEÑORA DE EL PARDO

Amor,
lujo, poder
e influencia:
*historia de la mujer
más poderosa de la
España franquista*



Annotation

Amor, lujo, poder e influencia: historia de la mujer más poderosa de la España franquista. Ha pasado ya el tiempo suficiente como para hacer un retrato de doña Carmen Polo desde la perspectiva y el desapasionamiento que otorgan el paso de los años. Una mujer que ejerció una gran influencia en la vida pública española durante los cuarenta años de poder absoluto de su marido, el general Franco, del que quedó prendada cuando ella era una joven de la alta burguesía asturiana y él un joven comandante que fue ascendiendo en la carrera militar gracias a sus hazañas de guerra en Marruecos. El ego de la Señora, trato que exigió desde que se instaló en el Palacio de El Pardo, fue creciendo al mismo ritmo que los ascensos meteóricos de su marido. Ella fue la artífice de la creación de un clan familiar, que se comportaba a imagen y semejanza de una familia real, en torno al cual giraba toda la vida política y social del franquismo, y favoreció la existencia de una camarilla que complacía en todo a la Señora y con la que se dedicaba a satisfacer sus caprichos, como coleccionar joyas y antigüedades que almacenó en las fincas y casas que le regalaron a su marido. Ejerció, especialmente en el declive del régimen franquista, un poder determinante que trató de perpetuar a su familia en el poder. Con ese fin participó en los planes para casar a su nieta mayor, María del Carmen, con Alfonso de Borbón Dampierre, con la esperanza de que su marido le nombrara su sucesor en lugar de al príncipe Juan Carlos. Y ella fue, con un Franco ya en decadencia, la responsable del nombramiento de Arias Navarro como presidente del Gobierno después del asesinato de Carrero Blanco. Cuando se cumplen veinticinco años de su muerte, en febrero de 1988, la figura de doña Carmen, la Collares, cobra fuerza como una mujer que aunque no tuvo papel alguno ni estatus institucional, manejó desde el Palacio de El Pardo muchos de los hilos de la sociología del franquismo.

-
- [Carmen Enríquez](#)
 -
 - [Agradecimientos](#)
 - [1. Adiós a El Pardo, adiós](#)
 - [El hogar de los Franco](#)

- [El desfile de camiones en El Pardo](#)
- [La partida](#)
- [La llegada a Hermanos Bécquer](#)
- [2. El romance entre la señorita de provincias y el comandante](#)
- [La primogénita de la familia Polo](#)
- [De balcón a balcón](#)
- [La visita a Ferrol](#)
- [La petición de mano](#)
- [La boda se celebra por fin](#)
- [Los Franco, en palacio](#)
- [3. Doña Carmen inicia su carrera ascendente](#)
- [La llegada al mundo de Carmencita](#)
- [La corte de Zaragoza](#)
- [El odio a la República](#)
- [La muerte de Pilar Bahamonde](#)
- [El triunfo del Frente Popular](#)
- [La huida al extranjero de Carmen y su hija](#)
- [Carmen, primera dama de España](#)
- [4. La Señora de El Pardo](#)
- [La instalación en El Pardo](#)
- [Historia del palacio](#)
- [La guerra mundial lo complica todo](#)
- [La muerte del padre de Franco](#)
- [El aislamiento del régimen. Surgen voces críticas](#)
- [El pretendiente al trono reclama sus derechos](#)
- [La puesta de largo de Carmencita](#)
- [Un gesto caritativo con los pobres](#)
- [La visita de Eva Perón](#)
- [El Valle de los Caídos](#)
- [5. Una semblanza de la Señora](#)
- [Una visión en positivo](#)
- [La afición a las joyas](#)
- [La afición a las antigüedades](#)
- [Una señora de misa diaria](#)
- [Las obras de caridad y beneficencia de la Señora](#)
- [El brazo incorrupto de santa Teresa](#)
- [6. Los Polo y los Franco en la vida de la Señora](#)

- [Ascensión y caída del «cuñadísimo»](#)
- [La relación con los Franco: Nicolás, Pilar y Ramón](#)
- [. La incontinencia verbal de doña Pilar Franco](#)
- [7. La boda de la «ninísima»](#)
- [Un título de origen aragonés](#)
- [Una ceremonia suntuosa](#)
- [El «yernísimo»](#)
- [Los nietos de Franco y doña Carmen](#)
- [Los nietísimos](#)
- [8. Los veraneos en el Pazo de Meirás](#)
- [Historia del pazo y su cesión a los Franco](#)
- [Los días de ocio en Meirás](#)
- [El pazo, escenario de hechos importantes](#)
- [La decadencia del Pazo de Meirás](#)
- [El pazo, hoy](#)
- [9. Las cacerías del franquismo](#)
- [Las Navidades en Arroyovil](#)
- [Las fiestas flamencas de Arroyovil](#)
- [Incidentes y anécdotas de las cacerías](#)
- [Accidentes de caza](#)
- [El perdigonazo de Fraga a Carmen Franco](#)
- [Facilidades que se daban a Franco](#)
- [10. Los Franco y los Borbón: una relación complicada](#)
- [Cuando los príncipes «no eran nadie»](#)
- [Los cinco pretendientes al trono](#)
- [La proclamación del sucesor](#)
- [La operación nietísima](#)
- [La boda de Alfonso y María del Carmen](#)
- [11. Decadencia del franquismo. La muerte del dictador](#)
- [Matesa, el Proceso de Burgos y el Opus en el poder](#)
- [Los celos de la Señora de los príncipes](#)
- [Carrero, presidente del Gobierno](#)
- [El asesinato de Carrero](#)
- [El nombramiento de Arias Navarro](#)
- [La era Arias](#)
- [La muerte del dictador](#)
- [Los funerales de Franco. Entierro en el Valle de los Caídos](#)

- [La hora de la muerte de Franco](#)
 - [El comunicado oficial](#)
 - [El traslado al Palacio Real](#)
 - [Actividad en el Palacio de La Zarzuela](#)
 - [La jura del rey en las Cortes](#)
 - [La decisión de enterrar a Franco en el Valle de los Caídos](#)
 - [El funeral de Franco y el entierro en el Valle de los Caídos](#)
 - [Epílogo](#)
 - [El intento del marqués de entrar en política](#)
 - [La detención de Carmen Franco](#)
 - [El incendio del Corona de Aragón](#)
 - [Los nietos más discretos ... y los más díscolos y escandalosos](#)
 - [La muerte de la Señora](#)
 - [Bibliografía](#)
-

Carmen Enríquez

Carmen Polo, señora de El Pardo

Carmen Enríquez

Carmen Polo, Señora de El Pardo

Amor, lujo, poder e influencia: historia de la mujer más poderosa de la España franquista

*Para mis amigas Catalina, Magüisa, Laura y Ana,
por el generoso cariño que siempre he recibido de ellas.*

Agradecimientos

Gracias a José Antonio Vaca de Osma, historiador recientemente fallecido, por atenderme amablemente desde el inicio de la elaboración de este libro. Y a su esposa Begoña, por facilitarme contactos de gran utilidad para mi trabajo.

Mi más cálido agradecimiento a Soledad García-Conde y a su hermano Pipo, por recibirme en su casa y contarme algunos detalles de la amistad de su madre con Carmen Polo.

Mi honda gratitud al matrimonio Antonio Oyarzábal y Beatriz Lodge, que confiaron en mí desde el principio y me abrieron las puertas de su casa para ayudarme y darme claves para acceder a otros contactos.

Gracias asimismo a Mayte Spínola, cuya colaboración ha sido fundamental a la hora de elaborar el perfil humano de doña Carmen y que me recibió en su casa con un sentido de la hospitalidad y una confianza encomiables.

Al anterior presidente de Patrimonio Nacional, Nicolás Martínez Fresno, tengo que agradecerle una completísima visita guiada por el Palacio de El Pardo que me permitió conocer todos sus rincones y detalles interesantes sobre la que fue residencia de los Franco.

En tierras de Galicia, dar las gracias a mi amigo y compañero periodista Federico Cocho, que me guio y acompañó en el recorrido y las entrevistas que hice allí; al fotógrafo Alberto Martí, por enseñarme sus tesoros fotográficos; a Paco Vázquez, antiguo alcalde de La Coruña, por darme información inestimable de la ciudad; a Carlos Fernández Santander, autor concienzudo y minucioso al que robé un buen rato de su precioso tiempo para hablar de las estancias de los Franco en Meirás; a los responsables de la memoria histórica, por darme documentos de gran utilidad para escribir este libro; y a Ramón Rodríguez Ares, antiguo alcalde de Sada, que me facilitó el acceso al Pazo de Meirás para visitarlo sin tener que guardar una larga espera.

Y gracias finalmente a fray Anselmo, actual abad del Valle de los Caídos, por aceptar recibirme en la abadía y charlar conmigo acerca del pasado, presente y futuro de aquel lugar.

1. Adiós a El Pardo, adiós

La tarde del último día de enero de 1976 amenazaba lluvia en la localidad madrileña de El Pardo. Un cielo color ceniza, acompañado de ráfagas de viento húmedo y frío, servían de telón de fondo a una escena de gran trascendencia histórica para el futuro de un país, España, que intentaba dar los primeros pasos de una nueva era: los Franco dejaban el Palacio de El Pardo, residencia oficial del recientemente fallecido jefe del Estado y su familia durante treinta y cinco años, diez meses y quince días.

El autoproclamado Caudillo y Generalísimo de todos los Ejércitos, que había detentado un poder omnímodo durante casi cuarenta años, había fallecido dos meses y once días antes de que su viuda, Carmen Polo, conocida por todos como la Señora desde su llegada a El Pardo, abandonara para siempre las instalaciones de un palacio en el que había ejercido todo su poder y capacidad de influencia. Durante apenas setenta días, doña Carmen había hecho un gran esfuerzo para conseguir empaquetar en un tiempo récord todos los bienes que ella había aportado a esa residencia del que fuera jefe del Estado, eso sí, por la gracia de Dios y no por la voluntad expresada por los ciudadanos españoles, nunca consultados en las urnas sobre el liderazgo de Franco.

Ella prefirió que fuera así a pesar de que el rey Juan Carlos le dijo que se tomara todo el tiempo necesario para dismantelar muebles, enseres, pertenencias y objetos que habían ido acomodándose en las amplias habitaciones que habían servido de vivienda a la familia Franco Polo.

Todos los integrantes del personal de servicio del Palacio de El Pardo se pusieron a la tarea de envolver los cuadros, prendas de vestir, uniformes del general, objetos de arte, lámparas, muebles antiguos, documentos y cientos de objetos de gran valor adquiridos por la Señora en tiendas de anticuarios — una de sus aficiones más destacadas—. Todo hecho bajo la batuta de doña Carmen, flamante señora de Meirás por deferencia de Juan Carlos I, apoyada en esa para ella ingrata y penosa tarea por su hija, Carmencita, distinguida con el título de duquesa de Franco, y por su nieta preferida, María del Carmen, aún entonces duquesa de Cádiz por su matrimonio con Alfonso de Borbón Dampierre.

Fueron dos meses y pico de auténtico calvario, para una mujer acostumbrada a estar en primera fila, el llevar a cabo la ingente tarea de embalar toda una vida, dismantelar pieza a pieza su casa, labor que compaginaba con tratar de asumir que todo lo que antes había sido recorrer un camino de rosas se iba a convertir en un caminar por un sendero lleno de espinas. Ella ya sospechaba que iba a llegar pronto el abandono de los hasta hacía nada «incondicionales» de toda la vida, el alejamiento de sus más «fieles» servidores, el rechazo de los que habían ejercido de «leales» cortesanos, el sentir que hasta había quienes se avergonzaban ya de haber sido amigos e íntimos colaboradores de su marido durante años y años. Algunos de ellos ya habían empezado a marcar distancias con los Franco, sabedores de que en la nueva era que se iniciaba no estaría bien visto mantener una connivencia similar a la que habían tenido con ellos en vida del Generalísimo.

La Señora recorría las habitaciones que habían sido escenario de su vida con los ojos velados por las lágrimas de la nostalgia y la melancolía, sentimientos que ya empezaban a dominar su ánimo. No podía evitar romper en llanto abierto cuando reparaba en un pequeño detalle que le llevaba inevitablemente a recordar algún hecho agradable que significaba mucho para ella o para alguien de su familia. Un regalo que habían hecho a Paco, su marido, en la visita a alguna de las provincias españolas que recorrían en loor de multitudes durante los largos e interminables años de la dictadura, con miles de personas enfervorizadas ante el paso del victorioso ganador de la Guerra Civil. Una delicada figura de porcelana que le habían obsequiado a ella, la Generalísima, las autoridades de una ciudad para agradecerle su presencia y a quienes alguien del entorno de El Pardo había puesto en antecedente del gusto de la Señora por los objetos finos y delicados.

¡Cómo había disfrutado todos esos largos años doña Carmen en los aledaños del poder omnímodo de su marido, el todopoderoso Francisco Franco! Y ahora, tener que dejarlo todo, pasar a un plano de discreción y olvido después de tanto elogio, tan incondicionales halagos, tanta gente pendiente del más mínimo gesto suyo para materializar cualquiera de sus deseos, por nimios e insignificantes que fueran. Y además, echaba de menos a su Paco; abría una puerta y aún esperaba encontrarlo sentado en el que era el cuarto de estar, donde le gustaba ver la televisión o leer alguno de los libros a los que era tan aficionado.

Es verdad que los últimos años, desde que la enfermedad de párkinson

hizo presa en su frágil cuerpo, haciendo que su mano izquierda temblara sin control y que su rostro adquiriera el aspecto rígido e hierático característico de los aquejados de ese mal, su marido ya no era el mismo de antes. Sus silencios se habían hecho más profundos y prolongados, apenas hablaba con nadie, era como si desconfiara de todo el mundo que tenía a su alrededor, ella incluida.

No es que antes de ser devastado por el párkinson su Paco fuera una persona extrovertida y dicharachera, su dificultad para comunicarse con los demás venía de lejos y estaba basada, según decía él mismo, en el temor de que sus palabras se malinterpretaran, dieran pábulo a rumores y comentarios, fueran pasto de personas que se dedicaran a torcer la intención con la que habían sido dichas. Por todo ello, se refugió en el silencio, una actitud que sorprendía a todos, propios y extraños, que no sabían cómo interpretar su mutismo. Pero, a pesar de todo, doña Carmen lo echaba de menos muchísimo y, además, había que reconocerlo, gracias a él, ella se había convertido en la «primera dama» de España, una persona admirada y a veces también un poco temida, ya que, aunque no gozaba de poder real, sí tenía una capacidad de influencia enorme, y sus deseos se convertían en órdenes, y todos se peleaban por complacerla para que la esposa del Caudillo estuviera contenta y satisfecha.

Además, Paco había sido su primer y único amor, el hombre por el que apostó cuando todos estaban en contra de aquel oscuro y mediocre militar — el «comandantín»— que la pretendía, que bebía los vientos por ella, que madrugaba cada día en Oviedo para acudir a la primera misa de la mañana en la capilla del convento en el que ella estaba interna para tratar de entreverla o contentarse con intuirlo entre las maderas entrelazadas de la celosía tras la que se situaban las alumnas del centro. Nadie entendía su firme e inquebrantable amor por el militar bajito, poco atractivo y de voz aflautada que se enamoró de ella la primera vez que la vio.

A cada paso que daba por las dependencias del Palacio de El Pardo, llegaban a su memoria los recuerdos de toda una vida compartida con su marido, al que apoyó incondicionalmente en los momentos buenos y en los malos, en los tiempos felices y en los de incertidumbre, como los que pasaron cuando todos los países retiraron sus embajadores de Madrid, después de la Segunda Guerra Mundial, porque el gobierno franquista había formado parte del eje nazi-fascista y no cumplía con los mínimos requisitos democráticos exigibles a un país occidental.

El hogar de los Franco

En los últimos días, doña Carmen había tenido ocasión de recorrer despacio, lentamente, cada una de las estancias del que había sido su hogar y el de su familia durante tantos años. Después de la muerte de su marido y pasadas las primeras semanas de visitas de pésame y condolencia de amigos y familiares, ella no tuvo más remedio que asumir que, con el fallecimiento del Generalísimo, su vida daba un giro de 180 grados. Su etapa como Señora de El Pardo había finalizado, no solo porque debía abandonar en breve el que había sido el centro neurálgico del franquismo, tanto política como familiarmente, sino también porque su «reinado» había llegado irremediabilmente a su fin.

Así que al mismo tiempo que dirigía las operaciones de embalaje y traslado de todos los objetos acumulados durante sus años de estancia en El Pardo, doña Carmen hizo un ejercicio de memoria para evocar lo que había pasado en cada uno de sus salones y habitaciones para grabarlo a fuego en su mente y poder rememorarlos cuando ya lo hubiera abandonado. Recordó su llegada al palacio, un 15 de marzo del año 1940, casi un año después de finalizada la Guerra Civil y posteriormente a que su marido, asesorado por sus colaboradores, decidiera que el antiguo pabellón de caza, construido por los Austrias y ampliado al doble en época de los Borbones, iba a ser la residencia del vencedor de la que, gracias al papa Pío XII, se dio en llamar Santa Cruzada.

Con la llegada a El Pardo, que tanto gustó a doña Carmen por ser uno de los edificios habitado por los distintos monarcas españoles cuando se organizaban monterías en los alrededores, finalizaba una larga etapa errante que comenzó justo la víspera del Alzamiento militar. Los Franco habían vivido durante los cuatro años anteriores en varias residencias de Salamanca, Burgos y Madrid, desplazándose de un lugar a otro conforme iba evolucionando la contienda. El Palacio de El Pardo fue el lugar donde se asentó la familia y también la estructura de la Jefatura del Estado.

Al principio, la grandiosidad de los salones impresionó a los Franco. Ellos habían vivido en lugares más o menos amplios, en función del destino militar que había ocupado el general a lo largo de su carrera, pero el verse en uno de los reales sitios, caracterizado por los hermosos y valiosísimos tapices

que ornamentan sus salas, fue algo que les dejó muy impactados. Contemplar los paños diseñados por Goya, en la estancia decorada íntegramente por el genio aragonés, fue algo que la Señora no había podido imaginar ni en el más ambicioso de sus sueños.

Deambular por los espaciosos patios contruidos de forma simétrica en el ala de los Austrias, la más antigua, y la de los Borbones, la más nueva, mirar los más nimios detalles del antiguo comedor del palacio, con sus paredes cubiertas de tapices alusivos a las distintas regiones españolas, entrar a rezar en la capilla desde el edificio principal a través del pasillo techado que mandó construir Fernando VII para evitar las corrientes de aire frío que bajaban del monte cercano, disfrutar viendo el pequeño teatro en el que se celebraban sesiones de cine y actuaciones los fines de semana para los Franco y su hija Carmencita... Era como si estuviera en una nube, en un mundo que, a pesar de sus aspiraciones juveniles de triunfar en sociedad y ocupar un puesto destacado, superaba todo lo imaginado.

Allí, pensaba doña Carmen en esos últimos días en El Pardo, habían ocurrido hechos muy importantes y de gran valor social y sentimental a su familia. La maravillosa fiesta de puesta de largo de Carmencita, su única hija, celebrada un frío 22 de diciembre de 1944, rodeada de otras nueve jóvenes de la buena sociedad madrileña; la ostentosa boda de Nenuca —nombre con el que la llamaban sus padres y amigos cercanos— con Cristóbal Martínez-Bordiú, marqués de Villaverde; el bautizo de todos y cada uno de sus siete nietos en la capilla; el matrimonio de su nieta preferida María del Carmen con Alfonso de Borbón que casi la convierte en «reina» de España... De los últimos acontecimientos, la enfermedad de su marido, el Generalísimo, la operación a vida o muerte en las dependencias del palacio y el urgente traslado al Hospital de La Paz, doña Carmen prefería pasar página, porque eso pertenecía al fin de una era en la que ella se sintió la dueña y señora de su glorioso destino.

También pasaron por la cabeza de la Señora las reuniones que mantenía con frecuencia con el grupo de sus amigas íntimas, en las que merendaban y jugaban a las cartas —bridge y canasta habitualmente— y en las que comentaban los últimos cotilleos de la vida social madrileña. Pura, marquesa de Huétor de Santillán, mujer del jefe de la Casa Civil del jefe del Estado; Lolina Tartiere, asturiana y amiga de la infancia, con la que mantuvo su estrecha relación a pesar de que tanto ella como su marido, Alfonso García Conde, eran profundamente monárquicos; Emilia Boelo, mujer del

incondicional almirante franquista Pedro —Pedrolo— Nieto Antúnez; y Ramona, la esposa del general Camilo Alonso Vega, eran el núcleo duro de un clan que cada semana celebraba sus reuniones en la casa de una de ellas, de manera que así doña Carmen podía salir de su residencia de El Pardo. También, aunque con menos frecuencia, la Señora invitaba a tomar el té en El Pardo a las mujeres de los ministros de su marido, un acontecimiento social de tal importancia que, si alguna de ellas no recibía el tarjetón de la Generalísima, se podía echar a temblar, porque eso podía querer decir que no contaba con el visto bueno de la todopoderosa mujer de Franco.

Desmontar todo lo que decoró y formó parte de la vida cotidiana de El Pardo se le hizo muy cuesta arriba a la viuda de Franco. Eran tantas las cosas que ella había aportado a las poco acogedoras habitaciones del palacio, llenas de objetos valiosísimos, sí, pero no demasiado confortables para el día a día familiar. Se propuso llevarse todo lo que ella consideraba suyo, faltaría más, no iba a dejar los incontables obsequios recibidos durante los treinta y cinco años que llevaban viviendo allí. Y no se iba a poner a hacer distingos entre lo que habían sido regalos personales y los presentes que ella o su marido recibieron en función del cargo o la posición que detentaban. Al fin y al cabo, los obsequios recibidos se los hacían a ella, a la Señora, con motivo de su cumpleaños o de la celebración del día de su Santo, en el que se recibían tantos ramos de flores en El Pardo que ella, conforme llegaban, los mandaba enviar a sus hermanas, Isabel y Zita, o a sus amigas, Pura Huétor, Lolina Tartier, doña Ramona, o Carmen, la mujer de Carrero Blanco.

Aún recuerda, con una sonrisa mordaz en los labios, aquella vez que Pura, la más íntima de sus amistades, la llamó emocionada después de recibir uno de esos ramos de flores para agradecerle no tanto las orquídeas que lo formaban, sino el broche de brillantes de la Joyería Aldao que estaba escondido dentro del ramo y que doña Carmen no había visto cuando llegó a El Pardo. Tuvo que usar el tono más cortante y firme para pedirle que le devolviera inmediatamente la alhaja, alegando su despiste al mandársela junto con las flores que ella no sabía dónde poner en su residencia, dada la enorme cantidad que recibía cada 16 de julio.

En cualquier caso, reflexionaba la Señora, El Pardo no fue plenamente un hogar familiar hasta que no empezaron a nacer sus nietos. Aunque su hija y su marido, marqueses de Villaverde, tenían su vivienda en el centro de Madrid, los niños pasaban casi más tiempo en El Pardo con sus abuelos, ya que sus padres estaban frecuentemente de viaje. Los fines de semana, los

niños se trasladaban encantados a aquel palacio donde todos les mimaban por el hecho de ser los nietos del Generalísimo, el hombre más incuestionablemente poderoso de España. Tantos caprichos se les daban que, años más tarde, el mayor de ellos, Francisco, al que se cambió el apellido por el de Franco para que se llamara igual que su abuelo, ha confesado que se convirtió en un chico malcriado que creía que tenía bula para materializar todos sus deseos y antojos.

En la capilla del palacio, el obispo de Madrid-Alcalá, monseñor Eijo y Garay, había bautizado a los hijos de los marqueses de Villaverde, asistido por el padre José María Bulart, capellán y confesor de la familia Franco; en el mismo lugar, todos ellos habían recibido la primera comunión, se habían confirmado y, años más tarde, se casaron las dos nietas mayores, María del Carmen y María de la O, Mariola, ambas apadrinadas por su abuelo, el Generalísimo Franco. También la capilla había sido el escenario de la ceremonia de acristianar de los dos hijos de los entonces duques de Cádiz, Fran, muerto prematura y trágicamente en accidente de tráfico cuando volvía de esquiar con su padre, y su hermano Luis Alfonso.

¡Cuántos recuerdos para la señora de Meirás, título que le acababa de conceder el rey Juan Carlos I inmediatamente después de la muerte del dictador, recogiendo por una parte el tratamiento de Señora que la camarilla de Franco pidió a todos que le dispensaran desde su llegada al Palacio de El Pardo, y por otra el nombre de Meirás, del pazo que recibieron en 1937 como regalo, según algunos forzado, y en el que pasaron largas temporadas de descanso todos los veranos!

El desfile de camiones en El Pardo

Según testigos presenciales que vivían cerca del palacio esos últimos días de la Señora en su residencia de los últimos treinta y cinco años, fueron muchos los camiones y furgonetas de mudanza que salieron entonces por los grandes portales de El Pardo. Había que desalojar todas las estancias en las que ellos habían hecho su vida familiar y recoger sus pertenencias personales, que eran muy cuantiosas, pues habían sido cientos de miles de objetos los que habían recibido durante esos años en los que cualquiera que quería obtener un favor se volcaba por mandar a El Pardo el regalo más original, el más valioso, el que pensaban que podía gustar más a Franco o agradar más a doña Carmen.

La práctica totalidad de esos enseres fueron a parar a fincas y propiedades de los Franco, como la de Valdefuentes, próxima a Madrid y comprada por el propio Caudillo, aunque a través de un testaferro, José María Sanchiz, que la puso en explotación agrícola y ganadera, y que visitaba con mucha frecuencia tanto para vigilar su desarrollo como para cazar con amigos y empresarios. Por las tardes, el Caudillo dejaba El Pardo y se iba a recorrer sus posesiones como cualquier otro empresario agropecuario, lleno de orgullo por lo que había levantado allí. Otros objetos fueron a parar a la finca de Canto del Pico, otra extensa propiedad regalada a Franco terminada la Guerra Civil en la localidad madrileña de Torrelozón que, según el exmarido de Mery Martínez-Bordiú, Jimmy Giménez-Arnau, era como un almacén de los horrores, en el que se guardaban bustos de Franco de dudoso gusto y cero valor artístico, guiones y banderas militares entregados al Caudillo de todos los Ejércitos, armaduras antiguas, cuadros del Generalísimo y de su mujer de gran formato, y animales disecados tras ser abatidos en las frecuentes cacerías y monterías a las que asistió a lo largo de los años... En esta ocasión, la finca, en la que se hallaba la imponente Casa del Viento, fue un donativo de José María del Palacio y Abárzuza, conde de las Almenas, al Caudillo en agradecimiento por lo que él consideró la «grandiosa reconquista de España».

También viajaron los vehículos de transporte —camiones del Ejército la mayoría de ellos— a Galicia, al Pazo de Meirás, donde todavía hoy se conservan, en un batiburrillo absurdo y de un gusto horrendo, los restos del naufragio tras la travesía vital de una familia que actuó en muchos casos

como si el país entero fuera el patio de su casa. Hoy en día, en el caserón de Meirás que la familia Franco visita todos los veranos y donde pasa parte de sus vacaciones, se pueden contemplar óleos de gran formato con los retratos del matrimonio Franco, las famosas pinturas que el dictador realizaba en sus ratos de ocio y que están hechas con gran meticulosidad pero con escaso valor artístico, antigüedades de valor, como jarrones de porcelana, junto a ánforas sacadas del fondo del mar, y tapices de los que a doña Carmen le gustaba obtener en sus frecuentes visitas a los más prestigiosos anticuarios.

Al Palacio Cornide, otra propiedad de los Franco a la que doña Carmen le echó el ojo durante la etapa en que su marido fue gobernador militar de La Coruña, también fueron a parar algunos de los muebles y propiedades de los Franco. Situado en la Ciudad Vieja de la capital coruñesa, la también llamada Casa Cornide era sede del Conservatorio de Música que salió a pública subasta en junio de 1962 de forma subrepticia y que el conde de Fenosa, Pedro Barrié de la Maza, amigo personal de Franco, compró por una cifra ridícula por debajo del valor de tasación y escrituró a nombre de doña Carmen Polo. Fue esa mansión, situada frente a la Colegiata de Santa María, la que ocupaba con frecuencia doña Carmen después de la muerte de Franco y después también de que el pazo sufriera serios daños en el transcurso de un incendio que tuvo todas las trazas de ser intencionado.

Y por último, el trayecto más corto que hicieron los camiones de transporte para la mudanza de doña Carmen fue para llevar las pertenencias más personales de la Señora a la que iba a ser la nueva residencia madrileña de la viuda de Franco: la casa de la calle Hermanos Bécquer, en un edificio que se había comprado años atrás, en 1945, por medio de una sociedad que pertenecía al hermano de doña Carmen, Felipe Polo, a un tío del marqués de Villaverde, el poco escrupuloso consejero Pepe Sanchiz, y a Ramón Díez de Rivera, marqués de Huétor, jefe de la Casa Civil de Franco y marido de Pura, la íntima amiga de la Señora. El edificio pasó en 1978 a estar a nombre de doña Carmen, única accionista de la sociedad, y en 1982 se convirtió en propiedad individual de la viuda de Franco.

La recién nombrada señora de Meirás sufrió lo suyo al tener que embalar todo aquello en un plazo tan corto de tiempo. Muchas veces le surgían dudas cuando le preguntaban adónde iba uno u otro mueble, o este o aquel cuadro, el contenido de los armarios abarrotados de modelos que se había ido haciendo para cumplir adecuadamente con los incontables compromisos oficiales en su calidad de primera dama del país. ¡Con lo que a

ella le gustaba ir a la moda, vestir con distinción y también, por supuesto, con decoro, usar aquellos sombreros a juego con bolsos e imprescindibles guantes largos que le hacían salir luego en las revistas de sociedad y ser nombrada como la mujer más elegante! Siempre con su inseparable collar de perlas de varias vueltas, que llevaba cada vez que salía de El Pardo y que le valió el mote que le adjudicó la ciudadanía de «la Collares».

Le gustaban las joyas a la Señora, lo cual es fácil de entender; nadie desprecia unos buenos pendientes de perlas como los que ella llevaba como complemento de su collar, ni una sortija que adornara sus finas y largas manos. Hay quien dice que la afición por el oro y las piedras preciosas fue más allá de lo normal y se convirtió en una obsesión que llenó decenas de cajones de los armarios que forraban las paredes de una de las habitaciones de su última casa madrileña. Y también hay quien asegura que los joyeros de Madrid, La Coruña, San Sebastián e, incluso, los de la vecina Portugal se echaban a temblar cuando aparecía doña Carmen, porque mostraba su entusiasmo por algunas joyas, que los orfebres se veían obligados a rebajarle, o incluso regalarle, pero que les dejaban un agujero considerable. Pero esto último nunca ha podido ser probado, ya que algunos de los dueños de las joyerías, como es el caso de la Casa Aldao o los Pérez Fernández, han manifestado que esa historia formaba parte de la leyenda negra de Carmen Polo, pero que no se correspondía con la realidad.

La partida

El día 31 de enero, la Señora siguió su rutina de siempre, a pesar de que la hora para la partida del palacio se había fijado para las seis de la tarde de aquella fría y desapacible jornada. Temprano, acudió como buena cristiana — un poco beata, según su propio nieto mayor— a la misa que el capellán de la familia decía cada día en la iglesia del palacio. Era una costumbre de la piadosa señora de El Pardo que no había dejado de conservar en los casi treinta y seis años de estancia en su residencia oficial, salvo los veranos, en los que también acudía a misa diaria, pero en la capilla del Pazo de Meirás, aunque el oficiante también era el padre Bulart.

Después de cumplir con ese ritual, doña Carmen dio un último repaso a las habitaciones donde había vivido para constatar que no se había olvidado de nada, que todo lo que ella creía que era suyo se había sacado de allí y estaba ya a buen recaudo. Al mediodía, compartió un frugal almuerzo —ella no había sido nunca de mucho comer— con su hija Carmencita y su nieta María del Carmen, que aún permanecía casada con el duque, a pesar de que la pareja dejaba entrever ya los primeros síntomas de su alejamiento. El personal de servicio, aunque se había prescindido ya de algunos de ellos, se mantenía en su puesto para atender los últimos deseos y las postreras necesidades de la Señora. Ella dejaba salir de su pecho frecuentes suspiros y las lágrimas velaban sus ojos, entristecidos por tener que abandonar aquel lugar. Pero no había más remedio.

Algunos de sus incondicionales todavía afectos le acompañaron en aquellas últimas horas en El Pardo. El entonces alcalde de Madrid, Miguel Ángel García Lomas, fue a despedir a la viuda de Franco. Y los exministros más próximos al Caudillo, José Antonio Girón de Velasco, José Utrera Molina, Gonzalo González de la Mora —ideólogo del régimen, que lo justificaba apoyándose en argumentos de tipo intelectual— estaban allí, junto a ella, en esas horas tan bajas. También, cómo no, mandando y dando órdenes, el inefable Cristóbal Martínez-Bordiú, su yerno, por quien según muchos de los testigos que los rodeaban profesaba ya una profunda antipatía, debida a sus autoritarios modales, a su fama de mujeriego y a su constante actitud de meterse por medio y actuar en nombre de la familia.

Antes de marcharse, doña Carmen se reunió con todos los militares del

regimiento de la Guardia de Franco, oficiales y suboficiales, a los que agradeció su trabajo de tantos años al servicio del Generalísimo y de su familia. Era el cuerpo de total y absoluta confianza, encargado de la seguridad de Franco, formado por personas cuyo historial había sido examinado con lupa antes de entrar en esa élite que custodiaba al jefe Supremo del Ejército español y que le profesaban una obediencia y fidelidad ciegas. Ella se emocionó en la despedida, en la que también estuvieron presentes los jefes de la Casa Militar y Civil del dictador. El último de estos, el todopoderoso Fuertes de Villavicencio, que controlaba cualquier movimiento que se producía en El Pardo, aliado incondicional del matrimonio Franco y cumplidor de los deseos de la Generalísima, temido por su poder y gran factótum de los últimos años del régimen franquista. Fue el momento en que ella se rompió por la emoción de la despedida y les dijo adiós entre sollozos y abierto llanto.

Pasados diez minutos de las seis de la tarde, doña Carmen bajó la escalinata del Palacio de El Pardo sin abandonar ese porte y empaque tan característicos de su figura. De luto riguroso, negro todo de los pies a la cabeza, pero con su sempiterno collar de perlas, tres vueltas en el cuello, pendientes a juego —las perlas son la única joya que se admite en el luto— y el pelo perfectamente peinado. En el rostro, el velo de la tristeza que se apoderó de ella antes incluso de la muerte de su marido, cuando empezó a intuir lo que se le venía y tuvo claro todo lo que iba a perder después de años y años de ser la Señora, la primera dama, la número uno en el escalafón social de España.

Las tres Cármenes subieron al coche que las iba a sacar de El Pardo, en un viaje que para la Señora no tenía retorno. Es el del traslado a su nuevo hogar, el inicio de una nueva etapa de su vida que nada tenía que ver con la anterior; el paso de la luz a la sombra, del protagonismo a una ausencia total de la vida pública, de la presencia permanente ante los focos a la desaparición total en un mutis propio de una actriz de teatro.

En la explanada delantera del palacio, un regimiento de la Guardia de Franco le rindió honores ante el aún ondeante guion del anterior jefe del Estado y en presencia de un pequeño grupo de vecinos de El Pardo, autorizados por doña Carmen a estar allí por tratarse de personas con las que los Franco habían mantenido un cierto contacto. De fondo, la banda del regimiento interpretaba el himno nacional, esos acordes de la Marcha Real que el Generalísimo recuperó durante la Guerra Civil, en febrero del año

1937, para sustituir al himno republicano.

Al llegar la comitiva a la altura de la cancela del palacio, los músicos terminaron con el toque de oración antes de arriar el guion franquista. Y doña Carmen, llorando ya a lágrima viva, según se pudo ver a través de la ventanilla del coche, vivió la posiblemente más sentida demostración de homenaje de los incondicionales de su marido. Una muchedumbre, llegada hasta allí en autobuses, coches particulares y a pie, desde las casas del pequeño pueblo de Mingorrubio y El Pardo, quisieron decir adiós a la Señora, a la compañera de tantos años de su añorado Generalísimo, expresarle su adhesión incondicional, su nostalgia de un régimen que la muerte de Franco había dado por capitulado.

Los gritos de «Franco, Franco» se mezclaban con el canto del Cara al sol y Yo tenía un camarada. Las lágrimas corrían por los rostros de aquellos partidarios de un sistema que la mayoría de los españoles daban ya por concluido. Era el canto final de los que no querían admitir que todo lo relacionado con una familia que fue intocable, cuyo poder se extendió por todas las arterias y venas del cuerpo del Estado, había entrado ya en un declive que nunca se enderezaría, que solo iría más y más hacia abajo.

La llegada a Hermanos Bécquer

La llegada a la nueva casa de la Señora estuvo rodeada también de manifestaciones de adhesión. Diez minutos antes de las siete de la tarde ya estaba la comitiva que acompañaba a doña Carmen ante el portalón del número 8 de la calle Hermanos Bécquer, un edificio señorial de seis plantas ubicado en el límite del barrio de Salamanca con el de Buenavista, en el que iba a ocupar provisionalmente la planta primera hasta el mes de junio, cuando se trasladaría definitivamente a la cuarta. Las casas, con una extensión de 600 metros cuadrados habitables, eran de una espaciosidad considerable, típicas de un barrio en el que se alojaba la clase alta y adinerada madrileña desde principios del siglo xx.

También tenía un comité de recepción doña Carmen en la puerta de su nueva residencia para darle la bienvenida. Los exministros Nieto Antúnez y Castañón de Mena, ambos del círculo íntimo de los Franco, la mujer del alcalde García Lomas y los concejales del distrito de Buenavista estuvieron a pie de calle para saludar a su nueva e ilustre vecina. Ella vislumbró a su llegada algo que le emocionó y le hizo pensar que todavía había mucha gente que la quería: los innumerables ramos de flores depositados junto a la puerta, en la escalinata ubicada dentro del portal, en las inmediaciones de su nueva casa. Desde primera hora de la mañana, según le explicaron después, habían ido llegando decenas de plantas ornamentales, macetas, centros y adornos florales de todos los colores, junto con incontables telegramas y tarjetones de bienvenida de sus amigos más queridos y de sus familiares. Tal era la cantidad de flores que la Señora ordenó al día siguiente que se llevaran a la tumba de su marido, en la basílica del Valle de los Caídos.

De su boca solo salió una palabra: gracias. Eso sí, repetida muchas veces, porque su sentimiento de gratitud era inmenso. Había tenido que dejar su casa de tantos años, el Palacio de El Pardo, en el que ella se sintió dueña y señora. Pero ese tiempo había pasado ya a la historia. Los días felices en los que ella brillaba en todo su esplendor junto a su marido solo quedaban en el recuerdo. Atesorados en su memoria seguían aquellos momentos que le producían una inevitable nostalgia de lo que fue y nunca volvería a ser. La Señora de El Pardo había dejado su mansión, aquel palacio que fue el eje de la vida política española, donde el Generalísimo dictaba órdenes e imponía su

pensamiento único a todos los españoles. Y donde, ella, sumisa al principio y activa y decidida al final, creó su propio mundo en el que todo giraba a su alrededor. Adiós, El Pardo, adiós, se despidió la Señora aquel sábado 31 de enero de 1976. Había terminado una época llena de luces y comenzaba otra, que duró trece años, en la que iban a predominar las sombras.

2. El romance entre la señorita de provincias y el comandantín

Finales de verano en Oviedo del año 1917. La vida recupera su ritmo normal después de la huelga general de agosto, que en Asturias tomó unas dimensiones extraordinarias debido a la lucha revolucionaria de los mineros de las cuencas carboníferas.

En aquel tiempo, estaba destacado en la capital asturiana un joven comandante del Ejército de Tierra que había alcanzado esa alta graduación debido a los méritos conseguidos en valerosas acciones de guerra en el norte de África. Su nombre era Francisco Franco, había nacido en Galicia, concretamente en Ferrol, tenía veinticinco años y era, desde el año anterior, el comandante más joven del Ejército español. Su fama de luchador arriesgado, valiente y decidido ante el feroz enemigo del territorio magrebí había llegado a la próspera capital ovetense, cuyos ciudadanos vivían pendientes de cualquier novedad que acontecía en su ciudad.

Las jóvenes casaderas se mostraban curiosas ante aquel militar, cuya escasa estatura y delgada complexión le hizo acreedor del apelativo de «el comandantín». A su endeblez y falta de presencia se unía una voz aguda y atiplada que no contribuía a dar una impresión muy varonil, algo que contrastaba con el relato de sus hazañas ante los moros, que casi le cuestan la vida un par de años antes por las gravísimas heridas recibidas en combate en el Biut, cuando era capitán de Regulares en Tetuán, y que le habían valido para ascender de forma meteórica en el escalafón militar.

El comandantín, cuando terminó su misión de meter en cintura de forma expedita a los mineros asturianos, volvió a su vida cotidiana en Oviedo, que consistía en cumplir con sus deberes castrenses y pasear luego por la calle Uría montado a caballo y acudir por las tardes al Real Automóvil Club para participar en las tertulias en las que se debatía sobre la guerra mundial. Las discusiones en el local subían de tono cuando unos u otros se declaraban anglófilos o germanófilos y apostaban por uno u otro bando como posibles vencedores de la guerra. También se organizaban partidas de ajedrez, un juego que el joven comandante dominaba con destreza, pero cuyo desenlace negativo de la partida, o sea cuando perdía, le provocaba un fuerte enfado que

le duraba varios días.

Franco centraba sus diversiones en estos menesteres, y llamaba la atención entre la buena sociedad ovetense el que el joven militar no acostumbrara a frecuentar locales de diversión en los que se alternaban las partidas de cartas, con grandes sumas de dinero sobre el tapete, con tomar copas y dedicar algunas noches a las señoritas de alterne que frecuentaban estos establecimientos. El comandantín llevaba una vida tranquila y ordenada, sin grandes dispendios ni despilfarros, centrado en su carrera, que no iba a prosperar mucho en aquel destino provinciano, y con el pensamiento puesto en regresar cuanto antes a la acción bélica para seguir escalando puestos en el escalafón militar.

Hay que aclarar que, hasta hacía un par de años, los ascensos de los oficiales se podían obtener de forma automática al sufrir heridas de guerra. Pero eso terminó, ya que se pensaba que era un agravio comparativo para otros militares, que veían cómo jóvenes recién llegados les pasaban por delante por el hecho de dejarse herir levemente en un brazo o una pierna. El propio Francisco Franco, después de resultar lesionado gravemente en el abdomen y ser desahuciado por creer que estaba a las puertas mismas de la muerte, tuvo que reclamar a Alfonso XIII para que se le reconociera el ascenso, ya que la nueva disposición entró en vigor poco después de la acción que le hizo merecedor del nombramiento de comandante.

La vida social de la Vetusta de Clarín discurría plácidamente en un escenario en el que la clase alta y la aristocracia de la ciudad gozaban de una situación económica muy desahogada. La Primera Guerra Mundial había servido para enriquecer a muchas familias, ya que los países involucrados en la contienda tuvieron que tirar de las materias primas españolas, cuya comercialización dio pingües beneficios a los más avisados hombres de negocios. Las familias acomodadas de la capital asturiana no eran tantas, y formaban un cogollito en el que era muy difícil entrar si no se reunían las condiciones requeridas por ese selecto grupo.

Sus costumbres eran las habituales de la alta burguesía, en la que la educación de los hijos, a los que se formaba para continuar con la administración de los bienes familiares y ampliarlos en la medida de lo posible, era muy importante. Pero esas mismas familias no descuidaban en absoluto la preparación de sus hijas, a las que había que formar para desempeñar su papel de esposas y madres ejemplares, sin olvidar la importancia de que adquirieran un barniz indispensable para desenvolverse

con soltura en la vida social. De ahí que las chicas de clase alta asistieran a colegios de élite en los que en clases de un número muy bajo de alumnas aprendían nociones básicas de geografía, historia, lengua y aritmética, esta última ciencia aplicable más adelante en sus propias casas, cuando llevaran el control de los gastos del hogar.

En el centro de enseñanza o en sus propias casas recibían clases de música, especialmente de piano o de canto, ya que se consideraba de buen tono que en meriendas o reuniones sociales las chicas casaderas hicieran demostración pública de sus destrezas y habilidades musicales. También era costumbre en aquel tiempo, en las casas de las familias de la alta burguesía, que las jóvenes tuvieran una institutriz extranjera que las adiestrara en el aprendizaje de un idioma —el francés si era una mademoiselle , el inglés si era una nany o el alemán si era una fraulein —. Pero la institutriz también servía para enseñar a las chicas buenos modales, completar una sólida formación moral y ampliarles su estrecha visión provinciana con relatos de cómo eran las cosas en otros países del exterior.

La primogénita de la familia Polo

Una de las familias distinguidas de esa alta sociedad asturiana era la formada por Felipe Polo Flórez, un viudo joven, y sus cuatro hijos, la mayor de los cuales era María del Carmen Polo y Martínez Valdés, Carmina en casa y para sus amigas más íntimas, que acababa de cumplir en aquella época quince años. Tenía otras dos hermanas, Isabel y Ramona, a la que todos llamaban Zita, y un hermano varón llamado Felipe, como su padre.

Carmina, nacida el 11 de junio de 1902, se había convertido en esos momentos en una espléndida joven, alta, esbelta, de pelo negro y ojos oscuros, cuya imagen recordaba más que a las chicas del norte —de tez blanca, rubias y de ojos claros— a la típica mujer andaluza, cuyos rasgos tan bien captó el pintor cordobés Julio Romero de Torres. Destacaba la primogénita de Felipe Polo ya entonces por su empaque, un aire distinguido en su porte que conservó a lo largo de todos sus años de vida. Tal y como correspondía a las personas de su clase y a los usos y costumbres de la época antes descritos, Carmina había sido educada con mimo y esmero para atraer a un joven de su mismo círculo, a ser posible uno de aquellos muchachos formados para ser los patrones de alguna gran empresa surgidos a semejanza de los influyentes hombres de negocios que cogían fuerza en las naciones del entorno, donde florecía la revolución industrial.

Las hermanas Polo y Martínez Valdés, al quedar huérfanas de madre muy pequeñas, habían sido educadas bajo la estricta vigilancia de su tía Isabel, hermana de su padre. Ella fue la encargada de escoger el colegio donde se educaron, el de las Salesas, el más selecto de Oviedo, y también de elegir a la institutriz, primero una inglesa, que no cuajó en la casa de los Polo, y una francesa después —madame Claverie, a la que sus pupilas llamaban Memé—, que ejerció de segunda madre para ellas y a la que las hermanas tomaron un gran cariño.

La tía Isabel, una señora de gran belleza y casada con un sobrino de los condes de Canillejas, se vanagloriaba del pasado aristocrático de la familia Polo, que, aunque afincada en Oviedo, hundía sus raíces en la antigua nobleza castellana de Palencia, una ciudad en la que es raro no encontrar blasones en las casas solariegas y títulos en los antecedentes de cualquier familia.

La tía Isabel se esforzó en que sus sobrinas recibieran la formación más exquisita, les inculcó la idea de que estaban destinadas a ser las esposas de hombres acaudalados e importantes y a alcanzar altos puestos en el escalafón social de la rancia sociedad ovetense. Una labor que era completada por la institutriz gala, que les hablaba en sus charlas de figuras de mujeres que habían alcanzado importantes puestos en la sociedad, como Josefina, esposa de Napoleón, una viuda con dos hijos que consiguió gracias a sus encantos ser coronada emperatriz de los franceses. O las dos hermanas Montijo, las españolas Eugenia y Paca, que gracias al apoyo de su madre llegaron a ser, una, Eugenia, emperatriz de los franceses por su matrimonio con Napoleón III; y la otra, Paca, duquesa de Alba.

Madame Claverie no solo enseñaba a sus alumnas la historia pura y simple de aquellas mujeres que habían alcanzado tan altas cotas en la historia. También las adoctrinaba sobre el papel que desempeñaron por ellas mismas, las decisiones importantes que tuvieron que asumir en momentos claves y el apoyo que dedicaron a sus maridos en las tareas de gobernar.

Carmen se apasionó con la historia de Eugenia de Montijo, hasta el punto que le pareció un modelo a seguir por su personalidad y su participación en la vida social y política de Francia, que la llevó al final a tomar parte en decisiones de estado que fueron bastante criticadas. Nadie podía sospechar, y Carmina menos que nadie, que dos décadas después ella se iba a ver en una posición tan importante como la de ser la esposa del hombre más poderoso de España.

Y en ese contexto, por mucho que la joven Polo Martínez Valdés se quedara impresionada por el comandante Franco cuando coincidió con él en una romería popular cerca de Oviedo, no es probable que en ese instante ella intuyera a las altas esferas que le iba a llevar su relación sentimental con aquel joven de ojos caídos y mirada tristonca, más bajo de estatura que ella, en cuyo rostro no destacaba especialmente rasgo alguno salvo unas espesas cejas negras y un bigotito ancho y corto pegado a la nariz que parecía estar ahí para disimular su juventud y hacerle parecer mayor de lo que era.

Pero en lo que sí coinciden todos los cronistas de la época, y los historiadores después, es en que lo de Carmen Polo y Francisco Franco fue amor a primera vista. Él se acercó a la romería por curiosidad, tampoco había tantas diversiones en aquella época, y ella fue con su tía y sus hermanas porque era tradicional que la gente bien y las clases sencillas alternaran juntas en festejos populares en los que se mezclaba el elemento religioso y el

popular.

Según parece, él se fijó inmediatamente en aquella chica joven, espigada, de profundos ojos negros, que se movía con tanta elegancia y destacaba por su armoniosa figura. Ella, que ya tenía referencias de quién era él porque sus amigas le habían contado sus hazañas de guerra, también se sintió atraída por el militar y halagada porque un héroe de la campaña de Marruecos se interesara por una muchacha como ella. Y en ese mismo instante se inició el cortejo, que estuvo jalonado por fuertes dificultades, ya que la familia Polo se opuso desde el primer momento a la relación de Carmina, en la que tenían puestas tantas esperanzas, con el que consideraban un aventurero, un cazadotes, un militar sin fortuna que lo que buscaba era prosperar a costa de ella.

La tía Isabel afirmó tajantemente que su sobrina, para quien ella había planeado algo muy distinto, no iba a ser para ese militar. El padre, Felipe Polo, de profundas convicciones liberales, no experimentaba ninguna simpatía por los miembros del Ejército que solo buscaban hacer carrera a base de exponerse a sufrir graves heridas en combate o incluso a perder la vida, dejando tras de sí una estela de viudas y huérfanos con pensiones de miseria.

Pero, contra viento y marea, ellos siguieron adelante, lucharon contra los elementos para demostrar que su amor era serio y firme y convencer a su familia de la autenticidad de sus sentimientos.

De balcón a balcón

«Cuando Franco, el comandantín, se enamoró de doña Carmen, la familia se opuso terminantemente a aquella historia», cuentan a la autora Soledad y Pipo, dos de los hijos de Dolores (Lolina) Tartiere, una amiga de la infancia, que mantuvo la relación con la mujer de Franco durante toda su vida a pesar de sus fuertes diferencias políticas, ya que ella era abiertamente monárquica. «Felipe Polo no quería ni en pintura a Franquito —otro apelativo del luego Caudillo— y no dejaba a su hija que lo viera».

Hay que tener presente, cuentan, que la familia Polo era una de las más distinguidas de Oviedo en aquella época, tenían dinero y propiedades y consideraban que Franco no era un buen partido para su hija.

«Lo que hacía Carmina entonces, para poder ver a su pretendiente, era ir a casa de nuestra familia y asomarse al balcón. Enfrente estaba Paco, en el mirador de la casa de un amigo suyo que le permitía estar allí, para ver así, a distancia, a su amada. De balcón a balcón, los enamorados se dedicaban sonrisas y gestos de cariño, pelaban la pava y tonteaban para demostrarse el uno al otro que se querían».

Eran encuentros clandestinos los de aquella primera época, debidos a la postura de la familia de Carmina. Los novios se comunicaban mediante cartas que se mandaban por medio de amigos que hacían de cómplices de la pareja. Y se veían a escondidas, de lejos o contando con el apoyo de personas como el doctor Federico Gil, médico de los Polo durante sus estancias en la finca que tenían en San Cucao de Llanera, donde pasaban parte del verano. Un hijo del médico conocía a Franco de la Academia Militar de Toledo y eso facilitó los encuentros de Carmina y Paco en la casa del doctor, por la que correteaba el hijo pequeño, Vicente, que años más tarde se convertiría en médico de Franco durante cuarenta años.

Cuando la familia de Carmen Polo se enteró por ella misma de que, a pesar de la prohibición, la muchacha se veía a espaldas de ellos con el comandantín, pusieron el grito en el cielo, al tiempo que redoblaron su vigilancia y aumentaron el control para evitar que se encontraran. Adelantaron su regreso al internado de las Salesas, donde Carmina y sus hermanas completaban su educación. Pero los sentimientos de Franco eran tan firmes que madrugaba cada mañana para oír misa y comulgar en la iglesia

del convento en el que estaba recluida su amada. Así, al mismo tiempo que cumplía con sus profundos sentimientos religiosos, podía entrever la cara de su novia cuando dejaba la zona de clausura para comulgar junto al resto de las alumnas internas de las Salesas. Toda una proeza.

La situación se prolongó durante dos años, hasta que los Polo no tuvieron más remedio que ceder y reconocer el noviazgo de su primogénita. La relación se normalizó y se dejó entrar al novio en la casa de los Polo, aunque persistieran el desprecio hacia Franco y el disgusto del padre y la tía de la novia hacia aquel joven militar. En 1919, Carmina empezó a preparar su ajuar de novia sin intuir en ese momento que la boda tardaría en llegar y sufriría tres aplazamientos, debido a las obligaciones castrenses del novio, que seguía en su propósito de ascender rápidamente en su carrera militar.

La visita a Ferrol

Una vez aceptada la relación entre Carmina y Paco, se imponía que la novia conociera a la familia de su futuro marido. Así que se programó una visita de Carmen con su padre a la ciudad de Ferrol, donde vivían la madre y los hermanos de Franco. En la casa familiar, había nacido Francisco el 4 de septiembre de 1892, segundo hijo de un matrimonio formado por Nicolás Franco Salgado-Araujo, perteneciente al cuerpo naval de intendencia, y Pilar Bahamonde Pardo de Andrade. Era una familia sencilla y humilde, con lazos fuertemente ligados a la Armada, al igual que cientos de familias oriundas de esta localidad coruñesa.

El matrimonio pronto empezó a sufrir las consecuencias de la falta de sentimientos comunes entre los integrantes. Doña Pilar era mujer extremadamente piadosa, entregada en cuerpo y alma a sus hijos y sin aspiraciones sociales de ningún otro tipo. Don Nicolás era un vividor, que se casó cuando ya tenía treinta y cinco años, de ideas liberales y amigo de los masones, además de crítico acérrimo de la Iglesia católica, que no pisaba una iglesia a pesar de las profundas creencias religiosas de su mujer.

De vida licenciosa, en la que no escaseaban juergas y francachelas frecuentes, no evitaba dar escándalos al alternar con mujeres sin moral ni freno alguno. De entre todos sus hijos —Nicolás, Paco, Pilar, Paz, que murió de niña, y Ramón—, el que se llevaba todas sus invectivas era Paquito, que con frecuencia era el blanco de las iras de su padre, ya que este le consideraba débil y apocado por refugiarse entre las faldas de su madre cuando se veía en riesgo de ser maltratado. El padre despreciaba tanto a su hijo que se dedicaba en aquellos tiempos en que Francisco quería ser marino a decir que nunca conseguiría llevar a buen puerto navío alguno.

En 1907, don Nicolás salió del hogar familiar para ir a Madrid destinado como intendente de la Marina. Nunca pensó llevar consigo a su mujer y a sus hijos. Los primeros años volvía a Ferrol algunos veranos. Después, el abandono y la separación fueron completos. Todo ello dio lugar a crear unos vínculos muy estrechos entre Francisco y su madre, a la que veneraba. Con ella compartió rezos y devociones religiosas y un sentimiento profundo de la honestidad y la decencia que defendió a su manera a lo largo de su vida.

En aquellos años de infancia y adolescencia, hasta su paso por la

Academia Militar de Toledo, se fraguó el carácter del que llegaría a ser caudillo de España por la gracia de Dios. Entre la influencia de una madre muy beata y resignada y un padre disoluto que se puso siempre el mundo por montera. Un joven de firmes convicciones que le hacían poner el deber por encima de todo y que tenía que demostrar al mundo valor y arrojo, cualidades que su padre no solo no le concedía, sino con cuya falta le hacía burla y público escarnio.

La primera impresión de la flamante novia de Francisco Franco al llegar al hogar familiar de su novio no fue precisamente buena. La casa, situada detrás del arsenal de la Armada, tenía tres pisos, era de aspecto y dimensiones modestas y estaba amueblada con un gusto más bien vulgar, en el que destacaban cuadros y retratos de tiempos pasados mejores y antepasados ilustres, sobre todo de parte de la familia materna, los Bahamonde. Nada que ver con la casa de los Polo en Oviedo, decorada con el buen gusto y el exquisito detalle con los que la alta burguesía ponía sus residencias, en las que periódicamente celebraban bailes, cenas y todo tipo de festejos.

La casa de los Franco en Ferrol era muy corriente, con una primera planta ocupada por unos salones para recibir y estar, cocina y comedor, y una segunda con una amplia habitación donde la familia hacía la vida, junto a cuatro dormitorios para los integrantes de la familia. La planta baja estaba alquilada para conseguir un ingreso extra a la escueta economía familiar.

Pilar Bahamonde se quedó fascinada con la buena planta, los exquisitos modales y la belleza de la novia de su hijo Paquito. Hasta el punto de que a los vecinos y amigos curiosos que se acercaron a ver de cerca a la muchacha, les decía con gran orgullo señalando a Carmina: «¿No os parece una princesa de cuento?». A la novia de Paco le impresionó el fuerte influjo que ejercía sobre toda la familia la ausencia del padre, don Nicolás, sobre todo sobre la madre, que se negaba a admitir que su partida a Madrid había sido el primer paso de un abandono definitivo.

En aquella primera visita a la casa de Ferrol, Carmen tuvo oportunidad de conocer a uno de los miembros más genuinos de la familia de su novio, su hermana Pilar, una joven que hablaba por los codos, no se cortaba a la hora de contar cualquier tipo de detalle por muy privado e íntimo que fuera y que miró con cierto recelo a una señorita tan fina y elegante como Carmen, de la que pensó que era un poco estirada y altanera. No se cayeron demasiado bien la una a la otra. Prueba de ello, las frases que dedicó años más tarde Pilar a su cuñada, en el libro *Nosotros, los Franco*, al recordar ese primer encuentro:

Finalmente apareció Carmen Polo, que era, no voy a decir una belleza porque no sería verdad, pero sí una chica muy atractiva y muy morena, como siempre le habían gustado a Paco.

Y sobre la posición social y económica de los Polo, el juicio de Pilar Franco tampoco fue benevolente.

En realidad, don Felipe Polo era un agricultor que vivía de sus rentas. Estaban bien aposentados simplemente. La familia no se situó económicamente bien hasta que Felipe, el hermano de Carmen, trabajó al lado del Caudillo.

La petición de mano

Un año más tarde, la petición de mano de Carmina selló el compromiso de los novios, ella con diecisiete años y él con diez más, pero lo que podía haber sido el momento idóneo para fijar la fecha de la próxima boda se convirtió en el inicio de una etapa decisiva en la brillante carrera militar de Franco. En 1920, le llamó Millán Astray, a quien ya conocía por haber coincidido con él en unas prácticas de tiro en Valdemoro, para que formara parte de su equipo y le ayudara a crear la Legión, un cuerpo en el que tenían cabida lo peor de cada casa y los miembros sin escrúpulos de la sociedad —aventureros, delincuentes, buscavidas, criminales y pistoleros—, dispuestos a matar o morir en combate. La iniciativa había partido del rey Alfonso XIII, que quería emular a los franceses al fundar la Legión extranjera que tan útil había resultado ser en las guerras coloniales.

Los tres años siguientes fueron determinantes para forjar una leyenda en torno al valor y el arrojo de Francisco Franco como militar. A pesar de que él aceptó el requerimiento de Millán Astray con la condición de que fuera una etapa breve, al final fueron tres largos años los que estuvo el comandante Franco en África, ya que la guerra se endureció enormemente, ocurrió el desastre de Annual, en el que el caudillo Abd el Krim y sus hombres eliminaron a más de diez mil soldados españoles, y hubo que reconquistar el territorio perdido.

En la guerra librada aquellos años, en la que España sufrió graves pérdidas humanas y de material bélico, el cuerpo que sobresalió por su valor y fiereza en la lucha fue el de la recién fundada Legión. Y las proezas de uno de sus jefes, Francisco Franco, empezaron a trascender, dándole fama de modelo de militar valiente y arriesgado, siempre dispuesto a ir con sus hombres más allá de los límites razonables. Su nombre salía destacado en todos los periódicos, los cronistas de campaña hablaban de sus hazañas y de la disciplina de sus hombres, y todo ello llegaba a Oviedo, en donde la figura del comandantín se agrandaba y adquiría un prestigio que a todos sorprendía menos a su prometida, Carmina Polo. Ella siempre confió en su Paco, contra viento y marea le defendió frente a su familia, que no lo quería ver ni en pintura, y frente a todas las familias bien de Oviedo, que la habían despreciado por haber elegido a un hombre tan insignificante como marido.

En la primavera de 1923, Franco volvió a la capital asturiana, destinado a su antiguo regimiento del príncipe y desilusionado por no haber conseguido el ascenso a teniente coronel debido a su juventud. Pero en lo personal estaba feliz, ya que por fin iba a poder realizar su sueño de casarse con su novia, la joven que había sabido entender la necesidad de aguardar para celebrar ese matrimonio, que había aguantado sin quejarse la dura espera, siempre inquieta por la amenaza de que su amado resultara herido o muerto en combate en la guerra contra los marroquíes.

Esta vez, parecía que la boda se celebraría de forma inminente. Pero, una vez más, las circunstancias se pusieron en contra para que el enlace sufriera un nuevo aplazamiento —en esta ocasión de tan solo unos meses—, ya que la guerra de África exigía el nombramiento de un nuevo jefe del Tercio de la Legión. Millán Astray se tuvo que retirar después de perder un ojo y sufrir graves heridas y su sucesor, el teniente coronel Valenzuela, perdió la vida en una heroica acción de guerra. Los jefes militares pensaron que Francisco Franco era el hombre ideal para el puesto, pero para nombrarlo hubo que ascenderle a teniente coronel, rango imprescindible para el cargo, un ascenso en el que intervino personalmente el rey Alfonso XIII, que conocía perfectamente la hoja de servicios de Franco.

A Carmina no le contrarió excesivamente el nuevo aplazamiento. La contrapartida era importante, nada más y nada menos que su novio ascendiera a teniente coronel, fuera designado jefe del Tercio de la Legión y nombrado gentilhombre del rey. Sus sueños de gloria para la carrera castrense de Paco se iban cumpliendo, todo empezaba a encajar, y lo que más la satisfacía era el prestigio que adquiría día a día su prometido, el reconocimiento que iba recibiendo de todos los que lo despreciaban al principio. La admiración era ahora el sentimiento general de todo Oviedo hacia Franco. Ella no se había equivocado.

La boda se celebra por fin

Después de tomar posesión en Ceuta de su cargo en junio de 1923, y viajar por el territorio norteafricano para estudiar sobre el terreno la situación de las distintas banderas de la Legión, Franco obtuvo al fin permiso de sus superiores para celebrar su enlace matrimonial con su prometida. La boda se ofició el 16 de octubre de 1923, seis años después de aquel encuentro en una romería —un auténtico flechazo— en el que ambos quedaron prendados de forma instantánea el uno del otro.

«La boda fue un auténtico acontecimiento social que salió en varios periódicos y revistas de Madrid, a la que estuvieron invitados los integrantes de las mejores familias de Oviedo y de todo Asturias», cuenta Soledad, una de las hijas de Lolina Tartiere, íntima de Carmina y una de las asistentes al enlace. «Se celebró en la iglesia de San Juan de Oviedo y tuvo una repercusión enorme, porque él, por ese entonces, era ya un prestigioso militar que había escalado rápidamente una alta posición en su carrera gracias a las victorias conseguidas en África, y ella era una joven de la mejor sociedad asturiana».

«Doña Carmen era una mujer de aspecto estupendo, con muy buena planta, alta y delgada, con un físico espectacular, se vestía muy bien, se cuidaba mucho y, como tenía muy buen tipo, lucía mucho lo que se ponía», recuerdan los hijos de su amiga al evocar la figura de la mujer de Franco. Las fotos que se conservan de la boda corroboran ese testimonio, ya que reflejan a una novia exquisitamente vestida y arreglada, con una fina mantilla de encaje que le cubría parte de la frente y luego caía a lo largo del traje blanco bordado y con un espectacular ramo de flores blancas en su regazo. Las instantáneas de la ceremonia y el típico retrato de boda, en el que el novio mira a la que es ya su mujer embelesado, reflejan a una joven feliz y sonriente, satisfecha de haber alcanzado su meta: casarse con el hombre elegido y, además, cuando él ya ha demostrado que no es un don nadie, que tiene un futuro por delante y que su brillante carrera militar no ha hecho más que empezar.

Los periódicos locales de la época no se limitaron a publicar una nota del enlace, sino que le dieron una cobertura más amplia, con mayor repercusión social y popular. En *El Carbayón*, por ejemplo, salía al día

siguiente del festejo una nota en la que se reflejaba ese sentimiento.

Ayer ha gozado Oviedo de unos momentos de íntima, deseada satisfacción, de jubilosa alegría. Fue la boda de Franco, del bravo y popular Jefe de la Legión. Si grande y legítimo era el afán de los novios de ver bendecido su amor ante el altar, inmenso era también el interés del pueblo por verles felices, realizando su sueño de amor... Del rey al último de los admiradores del héroe, era unánime el deseo de que esos amores tan contrariados por el azar tuvieran la divina sanción que habría de llevarles a la suprema dicha.

La crónica del diario no hizo más que recoger el sentimiento de apoyo popular a una pareja que había tenido que superar muchos obstáculos, soportar el prolongado alejamiento durante el tiempo que él participó en la guerra de Marruecos y llevar con dignidad los sucesivos aplazamientos impuestos por las obligaciones castrenses del novio. De ahí que, según todos los testimonios, es verdad que las calles de Oviedo se llenaron de gente de todas las clases para ver llegar la comitiva nupcial, para fisgonear el traje de novia de Carmina y el atuendo de sus familiares, para aclamar al jefe de la Legión por sus proezas en África y para no perderse uno de los acontecimientos sociales del año en la capital asturiana.

La boda fue de postín, desde luego. De padrino hizo el gobernador militar de Oviedo, general Antonio Losada, pero nada más y nada menos que en representación del rey Alfonso XIII, dada la condición de gentilhomme de cámara del novio. La familia Polo al completo, con don Felipe, un hombre ya maduro pero de gran atractivo y buen porte, al frente. Sus otras dos hijas, Isabel y Zita, arregladas para la ocasión y felices de ver a su hermana casarse con el hombre de sus sueños, y su hermano Felipe, tan unido desde siempre a su hermana mayor, encantado de verla tan feliz y satisfecha.

Por parte de los Franco, estaban su madre, doña Pilar Bahamonde, deslumbrada por una ceremonia tan fastuosa; sus otros dos hermanos varones, Nicolás y Ramón, ambos perfectamente uniformados, de marino el primero y de aviador el segundo; y otros familiares y amigos de la familia. Y eso sí, la nota discordante fue la ausencia del padre del novio, Nicolás Franco Salgado-Araujo, que por aquel entonces ya residía en Madrid después de haber abandonado a su familia en Ferrol y haberse desentendido totalmente de ella.

La entrada en la iglesia fue apoteósica. Nada menos que bajo palio, dado el rango militar y social de la pareja, un honor del que luego, una vez

alcanzada la Jefatura del Estado, seguirían disfrutando de por vida. Durante la ceremonia se alternó la música sacra con la militar, por deseo expreso del novio. La salida de la iglesia, ya del brazo los contrayentes, transcurrió entre los achuchones y vítores del público congregado en los alrededores del templo y cerca de la casa de los Polo, donde se sirvió el banquete nupcial. Todo era como un cuento de hadas para Carmina. Por fin, empezaban a realizarse sus sueños. Para él era la culminación de una decisión acertada, la de casarse con una mujer de alto rango que le serviría de apoyo en su ambiciosa carrera de llegar a los puestos más altos.

El viaje de novios fue corto, ya que el permiso de Franco era tan solo de diez días. La luna de miel la pasaron en San Cucao, en la finca familiar de los Polo en la que el joven matrimonio se encontraba de forma clandestina cuando iniciaron su relación. Fueron días de relax y descanso de todos los avatares pasados. Días para hacer proyectos de futuro, aunque este se presentara oscuro e incierto.

Los Franco, en palacio

El colofón de aquellos días felices para la nueva pareja fue la audiencia concedida en el Palacio Real por los reyes Alfonso XIII y Victoria Eugenia. Al entrar por el zaguán del recinto y subir la amplia escalinata que lleva a las zonas nobles del palacio, Carmina, ya esposa de uno de los militares más destacados del Ejército por su brillante hoja de servicios, no podía creer que todos los sueños que ella había imaginado se estuvieran cumpliendo tan rápidamente. Iba como en una nube, como flotando en el aire, al pensar que ella, una jovencita de provincias, iba a ver en unos instantes a los mismísimos soberanos españoles. Iba a ser presentada a don Alfonso y a su bella esposa en su condición de cónyuge de Francisco Franco, gentilhombre de cámara del monarca y persona en la que el rey confiaba y con quien contaba para sus planes de futuro. Ello, a pesar de que Alfonso XIII sabía que Franco no estaba de acuerdo con los proyectos del dictador Primo de Rivera de retirarse del norte de África. Y sin sospechar el soberano que, años más tarde, el ya general Franco iba a ser uno de los militares que lo dejarían solo en los momentos más difíciles de su reinado.

La entrevista con la pareja real fue cordial y amable. La reina, de la que impresionaban su tez pálida, su cabello rubio y sus claros y hermosos ojos azules, se interesó por la familia de Carmina, le preguntó por su paciente espera durante las ausencias de su marido para atender sus obligaciones en el frente de guerra y derrochó simpatía y calidez con ella. El rey habló con Francisco de asuntos militares, de la estrategia a seguir en una España con serios problemas de orden público, en la que anarquistas y extremistas campaban por sus respetos. Y una nación desolada también por las pérdidas humanas de la guerra y por la sangría económica que este conflicto bélico provocaba.

A pesar de mantener posiciones divergentes, a Carmen lo que le impresionó fue la soltura con la que su Paco se desenvolvía ante el rey. Al mirarlo y oírle hablar con la primera autoridad del país, se sintió orgullosa de él y pensó que había acertado plenamente en la defensa a ultranza de su marido ante todos sus detractores, los primeros de ellos, su propia familia. Pasadas quedaban las humillaciones de los que le despreciaban, las palabras de su padre en las que comparaba el casar a su hija con un militar a hacerlo

con un torero. También los malos ratos en los que no les dejaban verse e interceptaban su correspondencia.

Todo había valido la pena. Carmen veía el futuro con esperanza. Su perseverancia había sido fundamental para no desfallecer. Se despidieron de los reyes e iniciaron una nueva etapa de su larga vida juntos. Todavía habría que esperar para que su marido consiguiera ascender al máximo nivel de la escala militar, el generalato. Antes tendrían que pasar de nuevo por largas temporadas de separación e incertidumbre, por riesgos enormes al seguir su marido en primera línea de batalla al mando de la Legión. Pero lo conseguirían, aunque hubiera que sortear muchos obstáculos en el camino en el que ella, Carmina, siempre, siempre estaría junto a él. Ese había sido su propósito desde que le conoció y lo cumplió a lo largo de toda su vida.

3. Doña Carmen inicia su carrera ascendente

Una vez terminada la guerra de Marruecos, Francisco Franco fue recompensado por sus hazañas en ella con el ascenso a general de Brigada. A principios de 1926, con solo treinta y tres años, se convirtió en el general más joven del Ejército español, lo cual era una auténtica proeza, pero ese ascenso significó también el final de su carrera norteafricana y el inicio de otra etapa de su vida castrense.

Madrid fue el nuevo destino de la pareja formada por Franco y Carmen Polo, donde él estaría al mando de la I Brigada de la I División de Infantería, un puesto de representación en el que no se encontró cómodo, ya que a él lo que le gustaba era la acción y no la vida social madrileña. Para doña Carmen tampoco fue un destino adecuado a sus expectativas, porque aunque a ella sí le gustaba organizar cenas en su casa, asistir a actos sociales y brillar como la esposa del general más joven de España, sabía perfectamente que su marido no reunía los requisitos necesarios para esa vida palaciega de la época de la dictadura de Primo de Rivera. No le gustaba bailar, ni perder el tiempo en conversaciones banales y frívolas, ni tampoco le interesaba mucho cuidar su aspecto físico.

Doña Carmen era consciente de que, en Madrid, ella y su marido eran unos más entre los matrimonios de la familia militar que estaban destinados en la capital de España y que, a pesar de la fama de bravura de su marido en las campañas de África, sobresalir y destacar iba a ser muy difícil. A esta situación, se unió una circunstancia que hizo más complicado aún que Paco y Carmina concitaran la atención de los habituales de los salones de la sociedad madrileña.

Ese mismo año de 1926, Ramón Franco culminó con sus compañeros Ruiz de Alda, Durán y Rada la hazaña de cruzar el Atlántico Sur a bordo del avión *Plus Ultra*, lo que le convirtió en un auténtico héroe nacional. Eso hizo que, de golpe y porrazo, Carmen Polo pasara de ser la esposa del general más joven del país a ser tan solo la cuñada del aviador. Ella y su marido eran invitados a todos los saraos que se celebraban en la capital española para homenajear al piloto, pero como personajes secundarios, solo por ser el

hermano y la cuñada del hombre que había conseguido sobrevolar los miles de kilómetros que separan los continentes europeo y americano.

A pesar de todo ello, Carmen trató de atraer a la aristocracia madrileña a su casa de entonces, en el paseo de la Castellana, que arregló con buen gusto y muebles caros y valiosos adquiridos gracias a la cuantiosa herencia recibida de su padre. Aunque no tuvo demasiado éxito en su empresa.

La llegada al mundo de Carmencita

Pero, por encima de pequeñas cuitas, había una sombra que de verdad empañaba la felicidad de la pareja. La tardanza en quedarse embarazada de Carmina preocupaba enormemente al matrimonio, que veía cada mes cómo se frustraban sus enormes deseos de ser padres. Pasaron tres largos años desde la boda antes de que por fin se vieran colmados los anhelos de Franco y su esposa de tener descendencia. Lo normal era que, al cumplirse el primer año de casados, los matrimonios tuvieran ya un hijo, y, si los niños no venían, empezaban los comentarios de por qué no llegaban.

En el caso de Carmen y Paco, el fallo se sospechaba más en él, porque todos sabían que la gravísima herida de guerra sufrida en Marruecos que casi acaba con su vida había afectado a sus órganos reproductores, de tal manera que el semen no producía la ansiada fertilización que diera paso al embarazo y posterior nacimiento de un hijo. Los doctores que le trataron hablaron de esterilidad temporal, y así debió de ser, ya que, en 1926, Carmina se quedó por fin embarazada de la que iba a ser su única hija.

Sobre este asunto, sin embargo, no han faltado intensos rumores y especulaciones que ponen en duda la veracidad del embarazo de Carmen Polo y apuntan a que Carmencita hubiera podido ser adoptada, ya que no se conservan fotografías de la madre en ese estado. Tan solo hay dos testimonios, el de Pilar Franco, que asegura en su libro de memorias que ella vio a su cuñada con las evidencias propias de estar encinta, y el de una nieta de Isabel Polo Flórez, Margarita Suárez Pazos de Vereterra, que afirmó recordar a doña Carmen de visita en su casa en avanzado estado de gestación y yendo después a la Clínica Miñor de Oviedo para dar a luz.

Historiadores como Paul Preston y autores de libros sobre Carmen Polo como Asumpta Roura recogen el rumor que corrió en aquella época de que Carmencita era hija de Ramón Franco, al que habrían recurrido para salvar el expediente ante la incapacidad de su hermano para tener hijos. Una hipótesis que no cuenta con prueba de alguna clase y que podría haber salido, como se ha citado antes, de la falta de fotos de Carmen embarazada.

Lo que sí es cierto es que, en aquellos años, las mujeres encinta se comportaban de forma diametralmente opuesta a la de ahora. Disimulaban con ropas muy holgadas su progresivo aumento de volumen y trataban de que

sus amigos y familiares no se dieran cuenta de que su vientre iba creciendo hasta los últimos meses, en que se hacían muy evidentes las señales de embarazo.

Carmen se trasladó a Oviedo a principios de verano porque le avisaron de que su padre estaba muy enfermo y quería estar junto a él para cuidarle. Felipe Polo murió el 21 de junio de 1926 y su hija decidió permanecer en la capital asturiana para tener allí a la que luego resultó ser una niña, que nació el 14 de septiembre, casi dos meses después del fallecimiento.

La llegada de esa hija, a la que sus padres y amigos llamaron Nenuca, un diminutivo que aún hoy siguen empleando sus allegados de toda la vida, llenó de alegría a la pareja y provocó las más expresivas declaraciones de Franco: «Cuando nació Carmencita, creí volverme loco de alegría». Un sentimiento profundo de cariño unió siempre al padre y a la hija, y entre ellos se crearon unos vínculos muy intensos que hicieron que Carmencita fuera su más firme defensora y que el dictador depositara siempre una confianza ilimitada en ella. Fue la única persona a la que Franco llamó en su lecho de muerte para dictarle su testamento y también la que defendió ante su propia madre y su marido, el marqués de Villaverde, que debían dejar morir a Franco y no prolongar inútil y cruelmente su agonía.

La corte de Zaragoza

Las tornas cambiaron pronto y para bien para el matrimonio Franco Polo. El dictador Primo de Rivera decidió en 1927 que había que restablecer la Academia Militar General de Zaragoza para dar una formación adecuada a los aspirantes a formar parte de la milicia. Francisco Franco obtuvo ese puesto gracias a la influencia decisiva del rey Alfonso XIII, quien tenía en mucha estima a su joven general. El monarca decidió confiar la importante misión de refundar el centro castrense a Franco, debido a sus cualidades personales —fiel y estricto cumplidor del deber, austero e interesado en las nuevas técnicas militares—, pero también por sus dotes organizativas demostradas cuando ayudó a Millán Astray a formar la Legión.

Para Carmen, la etapa de Zaragoza fue otra cosa. Se convirtió en la esposa del director de la academia, todo un personaje en la provinciana vida social de la capital aragonesa. Según el historiador Ramón Garriga, alrededor de los Franco se creó «una especie de corte presidida por el general Franco y su esposa». El grupo de militares destinados también a Zaragoza por sus méritos en campaña, para crear un centro de formación profesional disciplinado, en el que se cuidaban todos los detalles hasta los más nimios, como la alimentación adecuada de los cadetes, suscitó una gran expectación en la sociedad zaragozana.

Para cumplir esa misión, Franco se rodeó de oficiales de prestigio y con los que mantenía unos vínculos de amistad muy estrechos por haber sido compañeros suyos en las campañas de África. Era el caso de Camilo Alonso Vega, Pedro Pita da Veiga, su primo Francisco Franco Salgado-Araujo y otros más. Como subdirector de la academia se nombró al coronel Miguel Campins, responsable de una columna militar en Alhucemas y militar de gran prestigio que llegó a tener una gran amistad con Franco, y cuya esposa, Dolores Roda, se hizo íntima de Carmen Polo.

Franco creó un círculo de colaboradores con los que mantendría una relación muy estrecha a lo largo de los años venideros, y que le acompañaron en todo el proceso de preparación previa del golpe militar del 18 de julio de 1936. Solo hubo una excepción, la de Miguel Campins, que fue fusilado en Sevilla al principio del alzamiento por mantenerse fiel al gobierno de la República.

Carmen se encontró en su salsa manejando al grupo de esposas de los oficiales destacados en Zaragoza. Ella atendía con la habilidad y elegancia aprendidas desde su juventud a todas las mujeres de los militares de la academia, quienes trataban de agradar a la esposa del director por aquello de que nada mejor para adorar al santo que hacerlo por la peana. De ahí ese concepto de pequeña corte que se formó en la capital zaragozana, en la cual los dos miembros de la pareja Franco Polo estaban encantados: él, porque se sentía como pez en el agua organizando y ejerciendo sus dotes de mando en una misión tan trascendental como marcar las pautas de la formación de los nuevos miembros del Ejército. Ella porque por primera vez podía ejercer su liderazgo entre un grupo de mujeres a las que había que orientar para que desempeñaran correctamente un papel complementario al de sus maridos.

El director de la Academia de Zaragoza, que fue inaugurada en 1928, tenía por costumbre acudir al Casino militar de la capital aragonesa para alternar con la élite de la sociedad local. Allí, en 1929, conoció Franco a Ramón Serrano Súñer, un joven apuesto y brillante abogado que tenía pasión por la política y que encandiló con su inteligencia y don de gentes al matrimonio Franco. Se fraguó una estrecha relación de amistad que llevó a Serrano a conocer a la guapa hermana menor de doña Carmen, Zita, que pasaba frecuentes temporadas en Zaragoza en casa de su hermana y su cuñado. La historia acabó en boda en Oviedo, en febrero de 1932, con testigo de lujo para aquel entonces, nada menos que el hijo del dictador Miguel Primo de Rivera, José Antonio, fundador del partido Falange Española, hecho a imagen y semejanza de fuerzas políticas extranjeras de carácter totalitario, como el Partido Fascista italiano.

La proclamación de la República en abril de 1931 terminó con la pequeña corte aragonesa de los Franco. Dos meses después de la caída de la monarquía y la salida de la Familia Real española del país, Manuel Azaña decidió cerrar la Academia General Militar que con tanto empeño y dedicación había vuelto a poner en pie Francisco Franco. Fue un mazazo para la pareja, que vio cómo su sueño se desmoronaba como un castillo de naipes. Franco se sintió totalmente desolado por la decisión del nuevo ministro de la Guerra y Carmen se enfadó enormemente al ver cómo su marido y ella eran privados de una posición privilegiada de la que tanto habían disfrutado ambos. A ella, además, le asaltó el temor de que la carrera ascendente de su marido, para el que imaginaba un puesto importante en la política, se truncara para siempre. Y culpó en su fuero interno a los responsables del gobierno

republicano de arrebatárles de forma injusta una posición en la que se sentían francamente cómodos y echar por tierra el trabajo desarrollado por Franco durante los últimos tres años.

Dejaron Zaragoza con lágrimas en los ojos. Franco se despidió de sus hombres compungido y desmoralizado. Recogieron sus pertenencias y se refugiaron en un lugar muy querido para los dos, la finca La Piniella, próxima a Oviedo, donde se veían de forma clandestina en los años de su noviazgo, cuando la familia de Carmina no quería que la relación con el entonces «comandantín» prosperara porque lo consideraban poca cosa para una joven como ella.

El odio a la República

La llegada de la República supuso para Francisco Franco el final de unos años en los que había obtenido el reconocimiento público de sus méritos, su designación como gentilhombre de cámara del rey, la imposición por parte del monarca de la Medalla Militar individual y en los que era considerado uno de los generales con un futuro profesional más brillante del país.

En la finca de San Cucao de Llanera, el matrimonio se lamió sus heridas mientras en su interior iba creciendo un profundo odio hacia el sistema que les había arrebatado todo lo conseguido hasta entonces. Carmen se sentía terriblemente humillada por ver a su marido sin destino, mientras que él iba alimentando un profundo rencor contra los que habían actuado de forma tan injusta. Azaña, al cerrar la Academia de Zaragoza de forma tan brusca y, según Franco, tan arbitraria, se convirtió en la bestia negra de la pareja, el culpable de su profundo sentimiento de humillación, el responsable máximo de su caída en desgracia.

Para colmo, se enteraron de que, durante la temporada en la que vivieron en Oviedo, Franco estuvo bajo vigilancia policial, ya que el gobierno republicano no se fiaba de él y quería tenerlo bajo control las veinticuatro horas del día. Una situación de afrenta total para el general, que se desplazó a Madrid para hablar con Azaña y explicarle que su antigua fidelidad monárquica se había transformado en lealtad al régimen republicano.

A principios de 1932, la situación cambió aparentemente con el nombramiento de Franco como jefe de la Brigada de Infantería de La Coruña, cargo que llevaba aparejado el de gobernador militar de la ciudad. Aunque no era un puesto de tanta relevancia como el de Zaragoza, la pareja aceptó el nuevo destino con agrado. Vivir en la ciudad gallega supuso para Carmen volver a mantener un alto nivel de vida, ocupar un puesto importante en la sociedad de la ciudad, abrir los salones de su casa a las fuerzas vivas gallegas y recuperar el prestigio perdido.

Fue en esta etapa cuando doña Carmen se aficionó a las reuniones con las señoras de la buena sociedad coruñesa en el Club Náutico, con las que quedaba para merendar, jugar un rato a las cartas, charlar y ponerse al día de los cotilleos que circulaban por la ciudad. El Club se convirtió en el lugar

favorito y punto de encuentro para el grupo de amigas de la Señora, y años más tarde, cuando empezaron los veraneos en el Pazo de Meirás, también fue muy frecuentado por el matrimonio Franco Polo, ya que él atracaba el *Azor* en su muelle.

Para Franco, el mando de la brigada de infantería de La Coruña supuso recobrar parte del orgullo perdido y volver a pensar en su futuro. Todo ello sin dejar de sentir un profundo rencor por las autoridades republicanas que, según su opinión, le habían tratado de forma ignominiosa. Una razón añadida para estar contento en su nuevo destino era la posibilidad de ver con mayor frecuencia a su madre, que seguía viviendo en la casa de Ferrol y que andaba ya bastante delicada de salud. El general siempre sintió adoración por doña Pilar, una mujer muy beata, de carácter conformista, con especial debilidad por su hijo Paquito y en cuyo carácter influyó de forma decisiva.

La habilidad del general para ganarse la confianza de Manuel Azaña, a quien convenció de su lealtad a la República, le valió el nombramiento como comandante general de Baleares, adonde se trasladó el matrimonio con su hija Nenuca en marzo de 1933. Fue otro paréntesis agradable para la pareja en el que doña Carmen estuvo muy volcada en la educación de su pequeña y encantada de alternar con la adinerada y exquisita sociedad mallorquina. La mujer de Franco estaba contenta porque, poco a poco, la carrera militar de su marido se iba reencauzando y tomando de nuevo el rumbo adecuado a sus méritos. Para una mujer como Carmen Polo, convencida de que su marido estaba destinado a las más altas tareas en el Ejército español, ver cómo el gobierno republicano le devolvía la confianza fue una gran satisfacción. Por fin, pensó ella, los demás reconocían los méritos que ella siempre había visto en su Paco.

La muerte de Pilar Bahamonde

Hay quien dice que la muerte de doña Pilar desencadenó una auténtica crisis existencial en Francisco Franco. Él y Carmen estaban en Madrid cuando ocurrió el fallecimiento, en febrero de 1934, a causa de una pulmonía. La madre estaba en casa de su hija Pilar pasando unos días antes de viajar en peregrinación a Roma cuando enfermó de gripe, que luego degeneró en una mortal neumonía. Desaparecida la figura materna, que había sido también su guía en el terreno religioso y espiritual, Carmen Polo ocupó ese espacio vacío y pasó a ser la persona más influyente para Francisco. Ella le hizo recapacitar sobre el abandono de las prácticas religiosas que se había producido durante su juventud, cosa habitual en los cuarteles, y le hizo volver al redil de la Iglesia católica.

La ausencia de su padre durante la enfermedad, muerte y entierro de doña Pilar aumentó el sentimiento de rencor de Francisco contra él, que vivía en Madrid con su amante y sin mantener apenas trato con sus hijos y nietos.

La carrera militar de Franco, mientras tanto, seguía su imparable línea ascendente. Se ganó la confianza del nuevo ministro de la Guerra, Diego Hidalgo, que le llamó pronto a Madrid para que se encargara de acabar con la rebelión de Asturias, en la que los mineros de esa región se levantaron en armas contra el poder central. Franco terminó efectivamente con la huelga general de los trabajadores, pero a base de ejercer una represión brutal, que fue llevada a cabo por tres banderas del Tercio de la Legión y dos tabores de Regulares integrados por población marroquí.

La lucha fue feroz y en ella murieron más de mil civiles, pero Franco salió victorioso al aplastar a los rebeldes, lo que le valió el ascenso a general de División, su permanencia en el cargo de consejero ministerial extraordinario hasta 1935 y ser nombrado primero jefe superior de las fuerzas de Marruecos y meses más tarde jefe del Estado Mayor Central del Ejército con el dirigente de la CEDA Gil Robles de ministro de la Guerra.

Carmen y su hijita apenas veían al cabeza de familia, ya que estaba dedicado en cuerpo y alma a la tarea de mejorar la efectividad de las tropas a base de reorganizar las distintas unidades y crear otras nuevas. Pero, eso sí, la mujer del general casi no se creía que su marido se hubiera convertido en el militar más destacado del país. Para la opinión pública conservadora,

Francisco Franco era el general que había conseguido doblegar a los mineros asturianos y aplastar una rebelión que, si hubiera seguido activa, se hubiera convertido en una amenaza para la gobernabilidad de España. Poco importaba a los partidos de derechas que esa victoria se hubiera conseguido a base de derramar la sangre de tantos obreros con tal de que la calma se hubiera restablecido en una región tan conflictiva laboralmente como el norte de España.

El triunfo del Frente Popular

El triunfo del Frente Popular en las elecciones de 1936 supuso un nuevo y duro revés para la carrera de Franco, que poco después fue apartado de su cargo de jefe del Estado Mayor del Ejército por el gobierno de izquierdas presidido por Manuel Azaña, quien le destinó a Canarias como comandante general de las islas. En el fuero interno de Carmen Polo fue otro parón en la curva ascendente de la carrera de su marido, aunque este llevadero por la rica y atractiva vida social que llevaba la familia en Tenerife. No era el mismo estatus que en Madrid, desde luego, pero la actividad cotidiana de la capital tinerfeña era entretenida y, además, hicieron buenas amistades entre los compañeros del general, especialmente con el comandante Lorenzo Martínez Fuset, del cuerpo jurídico militar, y su mujer. Este oficial se convertiría, poco después, en hombre de confianza de Franco y miembro de su círculo más próximo durante los años de la Guerra Civil.

La situación se agravaba en Madrid a causa de los continuos desórdenes civiles, difíciles de controlar por el gobierno frentepopulista. Pero el detonante de la mecha que desencadenó el golpe de Estado del 18 de julio por parte de los conjurados fue el asesinato en Madrid del líder de la ultraderecha, José Calvo Sotelo, cinco días antes del levantamiento militar.

Los militares golpistas manejaban los hilos de la rebelión desde hacía tiempo y solo esperaban el momento idóneo para levantarse en armas contra el gobierno republicano. Únicamente era cuestión de días, durante los cuales la familia Franco diseñó con precisión los pasos a seguir por el general, uno de los artífices del golpe, y por su mujer, a la que, junto con su hija, Francisco consideró que había que poner a salvo sacándolas fuera de España.

Una cuestión histórica importante acerca de la gestación del golpe de Estado es si Carmen Polo estaba enterada o no de los planes de su marido. Un asunto abordado por el historiador Paul Preston en un capítulo de su libro *Palomas de guerra*.

Hay buenas razones para suponer que la obsesión de Carmen por el éxito de su marido fue un factor que contribuyó en su cautela para comprometerse con la conspiración militar que se urdió en la primavera de 1936, aunque simplemente tuvo que haber sido la confirmación de sus propias inclinaciones. Sin duda comentaron la cuestión y estaban de acuerdo

con el papel que debía corresponderle a Franco.

Preston se apoya al hacer esta afirmación en el testimonio de Franco Salgado-Araujo, el primo Pacón, que estuvo muy cerca de Franco y su esposa durante muchos años.

Leí más tarde en algún periódico que la mujer de Franco no estaba enterada de los proyectos de su marido. Esto no es verdad, los conocía perfectamente y estaba tranquila. Jamás le noté el menor sobresalto.

Franco Salgado-Araujo afirma también en su libro de memorias que su cuñada, con la que no simpatizaba demasiado, era una mujer que tenía una gran fe en las condiciones personales de su marido y que creía que todo había de resultar con éxito.

La huida al extranjero de Carmen y su hija

Las jornadas previas al golpe de Estado del 18 de julio estuvieron dedicadas a preparar cada uno de los pasos a dar por los integrantes de la familia Franco. Mientras el general y sus colaboradores seguían viendo los pros y los contras de una fecha u otra para el inicio del levantamiento, el avión *Dragon Rapide*, alquilado por el empresario Juan March, salía el 11 de julio de Inglaterra con destino al aeropuerto de Gando de la isla grancanaria para llevar a Franco desde el archipiélago a Tetuán para que liderara el golpe desde el norte de África.

Simultáneamente, se diseñaba con todo detalle, como si de una película de espías se tratase, la huida de Carmen Polo y su hija Carmencita, que estaba a punto de cumplir diez años. El primo y fiel seguidor de los planes del militar golpista, Franco Salgado-Araujo, compró dos pasajes con todo tipo de precauciones para que las dos mujeres viajaran en un barco alemán, el *Waldi*, desde Las Palmas al puerto francés de Le Havre en pocos días.

El 16 por la noche, los tres miembros de la familia Franco se desplazaron juntos a la capital grancanaria para que Francisco asistiese al funeral y entierro del general Amadeo Balmes, muerto en extrañas y dudosas circunstancias, cuando manipulaba unas armas. Así lo hizo en la mañana del día 17 acompañado de sus colaboradores, con los que cenó esa noche en un restaurante junto a su esposa y su hijita. A la mañana siguiente, Franco se despidió de ellas antes de partir en un remolcador hacia la base de Gando, donde le esperaba el *Dragon Rapide* y su piloto, el capitán Bebb, para llevarle a Tetuán a tomar el mando de las tropas africanas y ponerlas al servicio del golpe de Estado.

Era el día 18 de julio, fecha histórica en la que se inició una nueva etapa que evolucionó hacia una cruenta guerra civil que duraría tres años, costaría la vida a un millón de personas y cercenaría de raíz el régimen democrático vigente para dar paso a una dictadura que se prolongaría durante cuarenta inacabables años.

La aventura para Carmen Polo y su niña también empezó ese mismo día, cuando quedaron a cargo del comandante Martínez Fuset, que las llevó al barco de guerra *Uad Arcila* para que permanecieran allí hasta la llegada del transatlántico alemán que las llevaría a Le Havre. La historia se complicó

hasta el punto de que madre e hija corrieron un grave riesgo debido a que la marinería se sublevó contra los oficiales del *Uad Arcila* mientras ellas estaban escondidas en uno de los camarotes. El motín fue controlado y la mujer y la hija de Franco pudieron finalmente trasladarse al *Waldi* y viajar hasta el puerto francés después de una breve escala en Lisboa.

Toda la operación de traslado estuvo supervisada por el leal Martínez Fuset y los oficiales fieles a Franco y su causa golpista, algo que no olvidó el general, quien contó durante un tiempo con el militar del cuerpo jurídico como uno de sus más estrechos colaboradores, aunque acabó apartándolo de su lado cuando dejó de serle útil.

Al analizar con la perspectiva del tiempo transcurrido la decisión y la firmeza con las que actuó en aquella ocasión Carmen Polo, a pesar de lo que suponía apoyar a su marido en un hecho tan grave como el de enfrentarse al gobierno legalmente constituido y traicionar su juramento como militar de alta graduación, es imposible pensar que ella fuera ajena a los planes de Franco. Su rencor y odio a la República se sumaron a los de su marido, y de ahí nació el apoyo a ultranza al proyecto pergeñado por los generales y oficiales que querían terminar con lo que ellos consideraban un régimen arbitrario e injusto, cuya deriva —pensaban— iba a llevar a España a una revolución de clara inspiración soviética.

De ahí la indulgencia de Carmen Polo ante la desobediencia y deslealtad de su marido y sus colaboradores al régimen constitucional. Ella, como él, estaba convencida de que había que salvar a la patria de todos esos males traídos por el régimen republicano, sobre todo después de la victoria electoral de las izquierdas agrupadas en el Frente Popular.

La odisea de Carmen y Nenuca siguió en Francia. El agregado militar de la Embajada de España en Francia recogió a las dos en Le Havre y las llevó a Bayona, a casa de la antigua institutriz de Carmen, madame Claverie. Fue un reencuentro muy emotivo con su mentora, la persona que le inculcó la idea de que ella podía ser capaz de convertirse en una gran mujer, influyente y con poder. Allí permaneció durante más de dos meses, aislada y en medio de severas medidas de seguridad, por el riesgo de que alguien se enterara de dónde estaban y llevara a cabo una acción contra la familia del que estaba a punto de ser nombrado Generalísimo, jefe de Estado y jefe supremo de todos los ejércitos controlados por los militares golpistas.

La esposa y la hija de Franco no pudieron volver a España hasta los últimos días de septiembre de 1936. El general estaba en esos momentos de

la guerra en Cáceres, alojado en el Palacio de los Golfines de Arriba, y sentía una fuerte incertidumbre sobre el estado de su mujer y su hija, de quienes no sabía nada desde que las dejó en Canarias para volar a Marruecos. Por ello, encomendó a sus colaboradores que se encargaran de traer de vuelta a territorio español a Carmen y a Carmencita. No fue fácil cumplir con esa misión, porque madame Claverie se tomó tan en serio su papel protector sobre su antigua pupila y su niña que no se fiaba de que viajaran ya a España por temor a que sufrieran un percance que les impidiera reunirse con el ya muy poderoso general Franco. Para conseguir arrancarlas de la enérgica institutriz, tuvieron que mediar un familiar del líder de la CEDA, José María Gil Robles, y un abogado de Pamplona, que transmitieron a la señora Claverie la impaciencia de Franco por volver a reunirse con su querida familia.

La llegada de Carmen y Carmencita al antiguo palacio cacereño se produjo en un momento crucial para la carrera de Franco, justo una semana antes de que fuera proclamado Generalísimo y jefe del Estado. Desde Bayona las dos mujeres viajaron a Valladolid, donde se alojaron en un hotel con identidad falsa, y luego al cuartel general de los militares rebeldes en donde se preparaba el ataque final al Alcázar de Toledo para socorrer al contingente que resistía al mando del coronel Moscardó.

El auxilio a los sitiados llegó a tiempo, y el día 29 Franco entregaba en la explanada del fortín la Cruz Laureada de San Fernando a Moscardó, cuya gesta fue elevada a heroica por parte de los golpistas. Lo hizo ya con el decreto firmado el día anterior, 28 de septiembre de 1936, en el que Francisco Franco había sido elegido por la Junta de Defensa Nacional del bando alzado en armas como jefe del Gobierno del Estado español para asumir todos los poderes. En el segundo artículo del decreto se le nombraba Generalísimo de las fuerzas nacionales de tierra, mar y aire, que le confería el cargo de general jefe de los Ejércitos de Operaciones.

El único que se mostró disconforme con el nombramiento que dejaba todo el poder en manos de Franco fue el general Cabanellas. Este recelaba de la persona a la que se entregaba esa autoridad sin límites, hasta el punto que, según escribió un hijo suyo años más tarde, hizo una advertencia a sus compañeros de la Junta de Defensa en términos premonitorios de lo que pasaría en el futuro.

Ustedes no saben lo que han hecho porque no le conocen como yo, que lo tuve a mis órdenes en África como jefe de una de las unidades de la

columna a mi mando; y si, como quieren, va a dársele en estos momentos España, va a creerse que es suya y no dejará que nadie le sustituya en la guerra, ni después de ella, hasta su muerte.

Carmen, primera dama de España

Carmen Polo vivió con una intensidad inusual la ceremonia de investidura de su marido como Caudillo de España, celebrada el 1 de octubre en Burgos, un título que le entroncaba con la tradición de la historia antigua de la península en la que los héroes locales se enfrentaban a luchas desiguales contra los pueblos invasores arrojados siempre por el pueblo. Una gran cantidad de gente entusiasmada se agolpaba en los alrededores de la Capitanía General de Burgos, ciudad natal de otro de los mitos de la lucha contra los invasores, el Cid Campeador; ese fue el primer baño de multitudes para la mujer que se había convertido ya en primera dama.

La jovencita de buena familia asturiana era la consorte del hombre con más poder del país, aunque, eso sí, un país enzarzado en una guerra fratricida y sanguinaria que tenía partido en dos el territorio nacional. Pero eso no era lo que importaba. Ella, con su fe religiosa, estaba convencida de que Dios estaba de su parte y de la de su marido y, de que, por tanto, las tropas que Franco mandaba resultarían victoriosas en la contienda en la que no solo se pretendió ganar las batallas que fueran precisas, sino también exterminar la semilla de todo aquel que se opusiera a su pensamiento ideológico y a su poder omnímodo.

Carmen, además, veía con gran agrado que su marido cada vez se mostrara más respetuoso con las prácticas religiosas; asistía al rezo del rosario que ella dirigía cada tarde y aceptaba encantado las consignas lanzadas por la propaganda que igualaba la guerra contra las fuerzas de izquierda que él lideraba con la de los cruzados que se desplazaban en la Edad Media a Tierra Santa para liberar los Santos Lugares del dominio de los sarracenos.

Los planes de escalar a los primeros puestos de poder empezaban a cumplirse. Sus sueños de convertirse en una mujer que pasaría a la historia por su influencia social y política se hacían realidad. Todo empezaba a encajar como en un rompecabezas perfecto en el que las piezas estaban en el sitio que les correspondía.

En Salamanca, siguiente etapa del periplo de los Franco durante la Guerra Civil, la familia y sus colaboradores se establecieron en el Palacio Episcopal de la ciudad, cedido gustosamente por el obispo Pla y Deniel,

exponente claro de la complicidad de la jerarquía de la Iglesia católica con el régimen del 18 de julio desde sus comienzos. Las autoridades eclesiásticas concedieron a la familia del dictador el privilegio de entrar en los templos bajo palio, un honor reservado a la Santa Custodia y a los altos dignatarios en ocasiones muy especiales. La mujer de Franco, que disfrutó de ese favor por primera vez el día de su boda en Oviedo, vio en ello el reconocimiento de la Iglesia a la gesta de su marido para acabar con los comunistas y todos los enemigos del clero, que tantos ataques sufrió antes y durante el alzamiento militar.

Alrededor de Franco y su esposa se fue creando una camarilla en la que doña Carmen ejercía encantada su influencia como consorte del jefe del Estado. Miembros de la familia Franco, su hermano Nicolás y su mujer, a los que se unieron más tarde Serrano Súñer y su mujer, Zita Polo, además de incondicionales como Martínez Fuset, Franco Salgado-Araujo y el capellán militar José María Bulart, se convirtieron en el núcleo duro del poder por el que pasaban todas las cuestiones importantes del Estado franquista, incluidas las numerosas sentencias de muerte que se dictaban en aquellos días.

Los testimonios de aquella época, incluido el del cuñadísimo Serrano Súñer, coinciden en señalar que Carmen Polo no intercedió casi nunca a favor de ninguno de los sentenciados a la pena capital. Solo en un caso, el del poeta Leopoldo Panero, cedió a las súplicas de su madre, que era prima de doña Carmen, para que le conmutaran la pena de muerte. Pero no hizo nada por salvar la vida del marido de su íntima amiga Dolores Roda, el general Miguel Campins, que fue fusilado en agosto en Sevilla por permanecer fiel a la República.

Hay un detalle digno de ser relatado y que es de los pocos favorables que se conservan respecto a la actitud de la mujer de Franco. Ocurrió el 12 de octubre en Salamanca, durante los actos del Día de la Raza y la apertura del año académico en la universidad de la que era rector don Miguel de Unamuno. Doña Carmen asistió junto al general Varela, en representación de Franco, al acto en el que estaba presente el exaltado general Millán Astray, que lanzó una de sus consignas más atrabiliarias al gritar: «¡Viva la muerte! ¡Muera la inteligencia!».

El anciano escritor y pensador reaccionó con energía a la provocación del militar mutilado, rechazó de plano su bravuconada y le acusó de profanar el templo de la inteligencia que era el recinto universitario del que él era el sumo sacerdote. Y pronunció la frase que quedó para la historia.

Venceréis porque tenéis sobrada fuerza bruta. Pero no convenceréis porque convencer significa persuadir. Y para persuadir, necesitáis algo que os falta: razón y derecho en la lucha.

Los partidarios de Millán Astray se unieron al militar y sacaron las armas para actuar. Pero Unamuno no se dio por vencido y plantó cara al grupo de facinerosos. En ese momento, Carmen Polo cogió por el brazo al pensador, y protegidos por la escolta de la mujer de Franco salieron del Paraninfo salmantino, y de esa manera sacó de aprietos al intelectual. Un gesto noble, sin duda, que quizá estuvo influido por el hecho de que don Miguel, junto con otros ocho rectores españoles, había escrito una carta de adhesión a Franco el día de la proclamación del Generalísimo que fue remitida a la Sociedad de Naciones.

A la estancia en Salamanca le siguió la de Burgos, alojados los Franco en el Palacio de Muguero, en el que permanecieron hasta el final de la guerra. También en la capital burgalesa los colaboradores de Franco seguían alrededor de la pareja, especialmente los miembros de la familia Polo, que habían desbancado a Nicolás Franco, al que doña Carmen culpaba del desorden y el caos que reinaban en el cuartel general de Franco durante los primeros días de la guerra.

De la familia Franco solo quedaba junto a él su leal primo Pacón, que en esos días fue ascendido a coronel y destinado al frente de guerra. Su traslado provocó el enojo de doña Carmen, que le mandó llamar para reprocharle su ambición de llegar a general al mismo tiempo que su marido y abandonarle en el momento más inoportuno. Franco Salgado-Araujo alegó que su primo no se había opuesto a su nuevo destino, por lo que no hizo caso del enfado de su cuñada. Pero esta habló enseguida con su marido, quien llamó al día siguiente a su primo para decirle que tenía que volver junto a él porque había cambiado de planes. Así era de fuerte la influencia de la primera dama del régimen autoritario español.

Por aquellos años la Señora estaba encantada con tener cerca de su Paco a Ramón Serrano Súñer, que se convirtió en la segunda autoridad del país. Cuentan testigos presenciales que tanta era la admiración de doña Carmen por su cuñado que mandaba callar en público a su marido para prestar atención al político falangista: «Calla, Paco, y escucha lo que dice Ramón», era una frase que se oía con frecuencia en Salamanca y Burgos. Todo ello sin advertir el profundo desprecio que le profesaba Serrano Súñer, que comentó agriamente sobre Carmen sin piedad alguna: «Incluso su esposa, una fanática

terrible, que piensa simplemente que como es pura ya ha hecho todo lo que se le podía pedir, ejerce una influencia nefasta sobre su marido».

En el momento que Carmen advirtió que el poder y la inteligencia de su cuñado tornaban en amenaza al liderazgo de su marido, la admiración se transformó en odio cerval. Eso y su lío amoroso con la marquesa de Llanzol precipitaron la caída en desgracia de Serrano Súñer, ocurrida una vez terminada la guerra e instalados los Franco ya en Madrid, en el Palacio de El Pardo.

Por cierto que precisamente fue el «cuñadísimo» el que desaconsejó fervientemente al matrimonio que se instalaran en el Palacio Real al mudarse a la capital de España, una idea que encantaba a Carmen Polo en sus delirios de grandeza pero que hubiera supuesto una grave ofensa a los monárquicos que aún soñaban con el regreso del rey Alfonso XIII.

4. La Señora de El Pardo

La elección de residencia para el matrimonio Franco, una vez terminada la guerra, fue un capítulo que se dilucidó durante varios meses entre las diversas opciones existentes. El jefe de Estado, en una postura de soberbia alimentada por todos los que le aclamaban y elogiaban sin recato, encomendó a su primo Franco Salgado-Araujo que viajara a Madrid para preparar su instalación nada menos que en el Palacio Real. Una idea que Serrano Súñer consideró completamente descabellada al tener conocimiento de ella y que intentó enseguida quitar de la cabeza al Generalísimo. No fue fácil, porque, como ya se ha citado anteriormente, doña Carmen levitaba tan solo con la idea de ocupar el lugar de residencia de los reyes españoles desde hacía varios siglos.

Fue una tarea muy difícil para el cuñadísimo disuadir a Franco y a su mujer de que no podían establecerse en la residencia real. Franco se resistía con el argumento de que, si él era el jefe del Estado, le correspondía residir en el mismo lugar que habían ocupado antes el rey y el presidente de la República. A Serrano le costó mucho persuadir a la pareja de que con ese traslado se daría una mala impresión a la gente, ya que le verían como un vencedor ambicioso de poder y deseoso de instalarse en el mismo lugar que el monarca depuesto y que Azaña en la última etapa de presidente de la República. Serrano Súñer insistía con su cuñado en que él, como caudillo de un nuevo Estado y jefe de una revolución, no podía residir en un palacio que se identificaba con el epicentro de la decadencia española que había llevado al país a la Guerra Civil.

Tras arduas conversaciones y analizar pros y contras, Franco se resignó a no ocupar el palacio de la plaza de Oriente como vivienda habitual, aunque se reservó el derecho de usar el recinto en las ocasiones importantes de su mandato. Algo que hizo con frecuencia, sobre todo el gran balcón que da a la plaza, desde el que lanzó sus grandes arengas patrióticas y convocó las masivas manifestaciones de adhesión a su figura y al régimen político surgido del golpe militar del 18 de julio.

Comenzó entonces la tarea de buscar un castillo o palacio no muy lejano a Madrid para instalar la residencia de la familia Franco. Provisionalmente, el matrimonio y su hija se establecieron en el castillo de Viñuelas, un edificio

propiedad de los duques del Infantado que fue cedido gustosamente por sus dueños, mientras se llegaba a una solución definitiva y se encontraba una ubicación para la Jefatura del Estado. Serrano Súñer, entonces en pleno apogeo de su poder, sugirió la posibilidad de que se construyera un edificio nuevo, moderno y apropiado para albergar a la primera familia del país e incluso propuso el lugar: unos terrenos amplios, muy cerca de Madrid, antes de llegar al Palacio de El Pardo.

El argumento a favor de la construcción de la nueva residencia del jefe del Estado era, según el número dos del Régimen, que los monarcas o gobernantes que habían dejado construcciones hechas durante sus mandatos eran apreciados por los ciudadanos. Decía Serrano Súñer:

Carlos III es querido por todos los madrileños porque dejó muchas piedras. Dejar buenas piedras sirve mucho para que la historia recuerde con agrado a un personaje. El nuevo palacio recordará siempre a los españoles que el edificio preside un nuevo y esperanzador gran período de nuestra vida nacional que nada tenga que ver con el viejo régimen político que ha imperado en España y que nos llevó a la Guerra Civil.

Finalmente, la tesis del cuñadísimo no prosperó, a pesar de que a Franco empezó a gustarle la idea de construir una nueva residencia que pasara a la posteridad como obra suya. Se impusieron las propuestas del primo del Caudillo, Franco Salgado-Araujo, y de Julio Muñoz Aguilar, gobernador de La Coruña y jefe de la Casa Civil de su Excelencia, que aconsejaron a los Franco instalarse en el Palacio de El Pardo, un real sitio construido en tiempos de los Austrias como pabellón de caza y ampliado en tiempo de los Borbones. El primo Pacón y el responsable de la Casa Civil del jefe del Estado convencieron a Franco de que era la elección más conveniente. Se evitarían las suspicacias de los monárquicos, que apreciarían el que se reservara el lugar de residencia de la Familia Real española por si se restauraba la monarquía, y al mismo tiempo se elegía un lugar en el que Franco podría disfrutar de su afición a la caza sin tener que desplazarse lejos de su residencia habitual.

La instalación en El Pardo

Una vez tomada la decisión de establecerse en El Pardo, se comenzaron las obras de acondicionamiento del palacio. El edificio había sufrido desperfectos serios durante la Guerra Civil, durante la cual estuvo allí instalado el acuartelamiento de las Brigadas Internacionales. La rehabilitación del edificio fue profunda, pero desde el principio se dio un ritmo rápido a las obras, ya que corría prisa que todo estuviera dispuesto para que Franco y su familia pudieran mudarse lo antes posible desde el castillo de Viñuelas y establecerse allí de manera definitiva.

El 15 de marzo de 1940, tan solo seis meses después de la llegada de los Franco a Madrid, la familia del Caudillo arribó al edificio histórico, donde Carmen Polo pasó a ser la Señora. Nada de Carmina, ni doña Carmen ni otros tratamientos, ella dispuso que a partir del momento de la entrada en el Palacio de El Pardo, en el que viviría durante casi treinta y seis años, para dirigirse a ella había que llamarla Señora. Igual trato que se dispensa a los miembros de las familias reales y nobles cuando no se quiere usar el más protocolario de Majestad. Ni más ni menos. Fue en ese momento cuando la que había sido una jovencita de la alta burguesía del Principado de Asturias se transformó en la Señora de El Pardo.

El propio Francisco Franco fue el encargado de transmitir a todo el personal de servicio de El Pardo, incluidas las personas que ya formaban parte del núcleo más próximo al jefe del Estado desde hacía años y que habían tratado con asiduidad a doña Carmen, que para todos era obligatorio dispensar a su mujer el tratamiento de Señora. E incluso quiso imponer una ley, que se aplicaba en tiempos de la monarquía, por la cual había que interpretar el himno nacional, es decir la *Marcha Real*, a la llegada de la esposa del Generalísimo a un acto oficial.

Otro detalle que llama poderosamente la atención de aquel momento de la vida de los Franco es el interés de la pareja por establecer un sueldo para el nuevo jefe del Estado. La austeridad del Caudillo, que siempre se había aireado a los cuatro vientos como una de sus mayores virtudes, dio paso al interés por conocer cuál había sido la cantidad asignada al rey Alfonso XIII y a los presidentes Azaña o Alcalá Zamora para establecer sus propios emolumentos. Es de justicia reconocer que, dado el ruinoso estado de la

economía española después de la Guerra Civil, Franco renunció a percibir cantidades millonarias, y finalmente se estableció en 700.000 pesetas la asignación anual del jefe del Estado.

Alrededor de doña Carmen y a lo largo de tres décadas y media, ahora sí, se fue creando una auténtica corte semejante a la que acompañaba siempre a los miembros de la realeza allá donde iban. Los afectos y adhesiones a unos y a otros miembros de la nueva casta dominante se administraron desde el centro neurálgico de El Pardo. También allí se fraguaron las caídas en desgracia de algunos de los íntimos colaboradores de Franco, cuyas cartas de cese salían de los despachos, vía motorista, a sus domicilios particulares. Y en sus salas se organizaban semanalmente las meriendas y tés de la Señora, seguidas a veces de sesión de cine, a las que eran invitadas las esposas de los ministros franquistas y la flor y nata de la buena sociedad madrileña.

Historia del palacio

La residencia elegida finalmente por el matrimonio Franco para establecer su residencia está ligada a dos dinastías españolas: los Austrias y los Borbones. Y el palacio, cuya fachada principal alargada remata dos pabellones casi gemelos construidos en tiempos del emperador Carlos V y del rey Carlos III, está sobre todo lleno de recuerdos de monarcas, como Carlos IV, en cuya época sus estancias se llenaron de obras de Goya, que pasó mucho tiempo diseñando los tapices que embellecen hoy día sus paredes.

Una visita actual al palacio, que se usa ahora de residencia para los jefes de Estado que visitan oficialmente Madrid, da una idea de lo que fue ese lugar en los tiempos en que el genio aragonés andaba por los salones dejando una impronta que aún hoy se percibe. Goya tuvo el acierto de dejarnos a través de sus tapices y pinturas testimonio vivo de los personajes que se movían por el palacio, el blando e indolente Carlos IV, a quien no le interesaban los asuntos de gobierno, su frívola esposa, María Luisa de Parma, pendiente solo de presumir con sus atrevidos y escotados vestidos demasiado ajustados y juveniles para su edad, y el ambicioso Manuel Godoy, que llegó a la cima de su éxito al ser nombrado Príncipe de la Paz en pago de los servicios prestados a la soberana.

Los dos últimos reyes que habitaron el Sitio de El Pardo, Alfonso XII y Alfonso XIII, se ocuparon de restaurar algunos desperfectos de aquel lugar que frecuentaron con asiduidad. El primero se preocupó de reparar los frescos del techo de la estancia que usó su segunda esposa, María Cristina de Habsburgo, los días previos a su boda con el monarca español. Y en una de sus habitaciones, Alfonso XII expiró el 25 de noviembre de 1885, dejando a su esposa viuda y embarazada al frente de una larga regencia que tuvo que asumir hasta que su hijo cumplió la mayoría de edad.

El Palacio de El Pardo también fue el lugar de alojamiento de la princesa inglesa Victoria Eugenia de Battemberg la víspera de casarse con Alfonso XIII. Y con ocasión de su boda, para que su prometida se sintiera a gusto antes del día de la ceremonia, el monarca mandó acondicionar otros salones del palacio que se habían deteriorado con el uso, entre ellos el teatrillo en donde se celebraban conciertos y recitales de música así como representaciones de obras dramáticas.

Hay una nota curiosa a tener en cuenta al ver el resultado de las obras que se llevaron a cabo antes de la llegada de la familia Franco a su nueva residencia. Es la desaparición de toda huella del paso por el Palacio de El Pardo de los dos últimos monarcas españoles. Como si no hubieran estado nunca allí y el último rey que hubiera habitado el palacio hubiera sido Fernando VII. Aunque no se sabe bien a qué se debió ese empeño de borrar los vestigios de los dos últimos soberanos, cuya memoria formaba parte de la historia, es fácil suponer que lo que se trató de evitar es que el palacio recordara a los últimos Borbones que estuvieron en el trono, dado el mal recuerdo que dejaron en los ciudadanos. También se debió buscar el que se evitaran las comparaciones, siempre odiosas, entre los nuevos inquilinos del palacio y los dos miembros anteriores de la dinastía borbónica.

Lo que sí parece evidente es que la residencia elegida por la familia Franco para la nueva era inaugurada por el Generalísimo no era un lugar funcional ni el más adecuado para instalar el aparato del Estado. Cada una de las habitaciones de El Pardo era una pieza maravillosa, por la riqueza de su decoración, el mobiliario, la colección de relojes y tantos objetos de valor, pero era como estar instalados en un museo, en el que casi no se atrevían a tocar ningún elemento por temor a dañarlo o romperlo. El despacho mismo de Franco, enteladas sus paredes y sillones en color rojo, con una enorme esfera terrestre antigua y abarrotado de muebles históricos de los siglos xvii y xviii, era agobiante y poco práctico como lugar de trabajo. Aunque vivir en un sitio así debió parecer a doña Carmen lo máximo a lo que ellos podían aspirar, la verdad es que el ambiente en el que se desarrolló la vida de los Franco durante más de treinta y cinco años fue fiel reflejo de su espíritu pretencioso.

La guerra mundial lo complica todo

Los primeros años de vida en El Pardo, que tenían que haber sido para el régimen franquista de calma y recuperación después de la victoria de las tropas nacionales, se complicaron enormemente por el comienzo de la Segunda Guerra Mundial. Franco contaba con el apoyo económico de Alemania e Italia no solo para la reconstrucción de una España en ruinas por los daños de la guerra, sino también para poner en marcha algunos de los planes soñados por el Caudillo en sus delirios de grandeza de hacer del país una gran potencia naval que le ayudara a recuperar su imperio. Unos planes que se vieron frustrados a pesar de las promesas veladas a los alemanes de que esa nueva fuerza naval podría ponerse a su servicio en la contienda.

Lo peor de todo fue el choque emocional que debió sufrir Franco, vencedor de la cruzada contra el comunismo, cuando vio que su amigo Hitler pactaba con el peor de sus enemigos, Stalin. El gobierno militar español, en vista de los hechos, se declaró neutral en septiembre de 1939, una postura que lo situaba al margen de los bandos en guerra. Pero mantener la neutralidad no fue algo fácil para el general Franco, quien se vio asediado por las constantes demandas del régimen nazi de que España entrara en guerra o prestara una ayuda estratégica al ejército del Führer. Por el tira y afloja que mantuvo con los nazis para no enojarlos pero tampoco darles el apoyo que ellos solicitaban, Franco se ganó una merecida fama de ambigüedad, ya que su posición fue cambiando conforme evolucionaba la contienda hacia la victoria o el fracaso de las tropas del Eje.

De resultas de todo ello, Franco no gozaba de muy buena fama entre los mandatarios del Tercer Reich. Pero no solo era el Caudillo el blanco de las iras de los generales alemanes, como el todopoderoso Goebbels, que le consideraba un beato fanático, sino también su mujer, a la que el responsable de la propaganda nazi atribuía un gran poder: «[Franco] permite que España hoy día esté prácticamente gobernada no por él, sino por su mujer y su padre confesor. ¡Menudo revolucionario hemos puesto en el trono!».

Algo de razón tenía el influyente miembro del gobierno de Hitler sobre el papel preponderante de Carmen Polo desde el primer momento que el matrimonio Franco se asentó en el Palacio de El Pardo. Si bien es verdad que Carmen no se sentaba en la mesa del Consejo de Ministros ni hablaba

directamente con su marido de las leyes que había que aprobar en las reuniones de gobierno con sus colaboradores, la Señora de El Pardo sí fue la responsable de crear ese ambiente de moralina y beatería, de mujeres sometidas a la voluntad de sus maridos, como si eso fuera lo más natural, y de relegar el papel de la mujer al de mera comparsa del hombre.

Carmen Polo inundó los años de la posguerra española, en los que la preocupación inmediata de la población era comer y sobrevivir a las purgas políticas, de un tufo rancio a incienso y a sotana, y de unas normas hipócritas en las que había que guardar ante todo las apariencias y en las que toda diferencia de criterio con las reglas del régimen se interpretaba como una deslealtad que había que castigar con severidad y dureza.

Por aquellos años la mujer del Caudillo ideó crear una siniestra institución, que se llamó Patronato de Protección a la Mujer, que en realidad eran cárceles camufladas en las que se encerraba a todas las jóvenes descarriadas que se apartaban del camino de la moral al uso y de las buenas costumbres. Las familias de las pobres chicas las denunciaban para que en esos centros las metieran en cintura y corrigieran el rumbo equivocado que habían tomado sus vidas. Los padres conservaban la patria potestad hasta los veintitrés años, por lo cual el período de encierro se prolongaba hasta esa edad en la que las jóvenes eran ya mujeres hechas y derechos.

En algunos casos, las muchachas ingresaban en los centros del Patronato embarazadas, algo que había que ocultar a los ojos de amigos y vecinos, y se las mantenía encerradas hasta después de dar a luz, momento en que muchas de ellas, persuadidas de la pérdida del honor que suponía ser madre soltera, daban a sus hijos en adopción para evitar la vergüenza y el deshonor a sus familias.

Peor aún fue la práctica que comenzó inmediatamente después de terminar la Guerra Civil de dejar que las presas embarazadas y condenadas a muerte por pertenecer a partidos de izquierdas dieran a luz en las cárceles y después sus hijos fueran entregados en adopción a familias afectas a las ideas franquistas sin permiso de sus familiares. Las personas encargadas de llevar a cabo estos robos de niños actuaban convencidas —tal era su grado de fanatismo— de que estaban haciendo lo mejor para salvar a esas pobres criaturas de mujeres descarriadas al darlas en adopción a personas de bien y orden.

Aunque no se puede asegurar que estas prácticas se hicieran con el conocimiento explícito de la Señora de El Pardo, probablemente ella estuvo

al tanto de esas adopciones ilegales y éticamente reprobables que degeneraron más tarde en algo peor: el robo de recién nacidos en clínicas regentadas por religiosas, como la tristemente famosa sor María, en connivencia con ginecólogos poco escrupulosos que actuaban de cómplices en la operación.

Lo que sorprende enormemente es la absoluta impunidad con la que actuaron esas mafias, que engañaban a las madres recién paridas diciéndoles que sus hijos habían muerto al nacer y vendían por cantidades considerables a los bebés a familias pudientes, que podían permitirse pagar esas cifras para hacerse con ellos.

La muerte del padre de Franco

Las relaciones de Franco con su padre, a partir de que este abandonara a su familia y se uniera a Agustina Aldana, una mujer que lo acompañó hasta que exhaló su último suspiro, eran prácticamente inexistentes. Liberal y masón, dos de los pecados más odiosos para su hijo Francisco, don Nicolás adoptó la costumbre de criticar con dureza y poner en ridículo en público a su hijo, al que ya hacía objeto de sus burlas cuando era un niño por estar pegado siempre a las faldas de su madre.

El marino ya jubilado, según testimonio de personas de la familia como Pilar Jaraiz, hija de Pilar Franco, llamaba a su hijo Paquito «inepto» y comentaba que era para reírse que se considerara un estadista y un político de primera clase, como le hacían creer sus aduladores de turno. Al reconvenirle su compañera Agustina por decir esas cosas en presencia de sus nietos, el padre de Franco contestaba que «los niños, y su nieta mayor ya no era tan niña, debían escuchar que su hijo estaba completamente loco y nos tenía a todos nosotros en sus manos».

La salud del viejo marino se fue deteriorando, hasta que murió el 22 de febrero de 1942, en su piso madrileño. Unos días antes, Pilar llamó a su hermano a El Pardo para avisarle de que su padre estaba en las últimas. Él mandó a un médico militar a ver a don Nicolás y dio instrucciones precisas a su hermana de que en el momento que muriera le pusieran el uniforme de general y lo trasladaran al Palacio de El Pardo para velarlo.

Como no podía ser de otra manera, Pilar mandó buscar un sacerdote para que acudiera al domicilio del moribundo, que fue rechazado por Agustina y su hija. Después, el que llegó al piso fue el padre Bulart, capellán del general Franco, quien dio los óleos al padre del Generalísimo para que muriera en paz con el Señor. Durante todo este proceso, la mujer que había vivido durante treinta años como esposa de Nicolás, Agustina, fue sacada del dormitorio de su marido y apartada por la fuerza de su lado. Las «buenas costumbres» imperantes no podían tolerar que la concubina de aquel hombre, con la que había permanecido más tiempo que con su esposa, estuviera junto a él a la hora de su muerte. Ni que le dejaran el cuerpo de su compañero para velarlo y darle sepultura.

El cadáver de Nicolás Franco fue trasladado al Palacio de El Pardo,

donde se le veló toda la noche, y al día siguiente fue enterrado en el cementerio de la Almudena.

El Generalísimo cumplió formalmente como hijo con un padre que lo ignoró en vida y no se recató en expresar públicamente su desprecio hacia él, ridiculizándole como militar y manifestando su incredulidad de que alguien como él hubiera llegado a convertirse en el hombre más poderoso de España.

Agustina Aldana, gracias a las gestiones del mayor de los Franco, Nicolás, y también de Pilar, obtuvo una pensión de viudedad tiempo después de la muerte de su pareja de hecho. Y curiosamente, meses después del fallecimiento de su padre, Franco dictó una ley por la que se penalizaba el abandono del hogar de los padres y el desamparo en que dejaban a sus hijos.

La actitud de doña Carmen ante la muerte de su suegro fue de indiferencia total. Es más, seguro que pensó que la desaparición de don Nicolás les liberaba de un problema por sus continuas salidas de tono y emitió un suspiro de alivio al quitarse ese peso de encima.

El aislamiento del régimen. Surgen voces críticas

El final de la Segunda Guerra Mundial, con el hundimiento de los regímenes fascista y nazi, creó muchos problemas al régimen franquista no solo en el exterior, donde se recrudecieron las críticas al único gobierno similar a los anteriores que seguía en el poder, sino también en el interior, al alzarse algunas voces de políticos y militares en contra de la permanencia de Franco y a favor del retorno de la monarquía.

A la Señora de El Pardo, instalada más que nunca en el carácter providencial del régimen impuesto por su marido para salvar y proteger a los españoles, todo aquello le parecía un despropósito, y consideraba una imperdonable traición que alguien osara discutir el poder omnímodo de su Paco. El gobernar de una forma paternalista el país, como si de un inmenso cortijo familiar se tratara, era para ella la forma correcta de hacer las cosas, y no cabía sobre ese asunto discusión alguna.

En 1943, tres meses después de la constitución de la parodia de las Cortes franquistas, en las que sus integrantes eran designados a dedo y no elegidos democráticamente, un grupo de veintisiete procuradores recién incorporados escribieron una carta al dictador para instarle a restaurar la monarquía tradicional, que sería, según ellos, «el instrumento de suprema reconciliación entre los españoles». Su requerimiento recibió respuesta de forma indirecta en el discurso que el Caudillo pronunció ante el Consejo Nacional del Movimiento en vísperas del séptimo aniversario del alzamiento del 18 de julio.

«Cuando un pueblo como España ha pasado por los últimos y oprobiosos días de la monarquía liberal y bajo la República por los del Frente Popular, solo un régimen de autoridad y unidad puede salvarlo».

Eso fue lo que dijo Franco. Y por si no había quedado suficientemente claro, ese mismo día añadió la guinda al culpar a los responsables de «un vasto plan de acción, urdido por la masonería internacional, para, aprovechando las circunstancias apasionadas de la guerra, provocar en España situaciones de debilidad que la pongan de momento al servicio de intereses extranjeros y, posteriormente, en el mismo estado de aniquilamiento que se encontraba en julio de 1936».

La protesta no quedó solo en el ámbito político, sino que a Franco le aguardaba un poco más de la amarga medicina del descontento a su regreso del veraneo en el Pazo de Meirás. Ocho de sus tenientes generales más destacados le hicieron llegar una carta instándole a restaurar la monarquía en España y a dejar su puesto de jefe del Estado. En el escrito, los militares se identificaban como los compañeros de armas que le habían investido, hacía siete años, «con los poderes máximos en el mando militar y en el Estado». Los tenientes generales Dávila, Orgaz, Varela, Solchaga, Kindelán, Saliquet, Monasterio y Ponte reclamaban dotar a España de un régimen estatal «que refuerce el actual con aportaciones unitarias, tradicionales y prestigiosas inherentes a la forma monárquica».

«Parece llegada la ocasión de no demorar más el retorno a aquellos modos de gobierno genuinamente españoles que hicieron la grandeza de nuestra patria», era la coletilla final del escrito de la flor y nata castrense que había acompañado al Generalísimo en su recorrido reciente.

Fue un golpe durísimo para Franco que solo sirvió para que todos los firmantes recibieran su correspondiente correctivo y el jefe del Estado se reafirmara en su voluntad inamovible de seguir en el mando mientras «Dios le diera vida útil». Una voluntad apoyada de forma inquebrantable, cómo no, por la Señora.

El pretendiente al trono reclama sus derechos

Mientras se producían estas manifestaciones a favor de la restauración de la monarquía en España, Juan de Borbón, el hijo de Alfonso XIII depositario de los derechos dinásticos de la corona española, llevaba ya un tiempo reclamando a Franco el retorno del sistema monárquico. El problema entre ambos surgió enseguida, porque Franco exigió desde el principio que el candidato jurara los principios del Movimiento Nacional y aceptara la legalidad surgida del golpe militar del 18 de julio. El conde de Barcelona rechazó totalmente formalizar esa adhesión, ya que se contradecía con la neutralidad y no adscripción a un determinado partido que está en la base misma de la esencia de la monarquía. Y ahí empezó la historia de un largo antagonismo personal y político que llevó a Franco a nombrar sucesor finalmente, en el año 1969, a su hijo Juan Carlos.

En esos casi treinta años, el ocupante de la Jefatura del Estado por la fuerza de las armas y el rey *in pectore* pero nunca de hecho intercambiaron cartas en las que ninguno se movió un milímetro de su posición: don Juan defendiendo siempre el retorno de una monarquía constitucional en un régimen de plenas libertades democráticas; Franco, encastillado en defender lo indefendible de su legalidad como gobernante y empeñado en que era el hijo del último monarca, al que dejó caer sin piedad a pesar de lo mucho que le debía, el que tenía que aceptar sus inaceptables condiciones.

Don Juan movió todos sus peones durante esos años de frontal rechazo internacional al régimen franquista para tratar de conseguir que los países aliados vencedores de la contienda mundial se unieran y presionaran para derribar el régimen de Franco. Y estuvo a punto de conseguirlo, pero, al final, pesó más en los mandatarios extranjeros la condición de Franco como furibundo anticomunista, sobre todo en un momento en que Europa empezaba esa trágica etapa de enfrentamiento soterrado y feroz que se dio en llamar guerra fría.

Una vez que don Juan vio perdida la partida, y que los americanos, sin escrúpulos por apoyar a un sistema dictatorial y autoritario, empezaron a aceptar a Franco, escogió la vía del pacto para tratar de mantener abierta una puerta al posible retorno de la monarquía española. Franco y el conde de

Barcelona, a pesar de su feroz enemistad, se vieron en varias ocasiones para establecer las reglas que regirían la vida de don Juanito —hoy Juan Carlos I— en España.

Hay una anécdota sucedida durante una visita de la esposa del Caudillo a Lisboa que evidencia cómo doña Carmen, en el fondo, se sentía atraída por los representantes de la monarquía española, a pesar de que veía en don Juan y doña María a unos rivales que aspiraban a ocupar el trono de España y a desplazarla de su posición de poder e influencia en la que ella tan cómoda se sentía.

En febrero de 1958, durante una escala en Lisboa de su viaje a la isla de Madeira, la Señora recibió una invitación de la condesa de Barcelona para tomar el té en Villa Giralda. Doña Carmen, encantada al recibir la tarjeta junto con un ramo de flores enviado por el «pretendiente» don Juan de Borbón, acudió a la residencia de la Familia Real española en Estoril acompañada de su séquito. Durante una hora, doña Carmen y sus acompañantes permanecieron en Villa Giralda en animada charla, que giró en torno a la travesía del Atlántico proyectada por el conde de Barcelona con su velero *Saltillo*. Según la versión difundida por algunos de sus acompañantes, la Señora de El Pardo realizó una profunda reverencia ante don Juan y doña María, a los que dio el tratamiento de Majestad. Un gesto que obligó al resto del séquito, entre los que estaban el ministro de Asuntos Exteriores, Fernando María Castiella, y su mujer, a darles el mismo tratamiento.

Algunos monárquicos, al enterarse de lo ocurrido en Villa Giralda, interpretaron el trato de doña Carmen a los condes de Barcelona como un signo de que Franco iba a designar sucesor y futuro rey a don Juan. Tal era la influencia de la Señora en todos los ámbitos de la vida pública española.

La puesta de largo de Carmencita

Y mientras todo esto sucedía, ¿qué pasaba en el interior del Palacio de El Pardo? Pues doña Carmen seguía su vida como la mujer más influyente del país, tratando de poner al mal tiempo buena cara y ocupada en asuntos tan relevantes como la preparación de la presentación en sociedad de su hija Nenuca.

A finales de 1944, en uno de los momentos más difíciles por los que atravesó el régimen franquista, con todo el mundo en contra de la permanencia del militar español en su cargo, con la invasión por los Pirineos de un contingente de guerrilleros españoles procedentes de Francia, que trataron de empezar en el Valle de Arán la reconquista democrática de España, la máxima preocupación de doña Carmen era preparar la brillante puesta de largo de su hija Carmencita que había cumplido ese verano los dieciocho años.

Por aquel entonces, Carmen Franco Polo era ya una guapa jovencita, morena como su madre pero de un carácter diametralmente opuesto al de doña Carmen. Mimada por sus padres y por todos los que la rodeaban por ser la hija del Caudillo, a Nenuca —como la seguían llamando sus amigas íntimas y su propio padre— le hacía una ilusión tremenda esa presentación en sociedad que era ceremonia obligada para cualquier chica de buena familia que se preciara.

En su caso, el ser hija de quien era la obligaba a hacer un auténtico despliegue de poderío, y más teniendo una madre como la que ella tenía, pendiente siempre del brillo y oropel social. Poco importó a la esposa de Franco y a él mismo el momento de miseria y escasez que atravesaba la población española. Ni tampoco las amenazas y la inseguridad que se cernían sobre el régimen, que se veía acorralado por los mandatarios de los países vencedores de la guerra europea. En vísperas de la Navidad, el día 22 de diciembre para ser exactos, el Palacio de El Pardo se iluminó como un ascua para celebrar la puesta de largo de la «ninísima», como se llamaba entonces a Carmencita.

Ataviada con un traje blanco de tul y encaje, luciendo un espléndido collar de perlas y acompañada de otras nueve jóvenes de su misma edad pertenecientes a familias conocidas, Carmencita celebró por todo lo alto su

entrada en la vida de sociedad, en la que su objetivo primordial sería conseguir un buen novio y casarse con un buen partido, a poder ser miembro de la aristocracia o de la alta sociedad.

Los grandes capitostes del régimen —Girón de Velasco y Esteban Bilbao, presidente de las Cortes, entre otros— estaban allí, al lado de Franco, que miraba embelesado a su única hija, ataviado con el uniforme de gala de capitán general de la Armada que usaba en las grandes ocasiones quizá para superar su frustrada vocación de marino.

Entre las jovencitas que acompañaron a Nenuca estaban su prima Mercedes Jaraiz Franco, hija de la hermana de Franco, Pilar, Belén Careaga Muguero, de la alta sociedad vizcaína, María del Carmen Suanzes, hija del ministro e íntimo amigo de Franco Juan Antonio Suanzes, Elena Giménez Caballero, hija de uno de los más enfervorizados ideólogos del régimen, Ernesto Giménez Caballero, y Soledad García Conde, hija de la íntima amiga y compañera de colegio de doña Carmen, Lolina Tartiere.

Esta última ha contado a la autora algunos recuerdos que tiene de aquella noche: «La fiesta fue magnífica, se prolongó hasta la madrugada y fue el acontecimiento social de la temporada. Recuerdo que había una orquesta tocando música de baile y actuaciones de artistas como Raquel Rodrigo, Gracia de Triana, Miguel Ligeró, Roberto Rey y otros. Lo pasamos estupendamente».

Las crónicas de la prensa rosa, un tanto almibaradas, elogiaron la sencillez del traje de Carmencita, salido del taller de Cristóbal Balenciaga, que vestía por aquel entonces a la buena sociedad madrileña, a la que atendía en su taller de la Gran Vía. Y los gacetilleros contaron que, después del desfile de las debutantes y de bailar sin parar durante horas, los invitados pasaron al teatro del Palacio de El Pardo para disfrutar con las actuaciones de los cantantes y bailarines antes mencionados.

La cena se sirvió ya tarde, y entre las viandas que se ofrecieron a los invitados no faltaron el caviar, el jamón serrano y el champán francés. Fue un auténtico derroche organizado por la dueña y señora de El Pardo.

Solo una cosa no resultó como doña Carmen hubiera querido. Fue la ausencia de los grandes nombres de la aristocracia de solera, como Cayetana de Alba y otros jóvenes pertenecientes a las familias nobles del solar patrio. Según algunas fuentes, doña Carmen intentó que se celebrara la puesta de largo de su hija junto a la de la hija única del duque de Alba, el título más grande y paradigmático de la nobleza española. Pero, por lo que se ve, el

intento fue vano. En aquellos tiempos de incertidumbre, los aristócratas prefirieron quedarse en sus palacios. Estaba muy reciente aún la reclamación de los veintisiete procuradores de las Cortes franquistas para que Franco dejara su puesto y restaurara la monarquía, encabezada por el duque de Alba.

Un gesto caritativo con los pobres

Como no podía ser de otra manera, a la suntuosa fiesta de El Pardo le siguió otra de carácter benéfico para que se notara que la familia Franco era caritativa y se acordaba de compartir su celebración con los más desfavorecidos. Así que, al día siguiente, la hija de Franco y un grupo de las amigas que habían estado con ella en el sarao de la noche anterior acudieron al Asilo para Ancianos Desamparados que tenían las Hermanas de la Caridad, conocidas también como Hermanitas de los Pobres, y sirvieron personalmente un almuerzo a 350 viejecitos acogidos en la institución.

El obispo de Madrid y patriarca de las Indias Occidentales, monseñor Eijo-Garay, presidió el acto, en el que se ofreció un menú consistente en sopa de pescado, arroz con pollo y cigalas, ternera asada con patatas, fruta, pasteles, vino, café y coñac. Un banquete pantagruélico para aquellos viejitos, que además recibieron caramelos las mujeres y cajetillas de tabaco los hombres.

Pero la cosa no quedó en eso. Carmencita, que acababa de recibir como obsequio un coche Fiat «Topolino» por su cumpleaños, decidió entregarlo a Eijo-Garay para que lo vendiera y lo que obtuviera lo repartiera entre los pobres de Madrid, que, por cierto, en aquellos tiempos eran muchísimos... También informó el obispo a los periodistas convocados quién había regalado el automóvil a la hija de Franco: nada menos que la hija del correligionario de su padre, el dirigente fascista italiano Benito Mussolini, quien mantuvo una estrecha amistad con el Caudillo y con el que simpatizaba mucho más que con el Führer, de carácter seco y poco simpático.

El almuerzo ofrecido a los ancianos de Madrid no fue un gesto aislado. En otras capitales de provincia, como Toledo y Zamora, se distribuyeron también alimentos y ropa para los más necesitados e incluso dinero donado por los dignatarios eclesiásticos para socorrer a los pobres. El régimen llegó aún más allá en su magnanimidad y, según cuenta el historiador Fernández Santander en su biografía de Franco, en Burgos se distribuyó un aguinaldo especial entre todos los considerados «rojos» en situación de libertad vigilada consistente en arroz, garbanzos, castañas, turrón, vino, sardinas y un cigarro puro para los hombres. Y además, Franco dio un donativo para que algunas familias de presos pudiesen rescatar bienes empeñados para poder seguir

viviendo.

Como colofón, un detalle revelador. A partir de su puesta de largo, la hija de Franco dejó de ser para todos Nenuca o Carmencita para ser llamada tan solo Carmen. O doña Carmen, como su madre, la Señora de El Pardo.

La visita de Eva Perón

En 1947, plena época de aislamiento internacional de España, con los embajadores extranjeros retirados de Madrid, excluida del Plan Marshall que los americanos pusieron en marcha para reconstruir Europa y vetada en la ONU, el gobierno de Franco estaba más solo que nunca. Y pese a propugnar una fórmula para sostenerse sin ayuda exterior —la autarquía—, la situación de la población española era desesperada, ya que un par de años de pertinaz sequía provocó que las despensas quedaran vacías y que la gente pasara hambre extrema.

Solo un país acudió en ayuda de España, la República Argentina, regida por el general Juan Domingo Perón y su esposa Eva Duarte, cuyo papel de primera dama iba mucho más allá del habitual de las consortes de los gobernantes. Ella había sido actriz de cine y de radio, era muy guapa y atractiva, y apoyó sin fisuras el programa de lo que se convirtió más tarde en todo un régimen, el peronismo, que llegó a ser un referente a imitar por muchos de sus sucesores. Argentina se negó a la hegemonía estadounidense, lo que supuso un problema para Washington, que vio cómo Perón y Evita actuaban según sus propias reglas.

El presidente argentino fue el único que se atrevió a defender a Franco en la Asamblea General de Naciones Unidas y también el único que se saltó el bloqueo contra España al mandar generosas cantidades de trigo y carne de su país para paliar el hambre de los españoles. No había dinero en las exiguas y casi vacías arcas del Banco de España para pagar los víveres argentinos, por lo que el régimen franquista insistió en invitar a la primera dama a visitar España para poder expresarle su gratitud personalmente.

Ella aceptó finalmente venir a España en junio de 1947, dentro de una gira europea que denominó del «arco iris», y que incluyó también a Italia, Portugal, Francia y Suiza, terminó con visitas a Brasil y Uruguay. Dentro de las condiciones previas que se pactaron estaban el que ella recibiría trato de jefa de Estado y que se alojaría durante su estancia en Madrid en El Pardo, residencia oficial del jefe del Estado español. De lo que se trataba era de que el general Perón estuviera seguro de que su esposa, la líder indiscutible de los «descamisados» argentinos, a los que ella sacó de la miseria, iba a ser tratada de forma espectacular e inolvidable.

Del 8 al 24 de junio, Eva Duarte de Perón permaneció en territorio español, en una larga gira triunfal que la llevó por varias capitales de provincia, como Toledo, Segovia, Sevilla, Granada y Barcelona. El régimen franquista se aplicó hasta el fondo en motivar a la población española para que saliera a la calle a recibir a su benefactora. Y lo consiguió. Decenas de miles de personas con banderitas españolas y argentinas cubrieron en Madrid el recorrido desde el aeropuerto de Barajas hasta el Palacio de El Pardo, aclamando al matrimonio Franco y a la señora de Perón de forma entusiástica.

Fue una apoteosis sin precedentes ver a tantos ciudadanos de la empobrecida España llenar las calles y plazas por donde iba a pasar esta peculiar defensora de los pobres y de los derechos de la mujer que hizo un auténtico alarde de joyas valiosísimas, modelos de alta costura, sombreros espectaculares, zapatos de alto tacón y guantes hasta el codo, en su gira por el país.

En una recepción celebrada en el Palacio Real, Evita recibió la Gran Cruz de Isabel la Católica de manos de Franco. Después salió al balcón principal junto con el matrimonio Franco para dirigirse a la muchedumbre congregada a sus pies para verla. Sus discursos, pronunciados de forma vehemente y persuasiva, entusiasmaban a la multitud, que se quedaba fascinada con aquella señora rubia, ataviada a veces con costosos abrigos de piel totalmente innecesarios en el cálido mes de junio madrileño.

Sé que mi presencia no colma vuestros anhelos. Deseabais os visitara el general Perón, quien en horas amargas de vuestra vida nacional se presentó ante el mundo batallando por los fueros de España, con la valentía de hijo bien nacido que se juega entero por su madre.

La defensora de los humildes, como se le llamaba, encandiló a los prebostes del régimen, incluido el propio Franco, hasta el punto de que se rumoreó en aquellos días que la propia Carmen Polo, oficialmente la mujer más elegante de España entonces, se sintió celosa y un poco ninguneada ante la arrolladora figura de Evita. Aunque la Señora de El Pardo hizo un alarde para quedar bien ante la espectacular Evita, sacando de armarios y cajas fuertes sus mejores vestidos y joyas, la argentina eclipsó a la mujer de Franco, siempre recatada y mojigata en sus estilismos. La competición entre las dos primeras damas, si es que la hubo, fue ganada ampliamente por la joven y bella Eva Duarte, que no solo lució palmito en su visita, sino que supervisó cómo se distribuían los alimentos enviados por su país entre las

capas más pobres de la población española.

Según testimonios de allegados a la primera dama argentina, Eva Duarte no se sintió en absoluto cómoda con doña Carmen, de quien dijo que lo único que quería era enseñarle el Madrid de los Austrias y de los Borbones en lugar de los hospitales públicos y los barrios de los obreros.

A la mujer de Franco no le gustaban los obreros y cada vez que podía los tildaba de «rojos» porque habían participado en la Guerra Civil. Yo me aguanté un par de veces hasta que no pude más y le dije que su marido no era un gobernante por los votos del pueblo sino por la imposición de una victoria. No le gustó a la gorda.

Como epílogo del viaje de Evita, que fue un éxito total, decir que años más tarde la relación se enturbió a causa de varios incidentes hasta llegar al borde de la ruptura, cuando Franco firmó el primer acuerdo con Estados Unidos. Un gesto que disgustó mucho a Perón y le llevó a criticar duramente a su antiguo aliado.

El Valle de los Caídos

La idea de levantar un gran monumento para honrar a los caídos durante la pasada contienda nació como proyecto en la mente del general Franco probablemente cuando aún no había terminado la Guerra Civil. El día 1 de abril de 1940, después de presidir el primer desfile militar conmemorativo de la Victoria franquista, el Caudillo explicó a un grupo de generales sus planes para construir un mausoleo en un paraje de la sierra de Guadarrama conocido como Cuelgamuros. Y hacia allí se trasladaron los invitados al almuerzo, militares, ministros del Gobierno, altos cargos del Movimiento y diplomáticos, para presenciar el acto de fundación del Valle y la explosión del primer barreno que daba paso a las obras de construcción del mausoleo y la cripta que albergarían los restos de los fallecidos en la guerra, pero solo de los del bando franquista.

Los planes eran que el año siguiente estaría terminada la cripta y en tres años más los edificios y jardines que rodearían al monumento. Una utopía, pues al final necesitó veinte años para ser concluido, un tiempo en el que Franco supervisó personalmente las obras con frecuentes visitas al lugar. Su megalomanía se concentró en las de la basílica detrás de cuyas paredes se prepararon los nichos para albergar los restos —muchos de ellos sin identificar— de decenas de miles de víctimas de la guerra civil más cruenta ocurrida en España. Lo que quería Franco era dejar una huella gigantesca que perpetuara en los siglos venideros su victoria en la contienda civil que dejó una ingente lista de muertos y desaparecidos.

El monumento del Valle de los Caídos, en cuya construcción participaron presos políticos del bando republicano y otros comunes que querían reducir pena, costó, según documentos de la época, una suma equivalente a 200 millones de dólares, mucho más dinero del presupuestado, y no fue inaugurado hasta el año 1959.

El 1 de abril de ese año, vigésimo aniversario de la victoria de Franco sobre las tropas republicanas, se inauguró el conjunto monumental de Cuelgamuros con toda la pompa y boato del régimen franquista. Fue una oportunidad para que el Caudillo proclamara de nuevo el carácter de cruzada de la contienda y rechazara que se denominara simplemente guerra civil.

Franco estaba contento con su monumento, que, en su interior, él

equiparaba nada más y nada menos que al monasterio de El Escorial que Felipe II levantó para celebrar su victoria sobre los turcos infieles.

5. Una semblanza de la Señora

La imagen que la mayor parte de la opinión pública conserva en la actualidad de Carmen Polo dista mucho de ser positiva y ejemplar. Se conoce mucho más su faceta de mujer ambiciosa, amante de la ostentación y las joyas, con unos aires de grandeza que trataban de imitar los modos y maneras de los personajes de la realeza, y cabeza visible de una corte que se creó a su alrededor en el Palacio de El Pardo, que cualquier otro rasgo amable de su carácter, como el de mujer familiar que volcó gran parte de sus desvelos primero en su única hija, Carmencita, y después en sus siete nietos.

Lo cierto es que casi ninguno de los testimonios que se conservan de las personas que la trataron —amigos, familiares y allegados— hablan de ella como una mujer amable, cálida, sencilla y generosa con los demás. Más bien la describen como una persona exigente, de gustos exquisitos, poco simpática, de carácter altanero y con tendencia a mirar por encima del hombro a los que estaban por debajo de ella, es decir, prácticamente a todos los que la rodeaban y estaban a su servicio. Esa característica de su personalidad, el tratar con distancia y cierto desapego a los que estaban cerca de ella, se fue acentuando con los años, cuando se produjo su encumbramiento y se vio rodeada de una legión de aduladores dispuestos a satisfacer cualquiera de sus deseos.

Una visión en positivo

Mayte Spínola, artista plástica descendiente de una familia monárquica y aristocrática extremeña que hizo una buena amistad con doña Carmen, a pesar de la diferencia de edad entre ellas de más de cuarenta años, ha sido una de las pocas personas que ha accedido a hablar con la autora de su relación con la mujer de Franco. Mayte, casada con uno de los hermanos Barreiros, Graciliano, conoció a los Franco por la estrecha relación de la familia de su marido con el Generalísimo y su esposa y congenió desde el primer momento con doña Carmen, a la que visitó con asiduidad en el Palacio de El Pardo.

Fue una amistad peculiar en la que la entonces jovencísima mujer del consejero delegado de la factoría de motores Barreiros Diésel ponía al día a la Señora de lo que se cocía en la buena sociedad madrileña. A pesar de que su familia era partidaria de don Juan de Borbón y su padre formaba parte del círculo de nobles que rodeaban al conde de Barcelona, ella no tuvo ningún problema en ser amiga de la esposa del hombre que impidió reinar al legítimo heredero de la Corona española.

Mayte Spínola ha abierto las puertas de su casa a la autora para describir, desde el cariño que la unió a ella, algunos rasgos del carácter y la forma de ser de Carmen Polo. Su punto de vista es positivo, lo que ayudará a tener una visión más completa de una mujer controvertida.

«Doña Carmen era una gran señora, una persona de gran humanidad, muy educada y atenta. Yo la quise mucho».

La pintora admite, sin embargo, que no era una persona de la que se pueda decir que poseyera una especial simpatía en el trato.

«No era una mujer cálida o acogedora en absoluto. Lo que pasaba es que ella era una mujer tremendamente elegante, tenía un gran porte y, al ir tan rígida andando, te daba sensación de altivez, pero luego ella no era así en absoluto. Era solo una impresión que daba por el hecho de ser una mujer muy distinguida. Su físico le condicionaba para dar esa sensación, tenía un cuello largo y estilizado... pero era una gran señora y prueba de ello es el título que nuestro rey le concedió después de la muerte de su marido: señora de Meirás. Le pudo haber dado un marquesado o cualquier otro título nobiliario, pero no, le dio el que más le iba, el de señora de Meirás».

Mayte habla con gran emoción de la mujer de Franco, a la que empezó a

tratar a raíz de su matrimonio con un Barreiros. Tenía diecinueve años cuando se casó con Graciliano, diecisiete mayor que ella, y desde entonces rara era la semana que no coincidía con el matrimonio Franco en alguna de las cacerías que organizaban los Barreiros y otros hombres importantes del régimen así como el propio jefe del Estado español.

«Hubo un buen *feeling* desde el principio. Doña Carmen venía solo a almorzar, ella no cazaba, y ahí empezamos a hablar y a establecer nuestra amistad.

Es verdad que había una gran diferencia de edad, yo estaba generacionalmente entre la hija de doña Carmen y su nieta. Sin embargo, desde el principio nos caímos bien, quizá por mi forma de ser, ya que yo siempre he estado abierta a personas de todas las edades. Fue un momento de mi vida en el que me tocó relacionarme con gente mucho mayor que yo, normalmente era con los padres de mis amigos e incluso con los abuelos con los que me movía, porque ellos eran los responsables de las empresas que tenían relación con mi marido, consejero delegado de Barreiros».

Pero no eran solo esos hombres de negocios, ministros y personajes influyentes los que conformaban el universo de Mayte Spínola. Ella compaginaba ese mundo oficial con el del arte, ya que surgieron entonces sus inquietudes artísticas que más tarde cuajaron en una brillante carrera como artista plástica y promotora de arte.

«Después de conocernos y simpatizar en las cacerías, doña Carmen me empezó a invitar a merendar a El Pardo, donde coincidía con doña Ramona, la mujer de don Camilo Alonso Vega, ministro e íntimo amigo de la infancia de Franco. Se servía una merienda cena y luego veíamos cine en el salón destinado a ese fin en el palacio. A ella le encantaba que le contara cosas de lo que pasaba en la sociedad madrileña, que le dijera con quién andaban sus nietas. En esos momentos, Mary Carmen, la mayor, empezaba a salir, a ir a guateques, a verse con su novio Jaime Rivera; todo ese ambiente de la gente joven le interesaba, le divertía mucho lo que yo le pudiera contar».

También le entretenía mucho lo que yo le narraba de las personas de mi mundo, de los artistas, de mi vida, mis viajes al extranjero, en donde conocía a personas como Valéry Giscard d'Estaing o Fidel y Raúl Castro, de los que le contaba anécdotas de cuando viajaba con mi marido a Cuba, isla en la que los Barreiros establecieron fábricas de sus motores diésel».

Con el tiempo, la amistad de Mayte Spínola con doña Carmen se hizo extensiva al propio general Franco, con el que la pintora hablaba de arte, ya

que él también era aficionado a la pintura.

«A Franco le encantaba recordar sus años de batallas en la guerra de África. Le gustaba hablar de sus hazañas junto a Millán Astray, todo lo que tenía que ver con su etapa de militar en activo. Sobre su faceta de pintor, un día comentamos una de sus pinturas, un cuadro que refleja una liebre que es extremadamente larga, algo que él atribuía a que tardó mucho en pintarla, y como era sacada del natural y la pieza estaba colgada, fue descolgándose con el paso de los días. Yo le hice una broma, con la que se rio mucho, pues le dije que era una liebre del Greco por lo alargada de la figura».

Mayte Spínola defiende a capa y espada al matrimonio Franco, a los que define como una pareja humanamente estupenda, cariñosa y comprensiva, a pesar de que ella provenía de una familia monárquica, partidaria de que don Juan fuera rey.

«Yo les contaba mis historias con los artistas, que no eran precisamente partidarios de Franco, mi amistad con Joan Miró, que fue mi maestro, y ellos estaban encantados de oírme hablar de todo eso, no había ningún problema. Es verdad que cuando hablaba de la pintura de Miró, ella expresaba su opinión de que no le gustaba el pintor mallorquín, pero eso no creaba problemas entre nosotras. Podía hablar de lo que quisiera e incluso a ellos les interesaba saber qué pensaban personas que no tenían sus mismas ideas».

Cuando se plantea la posibilidad de que la conversación entre ellos tratara de temas políticos, la artista plástica es tajante.

«De política no hablábamos nunca. Yo creo que doña Carmen no se metió en política porque Franco no aprobaba que las mujeres se metieran en política ni opinaran sobre esos asuntos. Pero era lo normal en aquella época», razona Mayte.

«Ningún hombre dejaba que su esposa se metiera en su terreno y ni mis cuñadas ni yo sabíamos lo que pasaba en la empresa Barreiros por lo que nos contaban nuestros maridos, sino que lo poco de lo que nos enterábamos era por lo que publicaba la prensa de entonces».

La afición a las joyas

Que a doña Carmen le gustaban las joyas es algo que no tiene discusión, pero que esa afición por las alhajas sobrepasaba lo normal para convertirse en una auténtica obsesión por coleccionarlas y adornarse de forma excesiva con ellas es algo que sus detractores siempre han subrayado y sus partidarios han tratado de minimizar.

Sobre esta afición a las joyas de la Señora hay una oscura leyenda que incluye el rumor de que, en su época, los joyeros de Madrid hicieron un acuerdo sindicado para costear entre todos las pérdidas que suponían los regalos o donaciones que se hacían obligatoriamente a la primera dama en las frecuentes visitas a sus establecimientos. Al parecer, una de las íntimas amigas de doña Carmen, Pura Huétor, se pasaba por adelantado a ver a los joyeros y les dejaba caer la conveniencia de que obsequiaran o rebajaran sensiblemente el precio de las piezas que gustaran a la mujer de Franco, como detalle a una persona de tan alta posición.

Los propietarios de las elegantes tiendas frecuentadas por doña Carmen, los Aldao o los Pérez Fernández, nunca han confirmado esos rumores, pero sí han hablado de esos trapicheos abiertamente algunos de los allegados del propio jefe del Estado. Es el caso del general Franco Salgado-Araujo, quien en su libro *Mis conversaciones privadas con Franco* alude a la marquesa de Huétor en términos muy críticos por «las trapisondas que dicha señora hace con joyeros y comerciantes para conseguir que hagan regalos a la señora de S. E.».

Lo que está claro y nítido, porque para eso están las fotografías y reportajes de la época, es la costumbre de la mujer de Franco de ir habitualmente muy enjoyada, con su eterno collar de perlas de varias vueltas de muy buen tamaño y de excelente calidad que le hizo acreedora del apodo de «la Collares». En su atuendo tampoco faltaban los pendientes, con frecuencia también de perlas, a juego con el collar que usaba siempre, los anillos de piedras preciosas encajados en los dedos de sus largas y finas manos, las pulseras que cubrían sus delicadas muñecas y relojes de alta gama de materiales preciosos. Eso, en el día a día, porque en las ocasiones especiales, la ostentación era muy superior, al lucir ella y su hija tiaras espectaculares que no tenían nada que envidiar a las que lucían reinas y

princesas e incluso los marajás indios y sus esposas, las maharanís, en fiestas dignas de *Las mil y una noches*. Y todo ello en una época de la historia de España en la que la población tenía que contentarse con los escasos alimentos que se repartían por medio de las cartillas de racionamiento, que ni siquiera estaban al alcance de todos los ciudadanos.

Todo el que quiera ver y comprobar cómo eran las joyas de la Señora y las que más tarde lució su hija Carmencita no tiene más que buscar en la red las imágenes de doña Carmen Polo en las cenas oficiales que se celebraron en el Palacio Real, con motivo de alguna de las escasas visitas de los jefes de Estado que se arriesgaban a venir a Madrid y a aparecer junto al dictador. O en la boda de Carmencita con el marqués de Villaverde, en la que la hija de Franco lució una diadema de brillantes y perlas espectacular, más propia de una princesa de sangre real que de la hija de un general que ascendió a la Jefatura del Estado de un régimen autoritario mediante un ilegal y violento golpe de Estado. Tampoco hay que pasar por alto la diadema de esmeraldas y brillantes que regaló la Señora a su nieta mayor, Mary Carmen, con motivo de su boda con Alfonso de Borbón, en la que su abuela combinó de forma peculiar el atuendo clásico de peineta y mantilla con una tiara de piedras preciosas digna de la mismísima emperatriz de China.

El nieto mayor de doña Carmen, Francis, defiende a su abuela en el libro recientemente escrito sobre el Caudillo *La naturaleza de Franco*. Y lo hace con firmeza para desterrar lo que él cree ser solo prejuicios.

La percepción que hoy tienen los españoles de Carmen Polo no puede ser más errónea. Los medios se han encargado de propagar una serie de clichés que considero terriblemente injustos. Además de la collares, expoliadora de joyerías, a menudo la retratan como un ser intrigante.

Una afirmación la de Francis que contrasta con lo que cuenta en su libro acerca de la firme negativa de su abuelo, el Generalísimo, a que su esposa cambiara varias de las valiosas alhajas que había recibido con motivo de sus bodas de oro por un diamante al que ya le había echado el ojo en una de sus joyerías favoritas, que estaba valorado en unos 8 o 9 millones de pesetas. Para efectuar el trueque, la Señora pidió a su esposo el dinero que había que poner, además de entregar las otras piezas regaladas, dado el alto valor de la piedra preciosa. El dictador, que no era precisamente despilfarrador en temas de dinero, se lo negó con una frase ciertamente ilustrativa: «¿Cómo se te ocurre comprarte una cosa así? Nosotros no tenemos posición para comprarnos ese diamante». A doña Carmen, la objeción de su marido le

frustró el capricho de aumentar su colección de alhajas con un solitario de gran tamaño y valor.

Jimmy Giménez-Arnau, marido de Mery, una de las nietas de doña Carmen, cuenta en su libro *Yo, Jimmy* la impresión que le causó descubrir una auténtica cámara del tesoro en su primera visita a la casa de la señora de Meirás, cuando era novio de la hija de los marqueses de Villaverde. Jimmy describe el momento en que alguien de la familia, no su futura esposa, le introdujo en un cuarto de unos cuarenta metros cuadrados, cuyas paredes estaban cubiertas por armarios estrechos entelados que iban del suelo al techo. Su guía tiró de una de las puertas al azar y descubrió el interior enteramente compartimentado en cajones que al abrirlos dejaban al descubierto una serie ingente de alhajas amontonadas.

En aquel cajón... había una mezcla desordenada de joyas: collares, diademas, pendientes, guirnaldas, broches, camafeos y todo con lo que sueña un cazador de fortuna. De seguido, tras cerrar este cajón, se abrió otro en el otro lado de la habitación y volvieron los destellos de perlas, aguamarinas, brillantes, diamantes, oros y platas... allí reposaba parte de la colección privada de la Señora, que, de seguro, habría enloquecido al joyero más equilibrado.

La cueva de Alí Babá que describe el escritor y periodista solo se puede entender en el contexto de una España corrupta, en la que para obtener prebendas y favores de los poderosos había que pagar un peaje. Y como era pública y notoria la afición desmedida de la esposa de Franco por las alhajas, cualquiera que deseaba obtener una licencia o un permiso para instalar cualquier tipo de negocio sabía que había que complacer a la Señora para tener en ella una aliada que le apoyara en su demanda.

Así que, si es cierta la descripción de la cueva del tesoro de Giménez-Arnau y no fruto de su imaginación, hay que deducir que la afición por las joyas de la mujer de Franco no es una quimera inventada por sus detractores, como dice su nieto Francis, sino una realidad que supera lo imaginado por cualquier autor de ficción.

El historiador gallego Carlos Fernández Santander, autor de una completísima biografía crítica de Francisco Franco, relató a la autora cómo era el *modus operandi* de la Señora.

«Ella lo hacía todo con disimulo. Cuando iba a un acto, a inaugurar un lugar, le hacían regalos cuantiosos, algunos de 300.000 o 400.000 pesetas. Alguien del séquito le decía a los dueños del negocio que iba a inaugurar que

era costumbre que se le hiciera un regalo a la Señora y, por supuesto, se lo hacían. A veces eran joyas y otras veces, objetos valiosos.

»Pero lo que verdaderamente le gustaba a doña Carmen era irse de viaje con una amiga suya a un pueblo de Portugal, a la joyería Gomes de Poboia de Varzim, a comprar joyas como inversión. Iba mucho a esos viajes con Inés Lastres, madre de José María Otero Lastres, una señora que tenía mucho dinero, casada con un notario».

El historiador gallego, que posee una biblioteca de 7.500 volúmenes dedicada íntegramente a la historia del siglo xx que ocupan las paredes de todas las habitaciones de su casa de La Coruña, excepto cocina y cuarto de baño, ha dedicado gran parte de su tiempo a recopilar testimonios de sus paisanos gallegos que luego vuelca en sus libros, escritos con rigor y minuciosidad.

«Muchos regalos que le hacían a doña Carmen los regalaba a su vez a familias que celebraban una boda y así cumplía con ellas sin gastar ni un duro. Uno de los regalos que habitualmente hacía Franco era una pitillera con el escudo de los dragones que empezó siendo de plata y después, por ahorro, pasó a ser de alpaca».

«Eran muy tacaños», añade Fernández Santander, quien precisa que «Franco era muy austero consigo mismo, pero el resto de las personas que le rodeaban vivían de otra manera muy cerca de él. A doña Carmen le gustaba regatear cuando iba de compras, algo que no era muy digno en una persona de su nivel».

El propio historiador, sin embargo, afirma que se ha exagerado a veces sobre el afán de la Señora por obtener regalos valiosos sin pagarlos.

«Doña Carmen tenía fama de aprovechada a la que le gustaba el lujo y el dinero.

»Pero, por ejemplo, cuando iba a la fábrica de Sargadelos, porque era una fanática de la cerámica de Castro, sobre todo de la antigua, siempre pagaba lo que compraba allí. El responsable de la fábrica, ubicada cerca de Meirás, Isaac Díaz Pardo siempre defendió el comportamiento de doña Carmen cuando iba a su tienda y aseguró que abonaba el importe de las piezas que se llevaba. Una actitud que sorprende de alguna manera, ya que a su padre le dieron el paseo y lo fusilaron los franquistas a principios de la Guerra Civil, exactamente el 18 de agosto de 1936, el mismo día que mataron a Lorca».

La única persona que quita importancia a la desmesurada afición de

Carmen Polo por las alhajas es Mayte Spínola.

«A doña Carmen le gustaban las joyas, es verdad, pero como a cualquier mujer, las alhajas son parte de la indumentaria femenina. Además, ella tenía que arreglarse de acuerdo con su rango de mujer del jefe del Estado para cumplir adecuadamente con su labor de representación.

La afición a las antigüedades

Otra de las aficiones más conocidas de la Señora eran las antigüedades.

José Antonio Vaca de Osma, diplomático e historiador que ocupó el puesto de gobernador civil de Ávila en los años sesenta, cuenta una anécdota divertida que ocurrió durante una visita de doña Carmen Polo a la ciudad castellana.

«Doña Carmen vino a hacer una visita oficial a la ciudad y después se acercó a casa a descansar antes de emprender el regreso a Madrid. Desde que llegó empezó a fijarse en un capitel bizantino antiguo que yo tenía en un lugar destacado de la habitación en la que estábamos y comentó repetidas veces que era precioso y que le gustaba mucho».

El embajador Vaca de Osma le explicó que se trataba de una pieza arqueológica de gran valía cuya antigüedad se remontaba al siglo x o xi de la era cristiana. La mujer de Franco siguió alabando la exquisita escultura y cada vez la miraba con ojos más ansiosos. Pero Vaca de Osma supo resistir la presión que él interpretó como un deseo de Carmen Polo para que se lo regalara, y no lo hizo. Aunque para paliar un poco la historia y contentarla, el diplomático prometió a la Señora que le conseguiría otro capitel antiguo y que se lo mandaría al Palacio de El Pardo. Y así lo hizo.

Según contó a la autora el historiador, recordaba aquel momento como muy tenso, porque vio peligrar la propiedad de esa valiosa pieza debido a la afición desmesurada de doña Carmen por las antigüedades.

Episodios parecidos a los que cuenta el diplomático circulan por toda España, pero especialmente abundantes son los que recuerdan algunas familias bien de Oviedo, la ciudad natal de la Señora, que mandaban guardar la plata que había en sus casas cuando doña Carmen anunciaba su visita, porque, si se encaprichaba de alguna pieza, era obligado regalársela por deferencia a alguien de tan elevada posición.

Sobre la afición de la mujer de Franco por las antigüedades opina así su amiga Mayte Spínola.

«Doña Carmen estaba acostumbrada desde niña a valorar las obras de arte y las antigüedades, porque las había visto en su casa y en la de su familia asturiana. De ahí quizá le venía esa afición a las piezas antiguas, porque la habían rodeado desde siempre, desde la cuna. Ella era muy buena concedora

del mundo del arte, lo valoraba mucho, era muy entendida y distinguía enseguida la valía de una pieza de arte antigua. Eso es así a pesar de que ella no era una experta en arte ni tenía un conocimiento a fondo de los museos. Pero sí tenía una sensibilidad especial para todo lo que fuera bello, era una mujer exquisita en sus gustos».

Las que sí están confirmadas son sus frecuentes visitas a anticuarios muy conocidos por la valía de los objetos que tenían en sus almonedas. La hija de un conocido anticuario de Jerez de la Frontera recuerda perfectamente el revuelo que se armaba en la almoneda de sus padres cuando iba la esposa del Caudillo con la mujer de Carrero Blanco y otras señoras a ver las piezas antiguas que había en el establecimiento. Maruja conserva en su memoria esa imagen y la de la gente del barrio que se arremolinaba en los alrededores para ver a personas tan distinguidas. Esas visitas coincidían con los desplazamientos del matrimonio Franco a la provincia gaditana para que el Caudillo fuera de caza a cotos privados de los Terry y otras familias de postín de esa región andaluza.

El historiador Carlos Fernández Santander habla de Eutiquiano, cuyo establecimiento de la plaza de Santa Ana de Madrid era muy frecuentado por la Señora, que posteriormente obtuvo de la Administración una licencia de importación de café que le produjo pingües beneficios. También refiere el historiador coruñés su afición a pasarse por La Esperanzona de Oviedo, en donde adquiría jarrones y porcelanas, y por sus numerosas visitas a La Doloriñas de Santiago de Compostela y a Loureiro, en San Sebastián, para obtener tapices y otros objetos de gran valor.

Cuando la viuda de Franco tuvo que desalojar el Palacio de El Pardo después de la muerte de su marido, todas esas piezas de gran valor acumuladas a lo largo de más de tres décadas salieron en camiones con destino a las numerosas fincas propiedad de los Franco. Eran tantas que muchos de esos objetos se almacenaron en las grandes estancias de los pazos de Meirás y Cornide, en la casona de la finca de Valdefuentes, en la de Torrelodones y en tantas otras además del espléndido piso de Hermanos Bécquer, en el que la Señora vivió hasta su muerte.

Una señora de misa diaria

Un rasgo que caracterizaba la personalidad de doña Carmen, según todos los testimonios, era su profunda religiosidad y sus firmes creencias en el credo católico. Asistía todos los días a misa en la iglesia del Palacio de El Pardo donde oficiaba el padre Bulart, capellán de la familia Franco, que también celebraba el Santo Sacrificio durante los veranos en la capilla del Pazo de Meirás. Cuando estaba en La Coruña, iba a cumplir con su devoción en la colegiata de Santa María del Campo, enfrente justo del Pazo Cornide, donde oficiaba la misa de diez el abad, Rafael Taboada. Terminado el oficio religioso, la Señora tenía el detalle de invitar a desayunar al padre Taboada, al que hacía partícipe de algunas confidencias y que la consideraba una persona «amable, discreta y buena creyente», según el historiador Fernández Santander. Practicaba la religión con una disciplina y rigor que exigía con igual intensidad a su familia y a todos los que la rodeaban. Era lo que se conoce como una mujer muy piadosa, algo que ha dado lugar a comentarios irónicos por parte de algunos de sus familiares, los más recientes los de su nieto mayor, Francis, que la califica en su libro de «persona de misa diaria y pacata», y describe así lo que pasaba cuando iba con sus abuelos de pesca:

La pesca en La Granja tenía para mí su penitencia, ya que mi abuela, que casi siempre nos acompañaba, nos hacía rezar el rosario en el viaje de ida desde Madrid... y también a la vuelta. Aquello era una auténtica tortura, porque rezábamos todas las letanías hasta que llegábamos a nuestro destino. Todavía me acuerdo: Salve Regina, Mater Salvatoris, Ora pro nobis... Esos viajes me parecían eternos y solo sentía alivio cuando empezaban las Siete Revueltas de Valsaín... que indicaban la proximidad del fin del viaje... y del rosario.

Otro pasaje que ilustra bien las prácticas devotas que regían la vida de doña Carmen se encuentra en el libro de Ramón Garriga *La Señora de El Pardo*. En uno de sus capítulos, dedicado a los años de la Guerra Civil, concretamente a la etapa en la que los Franco residieron en Salamanca, el autor describe cómo todas las tardes, a última hora, doña Carmen congregaba a toda su familia para rezar el rosario. A esa misma hora, Francisco Franco regresaba de sus viajes al frente de guerra y dedicaba su tiempo a recibir a las personas que acudían al cuartel general, porque necesitaban ver al general

que detentaba ya el cargo de jefe del Estado.

Un día, acudió a ver a Franco el abad de Montserrat, Antoni M. Marcet, que se encontraba en la denominada zona nacional. El religioso tuvo que esperar un largo rato, y cuando por fin pudo ver al dictador, este le pidió disculpas por haberle hecho esperar tanto tiempo. El abad quiso restar importancia a la demora, achacándola a la fatiga que debía sentir después de una dura jornada y a la necesidad de tomar un baño y descansar un rato. La sorpresa por parte del fraile fue enorme cuando escuchó de boca del Caudillo las razones de su tardanza en recibirle:

Mi demora no se debe a lo que usted dice. Sucede que Carmen, mi esposa, tiene el hábito de rezar el rosario a última hora de la tarde, y cuando estoy en Salamanca asisto a la plegaria. Mi regreso, hoy, ha coincidido con el inicio del rosario, y he tenido que sumarme al grupo familiar para dar satisfacción a mi esposa, que considera que todos los asuntos, sean guerreros o políticos, pueden esperar, pues lo importante es implorar la ayuda divina.

El mismo autor reflexiona en su obra sobre la mujer de Franco acerca de la paradoja que suponía que doña Carmen fuera tan devota y piadosa y, sin embargo, no fuera capaz de ejercer la influencia que, como esposa, tenía sobre su marido para conseguir que se indultaran a muchos de los condenados a la pena de muerte después de juicios sumarísimos sin garantías procesales de tipo alguno.

Lo cierto es que, por una parte, se invocaba la ayuda divina para ganar la guerra que los militares levantados en armas habían provocado con su golpe de Estado y, por otra, se olvidaban los más elementales sentimientos de caridad y piedad cristiana de los que hacían gala los pertenecientes al bando nacional.

Muchas de las esposas, madres e hijos de los condenados sumariamente a la pena capital acudían a unas monjas próximas a la esposa de Franco para intentar que doña Carmen se apiadara de sus hijos, maridos o padres y convenciera a su esposo de que les indultaran y cambiaran la ejecución por penas de prisión. Aunque en algún caso concreto la esposa de Franco trasladó a su marido alguna petición de clemencia, no consta que ella ejerciera de forma significativa esa labor de mediadora para evitar que se derramara tanta sangre.

La razón de ese comportamiento posiblemente esté relacionada con el rechazo total y absoluto de Franco a que las mujeres intervinieran en modo alguno en la vida política. Así lo aseguran su nieto Francis, cuando escribe

que su abuela ni pinchaba ni cortaba en asuntos políticos, porque su abuelo no lo hubiera permitido, y su hija Carmen, en el libro de Jesús Palacios y Stanley G. Payne *Franco, mi padre*, en el que afirma que su madre nunca se metía en nada y nunca interfirió en los asuntos profesionales:

 Mi padre ... era de las generaciones que eran muy machistas, o sea que a las mujeres se les podía pedir una opinión pero nada más ... Y mi madre se sentía satisfecha con ese papel. Sí, mamá estaba encantada, no le importaba nada.

Las obras de caridad y beneficencia de la Señora

En la época franquista, en la que las mujeres tenían un papel nulo o de simple acompañamiento de sus maridos, el único hueco que se les dejaba era el de las obras de caridad. Visitas a hogares para niños desamparados, inauguraciones de comedores sociales organizados por la Sección Femenina de Falange, que dirigía la hermana de su fundador, Pilar Primo de Rivera, conciertos cuya recaudación se destinaba a obras de beneficencia, eran los actos a los que acudía con frecuencia la esposa del jefe del Estado.

Todas las vísperas de las fiestas de Navidad, se montaban recitales benéficos en los que actuaban los artistas de la época, como Carmen Sevilla, Lola Flores, Lucero Tena y otros, en un teatro de la Gran Vía madrileña. Doña Carmen, arreglada con esmero y luciendo un atuendo en el que no faltaban el sombrero, el collar de perlas de tres vueltas, el abrigo de pieles y todos los complementos obligados según la moda de la época, presidía desde el palco de autoridades la gala en la que además de esos otros artistas siempre estaba presente un cantante que era el favorito de la Señora: Raphael. El artista jienense hacía las delicias de la esposa de Franco en esos saraos en los que ejercía encantada su papel de primera dama, a la manera de otros países extranjeros.

Con el tiempo, la amistad personal entre doña Carmen Polo y el matrimonio formado por Raphael y su mujer, Natalia Figueroa, se afianzó mucho y se prolongó después de la muerte de Franco, en el período en el que ella vivía en Hermanos Bécquer. Aunque Natalia Figueroa declinó la posibilidad de contar a la autora de este libro algunos pormenores de la amistad que mantuvieron ella y su marido con la esposa de Franco, testimonios como el de Jimmy Giménez-Arnau aseguran que las visitas de la Señora a la casa de la pareja eran muy frecuentes y que doña Carmen se sentía muy arropada por Raphael y Natalia.

En cualquier caso, lo que es evidente es que doña Carmen cumplió con su papel de dama caritativa en un país devastado por la guerra en la forma y costumbre que se hacía entonces. Desde una posición de distancia y lejanía, pero nunca metiéndose hasta el fondo en los problemas tremendos que tenían planteados las mujeres en un país en el que se fomentaba la sumisión

femenina al hombre, su papel único de ama de casa, su rol de reposo del guerrero, su falta de ambiciones profesionales y su no intervención en cuestiones políticas.

El brazo incorrupto de santa Teresa

Hay una historia, propia de la España negra, que ilustra perfectamente la clase de religión que practicaba el matrimonio Franco; es la del apego total del Caudillo y su esposa a la reliquia del brazo incorrupto de santa Teresa, hallada después de la toma de Málaga por las tropas de Queipo de Llano. Es posible que muchas personas hayan oído hablar sobre la fe que el Caudillo y su esposa sentían por esa reliquia, rescatada en el transcurso de la Guerra Civil española después de haber sido sacada de un convento de Carmelitas descalzas de la ciudad de Ronda. Al recuperar las tropas franquistas la mano de la santa de Ávila, se la enviaron a Franco, quien ya no quiso desprenderse de la reliquia en toda su vida por la gran fe que puso en ella.

Todavía hoy, los visitantes que acuden a ver el Palacio de El Pardo, escenario de la vida de Franco durante casi cuatro décadas, pueden ver en el antiguo dormitorio de la pareja una cómoda encima de la cual estuvo colocado el brazo ennegrecido por el paso de los siglos de una de las mujeres más significativas de los llamados escritores místicos del Siglo de Oro español.

La reliquia de la santa que pensaba que a Dios se le servía mejor en las cocinas que en los templos y que reformó su propia orden, a la que impuso las reglas de la humildad y la caridad cristiana, presidió la estancia en la que se desarrolló la vida íntima del Caudillo y la Señora, e incluso viajó con el matrimonio en sus desplazamientos habituales. Un ayudante del general era el encargado de custodiar la reliquia y responsable de que no se extraviara ni nadie la robara. Y cuando Franco agotaba sus últimos días de vida, la mano de santa Teresa fue llevada a la habitación del Hospital de La Paz donde el dictador exhaló su último suspiro. En esa ocasión, la santa no pudo ejercer su protección por el moribundo, invadido por tubos y aparatos, que lo único que debía de desear era que le dejaran morir en paz en vez de empeñarse en prolongar su ya improrrogable vida.

6. Los Polo y los Franco en la vida de la Señora

No hay más que repasar un poco la vida de doña Carmen a lo largo de las distintas épocas para darse cuenta del papel preponderante que ella dio a su familia por delante de la de su marido. Algo que, hasta cierto punto, se puede considerar normal, ya que son siempre mayores los lazos afectivos con los de tu propia sangre que con los parientes que surgen de la familia política, a los que conoces por razones sobrevenidas y con los que puede haber ciertas afinidades o, por el contrario, profundas diferencias.

La pertenencia de la familia Franco a una clase social más humilde siempre pesó en el ánimo de los Polo, quienes, de alguna manera, se consideraban superiores a ellos económicamente y también en el plano de su posición social. Cuando el comandantín visitó por primera vez la casa de su novia en Oviedo o fue con ella a la finca de La Piniella, se quedó admirado de la exquisitez y el buen gusto que derrochaba la familia de Carmina. Hasta el punto de que hay quien afirma que ese punto fue determinante a la hora de mantenerse firme en sus propósitos de cortejar a la jovencita de buena familia asturiana, ya que sus modales, su posición y su buena educación podrían ayudarle mucho en su ambición de escalar puestos de importancia en la carrera militar.

Las hermanas de doña Carmen, Isabel y Zita, y su hermano Felipe, permanecieron cerca de la Señora y compartieron con ella muchos años de su vida. Isabel se casó con un ingeniero, Felipe Guezala, que murió pronto, pero con el que no tuvo hijos, y eso favoreció que la relación entre ambas hermanas fuera siempre muy estrecha. Acudía con mucha frecuencia al Palacio de El Pardo, a las meriendas y celebraciones que organizaba doña Carmen, permanecía en el Pazo de Meirás gran parte de las vacaciones de verano del matrimonio Franco y ejerció de tía abuela cariñosa y amable con los nietos de su hermana, quienes también tomaron un gran afecto a la tía Isabelina.

En el caso de su hermana pequeña Zita, Carmen la protegió mucho, y desde su matrimonio con Franco, pasó frecuentes temporadas con ellos. Zita era una joven preciosa y de modales exquisitos, aunque no demasiado inteligente, según el testimonio de personas que la conocieron de cerca.

Durante una de esas estancias con su hermana y su marido, concretamente en Zaragoza, donde Franco había sido destinado por Alfonso XIII para restablecer y dirigir la Academia General Militar, Zita conoció en 1929 en la residencia de los Franco a Ramón Serrano Súñer, un joven abogado del Estado, apasionado político falangista, brillante e inteligente, con el que se casó más tarde.

Ascensión y caída del «cuñadísimo»

El recién nombrado general Franco, que se convirtió en el general más joven de España con tan solo treinta y tres años, había conocido al que luego se convirtió en su cuñado en el ambiente social de la capital aragonesa, en las reuniones del Casino Militar, que Serrano Súñer frecuentaba tras ser destinado a Zaragoza y después de haber cursado sus estudios de leyes en Madrid. En la capital española, Serrano se hizo muy amigo de José Antonio, hijo del dictador Primo de Rivera y fundador del partido de Falange Española.

Con el tiempo, Franco y Serrano Súñer se convirtieron en uña y carne y entre ellos se estableció una relación muy estrecha en la que el militar aportaba su punto de vista como estratega y experto en cuestiones operativas, y el político añadía su experiencia e ideario en los asuntos de naturaleza política. Una simbiosis fructífera que funcionó durante muchos años y que se rompió por razones de tipo familiar y también de carácter político.

Después de la boda de Zita Polo con Serrano Súñer, conocido popularmente como el «cuñadísimo» por la gran influencia que ejerció en la vida pública española, la admiración por el joven político era enorme en el seno del hogar de los Franco; todo lo que decía era escuchado con atención y la propia doña Carmen llamaba la atención de su marido cuando este se mostraba escéptico frente a las ideas de aquel.

A pesar de las diferencias que hubo a veces entre los dos hombres, debidas a la estricta visión autoritaria y castrense de Franco frente al punto de vista político e ideológico de Ramón Serrano, como falangista y nacionalsocialista que era, el marido de Zita Polo se incorporó al núcleo de poder cercano a Franco en Salamanca, después de escaparse de la cárcel Modelo de Madrid. Era el 20 de febrero de 1937 cuando el matrimonio Serrano Polo llegó a la capital salmantina acompañado de su familia, después de pasar enormes penalidades en la zona republicana y permanecer en prisión durante varios meses.

El historiador Paul Preston, en su biografía de Franco, cuenta que a pesar de que Serrano Súñer hizo de enlace entre Franco y los conspiradores militares en la primavera de 1936, a pesar también del importante papel que desempeñaron él y su familia en el intento de acercar a Franco y a José

Antonio Primo de Rivera, el cuñado del general no sabía la fecha del levantamiento. Eso causó grandes penalidades a su familia, parte de la cual fue encarcelada por encontrarse en zona republicana, y dos de sus hermanos, José y Fernando Serrano Súñer, fueron víctimas de las terribles sacas que cada noche costaban la vida a miles de ciudadanos por el hecho solo de ser miembros de partidos de derechas.

Ramón Serrano quedó muy traumatizado por la experiencia en la que él logró salir de la cárcel Modelo de Madrid, asegurando al ministro de Justicia que no tenía nada que ver con la Falange y que no existía relación de ningún tipo con su cuñado el general Franco. Cuando por fin logró dejar atrás los muros de la Modelo, cogió a su familia y logró llegar a Hendaya, lugar en el que fue recogido por un automóvil enviado en su búsqueda por su ya todopoderoso cuñado y que los trasladó a la capital salmantina.

Doña Carmen recibió con los brazos abiertos a su hermana, su cuñado y a los hijos de ambos en el Palacio Arzobispal de Salamanca, convencida de que la habilidad política de Serrano Súñer sería de gran utilidad a su marido. Él ayudaría a su Paco a poner un poco de orden en el caos reinante en esos momentos en la zona nacional. El cuñadísimo tenía amplio conocimiento de la estructura y funcionamiento de los regímenes fascistas implantados en Italia y Alemania, y de lo que se trataba era de establecer un régimen similar en España que pudiera alinearse y tener un puesto importante en el denominado Nuevo Orden, cuyas cabezas visibles eran Hitler y Mussolini.

Serrano cooperó con Franco para unificar las distintas facciones políticas en un solo movimiento que lideraría él y que tanto disgustó a los dirigentes falangistas que vieron cómo su partido quedaba subsumido en un todo en el que ellos asumían un papel secundario. Pero el prestigio adquirido como íntimo amigo y colaborador de José Antonio y su condición de familiar de Franco hizo de Serrano Súñer la persona idónea para limar asperezas y conseguir hacer franquistas a los jefes de la Falange, aunque nunca logró hacer falangista a Franco, obsesionado por consolidar su poder personal más que por adoptar una ideología concreta.

Una de las personas con las que Serrano Súñer contó en esos primeros tiempos del régimen franquista fue Dionisio Ridruejo, falangista de pura cepa que aceptó colaborar en todas aquellas operaciones de ensalzar la figura de Franco como sucesor de José Antonio, desde su puesto de responsable de propaganda del nuevo orden político. La amistad entre Serrano y Ridruejo se prolongó durante muchos años, una vez que ambos se situaron al margen del

régimen de Franco.

Pero no quedó en eso la colaboración de Serrano Súñer con su cuñado, sino que fue más allá hasta conseguir sustituir a las personas que formaban parte del círculo más próximo del ya designado jefe del Estado. Serrano consiguió deshacerse de los más estrechos colaboradores del general que formaban el ineficaz y débil equipo de apoyo a la Jefatura del Estado, entre ellos Nicolás Franco, su hermano mayor, a quien logró quitar de en medio y mandarlo de embajador a Lisboa. Y consiguió a continuación ser nombrado ministro de Gobernación, uno de los cargos de mayor responsabilidad dentro del aparato del incipiente Estado. Cuenta Carmen Franco en el libro *Franco, mi padre* de Jesús Palacios y Stanley Payne:

Papá siempre decía que no le gustaba la política, y el tío Ramón, como era abogado y había sido diputado en Cortes, se creía mucho más capacitado que mi padre para dirigir la parte política del Movimiento. Papá no conocía a casi ninguno de los ministros que tuvo en el primer gobierno... Fue el tío Ramón el que puso a casi todo el mundo en esas carteras.

La estrecha colaboración de Serrano Súñer con Franco se prolongó a lo largo de cinco años. Durante ese tiempo, la relación de doña Carmen con la familia Serrano Polo fue muy estrecha: por un lado, pesaban los lazos de sangre que había con su hermana y sus hijos; por otro, el que la mujer del Caudillo veía la utilidad de que su marido tuviera a su lado a una persona que se ocupara de asuntos que él no controlaba y que le hiciera de guía en el intrincado laberinto de la política.

Pero las grietas entre Franco y el cuñadísimo aparecieron pronto, por discrepancias de tipo político, tal y como refleja claramente Carmen Franco Polo:

Hubo un momento en que se distanciaron mucho, porque el tío Ramón opinaba de forma diferente, y entonces se alejó mucho, pero durante la guerra y la primera parte de la posguerra tuvo muchísima influencia.

La realidad es que Serrano Súñer era un germanófilo convencido que abogó durante la Segunda Guerra Mundial por alinearse con el eje italoalemán, cuya ideología y estrategia defendió con ardor frente a la ambigüedad calculada de Franco. Eso fue una fuente de desavenencias entre los dos cuñados, según el testimonio de la hija del Caudillo:

...una muy fuerte era que era muy proalemán el tío Ramón. Mi padre tenía a los alemanes mucha admiración, por una parte, pero, por otra, no creía que iban a ganar la guerra. Él además pensaba que si Estados Unidos tomaba

parte, no había solución, ganaban los aliados seguro. Y el tío Ramón quería que se hubiera metido en el tripartito [el Eje]. Ideológicamente, pues, sí podría haber ido con Mussolini y Hitler, pero prácticamente no creía en la victoria de Alemania.

En agosto de 1942, hubo unos graves incidentes en la bilbaína basílica de Begoña, a la salida de una ceremonia religiosa en la que unos falangistas lanzaron unas bombas de mano contra los asistentes, muchos de ellos tradicionalistas, que provocaron un enfrentamiento serio entre la Falange y el Ejército. La crisis se saldó con el cese de los ministros de Gobernación y del Ejército, pero también con la de Serrano Súñer, que defendió a ultranza a los falangistas implicados en los atentados.

Según los historiadores y el propio cuñado de Franco, quien sugirió al Caudillo que Serrano debía ser cesado fue el marino Luis Carrero Blanco, ya instalado en el círculo de poder del jefe del Estado. El que años más tarde sería jefe de Gobierno de Franco sugirió al dictador que si no cesaba a su cuñado, entonces ministro de Exteriores, todo el mundo pensaría que quien mandaba en el gobierno no era Franco sino Serrano Súñer.

La hija de Franco cuenta en otros pasajes del libro de Palacios y Payne cómo la grieta entre las dos familias se fue agrandando a partir de la crisis de 1942.

Detalla que a su padre no le gustaba hablar de su cuñado, y que el trato entre las dos familias «se enfrió bastante. Cuando llegaba la primera comunión de un hijo de Serrano Súñer, íbamos mi madre y yo —mi padre no, porque no salía de El Pardo».

Carmen Franco cuenta asimismo que su tía Zita quería mucho a su madre, porque había vivido mucho tiempo con ella después de morir su padre. Un día, según la hija de Franco, Zita y su hermana Carmen tuvieron una fuerte discusión por causa de las diferencias políticas entre Serrano Súñer y Franco, lo que causó un «disgusto horroroso» a su madre que le hizo llorar. Y que su padre le decía que no hiciera caso de su hermana Zita, porque ella hablaba por lo que le decía su marido y no por ella misma.

Pero la gota que colmó el vaso de la paciencia de la familia Franco respecto a Serrano Súñer fue un asunto de carácter moral que constituyó un auténtico escándalo en la mojigata España franquista. Cuatro días antes del cese del cuñadísimo, el 29 de agosto de 1942, Sonsoles Icaza, esposa del teniente coronel Díez de Rivera, marqués de Llanzol, había dado a luz a una hija, Carmen, que en realidad era fruto de la apasionada relación amorosa

entre Sonsoles y Ramón Serrano Súñer. Una relación que, todo hay que decirlo, era conocida en los corrillos madrileños y que era materia prohibida en el seno de un régimen tan puritano y estricto como el franquista. La historia de los amores prohibidos entre la bella aristócrata y una persona tan próxima a la familia del general se convirtió en la comidilla de todos y fue considerada como un hecho totalmente reprobable al que había que dar público escarmiento.

Y eso fue lo que hicieron.

«Aunque es cierto que doña Carmen no se metía nunca en política», afirma Mayte Spínola, «lo que sí es cierto es que ella intervino cuando su cuñado, Ramón Serrano Súñer, un cerebro privilegiado, cayó en desgracia porque tuvo el *affaire* con la marquesa de Llanzol. Creo que aquello no fue una cuestión política sino más bien un asunto familiar».

Mayte rechaza la teoría de que hubo una cuestión de celos entre Franco y su cuñado debido a que Serrano Súñer era muy brillante y podía hacerle sombra a aquel. Ella cuenta que ese asunto sí lo habló con doña Carmen en un momento determinado de la larga relación de amistad que hubo entre ellas, ya que fue un tema «muy fuerte» que la Señora reprobó desde un punto de vista familiar.

El historiador Carlos Fernández Santander insiste en su biografía del general Franco que el escándalo provocado por la relación entre Serrano y Sonsoles Icaza, que culminó con el nacimiento de una hija de ambos —que por cierto se mantuvo en secreto durante años y no conoció la propia Carmen Díez de Rivera hasta que ya adulta contó a su familia sus planes de boda con Fernando, uno de los hijos de Serrano Súñer, que en realidad era su hermano — fue el motivo real del cese del cuñadísimo.

Aunque Zita Polo era la principal afectada, fue doña Carmen Polo la que reaccionó de forma más contundente e instó a su marido a cortar de raíz con una situación que le avergonzaba profundamente y que ofendía y atentaba a sus más íntimas creencias religiosas.

La relación con los Franco: Nicolás, Pilar y Ramón

Los hermanos Franco forjaron unos lazos de cariño y unión a lo largo de su infancia y juventud, exacerbados por el abandono del hogar del padre de todos ellos, que provocó que Nicolás, Francisco, Ramón y Pilar formaran una auténtica piña cuyo núcleo era su madre, doña Pilar. Ella fomentó entre sus hijos unos profundos sentimientos religiosos junto con un sentido de la familia como clan en el que lo primordial era que siempre debían ayudarse entre ellos y colaborar los unos con los otros.

Los lazos de sangre, pues, eran muy fuertes entre los hermanos y, de hecho, al ir escalando Francisco puestos en la vida militar y social, siempre contó con Nicolás y Ramón y ayudó a Pilar en todo lo que pudo.

La relación de doña Carmen con su familia política fue correcta, desde luego, y siempre respetó el entrañable cariño que su marido sentía por su madre. Pero también tuvo ciertos prejuicios y prevenciones hacia sus cuñados, especialmente hacia Pilar, una mujer parlanchina, vivaz, sin pelos en la lengua, que soltaba las cosas tal cual las sentía y que le parecía demasiado espontánea para moverse en el nivel social que requería la Jefatura del Estado.

Con Nicolás, ingeniero Naval de la Armada, la relación que se estableció durante el tiempo posterior al golpe de Estado del 18 de julio fue muy estrecha. Mientras Francisco se dedicaba a visitar los distintos frentes de guerra, su hermano mayor trabajó como secretario general y se dedicó a despachar los asuntos políticos y a crear una estructura de Estado que asegurara el liderazgo único de su hermano menor. De la cabeza y las manos de Nicolás Franco salió el decreto de nombramiento de su hermano Francisco como jefe del Estado y Generalísimo de los Ejércitos, después de la reunión que celebraron todos los generales implicados en el Alzamiento a finales de septiembre de 1936. El día 1 de octubre, Franco juró en Burgos su nuevo cargo, que suponía dejar en sus manos el poder absoluto, algo que debió parecer un sueño a la joven asturiana, que puso toda su confianza en un insignificante comandante del Ejército que la pretendió con tesón hasta que la convenció de que era el hombre de su vida.

La colaboración de Nicolás con su hermano menor fue muy intensa en

esos tiempos, y se puede decir que la actuación del marino fue determinante para que Franco alcanzara el poder; pero pronto empezaron a surgir ciertos problemas debidos a la peculiar forma de organizar el trabajo de Nicolás Franco. Los horarios en los que desarrollaba su tarea eran francamente extravagantes: empezaba a recibir a las personas que le pedían audiencia a partir de la una de la madrugada, así que, a veces, las actividades de la Secretaría General se prolongaban hasta primeras horas del día. A esa hora, Nicolás Franco se retiraba a descansar, con lo cual todas las gestiones pendientes se demoraban y el caos y la provisionalidad se instalaron en la marcha del aparato del Estado.

La forma desordenada de trabajar de un noctámbulo creaba un serio ambiente de descontento en Burgos y luego en Salamanca, algo que sirvió de motivo para que Franco echara mano de Serrano Súñer cuando llegó al cuartel general salmantino y le encomendara poner un poco de orden en la creación de un nuevo aparato en el que asentar sólidamente las bases del nuevo Estado. Una operación en la que Serrano actuó con plena libertad y que acabó con el cese de Nicolás Franco, que fue designado embajador en Lisboa.

Pero no solo fueron los hábitos desordenados y caóticos del hermano del Caudillo los que provocaron su caída en desgracia y su envío a Portugal, país estratégico en aquellas vísperas de la invasión nazi. Cuenta el historiador Ramón Garriga que la relación de doña Carmen con su cuñada, Isabel Pascual de Pobil, perteneciente a la familia de banqueros Coca, no era demasiado fluida, ya que la Señora sentía celos de la notoriedad de la mujer de Nicolás Franco. Fueron varias las veces que se recibieron en el cuartel general de Salamanca regalos que Carmen Polo esperaba y que no llegaron al final a sus manos, sino a las de su cuñada Isabel, por la confusión que creaba el que ambas fueran señoras de Franco.

En cualquier caso, el alejamiento que se le impuso a Nicolás hizo que este perdiera influencia con su hermano y que se les apartara durante largos años. Pero a doña Carmen le pareció que desembarazarse de su cuñado, propenso a meterse en líos, como se demostró años más tarde cuando vivió una vida de *playboy*, haciendo conquistas sonadas en la Costa Azul francesa, fue una medida acertada, ya que su presencia podía poner en peligro el poder y los logros alcanzados por su marido.

Lo curioso es que durante su largo período como embajador de España en Portugal —nada menos que veinte años—, Nicolás tuvo que tratar

frecuentemente con el conde de Barcelona, don Juan de Borbón, con el que llegó a tener una muy buena relación. A ambos les gustaba mucho el güisqui, y hacían muy buenas migas, según contó Pilar Franco en su libro sobre la familia.

Nicolás fue el encargado de canalizar los frecuentes desencuentros entre su hermano Paco y el heredero de Alfonso XIII, y conoció a fondo los mil y un episodios ocurridos entre los dos en esa dura pugna mantenida entre don Juan para recuperar el trono perdido por su padre y Franco para permanecer en el poder a base de mantener una postura de total ambigüedad. Nicolás, según reconoció su propia hermana, tenía tendencias monárquicas comprensibles «ya que la Marina de Guerra siempre se manifestó en ese sentido». La locuaz miembro del clan de los Franco afirmó también que su hermano Colás y ella misma eran partidarios de la vuelta de Alfonso XIII a España, algo que su hermano Paco tenía que haber permitido, ya que el monarca, según ella, no había sido culpable de nada.

Cuando terminó su mandato como embajador, el hermano mayor del Caudillo fue designado diputado en Cortes, y se dedicó en Madrid a ejercer de miembro de la familia del jefe del Estado y a poner en práctica lo que hoy en día se conoce como tráfico de influencias. Aceptaba ser presidente o consejero de alguna empresa de nueva creación a cambio de ir al ministerio correspondiente para conseguir, gracias a su apellido, el éxito de sus gestiones. Las puertas de los despachos a los que acudía nunca se cerraban para él, sino más bien se le abrían de par en par para llevar a cabo cualquier tipo de operación financiera. Es verdad que algunas de las operaciones que patrocinó fueron un fiasco y provocaron ciertos escándalos, como el de Manufacturas Metálicas Madrileñas y el de REACE, pero como la censura actuaba inmediatamente para proteger a los familiares del dictador, la historia quedaba solo en los corrillos madrileños y no trascendía a la opinión pública.

Nicolás fue un *bon vivant* que disfrutaba enormemente con la compañía de hermosas jovencitas, los viajes a la Costa Azul y las comidas en los mejores y más selectos restaurantes. Siendo aún embajador, en 1950, se tomaron ciertas fotografías suyas en las playas del sur de Francia en compañía de una chica inglesa espectacular, Nina Dyer, que fue una de las esposas del barón Thyssen. También trascendió el romance de Nicolás Franco con una nieta de Isaac Albéniz, de gran belleza y mucho más joven que él, cuya muerte en accidente de tráfico sumió en una profunda desesperación al hermano del Caudillo.

Nicolás murió en 1977, dos años después que su hermano, a quien quiso enormemente aunque la disparidad de caracteres entre ambos fue siempre muy evidente.

La relación de Francisco Franco con Ramón, el menor de los cuatro hermanos, atravesó tantos altibajos que si se trazara una curva en un papel, el perfil podría ser semejante a la línea de evoluciones de una montaña rusa.

La proeza del Plus Ultra

Todos los que los conocieron aseguran que Ramón fue el más simpático y encantador de los hermanos. Tenían un concepto totalmente distinto en muchas cosas, mientras que para Francisco el deber y la fidelidad eran las máspreciadas cualidades del caballero, para su hermano lo importante era ir alcanzado cotas en su carrera de aviador. Sus proezas en el aire pronto le dieron una gran notoriedad, pero la gran hazaña que lo catapultó a la fama y a la gloria fue cruzar el Atlántico en 1926 a bordo del avión *Plus Ultra*, acompañado de Ruiz de Alda, Durán y Rada. Aquello fue el acabose. De repente, la familia Franco pasó a ser el centro de atención de toda la ciudadanía española, que consideraba a Ramón Franco un héroe nacional.

Los periodistas buscaban al piloto que inició el vuelo desde La Rábida y consiguió culminarlo llegando primero a Montevideo —lo que le valió una buena reprimenda de Primo de Rivera, ya que Uruguay no había reconocido al gobierno militar del dictador— y aterrizando después en Buenos Aires.

La relación de Franco con su hermano no atravesaba entonces un buen momento, debido a la alineación de Ramón con los partidarios de la República frente a la entonces fidelidad absoluta con la monarquía de Francisco. Esa inclinación política de su hermano menor con las ideas izquierdistas y su abierto enfrentamiento con los monárquicos y con el general Primo de Rivera dio muchos quebraderos de cabeza al que luego sería uno de los cabecillas militares que se levantaron contra el orden constitucional y provocaron la Guerra Civil. El héroe del *Plus Ultra*, además, fue un rebelde que no aceptaba con frecuencia las órdenes de sus superiores, lo cual le causó serios problemas en el seno del Ejército de los que le tenía que sacar su hermano Paco, e incluso el propio Alfonso XIII, que le profesó una gran simpatía y afecto.

La popularidad de Ramón Franco no sentaba muy bien a doña Carmen, que veía cómo el prestigio de su marido en las campañas de África quedaba desdibujado y en el olvido debido al protagonismo del aviador. La repercusión de su hazaña no fue solo muy notoria en España, sino también en el exterior, mientras que la estrella de Francisco iba palideciendo y su prestigio como triunfador en la guerra de Marruecos pasaba al recuerdo.

La Señora tenía celos de su cuñado, cuyo aura de aventurero temerario, que nunca retrocedía ante el riesgo y el peligro, despertaba pasiones multitudinarias.

A esta circunstancia se unió pronto otra, de carácter moral, que disgustaba profundamente a Carmen Polo: el matrimonio del hermano de su marido con Carmen Díaz, una mujer de mala fama a la que conoció una noche de farra y copas en el Paralelo de Barcelona y con la que se casó pocos días más tarde en la ciudad francesa de Biarritz, en una boda relámpago que dio paso a una etapa de escándalos, en la que la bebida y la droga estaban, al parecer, presentes cada día.

El matrimonio con una mujer tan inadecuada provocó que la familia Franco lo rechazara y que le negaran la entrada a sus casas. Carmen Polo, entre otros, no solo cerró las puertas a Ramón y a su mujer, sino que estaba horrorizada por la mancha que causaba en el honor de su familia una boda como aquella, y además, estaba profundamente preocupada por la repercusión negativa que pudiera tener el asunto en la carrera de su Paco. Este llegó a intentar que el matrimonio de su hermano se anulara, ya que consideraba una ofensa para todos los Franco que una mujer de tan escasa cultura, bebedora y malhablada, vulgar y escandalosa, entrara a formar parte de la familia. Pero Ramón dijo que no, porque él siempre hacía frente a las consecuencias de cualquiera de las decisiones, buenas o malas, que tomaba.

Lo que se puede decir, sin temor a equivocación, es que la vida de Ramón Franco, de no ser real, hubiera sido digna de ser inventada por un escritor dotado de una gran imaginación. En apenas ocho o diez años, desde el vuelo del *Plus Ultra* a su muerte en accidente de aviación en aguas de Mallorca, el hermano rebelde del Caudillo pasó de ser un héroe nacional a ser un proscrito.

De monárquico a conspirador contra la monarquía, de agitador republicano a anarquista partidario de Durruti, de diputado por Sevilla que levantó a las masas campesinas contra la República burguesa a ser jefe de la base aérea de Mallorca, en el lado franquista y morir cuando se dirigía a

bombardear a los republicanos en Valencia. Sin olvidar, en este surrealista recorrido vital y profesional, su pertenencia durante unos años a la masonería, en grado 33, lo que debió producir un fuerte enojo en su hermano Francisco, que odiaba profundamente a los masones e hizo de ellos, junto a los comunistas, unos enemigos a batir durante todo el tiempo que detentó el poder como Caudillo de España.

Según Pilar Franco, su hermano Paco perdonó a Ramón todos sus desvaríos y celebró enormemente su adhesión al bando de los nacionales antes de morir en aguas baleares, dándole el mando de la base aérea de las islas. Pero resulta cuando menos curiosa la creencia de Pilar de que a Ramón lo mataron los masones, porque cuando sufrió el accidente de aviación estaba terminando un libro en el que se mofaba de la masonería, libro cuyo manuscrito no apareció posteriormente

. La incontinencia verbal de doña Pilar Franco

Si hay alguna característica esencial que define la forma de ser y el carácter de la única hermana de Francisco Franco es la de su campechanía y espontaneidad para decir lo que pensaba en todo momento. Como ella misma expresaba con frecuencia, no tenía pelos en la lengua a la hora de contar las cosas referentes a su familia, de la que se erigió en portavoz e historiadora en el libro *Nosotros, los Franco*.

Publicado cinco años después de la muerte de su hermano Paco, en 1980, la obra es una auténtica joya para los que quieran adentrarse en la vida de los Franco y en la que la tía Pila, como la llamaban los suyos, cuenta todo lo relativo a sus padres, hermanos, sobrinos y demás familia, sin obviar opiniones negativas o controvertidas.

De lo escrito por doña Pilar sobre su relación con Carmen Polo se deduce claramente que su cuñada no era precisamente santo de su devoción. Empieza por decir que era «no voy a decir una belleza, porque no sería verdad, pero sí una chica muy atractiva y muy morena, como siempre le habían gustado a Paco». Pero para ser ecuánime, le da a su cuñada una de cal y otra de arena al afirmar que «en verdad he de decir que el Generalísimo fue muy feliz con ella. Carmen siempre fue la esposa perfecta para Paco».

Lo que es fácil notar en toda la obra es un resquemor constante contra los Polo por haber sido beneficiados con cargos y prebendas por su hermano y su cuñada. Se queja de que ni ella ni su hermano Nicolás recibieron favor alguno por ser hermanos del Caudillo y de que, más bien, fueron apartados de él por influencia de su cuñada Carmen. De Felipe Polo, hermano de la Señora, cuenta que llegó a ser secretario privado de Franco por influencia de su hermana, lo que le mejoró sustancialmente la vida social y económicamente. Sin embargo, una viuda como ella, se quejaba, tuvo que sacar adelante a su numerosa prole de diez hijos haciéndose representante de una fábrica de tornillos. Pilar estuvo casada con un ingeniero, Alfonso Jaraiz, que era tradicionalista y que actuó de enlace en Madrid, donde le sorprendió el comienzo de la guerra, con los hombres del general Mola. Enviudó pronto, en febrero de 1941, porque su marido salió muy desmejorado físicamente a causa de los padecimientos sufridos en la zona republicana.

Doña Pilar cuenta cómo en El Pardo se contaba poco con ella en recepciones y téis organizados por Carmen Polo, pero que sí tenía más contacto con su hermano Paco, con el que iba a almorzar de vez en cuando para ponerle al día de lo que se decía en la calle e incluso contarle los chistes que la gente inventaba sobre él.

Hay dos hechos que Pilar critica especialmente de su cuñada: la remodelación de la casa en la que vivieron los Franco en el paseo de la Herrera de Ferrol, que el Generalísimo compró a la muerte de su madre, y la influencia de determinadas amigas de Carmen en la corte de El Pardo, que tenían fama de cometer chanchullos y fomentar corruptelas.

El primer episodio es una historia bastante chocante que da idea exacta de la mentalidad de la mujer del Caudillo en su afán de borrar la realidad de que los Franco eran una familia normal y corriente y sustituirla por otra en la que los padres y hermanos de su marido eran gente de posición holgada y distinguida.

¿Que cómo se trató de dar el cambio? Muy fácil, sacando los enseres de la casa de Ferrol en la que nació y vivió de niño su marido, vulgares y sencillos, y sustituyéndolos por muebles antiguos y de valor adquiridos por doña Carmen en sus frecuentes visitas a los anticuarios o provenientes del patrimonio de los Polo.

Pilar Franco considera que las reformas borraron toda la historia de su hogar y de su infancia, y que fue una lástima, porque aquel sitio tenía su encanto por haber sido el primer hogar del Caudillo y que hubiera sido muy interesante para las futuras generaciones el poder ver la auténtica casa donde Francisco Franco vivió sus primeros años de vida.

Respecto a las amigas de doña Carmen que la adulaban y complacían en todo lo que a ella le gustaba, Pilar las denomina «Las brujas de El Pardo», que, apelando a su condición de gallega asegura que «aunque no cree en ellas, haberlas, haylas». Aunque de entrada Pilar descarta que su cuñada Carmen perteneciera a ese gremio: «Puedo asegurar que no fue una bruja de El Pardo. Nada. ¡En absoluto!», un párrafo más abajo deja caer que su cuñada sí pudo hacer desistir a su hermano de su intento de retirarse del gobierno de España cuando aún estaba a tiempo.

En un ejercicio pícaro de dobles sentidos y medias palabras, Pilar dice primero que ella es un pedazo vivo de la historia de España que, además, no se calla, y a continuación afirma con cierta hipocresía: «Yo no puedo aceptar que mi cuñada fuera el espíritu de El Pardo, que obligara al Caudillo a

permanecer en el poder en beneficio de su hija».

Respecto a las amigas «peligrosas» que rodeaban a doña Carmen, no cita por su nombre a ninguna, aunque alude a una cierta marquesa —Pura Huétor de Santillán, sin duda— que acompañaba a su cuñada a todas horas, «con ella entraba, salía, compraba, hacía visitas a dispensarios, exposiciones, rifas benéficas...». Una descripción que va unida a la afirmación de que Carmen, su cuñada, era una persona muy influenciable y confiada, seguida de un largo interrogante en el que se pregunta cómo es posible que consintiera que la citada marquesa la mezclara en asuntos de poca monta que contribuían a poner en entredicho el nombre de la primera dama del país.

La hija de Pilar Franco, Pilar Jaraiz, va más lejos a la hora de definir el papel que desempeñó la Señora de El Pardo en las relaciones de su marido con su familia. Pilar es autora del libro *Historia de una disidencia*.

Creo sinceramente que nosotros, la familia de su marido, le parecíamos muy poca cosa comparados con su categoría. Y muchas veces hemos oído de ella que la familia unas veces se trata mucho y otras poco.

Pilar Jaraiz disculpa a su tía por esa afirmación que no cree tuviera por objeto el advertir que doña Carmen no deseaba que la visitaran.

Pero sí era como una manera de tenernos a raya, o por lo menos ese es el sentido que nosotros le dábamos. Quería decir que el hecho de ser familia no implicaba un trato más frecuente o un cariño sincero. El derecho a pertenecer a su círculo lo otorgaba, como las reinas, a las personas de su agrado.

Dentro de este capítulo de las relaciones familiares merece una atención especial una persona que estuvo largos años cerca de Franco, y, por tanto, cerca también de su esposa: Francisco Franco Salgado-Araujo. Primo del Generalísimo y militar como él, el primo Pacón, como le conocían en familia, escribió un libro, *Mis conversaciones privadas con Franco*, que se publicó después de su propia muerte y la del dictador. Las memorias de Franco Salgado-Araujo levantaron ampollas entre los familiares de su primo, que las calificaron de infamantes e insidiosas. Pero la verdad es que son un testimonio valiosísimo sobre la personalidad del Caudillo, que no elude, por cierto, comentarios muy críticos hacia su mujer y el carácter insufrible de esta.

Hay días que no se aguanta a sí misma, adopta un aire de severidad y empaque absurdo. La realidad es que con la presencia de los dos, en sociedad, como nunca hay confianza, falta la espontaneidad, la alegría, estando todo el mundo en plan de teatro.

La frialdad, la falta de afecto y la distancia en el trato de Carmen Polo son puestos de manifiesto a lo largo del libro del primo del Generalísimo, quien reprocha, entre otras cosas, a la esposa del jefe del Estado que le salude protocolariamente con un «¿qué tal, mi general?», cuando se conocían desde que eran muy jóvenes y hubiera sido más apropiado un saludo más cálido y afectuoso.

7. La boda de la «ninísima»

Carmen Franco Polo era, desde su puesta de largo, una jovencita casadera a la que había que buscar un novio apropiado a su rango social y, sobre todo, a su condición de hija del todopoderoso Generalísimo Franco. Esa fue la principal tarea a la que se dedicó su madre durante los años que mediaron entre la presentación en sociedad y la fastuosa boda de Carmen, que contrajo matrimonio el 10 de abril de 1950, a la edad de veintitrés años.

Por aquel entonces ya habían pasado los momentos más críticos del régimen franquista, en 1945 y 1946, cuando los mandatarios de Estados Unidos, Gran Bretaña y Rusia condenaron el sistema impuesto por Franco con la ayuda de Alemania e Italia; se rechazó su ingreso en las Naciones Unidas; se le negó la ayuda económica y entrar en el Plan Marshall; se decretó el cierre de las fronteras con España y la ONU recomendó a los países miembros de la organización que retiraran a sus embajadores de España.

A pesar de que la situación política no estaba en absoluto normalizada —no lo estuvo nunca durante la larga vida de Franco—, doña Carmen decidió que la boda de su única hija iba a ser una celebración más parecida a la de cualquier princesa de sangre real que a la de la hija de un militar, por muy Caudillo de España que se hiciera llamar.

En la boda de Carmencita, según testimonios de la época y de personas que estuvieron en ella, se tiró la casa por la ventana. O mejor, el palacio, ya que la residencia del jefe del Estado se engalanó y decoró de forma suntuosa para celebrar el enlace de Carmen —nada de Nenuca o Carmencita— con un joven doctor en Medicina que, según su hijo Francis, acudía a visitar a sus enfermos en los primeros tiempos en una moto que le facilitaba los traslados de un barrio a otro de Madrid.

Cristóbal Martínez-Bordiú, marqués de Villaverde, fue el elegido de la hija de Franco y Carmen Polo entre los numerosos pretendientes que la rondaron. Y debieron ser muchos, entre ellos se habló del hijo del duque de Veragua, Cristóbal Colón de Carvajal, un guardiamarina descendiente directo de su homónimo el navegante que descubrió América. Un enlace que hubiera complacido enormemente a su padre, ya que hubiera sido el vínculo perfecto

entre el almirante de la Mar Océana y el Caudillo de España. Otro de los que sonaron como posibles maridos de la hijísima fue otro marino hijo de Juan Antonio Suanzes, ministro del gobierno franquista.

El historiador Juan Antonio Vaca de Osma ha contado a la autora lo que él vio meses antes de anunciarse el compromiso.

«Cristóbal Martínez-Bordiú era, como se decía en aquellos tiempos, un “pinta”. Yo le vi coqueteando y haciéndole cucamonas a Carmencita en la fiesta del 18 de julio que se hacía siempre en La Granja de San Ildefonso. Él le daba golpecitos en la espalda, ella se encogía sonriendo de soslayo, tonteaba y se notaba que estaba encantada con los coqueteos que mantenía con Cristóbal. Me sorprendió porque en ese momento se decía que él era novio de otra chica muy guapa de la buena sociedad madrileña. Pero era evidente que a ella le encantaba que él jugara y coqueteara con ella».

Un mes y pico después de la fiesta de La Granja, Vaca de Osma se encontró al marqués de Villaverde en San Sebastián, en el Palacio de Ayete, algo que le sorprendió enormemente.

«Le pregunté qué hacía allí —cuenta el diplomático e historiador— y me dijo con mucha picardía que estaba saliendo con Carmencita Franco. Pensé en ese momento que había conseguido su propósito al aspirar a una chica de más posición que sus novias anteriores para adquirir así un mejor nivel social y económico».

Unos meses más tarde, el general Franco llevaba ante el altar de la iglesia del Palacio de El Pardo a su amada hija Carmen para entregarla a uno de los hombres más denostados de la época franquista, del cual han hablado pestes hasta sus propios hijos, que han sido unos de sus más encarnizados detractores. Fue el prototipo de persona prepotente que ejerció un poder paralelo al del gobierno, que obtuvo toda clase de prebendas para él y para su familia y que maquinó las operaciones más enrevesadas y maquiavélicas para perpetuarse en el poder cuando Franco entró en franca decadencia.

Un título de origen aragonés

Cristóbal Martínez-Bordiú era hijo de los condes de Argillo. La madre, una señora de la aristocracia aragonesa, y el padre, un ingeniero de Minas que tenía una finca en el pueblo de Mancha Real, en la provincia de Jaén. Los Argillo eran, según cuentan, descendientes de una familia aragonesa de la que fue miembro el famoso papa Luna, Benedicto XIII.

El padre llegó a ocupar durante la República un cargo de importancia, el de director general de Minas, y además firmó el documento de adhesión a don Juan de Borbón en 1946, junto con otros muchos miembros de la aristocracia. Los Argillo tenían otros tres hijos que, al igual que Cristóbal, tuvieron títulos de nobleza. El mayor, Andrés, era conde de Morata de Jalón; José María, barón de Gotor; y Tomás, barón de Illueca. Cristóbal heredó el título de marqués en 1943, y se decantó por estudiar Medicina en la Universidad Complutense de Madrid y empezó a ejercer su profesión en el Hospital de San José y Santa Adela para especializarse años más tarde en cirugía torácica.

Lo que cautivó a Carmencita de su futuro marido fue, sin duda, su buena estampa y atractivo personal, junto con su carácter abierto y simpático que le hacía imprescindible en los saraos que se organizaban entre la nueva alta sociedad de Madrid surgida en torno al régimen político que detentaba el poder. En todas las fiestas y cacerías que se montaban en aquellos años finales de los cuarenta estaba siempre la figura de Cristóbal, una persona muy echada para delante y con un comportamiento que rayaba a veces en lo chulesco.

Los Martínez-Bordiú hicieron buenas migas desde el principio con el Generalísimo y su esposa. Ellos estaban encantados de emparentar con la primera familia de España y adquirir así una relevancia y protagonismo con el que nunca habían soñado en su condición de miembros de la aristocracia rural y de segunda fila a la que pertenecían. De hecho, el Caudillo y su esposa iniciaron después de la boda de su hija con el marqués de Villaverde la costumbre de pasar la semana de Nochevieja en la finca que los condes de Argillo tenían en la provincia de Jaén, en la que Franco podía dedicarse a la caza, una de las aficiones a la que más tiempo le brindó en su vida.

Una ceremonia suntuosa

La ceremonia del enlace matrimonial de la hija de Franco y el marqués de Villaverde fue un auténtico derroche de lujo y esplendor. La novia iba ataviada con un traje de faya de seda natural rematado por una larga cola de cuatro metros de largo. El vestido era espectacular, pero lo que más llamaba la atención en el atuendo de la novia era una esplendorosa diadema de perlas y brillantes, a juego con unos pendientes del mismo estilo, colocada como remate de un moño con el que llevaba recogida su melena oscura. El impresionante aderezo, que no tenía nada que envidiar a las joyas de cualquier familia real, fue un regalo de los padres de Carmen a su hija con ocasión de su boda.

Pero si las crónicas de la época destacaron todos los detalles del traje y los complementos que lucía la novia, los gacetilleros no se quedaron atrás a la hora de describir el inefable atuendo del novio, vestido con el uniforme de la orden del Santo Sepulcro, de la que se le había nombrado caballero poco antes de la boda, por aquello de darle un poco más de postín. Cristóbal, peinado con el pelo engominado hacia atrás, con bigotito recortado pegado a la nariz, según el gusto de la época, y con su figura de buena planta, llamó la atención de los ochocientos invitados a la boda cuando desfiló por los jardines del Palacio de El Pardo con su brillante uniforme, que llevaba aparejados un sombrero rematado por un penacho de plumas y un espadín.

Según el testimonio de Pilar Jaraiz Franco, prima de Carmencita, «el marqués iba tan peripuesto con sus uniformes de caballería, plumeros, botas y demás que todo el mundo comentó sus galas». La hija de doña Pilar comentó también que «la novia iba muy guapa y muy bien vestida, se la veía feliz y muy simpática con todos», al mismo tiempo que calificó de «muy agradable» la boda de su prima.

De padrino actuó, claro está, el Generalísimo de todos los Ejércitos vestido con uniforme de gala de la Armada, su preferido en las grandes ocasiones aunque él era militar del Ejército de Tierra. Y de madrina, la condesa de Argillo, una dama rubia y de aspecto distinguido vestida con un elegante traje largo. Doña Carmen, como era previsible, ofreció una imagen impecable y muy refinada vestida con un traje largo oscuro y mantilla negra y, por supuesto, con su sempiterno collar de perlas de tres vueltas y otras

joyas y alhajas distribuidas en su atavío. Lo que no usó aún en esa ceremonia fue una de las tiaras que poseía y que lució posteriormente en los enlaces de sus nietas Mery, Carmen y Mariola.

Los oficiantes de la boda fueron el cardenal Pla y Deniel, un purpurado que cuando era obispo de Salamanca cedió a Franco y su familia durante la guerra el uso del Palacio Episcopal de la ciudad. Era un príncipe de la Iglesia de ideas absolutamente reaccionarias que por su baja estatura era llamado a sus espaldas «Su Menudencia», según cuenta el historiador Fernández Santander. Y la misa de velaciones fue oficiada por el obispo de Madrid-Alcalá, monseñor Eijo Garay, un prelado con gran predicamento dentro de la corte de El Pardo. Como detalle a destacar, en la homilía pronunciada por Pla y Deniel, este hizo un paralelismo en el modelo a seguir por los novios entre la familia de Nazaret y la del Generalísimo y su esposa Carmen Polo.

La celebración de la boda se hizo en el jardín del Palacio de El Pardo, en donde se sirvió un exquisito banquete al que asistieron ministros y autoridades estatales, el cuerpo diplomático, jefes militares, familias de la nobleza española y amigos del novio y de la novia.

Pilar Jaraiz Franco, en su libro *Historia de una disidencia*, comenta lo exultante que apareció en la boda la familia del novio, que «iba a tener tanta importancia en el futuro y que casi iba a expulsar de El Pardo a todos los que no perteneciesen al clan». Una premonición de esta mujer, que años más tarde militó en el Partido Socialista Obrero Español, decisión que la etiquetó como la «roja» de la familia Franco.

La lista de regalos que hicieron a la nueva pareja no se dio a conocer a los medios de comunicación, aunque corrió el rumor de que fue un auténtico torrente de objetos valiosos los que llegaron los días anteriores al enlace a la residencia de los Franco. Algunos hicieron un regalo colectivo, como el gobierno, y otros, como los banqueros, fueron de lo más espléndido con la pareja para tener contentos a los inquilinos de El Pardo.

Como no podía ser de otra manera, al igual que con ocasión de la puesta de largo de Carmencita, hubo un detalle con los «pobres», que aún seguían siendo muchos en ese tiempo. Y como la principal escasez era la de alimentos, el día de la boda se entregaron por orden de la Casa Civil del Generalísimo a miles de necesitados bolsas con aceite, azúcar, arroz, harina, patatas, cordero, pan, chocolate y el consabido tabaco para los hombres y dulces para las mujeres. Para paliar la falta de ropa, se regalaron lotes de vestidos y zapatos de la famosa fábrica Segarra, un calzado que pesaba

enormemente y que producía dolorosas ampollas a quienes lo usaban, aunque uno de ellos, según aseguran, era el propio general Franco, a quien se los regalaban los dueños de la fábrica.

Los empleados de Patrimonio Nacional, así como los integrantes del regimiento que guardaba El Pardo y la Guardia Mora de Franco fueron invitados a disfrutar de una comida extraordinaria para agradecerles su colaboración en los preparativos de la boda de Carmencita Franco.

Pero lo más bonito de todo fue la coplilla que se inventó alguien del pueblo y que se cantaba en los festejos populares que se celebraron en Madrid por la boda de la hija de Franco.

La niña quería un marido.

La mamá quería un marqués.

El marqués quería dinero.

Ya están contentos los tres.

El «yernísimo»

El nuevo miembro de la familia se integró poco a poco en el núcleo de la vida de los Franco, pero su peculiar carácter, en el que la discreción y la prudencia no tenían cabida, y su conducta prepotente, en la que quería hacer valer siempre su condición de yerno del jefe del Estado, hicieron que la relación de Cristóbal Martínez-Bordiú con sus suegros fuera siempre conflictiva y que no terminara de encajar del todo con ellos.

Su matrimonio con la hija de Franco le sirvió para adquirir fama y notoriedad para él y para toda su familia. Los condes de Argillo y sus hijos empezaron a formar parte de los consejos de administración de las grandes empresas, algo que les proporcionaba pingües beneficios. Cristóbal no tuvo ningún escrúpulo al obtener la concesión exclusiva de la venta de las Vespas, unas motos que se hicieron famosas en los años sesenta y setenta y de las que se vendieron cientos de miles en todo el territorio nacional. Y surgió una figura emergente, la del tío Pepe Sanchiz, casado con una hermana de la madre del marqués de Villaverde, que se convirtió en un auténtico seguidor de cualquier tipo de negocio al estrechar su relación de amistad con el propio Franco.

Pero lo que más llama la atención del yernísimo es que han sido sus propios hijos los que más le han criticado por sus maneras despóticas, su desapego afectivo y su intolerancia ante cualquier atisbo de independencia de alguno de los miembros de la numerosa prole familiar. Los hijos que más chocaron con el carácter del marqués fueron Francis, María del Carmen, Cristóbal y Mery. Mariola, al parecer, siempre estuvo más unida a su padre, a pesar de que se opuso terminantemente a su boda con Rafael Ardid, hijo de unos íntimos amigos de Carmen y Cristóbal, pero cuya familia había sido de tendencia republicana.

Francis Franco, en su libro *La naturaleza de Franco*, confiesa sin ningún pudor que «Cristóbal Martínez-Bordiú no era precisamente el yerno ideal». En otro pasaje de la obra comenta que «el carácter vitriólico de mi padre contrastaba en grado sumo con la gelidez que había adoptado el abuelo “después de ser persona”». Francis habla sin tapujos de que para su padre «lo que había sido un hito, conquistar a la hija del jefe del Estado, se convirtió en su calvario. No estaba hecho para permanecer en un segundo plano, y

cualquier mérito quedaba difuminado por la omnipresente sombra de su suegro. Ambos tenían una fuerte personalidad y defendieron su espacio de actuación».

Al hablar de la vida que llevaban sus padres después de casados, comenta Francis también que viajaban mucho al extranjero, y en muchos casos aprovechaban sus compromisos profesionales para la práctica de la caza que tanto gustaba a ambos. En esas salidas al exterior —cuenta su hijo—, lejos de la sombra de su abuelo, Cristóbal se sentía más libre.

Mi padre podía adoptar ese papel protagonista consustancial con su carácter, que era diametralmente opuesto al secundario que se veía obligado a asumir en España, donde por encima de todas las cosas siempre sería el yerno de Franco.

Pero la falta de entendimiento del marqués no era solo con el Generalísimo, sino que también se extendía a Carmen Polo. Cuando se refiere a su abuela, Francis dice textualmente: «Quien no tragaba a mi padre, aunque tratase de ocultarlo, era mi abuela Carmen». Fue precisamente ella la que se plantó ante su yerno, cuando se negaba a que su hija Mariola se casara con su novio de toda la vida, y le dijo que su nieta se casaría en la capilla del Palacio de El Pardo, igual que su hermana mayor, y que su abuelo la llevaría ante el altar como padrino. Y que si a él no le gustaba y no quería ese enlace, que no fuese.

Jimmy Giménez-Arnau, que fue marido de Mery, cuenta en su libro que doña Carmen, al hablar de Cristóbal con su hija, se refería a él como «ese señor con el que te has casado». Y narra también el escritor y periodista los intentos y maniobras del marqués por abortar su boda con Mery, que le llevó a montar un espectáculo infame el día de la petición de mano al inventar que el matrimonio de los dos no se iba a poder celebrar porque estaban a punto de publicarse unas fotos de su hija desnuda en la revista *Interviú*.

Según testimonio de sus nietos, Franco llegó a no dirigir la palabra a su yerno ni cuando este le preguntaba algo. Simplemente, le ignoraba. Todo se debía a que el Generalísimo, con todo el poder que tenía, no podía evitar que su yerno pusiera en evidencia a la familia y a su mujer cada dos por tres. Las aventuras extramatrimoniales del marqués estaban en boca de todos, lo que humillaba enormemente a doña Carmen y a su marido. Pero no tenían más remedio, de acuerdo con su mentalidad, que disimular y aguantarse.

Es verdad que el yernísimo se convirtió con el paso de los años en uno de los personajes más denostados de la familia Franco. Pero creo no

equivocarme al asegurar que ese sentimiento, mezcla de desprecio y descrédito generalizado hacia el marqués de Villaverde, se lo ganó principalmente él solo a pulso.

El nuevo matrimonio se instaló en un piso en la calle General Mola, hoy Príncipe de Vergara, en pleno barrio de Salamanca madrileño. A doña Carmen y a su marido les costó mucho separarse de su única hija, aunque les consolaba pensar que no estaba muy lejos de ellos. Además, Carmencita iba día sí, día también, a almorzar con sus padres mientras su marido ejercía su profesión de médico e iba subiendo en el escalafón hasta llegar a ser el jefe de Cirugía cardíaca del Hospital de La Paz, puesto en el que pronto empezó a poner en marcha algunos de sus experimentos, que le llevaron a ser el primer médico español que realizó un trasplante de corazón a un pobre hombre que apenas sobrevivió un par de días a la intervención.

Los nietos de Franco y doña Carmen

Los nietos empezaron a llegar para gran alegría de los abuelos, que veían compensada de esa manera su condición de padres de hija única. Siete en total, que pasaban casi más tiempo con sus abuelos en El Pardo que en su propia casa. En el palacio recibían todo tipo de mimos, atenciones y regalos por parte del personal adscrito al servicio de la Jefatura del Estado.

Cada nacimiento de un nuevo hijo de Carmen y Cristóbal que ocurría en las dependencias de El Pardo se convertía en portada de las revistas del corazón, que hicieron de la familia Franco, de sus hijos y sus nietos el eje de la vida social que había que reflejar puntualmente en las páginas del papel cuché de sus publicaciones de evasión.

El escenario para hacer las fotos de la llegada de un nuevo bebé era cuidadosamente preparado: la madre, en la cama de clásico y valioso diseño, aparecía vestida con delicadas piezas de lencería y adornada con un fino collar de perlas y pendientes a juego. Y los familiares, al lado de la madre, vestidos de pontifical como si fueran a acudir a una fiesta por todo lo alto, con traje oscuro, abundantes joyas, tocado emplumado en la cabeza y gesto serio y circunspecto.

Bautizos, comuniones, cumpleaños y cualquier acontecimiento familiar se exponían a la luz pública para propio lucimiento de los Franco, y también con el propósito de hacer de la primera familia del país un ejemplo a seguir, modelo de familia cristiana a la que venían todos los hijos que Dios mandase.

Sin embargo, algo debía fallar cuando algunos de los nietos han revelado muchos años más tarde, y una vez desaparecidos el general y su esposa, que a sus padres apenas los veían, ya que viajaban con mucha frecuencia para cumplir con sus múltiples compromisos y que verdaderamente los que estuvieron siempre más pendientes de ellos fueron sus abuelos. Y también, todos hablan con un gran cariño de una persona que estuvo siempre junto a ellos, de la señorita Beryl Hibbs, Nani, que para ellos fue una segunda madre, e incluso algunos le profesaban más afecto que a su progenitora.

Nani hizo que todos ellos se familiarizaran con el inglés desde pequeños, pero su labor más importante fue inculcar en los niños el sentido de la realidad y hacerles ver que la posición que tenían no iba a durar toda la

vida. José Cristóbal, el quinto hijo de los marqueses de Villaverde, cuenta en su libro *Cara y cruz. Memorias de un nieto de Franco* que la señorita Hibbs les decía con insistencia una frase que quedó grabada en la mente de todos:

Recordad que todo esto que tenéis, vivir en El Pardo, disfrutar del monte, tener los caballos, los criados, chófer a la puerta, es porque vuestro abuelo es el jefe del Estado. Cuando él falte, todo cambiará.

José Cristóbal, el único de los nietos de Franco que decidió dejar los estudios de Arquitectura para hacer la carrera militar, que abandonó posteriormente, asegura en su libro que Nani fue la que llevó la voz cantante en su casa en lo tocante a la educación de todos los hermanos Martínez-Bordiú. La señorita Beryl Hibbs era la que controlaba a los nietos de Franco y doña Carmen, y fue capaz en muchas ocasiones de enfrentarse al mismo general y a su esposa para que se cumplieran sus instrucciones y no dejar que los niños se convirtieran en unos seres caprichosos y consentidos.

El único que se escapó a la influencia de Nani fue Francisco, al que cambiaron el apellido al nacer, a propuesta del conde de Argillo, para que se llamara como su abuelo, después de consultar y recibir el permiso pertinente de los procuradores franquistas. Francis fue el ojito derecho de su abuelo, y, según cuenta él mismo en su libro, la razón de que fuera un chico mimado se debe en parte a que él sufrió una patología cardíaca en su infancia que necesitaba de un tratamiento médico estricto que aconsejaba que no hiciera mucho ejercicio.

Pero en general, todos los hermanos adoraban a Beryl Hibbs, y su presencia fue determinante en sus años de infancia y juventud. José Cristóbal atribuye el ascendente que ejerció Nani sobre ellos a que ella se entregó a los chicos completamente. Y afirma en un párrafo de sus memorias que «Nani ha sido la persona que más cariño me ha dado».

Una afirmación similar se hace por parte de Mery, la cuarta de los Martínez-Bordiú, en el libro que su exmarido escribió después de su breve vida en común. La hija rebelde de los marqueses de Villaverde, que profesaba un fuerte rechazo hacia el comportamiento de su padre, aseguró a Jimmy que «Nani es la persona más buena que he conocido en mi vida y a la que quiero más en el mundo».

Por encima de sus padres, abuelos y demás familia.

Los nietísimos

Los nietos de Franco y Carmen Polo crecieron como los niños más mimados de España. Recibían todo tipo de regalos, invitaciones y distinciones habidos y por haber. Rodeados de personas que se desvivían por complacerlos y concederles todo tipo de privilegios.

María del Carmen, la mayor, era la preferida de doña Carmen, que veía en ella a la continuadora de una estirpe inaugurada por ella misma. Además, según los hermanos, Carmen siempre fue una chica complaciente y simpática a la que le gustaba agrandar y tener detalles con todo el mundo. Fue elegida fallera mayor infantil de la fiesta de las Fallas de Valencia, reina de los juegos florales y las fiestas más señeras de todo el territorio español y foco de atención de la prensa rosa, en la que su hermana Mariola siempre figuraba en una discreta segunda fila. Vestidas siempre con exquisito gusto, la indumentaria de las nietas de la Señora de El Pardo era imitada por las niñas de familias bien de toda España.

Francis fue el preferido de su abuelo, por algo se decidió que se llamara como él, un gesto que él consideró un honor al principio, pero del que luego se quejó amargamente por los problemas que le suponía presentarse en cualquier lado llevando como nombre el de Francisco Franco.

Mery, un espíritu libre que hizo de la rebeldía ante su familia su bandera, fue la que más gracia le hacía a su abuelo, que la llamaba la «ferrolana» quizá por recordarle su carácter a las decididas mujeres gallegas que conoció durante su infancia. Según ella, su abuelo le animó siempre a que hiciese su vida y no daba importancia a su espíritu independiente que le hacía chocar con frecuencia con su padre, el marqués de Villaverde. Mery era, según testimonio de José Cristóbal, su amiga de la infancia, la que marcaba sus juegos y la más loca y atrevida a la hora de planificar algunas trastadas. Cuenta el cuarto de los Martínez-Bordiú que tanto él como Mery se cansaron pronto de los juegos que organizaba Francis, en los que él siempre era el general que designaba cabo a Mery y a Cristóbal soldado raso, aunque a veces alteraba el orden de los dos pequeños, según los favores que le hiciesen.

Cristóbal cuenta en su libro como el sùmmum de los privilegios que tenían los hermanos el que el día de Reyes se organizaba cada año una

cabalgata particular para ellos en El Pardo.

Miembros de la Casa Militar de disfrazaban de Melchor, Gaspar y Baltasar con sus respectivos pajes y acompañantes. Recorrían en cabalgata el pueblo de El Pardo y luego nos repartían a los nietos regalos. Los regalos eran buenos, cajas de soldados, una tienda de campaña, una bicicleta...

Esos obsequios se unían a los que les hacían sus padres en Navidad y a los de los abuelos, que preferían esperar a la fiesta de los Reyes Magos.

En sus memorias, José Cristóbal refiere también una anécdota curiosa que ocurrió cuando su abuela tuvo que recoger todos sus enseres después de la muerte de Franco. El nieto descubrió en una habitación que hacía de almacén en el Palacio de El Pardo una cantidad enorme de regalos que ni él ni sus hermanos habían visto nunca. Supuso Cristóbal que eran juguetes y objetos que había ido mandando la gente a lo largo de los años, pero que la señorita Hibbs había preferido apartar y no dárselos porque pensaba que ya les sobraban con los que tenían.

Los pequeños, Aránzazu y Jaime, como suele ocurrir en las familias numerosas, fueron los que menos interés suscitaron en los medios de comunicación de la época. Su infancia coincidió con otros acontecimientos que acapararon la atención de los periodistas y sus caras eran menos familiares para los ciudadanos españoles.

Los nietísimos gozaron de una infancia dorada, en la que todo eran atenciones y halagos de la gente que les rodeaba. Y aunque se acordaban poco en esos años de la recomendación de *miss* Hibbs respecto a lo que pasaría en el futuro, cuando su abuelo faltara, cuando cayó el régimen y la gente empezó a darles la espalda, las advertencias de Nani se hicieron realidad de golpe. Fue un brusco despertar de un sueño que les costó a todos asimilar. Amigos de toda la vida dejaron de llamarles y les evitaban. La gente que se volcaba antes con ellos para satisfacer sus caprichos desapareció de escena. Las facilidades que les daban para cazar en cualquier finca o pasear en moto por el monte de El Pardo se tornaron en dificultades que se obstinaron algunos de ellos en no aceptar. Los periódicos se llenaron de críticas hacia cualquiera de ellos cuando cometían el más mínimo fallo.

La adaptación a la nueva realidad llenó de rencor a algunos de los nietos. No entendían nada de lo que estaba ocurriendo. En definitiva, les costó lágrimas, muchas y muy amargas lágrimas, darse cuenta de que el tiempo dorado había pasado, que su abuelo se había convertido de héroe en dictador autoritario en cuestión de meses. Y que los Franco eran una familia

cuyo tiempo de gloria y esplendor había acabado.

8. Los veraneos en el Pazo de Meirás

El Pazo de Meirás fue durante casi cuarenta años el lugar elegido por la familia Franco para pasar sus vacaciones de verano. La condición de gallego del general y su amor al mar propiciaron que disfrutara enormemente en un paraje hermosísimo de su tierra, en donde el clima era húmedo y suave. La finca estaba rodeada de una vegetación espesa y tenía unas vistas que hacían que la sensación de descanso y reposo fuera perfecta.

Cada año, la corte de El Pardo se trasladaba a aquel caserón en el que se compaginaban las tareas de esparcimiento de la familia Franco: el Generalísimo se dedicaba casi a tiempo completo a la faena de la pesca, para la que fue adiestrado por pescadores de la zona, algunos de ellos antiguos furtivos reconvertidos en guardas por el Caudillo, y por amigos suyos que eran auténticos maestros en el arte de capturar peces. Lo que al principio era simplemente pesca de ejemplares de tamaño mediano se fue convirtiendo en pesca de altura, en la que los peces a capturar eran enormes cachalotes y atunes que costaban a Franco horas y horas de persecución hasta conseguir la pieza.

A doña Carmen, que sufría de mareos cuando se embarcaba, lo de la pesca no le gustaba demasiado, por lo que se organizó su pequeña corte particular con la presencia de sus amigas íntimas en el pazo, a las que invitaba a compartir con ella sus días de vacaciones. Eran las de siempre, las que también acudían a El Pardo con frecuencia para merendar y jugar algunas partidas de canasta o bridge o ver alguna película de las que estaban recién estrenadas. Las esposas de Camilo Alonso Vega y Nieto Antúnez, la marquesa de Huétor de Santillán, Lolina Tartiere y su hermana Isabel Polo se instalaban en las amplias dependencias del pazo para acompañar y distraer a la Señora, abandonada cada día por su marido, que no esperaba siquiera a que saliera el sol para hacerse a la mar.

A la hija de doña Carmen y más tarde también a su marido lo que les gustaba era ir a la playa de Bastiagueiro, próxima a Meirás, para tomar el sol, bañarse, practicar deportes acuáticos y jugar con su numerosa prole en la zona acotada para que la familia del dictador pudiera disfrutar de los baños sin la presencia ni la mirada de curiosos y extraños.

Ramón Rodríguez Ares, antiguo alcalde de Sada, a cuyo término

municipal pertenece Meirás, ha contado a la autora algunas anécdotas de las estancias del general Franco en el pazo y lo que supuso para ese municipio coruñés el que la primera familia de España veraneara allí durante tantos años.

«Una de las historias que recuerdo es que cuando empezaron a venir al pazo, Franco dejaba el barco con el que pescaba en aguas de la bahía de Sada. El puerto que hay hoy no existía, y como no había suficiente calado, a Franco y sus acompañantes había que llevarlos en una chalupa desde la playa al *Azor*, un antiguo dragaminas acondicionado después como barco de pesca.

»Para facilitar el traslado del Caudillo a su embarcación, se construyó una rampa en donde hoy está el puerto, que la gente de aquí bautizó como la rampa del Generalísimo», cuenta Moncho Ares, quien añade que Franco salía a pescar todos los días al mar o también a la ría de Betanzos o a la de Lugo.

«En Betanzos, había un guardarríos, apodado Lindrín, que había sido primero furtivo, pero que cuando se puso al servicio del Caudillo lo llevaba a lugares en donde él sabía que había muchos peces, y así Franco quedaba encantado».

Rodríguez Ares recuerda con nostalgia los tiempos en que era niño, cuando lo que más le gustaba a él y a sus amigos era ir a la playa para ver cuándo llegaba Franco con su Guardia Mora y contemplarles con sus uniformes de pantalones anchos, botas y los gorros rojos que usaban.

«Todos nosotros éramos del Frente de Juventudes, cuyo hogar vino Franco a visitar, y nos gustaba ir con nuestros uniformes de camisa azul y boina roja al Pazo de Meirás para cumplimentar a Franco cuando estaba allí de veraneo. La impresión que nosotros teníamos era la de una gran familia unida, que se querían mucho aunque luego cada uno haya hecho su vida».

Historia del pazo y su cesión a los Franco

El pazo se construyó en el siglo xiv por un noble de aquellas tierras, Ruy de Mondego, cuyo título era el de señor de las Mariñas, y posteriormente perteneció a un puñado de familias gallegas, hasta llegar, a finales del siglo xix, a manos de los condes de Pardo Bazán, padres de doña Emilia, la prestigiosa escritora. Su madre, doña Amalia de la Rúa Figueroa, se encargó de hacer una restauración integral del pazo, que con el paso de los años se hallaba en muy mal estado de conservación.

A la muerte de sus padres, doña Emilia heredó la propiedad, que pasó a llamarse las Torres de Meirás, y luego fueron los hijos de la autora, Jaime, Blanca y Carmen Quiroga quienes conservaron la finca, que en una ocasión fue visitada por los reyes Alfonso XIII y Victoria Eugenia, a quienes les encantó, y lo que provocó que el monarca exclamara de forma premonitoria que el lugar era «digno de un jefe de Estado».

El edificio del pazo tiene tres torres, la más alta de ellas es la del homenaje y las otras dos, de menor altura, sirven de residencia a sus habitantes. La fachada principal es de estilo románico y su gran portalón da acceso al zaguán, en cuyo interior hay una escalinata central que asciende y se desdobra hacia las dos alas del edificio en donde se ubican los dormitorios.

Tras la Guerra Civil, en la que cayeron asesinados varios miembros de la familia Pardo Bazán, las dos únicas supervivientes, Blanca Quiroga y su cuñada Manuela Esteban Collantes, decidieron donar el pazo a los jesuitas para que establecieran allí su noviciado. Pero los religiosos rechazaron la oferta, momento que coincidió con la búsqueda por parte del gobernador civil, Julio Muñoz Aguilar, y otras autoridades coruñesas de un pazo para regalárselo a Franco, con el fin de expresarle su gratitud por su actuación en la guerra y para que pasara las vacaciones veraniegas en su tierra.

La comisión encargada de buscar un pazo para Franco estaba compuesta por una serie de notables de la zona, entre ellos Pedro Barrié de la Maza, que contactaron con la familia Pardo Bazán para comprar Meirás. El precio se estableció en un poco menos de medio millón de pesetas de entonces, un auténtico capital que había que tratar de obtener por todos los medios. Y la fórmula elegida fue hacer una suscripción popular a la que se apuntara toda la gente que quisiera de forma voluntaria, además de «sugerir» a los

funcionarios públicos gallegos que sería un detalle por su parte que donaran módicas cantidades deducibles de sus sueldos para contribuir al regalo del Generalísimo.

El historiador Carlos Fernández Santander ha contado a la autora que Muñoz Aguilar dijo a los prohombres que habían puesto en marcha la iniciativa que convenía que todos ellos, personas adineradas y con numerosas propiedades en Galicia, donaran una cantidad importante.

«Barrié de la Maza, que era muy tacaño, puso 200 pesetas», cuenta el historiador gallego, «pero el gobernador dijo que ese dinero era una ridiculez y que se dieran cuenta del valor que el regalo de ese pazo tendría para La Coruña, porque era una inversión. Y logró que pusieran 1.500 pesetas».

Fernández Santander aclara una cuestión importante que se ha puesto sobre el tapete durante muchos años: la obligatoriedad o no de aportar dinero por parte de los ciudadanos de Galicia.

«No se obligó a la gente a poner dinero, sino que, además del que aportaron los funcionarios, se iba por los pueblos haciendo la colecta, y la mayoría de la gente decía que sí, unos ponían 2 pesetas, otros más, cada uno lo que podía. A nadie se le puso una pistola en el pecho. Iba una pareja de la Guardia Civil por las aldeas, ponían un puesto y preguntaban: ¿quién quiere poner dinero para regalar el pazo al Caudillo? Y claro que lo daban. Pero lo que sí es cierto es que cualquiera decía que no quería aportar nada en aquellos tiempos...».

Fernández Santander precisa también un punto interesante sobre las habladurías acerca de que los Franco no pagaban en ningún sitio. El autor niega terminantemente que fuera así.

«Otro bulo que se ha perpetuado es que Franco no pagaba los libros que mandaba comprar en la librería Arenas de La Coruña, algo que no es verdad. Como él era muy aficionado a la lectura, encargaba cada verano un gran número de obras, entre ellas las publicaciones de la Editorial Ruedo Ibérico que eran profundamente críticas con el régimen franquista. El intendente de la Casa Civil de Su Excelencia, José Catoira, se pasaba puntualmente por la librería para pagar los libros adquiridos, incluidos los que denostaban a Franco y su sistema antidemocrático y falta de libertades».

La escritura de propiedad del Pazo de Meirás se entregó a Franco en diciembre de 1938, en un acto en el que este dijo aceptar el obsequio «gustoso y exclusivamente por tratarse de una donación de mis queridos paisanos».

En total eran casi tres mil metros cuadrados de finca, a la que había que añadir unos primorosos jardines y, más tarde, otras pequeñas propiedades de los alrededores que se fueron expropiando para añadir al pazo y controlar la seguridad de la residencia veraniega del jefe del Estado.

Y un detalle curioso para rematar la historia de la donación del pazo a Franco. La cotización que se hacía a Hacienda de la propiedad era tan solo de 1.560 pesetas, según Fernández Santander, sobre una base imponible de 4.740 pesetas. Y además se le daba la facilidad de pagarlo en dos veces. Sin embargo, las casas de alrededor, que eran mucho más modestas comparadas con el pazo, cotizaban diez veces más que el histórico edificio. Por algo su inquilino era nada más y nada menos que el «fundador del Nuevo Imperio», según el documento de propiedad de Meirás.

Los días de ocio en Meirás

Doña Carmen disfrutaba enormemente en el pazo, ya que, además de estar rodeada de sus amigas de siempre, las señoras bien de La Coruña se volcaban en agasajos de toda clase a la primera dama de España. La invitaban a merendar en sus fincas, iba de excursión con ellas a los alrededores de Sada e incluso hacía incursiones en las tiendas de antigüedades, la factoría de porcelana y loza de Sargadelos y las joyerías de la capital coruñesa. Algunas veces se atrevía a cruzar una de las pocas fronteras que podía atravesar sin problemas, la de Portugal, y entraba en las localidades del norte del país vecino en busca de objetos de decoración antiguos y también en algunas joyerías.

La gente que la agasajaba se desvivía por preparar para la Señora sus platos favoritos, entre los que ocupaba el primer lugar el tradicional pulpo a feira, que le gustaba muchísimo. También era golosa y disfrutaba mucho con una tarta capuchina casera, con tocinillo de cielo y merengue, que preparaba una señora que se dedicaba a dar clases de cocina y repostería a las damas de la alta sociedad coruñesa, después de quedarse viuda y con el fin de obtener un dinero extra para el mantenimiento de su familia.

Franco, cuando no estaba pescando, se dedicaba a practicar otros deportes, como el tenis, al que jugaba con su capellán, el padre Bulart, quien lo hacía vestido con la sotana, que se le enredaba entre las piernas y le hacía caer y perder el partido con mucha frecuencia. También se aficionó mucho al golf, un deporte que practicó especialmente en los últimos años de su vida. Jugaba en el Club de La Zapateira, cerca de La Coruña, y se hacía los nueve hoyos de su recorrido, que incluía la subida de una fuerte pendiente en uno de los hoyos del campo.

Alberto Martí, fotógrafo en cuyo archivo está una gran parte de la historia gráfica de La Coruña durante la segunda mitad del siglo xx, eso sí, guardado en modestas cajas de zapatos, contó a la autora en su estudio algunas anécdotas de aquellos años, treinta y siete en total, en los que la familia Franco veraneó en el Pazo de Meirás.

«Con los fotógrafos, el matrimonio Franco era el más atento del mundo. Cada uno de nosotros llevaba tres cámaras para sacar blanco y negro, color y diapositivas, y como éramos muchos, casi no podíamos movernos. Así que le

pedíamos que en una entrega de trofeos, por ejemplo, los entregara tres veces para que pudiéramos hacer los tres tipos de imágenes. Y él, siempre lo hacía.

»El año en el que sufrió la tromboflebitis, una vez que estuvo ya prácticamente recuperado, el Generalísimo fue un día a jugar al golf a La Zapateira y los fotógrafos fuimos también para hacer unas fotos. Pero cuando llegamos nos dijeron que Franco no estaba muy bien y que no se podían tomar imágenes suyas. Nos estábamos yendo ya del club cuando volvió uno de los ayudantes del Caudillo para decirnos que el propio Franco había pensado que sí quería que se le hicieran unas fotos jugando al golf».

El periodista gráfico sacó la conclusión de que él era más inteligente que sus colaboradores, porque, nos dice, «se dio cuenta que lo mejor para demostrar que se encontraba bien era dejar que le hiciéramos las fotos».

De doña Carmen, Alberto cuenta que con los fotógrafos era extraordinariamente amable siempre y que le gustaba hablar con los que le seguían siempre en los actos a los que asistía. Uno de ellos, que trabajaba para el *Ideal Gallego*, Juan Cancelo, siempre intercambiaba frases de amabilidad con la señora de Meirás, que elogiaba el trabajo del fotógrafo con entusiasmo: «Qué hombre tan trabajador este Cancelo, cómo trabaja, no para nunca». A lo que contestaba Cancelo: «Es que usted se lo merece todo». Alberto concluye con una frase llena de la típica socarronería gallega: «Parecían dos novios...».

Ramón Rodríguez Ares recuerda también de aquellos veraneos la cena que se celebraba en el Ayuntamiento de La Coruña a la que asistía la familia Franco cada verano.

«El Generalísimo y su señora se desplazaban a la capital coruñesa en un imponente Rolls Royce, que dejaba boquiabiertos a todos los habitantes de Sada, que salían a la calle para ver pasar la caravana con la escolta que protegía la seguridad del jefe del Estado».

Pero con quien Moncho Ares hizo más amistad después fue con el marqués de Villaverde, que les invitaba a él y a su mujer a unas cenas que organizaba el matrimonio, en las que la esposa de Ramón cantaba muy bien copla española, lo que entusiasmaba al resto de los invitados.

«Yo casé por lo civil a Mery, una de las hijas de los marqueses antes de la boda religiosa en la capilla del Pazo de Meirás. Un día se lo recordé a su padre y él me dijo: “Vaya flaco favor que me hiciste al casar a mi hija con ese pájaro”. Tuvimos una relación desenfadada, amistosa, muy normal. Los invitábamos mi mujer y yo a venir a cenar a nuestra casa y otras veces

éramos nosotros los que íbamos a la suya.

»Este pueblo tendría que estar muy agradecido a la familia Franco, porque ellos propiciaron que Sada se conociera en todas partes. Aquí se celebraban los consejos de Ministros cada verano, los escoltas se alojaban aquí en el pueblo y las casas de huéspedes estaban llenas, los bares y las casas de comidas también. Venían los turistas, unos por obligación y otros por devoción, pero Sada estaba llena de gente que llegaba de Madrid para pasar dos meses de vacaciones en verano y no como ahora que vienen una semana o diez días tan solo».

El exalcalde recuerda también en la conversación que mantiene con la autora un encuentro que tuvo con doña Carmen, años después de morir Franco, en el que ella se refería a su marido como Paco, un detalle que le llegó al alma por tratar de forma tan familiar ante él al Generalísimo.

El pazo, escenario de hechos importantes

A lo largo de los treinta y siete años que Franco y su familia veranearon en el Pazo de Meirás, el antiguo caserón fue escenario de encuentros históricos entre el general y personalidades relevantes, algunas de ellas jefes del Estado extranjeros, como el presidente portugués Oliveira Salazar o el rey Abdullah de Jordania.

Pero una de las visitas que más llama la atención es la que efectuó en agosto de 1943 el embajador británico en Madrid, Sir Samuel Hoare, quien en sus memorias cuenta como una auténtica aventura el viaje a la residencia de verano de Franco, adonde se desplazó en un avión americano puesto a su disposición por el ministro del Aire español, Juan Vigón. El aparato aterrizó en un aeródromo cerca del balneario de Guitiriz, entonces «una barraca de gran tamaño humeante de azufre y llena de gran cantidad de personas con la piel amarilla...».

A la entrevista de Hoare con Franco asistieron el ministro español de Asuntos Exteriores, conde de Jordana, y el barón de las Torres, jefe de Protocolo e intérprete del encuentro. Lo más curioso de esta entrevista, en que el embajador del Reino Unido pidió a Franco que se desmantelara la Falange, depusiera la posición de no beligerancia y retirara las tropas de la División Azul, es que el Generalísimo le dio largas en los asuntos y no se inmutó lo más mínimo.

«Mis palabras no parecían tener efecto sobre este pequeño e insulso gallego, y mientras las pronunciaba recordaba cómo su carrera de jefe había sido una serie de inesperados y sorprendentes éxitos a expensas de sus amigos y enemigos», escribió Hoare en sus memorias años más tarde. También calificó la entrevista de «desconcertante» y añadió que después de regresar a Madrid se enteró de que la embajada española en Washington, en un comunicado oficial, había calificado la entrevista con el Caudillo de «amistosa y satisfactoria». Un comunicado que fue seguido de otro del Foreign Office en el que se decía que Inglaterra estaba seriamente disconforme con las graves faltas cometidas contra la neutralidad por el gobierno de Franco.

Otra de las visitas que Franco recibió en el pazo gallego fue la del rey Abdullah de Jordania, en agosto de 1949. El régimen franquista invitó a

numerosos monarcas árabes a visitar al jefe del Estado para visualizar los fraternales lazos de amistad con los países musulmanes, entre ellos al fundador de la dinastía Hachemita, que fue recibido con toda pompa y boato en tierras gallegas. En aquellos años cuarenta, en los que el llamado Movimiento Nacional era repudiado por todas las naciones democráticas, solo los gobernantes de poca monta y de escasas creencias en regímenes de libertades plenas venían de visita oficial a España.

Otro de ellos fue el jefe del Gobierno de Portugal, Antonio Oliveira Salazar, quien firmó con España un tratado de amistad y cooperación en el año 1939 y con el que se vio en varias ocasiones. En agosto del año 1950, Oliveira fue agasajado por Franco durante su estancia en el Pazo de Meirás, y desde allí lo llevó a la Escuela Naval de Marín, donde el jefe de Estado portugués asistió a diversos actos organizados en su honor.

En 1946, se inició la costumbre de celebrar un Consejo de Ministros a mitad del descanso veraniego de Franco en una de las estancias del pazo. Meirás fue, durante todos aquellos años en los que el dictador y su familia pasaron allí sus días de verano, el lugar donde los Franco compaginaron el ocio y el descanso con las tareas oficiales del entonces jefe del Estado. Se aprovechaba que estaban en Galicia, la tierra natal y muy querida del Caudillo, para visitar lugares olvidados de la región, inaugurar edificios nuevos o recuperados del abandono, asistir a eventos sociales como corridas de toros, recepciones o partidos de fútbol, presidir actos castrenses y apadrinar la botadura de nuevos barcos de la Armada...

Todo un abanico de actividades que hacían las delicias de doña Carmen, que tenía así oportunidad de lucir los modelos veraniegos de alta costura diseñados por sus modistos preferidos. Y también una ocasión perfecta para ejercer de primera dama y dejarse halagar por todos los que la rodeaban, deseosos de congraciarse con la poderosa señora de Meirás. Años de esplendor en los que ella no se paraba a pensar aún qué pasaría cuando muriera su marido y todo se desplomara como un castillo de naipes.

La decadencia del Pazo de Meirás

Tres años después de la muerte de Franco, en febrero de 1978, el hermoso pazo que tanto esplendor conoció durante casi cuarenta años sufrió un incendio que algunos apuntan fue intencionado y que destruyó gran parte de las estancias de una de las torres del edificio. Entre ellas, las que albergaban las habitaciones del matrimonio Franco, que quedaron francamente dañadas. El techo del dormitorio de la pareja se desplomó sobre el comedor principal del pazo, en el que se celebraban cada año los consejos de Ministros. Las demás habitaciones de la residencia quedaron ahumadas a causa de las llamas, que alcanzaron grandes proporciones en poco tiempo, ya que los materiales eran muy inflamables. Los suelos eran de tarima de madera y ardieron rápidamente, facilitando que el incendio se propagara y que tardara en ser sofocado por los bomberos de La Coruña, que acudieron en cuanto fueron avisados.

La familia Franco cogió aprensión al lugar y no quiso volver a habitarlo. Doña Carmen, según cuentan, fue una vez después del incendio y se quedó tan desolada al comprobar los daños causados por las llamas que prometió no volver. Ella prefirió, durante los años posteriores, ocupar otra de sus propiedades, la Casa Cornide, obtenida gratis *et amore* como tantas otras, y ubicada en pleno centro de la parte antigua de La Coruña. Se trata de un magnífico edificio de tres plantas situado frente a la iglesia de Santa María, que le regaló y puso a su nombre Pedro Barrié de la Maza, urdidor de la operación de la compra del Pazo de Meirás.

La Casa Cornide era la sede del antiguo Conservatorio de Música de la capital coruñesa, a cuyos alumnos desalojaron de allí para mandarlos a otro lugar mucho más alejado del centro, en el tercer piso de un edificio sin ascensor. Doña Carmen le había echado el ojo al inmueble en los tiempos en que vivió en La Coruña, cuando su marido fue gobernador militar de la ciudad.

Rodríguez Ares ha contado a la autora que cuando visitó una vez muerto Franco a doña Carmen en Cornide y le alabó la belleza de la casa, ella le comentó que ya le pareció una maravilla cuando lo vio por primera vez antes de la Guerra Civil. Entonces, ella le había preguntado a su marido: «Paco, esta casa me gusta mucho, ¿la podemos comprar?». A lo que él le contestó:

«En este momento, no es conveniente».

Solo hubo que esperar unos cuantos años para hacerse con la casa y, además, con ventaja, ya que no pagó ni un duro por ella.

Durante casi veinte años, nadie quiso meterse a restaurar el Pazo de Meirás a fondo, y no fue hasta finales de los noventa cuando se emprendió la rehabilitación del edificio, que se prolongó durante ocho años y que fue pagada íntegramente por la duquesa de Franco. Luis Fernando Quiroga, padre del marido de Aránzazu Martínez-Bordiú y miembro de una de las más ilustres y adineradas familias de La Coruña, fue una de las personas que más influyó para que el edificio fuera restaurado, y colaboró activamente a la hora de llevar a cabo todos los arreglos.

Fana Quiroga, como se le conoce por los coruñeses, tiene muy a gala presumir de tener un auténtico pazo, el de San Julián, cuyo mantenimiento anual le cuesta alrededor de unos 30.000 euros, unos cinco millones de las antiguas pesetas, y que es mucho mayor y más antiguo que el de Meirás, que él no considera demasiado valioso.

En el año 2004, el pazo recobró parte de su viejo esplendor y fue escenario de nuevo de importantes acontecimientos en la vida de la familia Franco. Francis celebró ese verano la primera comunión de una de las hijas que tuvo de su segundo matrimonio con Mirian Guisasola. Días más tarde se produjo allí la petición de mano de Luis Alfonso de Borbón a la familia de su prometida, la rica heredera venezolana Margarita Vargas con la que se casó poco después en República Dominicana. Y el 17 de julio se casó en la capilla de Meirás Jaime Ardid, hijo de Mariola Martínez-Bordiú y Rafael Ardid.

A partir de ese año, la familia Franco ha vuelto a veranear en el pazo. La duquesa de Franco va todos los años y sus hijos y nietos acuden por turnos a pasar unos días a la finca que ha recuperado en parte el aspecto de los años de poder y gloria.

El pazo, hoy

Desde el inicio de la preparación de este libro, tuve claro como autora que deseaba visitar personalmente el mayor número de lugares en donde se desarrolló la vida de la Señora. Recorrer con detenimiento, fuera de las horas de visita habituales, todas las estancias del Palacio de El Pardo fue posible gracias a las facilidades del entonces presidente de Patrimonio Nacional, Nicolás Martínez Fresno, que accedió amablemente a mi petición. El Palacio Real, por motivos de mi trabajo como corresponsal de TVE ante el Palacio de La Zarzuela, me resulta familiar por la cantidad de actos celebrados en sus distintos salones y por la exhaustiva visita guiada que tuvimos oportunidad de hacer hace unos años. Por el monumento del Valle de los Caídos y su impresionante basílica-panteón me acompañó dándome al tiempo una completísima explicación una funcionaria amabilísima de Patrimonio Nacional, que no estaba conforme con el silencio al que le obligaban sus superiores en la reciente etapa en la que este lugar solo quedó destinado al culto. Ella misma me facilitó el contacto con el abad de los benedictinos que tienen a su cargo la basílica y el convento, fray Anselmo, con el que pude mantener una charla sobre el futuro del monumento.

Pero lo más difícil fue, sin lugar a dudas, poder visitar el Pazo de Meirás, a pesar de estar ya en vigor la decisión oficial de abrirlo al público tras ser declarado Monumento de Interés Cultural.

Tras fracasar en el intento de hacerlo por la vía oficial, mediante la que obtuve cita para ocho meses más tarde y un día tan inapropiado como el 23 de diciembre, víspera de Navidad, tuve que buscar la complicidad de alguien para que se acortaran los trámites y pudiera recorrer sin trabas aquel mítico lugar de los años dorados del nacionalcatolicismo.

En un día gris de otoño, salpicado de gotas de lluvia suaves en contraste con el temporal de jornadas anteriores, el matrimonio boliviano de guardeses que cuida ahora la finca nos abrió las puertas del Pazo de Meirás para la visita. Acompañada de Federico Cocho, un periodista gallego amigo y buen conocedor de la historia del lugar, y de una persona de la región que nos facilitó el que pudiéramos entrar sin problemas, recorrimos el sendero jalonado de escudos y blasones antiguos esculpidos en piedra hasta llegar a una rotonda en la que se encuentra un cruceiro que es réplica de otro que

figura en la catedral compostelana.

Macizos de hortensias, ocres después del azul violáceo que lucen en verano, poblaban los alrededores de la entrada al pazo, cuyo portón está enmarcado por un espesa y tupida buganvilla en la que sobrevivían aún algunas de sus flores color fucsia. La vista que se contempla desde la explanada es de una belleza increíble, con ese toque de melancolía que el paisaje adquiere en Galicia en la época otoñal. Por fin estaba ante la fachada del caserón que albergó a la familia Franco durante más de tres décadas y media.

Al acceder al zaguán del pazo, enseguida se ve la estructura del edificio: un portal que da paso a un amplio *hall* del que arranca una escalinata de mármol que se abre en dos para ir a cada una de las torres en donde están los dormitorios de la familia Franco. Pero la expectación que te podía hacer pensar que ibas a visitar un lugar decorado con exquisitez y lleno de obras de arte, acorde con el buen gusto que se atribuyó siempre a la Señora, se desvanece al ver la disparatada distribución de una cantidad desproporcionada de objetos que no guardan relación estética alguna entre sí, salvo que todos ellos pertenecieron en su día al hombre más poderoso de España y a su esposa.

Tal y como apuntaba en otro capítulo, la primera planta del pazo es un auténtico museo de glorias pasadas, en el que se amontonan piezas tan diversas como un par de barcos de vela colgados del techo y suspendidos a media altura, que recuerdan a las carabelas que partieron hacia América al mando de Colón, al lado de ánforas que yacieron durante siglos en el fondo del mar. Como si de una almoneda se tratara, un par de bargueños de aspecto valioso lucen junto a una panoplia de mosquetones antiguos con las culatas adornadas con incrustaciones de marfil, bronce y nácar; una colección de platos de cerámica con apliques dorados trata de sobresalir por encima de dos parejas de colmillos de elefante, una de ellas adornada con incrustaciones de metal y colgada del techo, y la otra puesta simplemente sobre un par de peanas, seguros trofeos de incursiones del marqués o de su hijo Francis en la jungla africana.

En la estancia de la que arranca la escalera, rematada en el primer rellano por una bandera española de la etapa franquista, con el águila imperial, lo que más llama la atención son los paños de pared cubiertos por decenas de cráneos de corzos o gamos abatidos por la pasión cinegética de la estirpe franquista. Y justo debajo de la escalera, entre el acceso al comedor y la zona

de servicio a la derecha y la de la preciosa biblioteca creada por doña Emilia Pardo Bazán a la izquierda, una urna de cristal guarda una pieza que le regalaron al Caudillo y que, al parecer tenía un gran valor: se trata de un faisán blanco disecado, un ejemplar raro de hallar, que resulta inquietante por su rigidez y sus inexpresivos ojos de cristal.

En la misma entrada al pazo, la primera puerta a la izquierda da a la antigua sacristía, hoy usada como dormitorio por la duquesa de Franco, que prefiere tener su habitación allí para evitar subir y bajar las escaleras que dan acceso a los dormitorios de la primera planta. De ahí se pasa a la capilla, que también tiene entrada por el exterior, en la que destaca un bello retablo de madera en cuyo centro está colocada una figura de san Francisco de Asís, patrón de los pobres y cuyo nombre llevó el Generalísimo.

Según uno de nuestros guías, el retablo llegó a Meirás procedente del Pazo de los Pose en tiempos de la Pardo Bazán, a la que donaron el altar en pago de una deuda que tenían contraída con la escritora.

En esa capilla se casaron dos de las nietas de Franco y la Señora: Mery, con el periodista y escritor Jimmy Giménez-Arnau, y Arancha, con un hijo de Luis Fernando Quiroga. Después de la restauración del pazo, Leticia, la hija de Mery, y Jaime, hijo de Mariola y Rafael Ardid, han elegido su iglesia para contraer matrimonio.

El ala derecha de la planta baja alberga una primera sala, en cuyas paredes abundan pinturas del siglo xvii y xviii, y encima de los muebles bustos de doña Carmen, delicados jarrones de porcelana y otros adornos traídos al pazo gallego a lo largo de los años que la familia Franco veraneó entre sus muros. Y a continuación, se pasa al amplio comedor, lugar en el que se celebraban los consejos de Ministros veraniegos, decorado en gran parte por cuadros pintados por el propio Franco que eran meras copias de obras de artistas conocidos.

Merece una parada especial la biblioteca del pazo que los herederos de la Pardo Bazán dejaron prácticamente intacta y cuyos libros primorosamente alineados en librerías nutrieron de lectura, al parecer, al dictador en sus veraneos. En los huecos de las paredes de la biblioteca se pueden leer algunas inscripciones alusivas a la importancia de la lectura y al gran valor de los libros como fuente de conocimiento y sabiduría.

La torre de la izquierda, la derecha según se mira desde fuera el edificio, está ocupada por los dormitorios que usan los hijos y nietos de la duquesa de Franco cuando van a visitarla. Amplios y todos con un baño incorporado, no

ofrecen apenas interés, puesto que son estancias nuevas rehechas durante la rehabilitación del pazo. Al fondo, el dormitorio más amplio, que era el que ocupaba el matrimonio Franco en vida y que da a un lateral y a la parte trasera del edificio. Allí, según la familia del general, se inició el fuego devastador que casi acaba para siempre con la finca y que sus descendientes insisten en que fue intencionado.

Francis es ahora el señor de Meirás, ya que él ha heredado el título que otorgó el rey Juan Carlos a la viuda de Franco. Y lo usa cuando llama a personas como el exalcalde de Sada para pedirle algo.

Como curiosidad, hay un dormitorio en la planta baja en cuyo dintel hay un rótulo con la inscripción «Los señoritos de Meirás». En su interior, varias camas de tamaño infantil se alinean unas junto a otras. Es el lugar de descanso de los benjamines de la saga de los Franco, aunque en su carné de identidad ya no figura el apellido del mítico abuelo que alcanzó la categoría de héroe de la guerra de África, Caudillo de España y Generalísimo de los Ejércitos. Salvo en los de los hijos de Francis Franco, el único al que cambiaron el orden de sus apellidos para que se llamara como su abuelo y lo perpetuara.

9. Las cacerías del franquismo

Si hay una afición que Franco cultivó con total dedicación, además de la pesca, fue la de la caza, a la que dedicó gran parte de su tiempo de ocio e incluso días o semanas que restó a sus tareas de gobernante absoluto. La caza fue su gran pasión, hasta el punto de que algunos de sus colaboradores y sobre todo su primo y ayudante Franco Salgado-Araujo criticaron con frecuencia el que el dictador dejara de lado sus obligaciones oficiales para irse durante largos fines de semana, que empezaban los jueves y terminaban los lunes, a cazar perdices o piezas mayores en monterías que se celebraban en cotos privados y estatales.

Doña Carmen no compartió con su marido esta afición, pero como esposa fiel y consciente de su obligación de estar junto a él todo el tiempo que pudiera, siempre le acompañaba en sus excursiones cinegéticas. Mientras que Franco madrugaba para estar preparado al alba y salir hacia los puestos desde donde iban a tirar perdices, la Señora permanecía en las dependencias de las fincas que frecuentaban y esperaba a que se terminara la cacería para recibirle y charlar con él y con los otros invitados acerca de las incidencias de la jornada.

Doña Carmen desempeñaba al pie de la letra su modelo tradicional acorde con la época, en la que las mujeres tenían un papel completamente secundario respecto a sus maridos. Y a pesar de que ya en ese tiempo, los cuarenta y cincuenta, en España había bastantes mujeres de la clase alta que tomaban sus escopetas y salían a la par que los hombres a abatir sus piezas, la Señora prefirió mantenerse en un segundo lugar y compartir con las dueñas de las fincas y cotos de caza labores más femeninas, como la costura, la supervisión de las comidas que se iban a servir más tarde en las cenas o cuidar del arreglo y preparación de los cuartos que iban a usar sus ilustres huéspedes.

Franco se aficionó a cazar desde muy joven, en sus primeros destinos como militar, en los que socialmente ir de cacería estaba muy bien visto, y formaba parte de las relaciones habituales entre las primeras autoridades provinciales y los hombres de empresa adinerados, poseedores de fincas en las que una parte estaba dedicada a ese menester. La finalidad era halagar y

tener contentos a los políticos y hombres influyentes con capacidad de decisión, para tenerlos a su favor cuando los necesitaban, y, al mismo tiempo, practicar un deporte que ha guiado siempre el instinto de los humanos desde los albores de la Historia. En aquellos tiempos, se cazaba para subsistir, luego como afición que en algunos casos llega a ser una auténtica obsesión.

Las cacerías en tiempos de Franco se convirtieron, al estilo de lo que narró Berlanga en *La escopeta nacional*, en ocasiones inmejorables para oportunistas y arribistas próximos al régimen que aprovechaban la proximidad con el Generalísimo y su entorno para obtener prebendas y favores. Sin llegar a los extremos de lo que sucedía en los predios del inefable marqués de Leguineche, magistralmente interpretado por Luis Escobar, marqués de las Marismas del Guadalquivir, seguro que algunas de las escenas que ocurrían en las que se organizaban en torno al Caudillo se parecieron bastante a las que luego vimos reflejadas en la película dirigida por el genial director, Luis García Berlanga. Hay que creer siempre que la realidad, normalmente, supera con creces a la ficción.

Sin embargo, en las cacerías a las que asistía Franco, los hombres de negocios que se atrevían a proponerle directamente sus planes y trataban de obtener alguna prebenda eran rechazados de forma tajante por él, que les contestaba que no era el momento ni el lugar de tratar asuntos de esa índole. Le molestaba enormemente que le importunaran en su tiempo de ocio y descanso, que él dedicaba a la caza y a olvidar los asuntos de Estado que le daban bastantes quebraderos de cabeza.

Las Navidades en Arroyovil

Cuenta Francis Franco en su libro *La naturaleza de Franco* que hasta que no se casó con la hija de Franco, su padre, el marqués de Villaverde, no era en absoluto aficionado a la práctica de la caza. Y que en la finca de Arroyovil, que la familia Martínez-Bordiú poseía en Mancha Real, nunca hasta entonces se había cultivado la afición cinegética. Era un cortijo con tierras que aportó al matrimonio José María Martínez, el abuelo paterno de Francis, después de recibirlo en herencia de su familia.

Estuvo dedicado por completo a la agricultura durante muchos años, especialmente al olivar, motivo por el cual en la finca había una almazara en la que se prensaba la aceituna para transformarla en aceite y que años más tarde desapareció al quedar obsoleta. Arroyovil tenía en origen cerca de mil hectáreas de terreno, aunque según el testimonio del nieto preferido del dictador «con el correr de los años, según iba aumentando la familia, se le fueron haciendo añadidos y remedos para que cupiésemos todos, incluidos el abuelo Franco y la abuela, que solían pasar en Arroyovil una semana al año».

Era esta una semana larga en plenas Navidades, que iba desde el 27 de diciembre hasta el 5 de enero, fecha en la que regresaban a Madrid para pasar allí la festividad de los Reyes Magos. El matrimonio Franco se desplazaba a la finca de sus consuegros, en donde pernoctaban, junto con su hija Carmencita y su marido, Cristóbal, además de los niños que iban añadiéndose a la familia conforme fueron naciendo. Pasar la Nochevieja en la finca de los condes de Argillo se convirtió con el tiempo en una tradición que se mantuvo hasta los años setenta, en los que la enfermedad de párkinson avanzó de tal manera en el cuerpo de Franco que el temblor que le provocaba en las manos le impedía seguir manejando la escopeta.

Al principio, las cacerías en la finca de los Martínez-Bordiú tenían un carácter estrictamente familiar. Pero, con el tiempo, las batidas de perdices se convirtieron en un acontecimiento de tipo social e incluso a veces político, ya que se organizaban para corresponder a las numerosas amistades de los marqueses de Villaverde que con frecuencia les invitaban a cazar en sus fincas. Los que asistían a Arroyovil, españoles y extranjeros, eran personas de muy diversa extracción social, ya que al lado, por ejemplo, de miembros de la realeza, como el rey Simeón de Bulgaria y su esposa Margarita Gómez-

Acebo, se podía encontrar a toreros como Luis Miguel Dominguín o Manuel Benítez *el Cordobés*.

Doña Carmen, que ejercía de primera dama en los días dedicados a la caza en la sierra jienense, disfrutaba hablando y socializando con ilustres personalidades de la nobleza y la aristocracia, como la duquesa de Alba y su primer marido, Luis Martínez de Irujo, el conde de Teba, el marqués de Santa Cruz y su esposa Casilda, los marqueses de Aledo, además de miembros de la aristocracia foránea, de Italia, Hungría e incluso inglesa. Para ella era todo un logro conseguir que gente tan distinguida acudiera a las cacerías sin ningún problema, aunque luego muchos de ellos fuesen con asiduidad a Estoril a rendir pleitesía a don Juan de Borbón y se declararan monárquicos leales y fieles ante el depositario de los derechos dinásticos de la Corona española.

Las fotos que se conservan de aquellas estancias en la finca de los Argillo muestran a una Carmen Polo sonriente y satisfecha, vestida adecuadamente para la ocasión con ropas típicas usadas por las mujeres que practicaban la caza, pero, eso sí, con su sempiterno collar de perlas de tres o cuatro vueltas alrededor del cuello. Las comidas de esas jornadas cinegéticas se hacían al aire libre, siempre que la temperatura lo permitiera, y la Señora ocupaba siempre el lugar de honor en el centro de la larga mesa en la que se servía el almuerzo. Frente a ella, su marido, acompañado de las damas de más rango presentes en la cacería, y junto a ella, los personajes más distinguidos de los que habían dedicado la jornada mañanera a obtener el mayor número posible de perdices desde su puesto asignado.

Por cierto, que Francis Franco explica en el libro antes citado que su padre tuvo que recurrir a alquilar algunas fincas próximas a Arroyovil para poder tener suficientes puestos de tiro disponibles para sus cada vez más numerosos invitados. Pero, como era tan ahorrativo, logró que sus vecinos de las tierras colindantes le alquilaran las fincas a un precio muy razonable y además corrieran con los gastos de mantenimiento y cuidado de las aves, que eran bastante considerables. A cambio de controlar a las alimañas para que no se comieran a las perdices, sus pollos y huevos, el marqués de Villaverde los invitaba a cazar con Franco cuando se ojeaba en sus terrenos. Cristóbal Martínez-Bordiú sabía muy bien, sin duda, cómo manejar eso que se ha dado en llamar el tráfico de influencias.

Las fiestas flamencas de Arroyovil

Andrés Martínez-Bordiú, conde de Morata de Jalón y hermano de Cristóbal, relata en el libro *Franco en familia. Cacerías en Jaén* cómo eran esos días de cacería y la celebración de Nochevieja en la finca de sus padres durante los años que el jefe de Estado y su familia los pasaron allí. El hermano del «yernísimo» relata con detalle cómo disfrutaban el general Franco y doña Carmen esos días de Fin de Año en Arroyovil, en los que la mitad de la jornada se dedicaba al ojeo de perdices y su captura en los puestos que se preparaban con todo cuidado y la otra mitad, noche y madrugada, a festejar la salida del año viejo y la llegada del nuevo.

Las señoras se vestían de tiros largos y los señores de esmoquin para la celebración, que se iniciaba con todos los invitados alrededor de la radio, primero, y después, del televisor, para ver y escuchar el mensaje de fin de año que Franco dirigía a los españoles cada 31 de diciembre. En esos mensajes, que se hacían bastante largos a los telespectadores dada la poca capacidad oratoria de Franco, se hacía por una parte un repaso de los acontecimientos más importantes ocurridos durante el año, siempre desde un punto de vista triunfalista, y, por otra, se lanzaban las habituales invectivas contra los enemigos seculares de España, que eran, para él, el comunismo y la masonería.

Después de los comentarios siempre elogiosos de los invitados a la finca de los condes de Argillo, todos se trasladaban a la capilla para asistir a la celebración de la santa misa, oficiada por el párroco de Mancha Real, en la que el matrimonio Franco-Polo ocupaba dos siales en el lado del Evangelio y cercanos al altar. Una vez cumplidas las obligaciones religiosas, imprescindibles para la devota doña Carmen, era el momento de la cena en el comedor y los salones de la finca, en la que se reunían a veces unas treinta o cuarenta personas, todas ellas pertenecientes a las familias de la aristocracia del más rancio abolengo, o de la otra, la económica, presente siempre en los eventos organizados por la familia Franco.

El momento culminante de las fiestas de Nochevieja de cada año era, sin duda, el tiempo dedicado al flamenco. Ahí todos los asistentes se desinhibían de su timidez y demostraban sus habilidades en el arte del baile, que algunos dominaban en sus distintos palos: sevillanas, alegrías, seguiriyas, fandangos,

tangos e incluso soleás y bulerías. La organización de la fiesta, con la contratación y transporte de los artistas, corría a cargo de Miguel Ardid, amigo íntimo de los Villaverde y padre del marido de Mariola Martínez-Bordiú, a pesar de lo cual Cristóbal no quería que su hija se casara con Rafael por considerarlo poca cosa para ella. Y hasta el cortijo de Arroyovil se desplazaban artistas de la talla de Luisa Ortega y Arturo Pavón, el Beni de Cádiz y Maleni, una bailaora de gran talento y belleza que más tarde se convirtió en la madre del famoso torero Julio Aparicio. Los guitarristas se colocaban justo debajo del arco de la chimenea y, después de tomar las doce uvas que marcan el comienzo del nuevo año, comenzaba la fiesta.

Franco se sentaba siempre en el mismo sillón, y desde él se dedicaba a filmar imágenes del sarao con uno de sus tomavistas. La fotografía fue una de las grandes aficiones del Generalísimo, y en sus períodos de descanso le encantaba captar con sus cámaras de cine para aficionados películas, sobre todo de sus nietos, como todo buen abuelo que se precie. Doña Carmen, a su lado, sonreía feliz de ver cómo los hijos de Carmencita se incorporaban al festejo y hacían pública demostración de su habilidad a la hora de bailar flamenco. Las niñas, María del Carmen, Mariola e Isabel, hija esta última del autor del libro citado, eran ya guapas adolescentes que tomaban clases de flamenco en Madrid, lo que les permitía moverse con gran desenvoltura en aquellas ocasiones. Y los chicos, Francis Franco, José Luis Aznar y Paco Martínez-Bordiú, no se achicaban ante ellas, aunque se movían con la sobriedad habitual de los varones.

La juerga se prolongaba durante toda la noche. Los artistas contratados no solo bailaban ellos, sino que animaban el cotarro echando sus mantones o pañuelos por encima de la cabeza de algunos de los invitados para incorporarlos a la danza. Era un lance que no se podía rechazar y al que había que responder si no querías desairar a los bailaores. Pero doña Carmen y su marido, recatadamente, se retiraban de la fiesta a una hora prudencial, antes de que los asistentes se tomaran demasiadas libertades y las copas produjeran un efecto liberador de complejos e inhibiciones.

Entre los que mejor se desenvolvían a la hora de bailar, según el conde de Morata de Jalón, destacaban Cary Lapique, vizcondesa de Casa Miranda, Cayetana de Alba, que estuvo también un Fin de Año en la finca de los condes de Argillo, Miguel Ardid, el propio marqués de Villaverde... y entre los peores, aunque muy osado a pesar de su evidente torpeza, José Sanchiz, tío de los Martínez-Bordiú y uno de los personajes que actuó de seguidor

de muchos favores debido a la cercanía que consiguió con el propio Franco.

Al amanecer, ya con el día clareando, se servía a todos los que aún quedaban en pie un reconfortante chocolate caliente con churros antes de irse a la cama a descansar, después de pasar la noche en vela. La ventaja era que el día 1 de enero, en consideración a los trabajadores de Arroyovil, que tanto se esmeraban para que todo estuviera a gusto de los Franco, los Martínez-Bordiú y sus ilustres huéspedes, no había jornada de caza. Todos se dedicaban a descansar y a dormir hasta la hora del almuerzo.

Incidentes y anécdotas de las cacerías

Una de las circunstancias que más llama la atención de aquellos años en que los Franco acudían a Arroyovil a cazar es que uno de los asiduos invitados a la finca de los condes de Argillo era Alfonso de Borbón Dampierre, el hijo del infante don Jaime de Borbón. Así pues, el que luego se convirtió en duque de Cádiz y marido de María del Carmen, coincidió durante años con la nieta mayor del general Franco, cuando ella aún era una niña y en aquellas primeras fiestas flamencas de Nochevieja se tenía que contentar con cenar en una mesa con sus hermanos, bajo la supervisión de *miss* Hibbs, y abandonar los salones después de la cena. Tan solo cuando María del Carmen se convirtió en una jovencita, ella y sus dos hermanos mayores se quedaban en la celebración que terminaba a altas horas de la madrugada.

Andrés Martínez-Bordiú relató en su libro *Franco en familia* su relación con don Alfonso, al que llamaba «príncipe de los tristes destinos», pero al que tenía gran afecto y consideraba una persona seria, consciente de quién era y con un espíritu de señorío y caballerosidad. El hermano del marqués de Villaverde hablaba con frecuencia con él acerca de su fría relación con su tío el conde de Barcelona, que negaba terminantemente la legitimidad de que fuera tratado de Alteza Real así como cualquier tipo de derecho dinástico en la línea sucesoria de la Corona española.

Alfonso, según el conde de Morata de Jalón, mantenía sus aspiraciones a que se reconocieran sus inexistentes derechos a la Corona, apoyado en estas pretensiones por los hombres más integristas del Movimiento, como José Solís o Girón de Velasco, enemigos acérrimos de los Borbones de Estoril.

Una de las preocupaciones que Borbón Dampierre le trasladó también a Andrés fue la difícil situación que le había creado en 1961 su padre, el infante don Jaime, ante Franco, al mandarle una carta con copia a la ONU en la que se nombraba a sí mismo heredero de la Corona y reclamaba la restauración de la monarquía en España.

Una curiosa anécdota que se cuenta también en el libro y de la que se da testimonio gráfico es la entrega cada año por parte de uno de los invitados a las cacerías, José Jorro, un amigo de la familia March que había desarrollado un lucrativo negocio de venta de tabaco en Marruecos, de un mueble de

cajones repleto de cigarros habanos en cuya vitola estaba impreso el escudo de Franco y la fecha del día de entrega del regalo.

Normalmente el presente se hacía al término de la cacería que Jorro organizaba en su finca, próxima a la de los Martínez-Bordiú, a la que convidaba a todos los invitados de Arroyovil. En la foto, publicada en el libro antes citado, se ve al matrimonio Franco Polo con cara satisfecha y sonriente ante el mueble lleno de cigarros y a un solemne José Jorro encantado de posar con la ilustre pareja.

Accidentes de caza

Como es lógico en una vida tan dedicada a la práctica de la caza, también se produjeron algunos accidentes en esas jornadas. El más grave, sin duda, ocurrió la víspera del día de Navidad del año 1961, en el monte de El Pardo, el amplio espacio natural que rodeaba la residencia del jefe del Estado al que el general iba con frecuencia con su familia a tirar.

Mientras doña Carmen supervisaba los preparativos de la cena de Nochebuena, que se hacía siempre en el Palacio de El Pardo, su marido decidió ir por la tarde con su yerno, el marqués de Villaverde, su tío, Pepe Sanchiz, y el arquitecto Manolo Cabanyes a probar un nuevo reclamo o cimbel que había llevado este último para usar en la caza de palomas.

Aunque el día era gris y amenazaba lluvia, la pasión de los cazadores pudo más que las inclemencias climatológicas. Las escopetas se colocaron en los puestos en posición vertical para que las palomas, poseedoras de una vista muy aguda, no los vieran y se alejaran. Juanito, escopetero del Caudillo, estaba como siempre junto a él para prepararle y cargar las armas. Y empezó la cacería a pesar de que comenzó a llover con intensidad en ese momento. No pasó apenas tiempo cuando la escopeta Purdey, hecha especialmente para Franco, sonó anormalmente fuerte, como si se hubieran disparado los dos cañones a la vez. El general salió despedido hacia atrás y no cayó al suelo porque lo sujetó Juanito, su secretario.

El marqués de Villaverde y los otros dos compañeros de cacería fueron avisados por uno de los escoltas que estaban cerca del jefe del Estado y acudieron corriendo a donde este se encontraba para ver lo que había pasado. Juanito les explicó que el cañón derecho de la escopeta había reventado a lo largo de unos doce centímetros y los bordes de la chapa habían herido la mano izquierda del general, que sangraba de forma abundante y sentía intensos dolores. Su yerno aconsejó que se le trasladara de forma inmediata al hospital más cercano, que era el del Aire y estaba entonces en la calle de la Princesa, para que pudiera ser examinado a fondo y probablemente entrar en el quirófano para ser operado.

Doña Carmen acompañó a su marido durante todo el tiempo que estuvo internado, dos largos días en los que se le intervino quirúrgicamente para curarle la mano y salvarle, in extremis, la falange del dedo índice de la mano

herida, una decisión que retrasó la recuperación del Caudillo pero que se la dejó íntegra.

La investigación que se abrió terminó con los rumores de que el accidente pudiera deberse a un acto intencionado. Los expertos determinaron que el agua de la lluvia pudo entrar en el cañón y formar una especie de tapón que estalló al disparar o bien que se hubiera cargado el arma con un cartucho de calibre superior al adecuado, que estuviera mezclado con los apropiados para ella.

El perdigonazo de Fraga a Carmen Franco

Otro accidente ocurrido durante las cacerías fue el que sufrió la marquesa de Villaverde, una excelente tiradora, según todos los testimonios consultados, que se fue aficionando más y más y que ha continuado practicando esta actividad hasta hace muy pocos años. Manuel Fraga Iribarne, que había sido nombrado ministro recientemente, fue invitado a asistir a una de las cacerías de Franco, un deporte en el que el político gallego no era entonces muy ducho. Según testigos presenciales, el flamante titular de Información y Turismo se presentó vestido como un auténtico novato en la práctica cinegética, en cuya indumentaria no faltaba ninguna de las prendas típicas que se exhiben en las tiendas de artículos de caza y pesca. Según testigos presenciales de aquella ocasión, a Fraga no le faltaba ni un solo detalle en su atuendo, rematado por el clásico sombrero tirolés adornado, por supuesto, con unas plumas de ave. El propio Fraga, en su libro *Memoria breve de una vida pública*, relata cómo fue el incidente en el que no solo hirió a la hija única de Franco, sino que estuvo a punto de que la historia pasara a mayores porque, según reconoce, también tuvo a tiro al propio general.

Era un fin de semana. Concretamente, el 1 de febrero de 1961, sábado. Yo había sido invitado a una cacería de perdices en Santa Cruz de Mudela. Aquel día tuve la desgracia de darle un plumazo «en salva sea la parte» a la marquesa de Villaverde. Yo tiraba entonces sin pantallas y una perdiz baja que pasó entre los dos dio lugar al monumental error. Carmen Franco estaba, además, entre su padre y yo. Siguieron unos minutos indescriptibles. Debo decir que la actitud de ambos ante mi lamentable gafe fue ejemplar, de generosidad y buen estilo. Me compré un juego de pantallas y no he vuelto a plomear a nadie.

La reacción de Franco, a pesar de la versión del protagonista de tan inoportuno lance, no fue, según otros testigos del suceso, tan benevolente, sino que se acercó más a la propia del carácter frío y sentencioso del general, que dijo después de que se comprobara que las heridas de Carmen Franco no eran graves una frase tan tajante como: «¡Quien no sepa cazar, que no venga!». En cualquier caso, la perdigonada de Fraga en el trasero de Carmencita pasó a la historia de las anécdotas de las cacerías de Franco como una prueba más del carácter impulsivo del inolvidable don Manuel.

Otro de los incidentes ocurrió en un viaje de vuelta del matrimonio al Palacio de El Pardo después de una de las cacerías de fin de semana en la provincia de Jaén, a finales de febrero de 1960. Doña Carmen y su marido iban instalados en uno de los Rolls-Royce que usaban para sus desplazamientos cuando ambos sufrieron mareos e incluso un ligero desmayo a causa de las emanaciones de gas que se metieron en la parte trasera del automóvil.

El propio general se lo contó a su primo Franco Salgado-Araujo, quien lo relató a su vez en el libro publicado tras su muerte *Mis conversaciones privadas con Franco*.

Solo tuve un desvanecimiento y un fuerte dolor de cabeza debido a las emanaciones de gasolina que se metieron por la parte posterior del coche por defecto del tubo de escape, que no expulsaba bien los gases. Carmina también estaba enferma y se acostó nada más llegar a El Pardo. Ya está el coche arreglado y se han tomado las medidas para que no vuelva a ocurrir el incidente.

Siempre quedará la duda de si aquello fue algo que ocurrió de forma accidental o más bien un acto intencionado para atentar contra la vida del jefe del Estado y su esposa. Lo único que se puede añadir es que la casa matriz de Rolls-Royce en Londres fue consultada sobre lo ocurrido y manifestó que era del todo imposible que las emanaciones del combustible se metieran por la parte de atrás del auto de forma casual, a menos que el tubo de escape de esos gases se manipulara con fines criminales. Queda pues la duda, en la que solo cabe pensar en dos posibilidades: o bien que alguien quiso atentar de esa manera contra el dictador, haciéndolo parecer un accidente fortuito, o bien que fallara el coche, una posibilidad que nunca admitirían los responsables de la marca de superlujo, por antonomasia, que es la casa Rolls-Royce.

Facilidades que se daban a Franco

El cronista de la revista *¡Hola!* durante muchos años, Jaime Peñafiel, dedicó en su libro *El General y su tropa* varios capítulos a las cacerías que se organizaban en la finca estatal de Santa Cruz de Mudela, a las que invitaban a participar a ministros, militares, aristócratas, empresarios y toreros. Pero también contó con todo detalle las que organizaban algunos personajes para agasajar a Franco y tenerle contento en un ambiente que se hacía propicio para todo tipo de negocios entre los asistentes.

Entre otras cosas, Peñafiel narra en el libro cómo todos los asistentes a las jornadas de caza tenían que someterse a un sorteo para obtener el puesto desde donde tirar contra todo bicho viviente. Todos menos el general Franco, claro está, al que siempre se le excluía del sorteo y al que se le adjudicaban los mejores puestos. Durante la jornada cinegética, que el periodista tuvo oportunidad de compartir dada su cercanía a la familia Franco, protagonista cada semana de las portadas y reportajes de *¡Hola!*, el Caudillo se comportaba como un cuerpo glorioso. No comía nada de la bolsa que se facilitaba a todos los cazadores con lo que llamaban el «taco», jamón, embutidos, cerveza, agua, pan y otros alimentos para matar el hambre durante las ocho horas que había que estar en el puesto. Pero tampoco dejaba su posición para satisfacer otras necesidades, a pesar de que su fiel secretario Juanito sí aprovechaba cualquier momento de concentración de su señor para aliviar la vejiga desde cualquiera de las esquinas del puesto asignado.

La preocupación principal de los anfitriones, entre ellos Antonio Guerrero Burgos, un pariente lejano de Peñafiel apodado «el montero mayor de la dictadura» que le invitaba con frecuencia a las cacerías que se organizaban en El Cerrón del Castillo de Prim, era que Franco cobrara las mejores piezas para que se fuera contento. Y se cuenta en la obra citada que un día Guerrero Burgos mandó llenar una charca casi vacía de agua, enfrente del puesto del Caudillo, la víspera de la cacería, para que los ciervos y corzos fueran a beber justo al lado de donde se iba a situar Franco. Lo malo fue que por la noche llovió a cántaros, con lo cual los animales pudieron saciar su sed en las numerosas pozas, que se llenaron por esa causa.

El que fue fundador del club de debate Siglo xxi tenía un bárbaro poder de convocatoria a la hora de planificar sus eventos, en los que lograba atraer a

lo más granado de la sociedad madrileña. En El Cerrón, cuenta Peñafiel, su pariente Guerrero logró reunir en torno al general en un frío día de invierno de 1968 a los hombres y mujeres más influyentes de la época. Hombres del régimen, como Fraga, Solís, Romeo Gorría, Manuel Arburúa, Muñoz Grandes, Arias Navarro, García Valiño y González Gallarza. Empresarios como Eduardo Barreiros, Alfonso Fierro y Pepe Sanchiz. Políticos como Pío Cabanillas y Juan Antonio Samaranch. Miembros de la realeza y la aristocracia como la infanta Alicia de Borbón y sus hijos los duques de Calabria, las hermanas Orleáns Braganza, Gloria y Cristina, los marqueses de Santa Cruz, Aldama, Griñón, Peñaranda, Cubas, Corduera, Valdeza, Comillas y Soto de Aller, además de algunos condes, como el de Mayalde, que fue alcalde de Madrid durante años. Y para remate, también estuvo en El Cerrón el armador y multimillonario griego Stavros Niarchos, quien quiso llevarse a la isla que poseía en Grecia parejas de perdices de España para repoblar el terreno con esas aves idóneas para la caza.

Ese día, doña Carmen seguro que vio colmadas sus aspiraciones de ser una mujer influyente al codearse con la flor y nata de la sociedad, cuyos integrantes le rendían pleitesía a ella y a su marido, el Caudillo de España.

El entretenimiento que se ofrecía a los invitados a las cacerías era bastante limitado, ya que se reducía a organizar partidas de mus, en las que muy pocas veces participaba el Caudillo, o a celebrar sesiones de cine después de la cena, en las que, con mucha frecuencia, la película elegida era *Raza*, una cinta basada en un guion del propio Franco y que él no se cansaba de ver una y otra vez.

Por cierto, hay una anécdota que cuenta Andrés Martínez-Bordiú acerca de una partida en la que participaba el general en la que uno de los jugadores cantó mus. Cuando llegó su turno, contento por las cartas que tenía, exclamó: «Ni mus, ni... gallináceas», en vez de usar la frase más común, pero más grosera, que todo el mundo utiliza en el juego, que es «ni mus, ni pollas». Hasta esos límites llegaba la pacatería del general.

Franco mantuvo su afición por la caza hasta los últimos meses de su vida, a pesar de que su salud se encontraba por entonces bastante mermada. A Arroyovil, la finca de los Martínez-Bordiú, fue por última vez en los primeros días de enero de 1972, dos años después de la muerte del conde de Argillo tras una larga enfermedad y agonía que su hijo Cristóbal se empeñó en prolongar, al igual que haría cinco años más tarde con su suegro.

Según el conde de Morata de Jalón, el Caudillo se encontraba ya muy

envejecido y su cuerpo estaba ya sensiblemente afectado por la incurable enfermedad de párkinson. Su expresión facial se había vuelto muy rígida, apenas hablaba y se quedaba ensimismado en largos ratos de silencio. El temblor de su mano era continuo, con movimientos incontrolados que dificultaban el ejercicio del tiro a las perdices en los ojeos.

En la última jornada de caza, Franco se colocó en su puesto, pero apenas tiró a las abundantes perdices que pasaban delante de él. Andrés Martínez-Bordiú se acercó a la posición en la que se encontraba el jefe del Estado cuando acabó el ojeo para saber si se encontraba bien y todo estaba correcto. Juanito, su secretario de caza, estaba recogiendo las pocas aves que había abatido.

El hermano de Villaverde empezó a hablar con él de la recogida de la aceituna que había comenzado ya en esas fechas, cuando Franco, cogiéndole con la mano el antebrazo, le pronunció una frase terrible: «Andrés, yo ya no puedo con la escopeta».

Esa confesión marcó el momento final de un cazador que no tenía más remedio que reconocer que daba por terminada la práctica de una de sus grandes pasiones, porque, literalmente, ya no podía con su alma.

10. Los Franco y los Borbón: una relación complicada

Analizar cómo fue la relación de la Señora de El Pardo con los príncipes Juan Carlos y Sofía no es tarea fácil. Aparentemente, Carmen Polo fue una persona amable que en los primeros tiempos en los que la pareja se estableció en el Palacio de La Zarzuela trató de ayudarles en asuntos tan personales como la decoración de su residencia o el arreglo de las habitaciones para las infantas Elena y Cristina y el príncipe Felipe antes de sus respectivos nacimientos. Según testigos de aquellos tiempos, corrían los años sesenta, eran frecuentes las visitas de doña Carmen a La Zarzuela para aconsejar a la joven esposa del príncipe y orientarla en cuestiones domésticas. Doña Sofía era extranjera, no conocía apenas el país ni tampoco los lugares apropiados donde elegir, por ejemplo, la ropa de sus bebés. Pero también doña Carmen llamaba a la princesa para que la acompañara a algunas de sus actividades de carácter benéfico y presentarla a las damas de la alta sociedad española.

El embajador Vaca de Osma ha relatado a la autora lo que ocurrió un día en el que él estaba en el Palacio de La Zarzuela.

«Fuertes de Villavicencio, jefe de la Casa Civil de Franco, llegó al palacio para ver a doña Sofía y transmitirle el ofrecimiento de doña Carmen Polo de ayudarla a decorar la habitación que estaba preparando para cuando naciera su primer bebé. Yo fui testigo de la respuesta de la princesa Sofía, que le contestó, con una educación exquisita, que estaba encantada con el ofrecimiento, ya que confiaba absolutamente en su buen gusto».

La relación que habían de mantener los recién casados príncipes con el clan de El Pardo fue una preocupación constante de don Juan Carlos desde el día de su boda. Su idea era que fuera fluida, sin roces, en la que la cordialidad estuviera presente todo el tiempo. De ahí, la anécdota que la reina cuenta en el libro de Pilar Urbano de cómo se puso a redactar en la isla de Spetsopoula, en plena luna de miel, una carta a Franco para agradecerle los regalos que le había enviado por su boda y también para anunciarle que su marido y ella irían a Madrid para saludarle después de visitar al papa en Roma.

Esa carta la redactó el príncipe en castellano. Y yo la copié en limpio, con mi letra y encabezándola con un Mi General porque mi marido me dijo

que él le trataba así y yo también podría hacerlo.

Doña Sofía tuvo siempre muy claro que, dada la situación de su marido en su camino hacia la restauración monárquica, ellos siempre tendrían que «nadar entre dos aguas», lo que suponía mantener las buenas maneras con los Franco, pero sin ceder un centímetro en sus aspiraciones y derechos dinásticos.

El primer encuentro de la pareja con el Generalísimo y su esposa fue el 5 de junio de 1962, menos de un mes después de la boda. Doña Sofía se quedó sorprendida al verle, ya que su figura difería mucho de la idea que se había hecho de él como consecuencia de las opiniones muy críticas que había oído, en las que le tachaban de dictador, generalísimo soberbio, y hombre duro, seco y antipático.

Lo que encontró fue «un hombre sencillo, con ganas de agradar y muy tímido». Franco se quedó impresionado por la hija de los reyes de Grecia, a pesar de que, la primera vez que oyó hablar de ella como posible esposa de don Juan Carlos, el general rechazó de plano a la candidata por profesar la fe ortodoxa, pero, sobre todo, porque le dijeron que su padre, el rey Pablo, era masón, lo peor de lo peor para el dictador.

«La princesa es muy agradable», comentó Franco tras esa primera visita, «y parece inteligente y muy culta». Una primera impresión que la joven princesa griega percibió, y de ahí que siempre pensara que ella a Franco le caía bien. Un detalle a anotar es que algo que pareció normal a doña Sofía entonces, que la hija de Franco y su yerno asistieran al almuerzo al que les invitaron al día siguiente, con el paso del tiempo le pareció una señal de que «Franco había extendido la Jefatura del Estado, la institución, a toda su familia, como si se tratara de una familia real en una monarquía».

Lo que tiene cierta gracia es que la sorpresa que la princesa tuvo al conocer al general fue un sentimiento parecido al que experimentó don Juan Carlos cuando llegó a Madrid en 1948 y fue presentado al dictador. En el libro *El rey*, que recoge las confidencias del monarca al escritor José Luis de Vilallonga, don Juan Carlos narra lo que sintió al encontrarse por primera vez con el hombre que causaba tantas preocupaciones a su padre, que no le dejaba regresar a España y que permitía que se hablara tan mal de él en los periódicos.

«Me pareció más bajito que en las fotos que había visto de él, tenía barriga y me sonreía de una forma que me resultó poco natural. Dicho esto, fue muy amable conmigo y me pidió noticias de su Alteza el conde de

Barcelona». El tratamiento sorprendió al niño de diez años que era entonces el príncipe don Juanito, acostumbrado como estaba a que la gente que iba a ver a don Juan a Estoril se refiriera a él siempre como el rey.

Lo más divertido de ese momento es la anécdota que contó el rey a Vilallonga sobre lo que más le interesó en ese primer encuentro.

Para ser sincero, no presté mucha atención a lo que me decía Franco, porque desde el comienzo de la visita había descubierto yo un ratón que se paseaba entre las patas del sillón en el que estaba sentado el general, como si tuviera la costumbre de hacerlo desde hacía tiempo. Para un niño como yo, un ratón tan valiente era mucho más interesante que aquel señor demasiado amable que me preguntaba por la lista de los reyes godos, que sabía de memoria.

Aparte de esas primeras impresiones, lo cierto es que a lo largo de los años que el príncipe permaneció en España, educado bajo el control estricto de Franco, don Juan Carlos se ganó la confianza del dictador y también su afecto y cariño. Incluso hay quien piensa que el Caudillo lo vio, en parte, como al hijo varón que nunca tuvo. Pese a la ambigüedad calculada con la que siempre trató Franco el tema de su sucesión y sus veleidades a favor de uno u otro pretendiente al trono, la relación entre los dos hombres fue cordial y amistosa. Mucho más que la de doña Carmen con la pareja, que con el tiempo se tornó en desconfianza al ser consciente de que ellos serían los que les sustituirían en su posición y, pensaba ella, le arrebatarían el protagonismo de primera línea que había detentado durante tantos años.

Los sentimientos de la Señora hacia los príncipes eran, en el fondo, los que enfrentan normalmente a los rivales. Ella, que era la primera dama, tenía que sonreír y poner buena cara a unas personas que tenían plena conciencia de que estaba usurpando un puesto que, en buena ley, correspondía a la familia real. Y además era consciente de que en cuanto su marido desapareciera, ella debería renunciar a todo lo que había conseguido con gran esfuerzo.

Los príncipes y los Franco estaban condenados a entenderse. Pero todos sabían que, de verdad, de verdad, nunca podrían lograrlo, porque el cúmulo de diferencias era tan enorme que jamás podrían ser superadas.

Cuando los príncipes «no eran nadie»

Tanto el rey Juan Carlos como la reina Sofía se refieren a aquellos años en que tuvieron que convivir con el franquismo con una frase muy expresiva: «Cuando no éramos nadie». Al pronunciarla, a lo que se refieren ambos es a la época en la que vivieron en un palacio de Patrimonio Nacional, sí, pero sin un estatus definido, sin funciones oficiales asignadas, sin un lugar en el protocolo del Estado, con un presupuesto más que exiguo para sus gastos y teniendo que mantenerse de la fuerte cantidad que la Diputación de la Grandeza de España les entregó como regalo de bodas.

A esa escasez de medios se unía la sospecha de saberse vigilados todo el tiempo por los funcionarios y personal de servicio que puso a su disposición Patrimonio Nacional. Franco decidía a qué actos debía acudir don Juan Carlos y enviaba a alguno de sus ministros, que se desplazaba a la residencia de los príncipes para comunicárselo a sus colaboradores, el marqués de Mondéjar o Alfonso Armada.

Pero no había una regularidad ni un programa a seguir sobre lo que tenían que hacer ellos. Lo único que el príncipe consiguió de Franco, después de preguntarle muchas veces cuáles eran sus obligaciones y a qué debía dedicarse, una vez establecido en España después de su boda, fue que el general le dijera: «Salid, Alteza, viaje por España y que la gente os conozca».

Y los príncipes tomaron el consejo de Franco al pie de la letra. Pero no hay que pensar que los viajes tenían carácter oficial ni que contaban con la cobertura de seguridad precisa para unos príncipes que podían convertirse en reyes más adelante. Simplemente, el príncipe se ponía al volante de su coche, con doña Sofía en el asiento del acompañante, y se desplazaban por los pueblos de toda la geografía española, en los que visitaban fábricas, bajaban a los pozos mineros en Asturias y León, y trataban de hablar con la gente para darse a conocer y saber de sus problemas e inquietudes de forma directa. Sufrieron muchas veces el rechazo de las personas, que llegaron incluso a tirarles objetos como patatas, huevos, tomates o cosas más blandas. Pero no se arredraban.

El rey cuenta en el libro *La reina* de Pilar Urbano:

Una vez, en Llodio, rodearon el coche nuestro en plan de gresca dura. Conducía yo. Entonces apareció una chica joven que vociferaba delante del

coche. La princesa bajó la ventanilla, sacó la cabeza y le dijo: «¿Qué quieres? Ven, acércate y dinos lo que quieres, pero no grites». Bueno, la descuajaringó, la desarmó.

Doña Sofía cuenta también en el citado libro cómo en una visita a Medina del Campo los carlistas empezaron a gritarles: «¡Fuera Borbones de Estoril!», pero también los falangistas «les mandaban a la porra... y más lejos».

La verdad es que oposición antimonárquica tuvimos en casi todos los viajes. Íbamos encontrándonos de todo: aplausos, gritos, abucheos, vivas, pitadas... división de opiniones. Había falangistas, carlistas, comunistas... ninguno de ellos nos podía ver.

La conclusión de la princesa fue que había sido muy interesante comprobar con sus propios ojos cómo estaba el patio, que ella consideró que estaba... para ganárselo. Y sobre todo, doña Sofía pensaba años más tarde que viajar por todas las provincias españolas resultó muy útil, porque si se hubieran encerrado cómodamente entre los adictos habría sido estúpido y fatal.

Para la reina, la adaptación a esa vida fue bastante dura, puesto que ella estaba acostumbrada a la de una corte reinante, la griega, en la que las normas protocolarias eran muy estrictas. Si quería algo, se lo llevaban a palacio, no salía por ahí a cenar o al cine sin mover al servicio de escolta, no iba al médico o a la peluquería, no actuaba como una ciudadana de a pie.

Ante esa situación, lo que hizo doña Sofía fue decirse para sus adentros «tengo que valerme por mí misma», porque no quería ser una inútil y tampoco apoyarse en unas damas de compañía que se lo hicieran todo, mientras ella no era capaz ni de escribir una carta, hacer una llamada de teléfono o saber qué ropa tenía en el armario.

A los pocos años de vivir en Madrid, la joven princesa se matriculó en unos cursos en la universidad, llevaba a sus hijos al colegio al volante de su propio coche, salía de compras a las tiendas y grandes almacenes y se dio cuenta además de que todo eso le suponía disfrutar de una gran libertad.

Mientras tanto, el príncipe inició, con el visto bueno de Franco, un programa de estadias en los distintos ministerios para conocer a fondo el funcionamiento de la Administración pública del país. La historia era que había que inventarse el trabajo, ya que el pretendiente que contaba con más probabilidades de ser nombrado sucesor no tenía asignada una tarea concreta.

Uno por uno, el príncipe empezó a ir cada día a los distintos ministerios,

donde se reunía con los ministros, subsecretarios y directores generales, que explicaban a don Juan Carlos las competencias de cada departamento y sus métodos de actuación. También, a veces, las charlas se hacían en La Zarzuela, en cuyo caso la princesa se apuntaba a muchas de ellas para estar mejor informada y conocer más a fondo la situación que se vivía en España en aquellos años de inicio del desarrollismo.

Pero no se limitaban a eso, sino que se programaban visitas a las empresas públicas, enmarcadas dentro del Instituto Nacional de Industria (INI), los polos de desarrollo industrial, las fincas afectadas por la concentración parcelaria, todos los puntos de interés que contribuyeran a dar una idea exacta al príncipe Juan Carlos de cuál era el tejido industrial del país.

Siempre que a la reina se le pregunta por su relación con la esposa de Franco responde con palabras de respeto hacia ella.

«Doña Carmen Polo era muy amable conmigo. No tuve el menor problema con ella. Era una mujer de su época, por cultura, por formación. Era discreta. No se entrometía en la vida nuestra». Pero la reina tampoco quiso dejar cabos sueltos que dieran pie a la especulación cuando afirmó a continuación que amistad no hubo ni con Franco y doña Carmen, ni con los marqueses de Villaverde.

«Nunca nos tuteamos. Ellos nos llamaban Alteza y la relación era correcta, sin tiranteces. Y llegada la hora difícil, cuando ellos tenían que dejar todo el poder que habían disfrutado, la verdad es que lo hicieron con gran discreción y sin crear una sola dificultad».

Para doña Sofía, lo embarazoso era el tema de fondo sobre quién iba a reinar, el padre o el hijo, o en el caso de que fuera su marido, si lo haría antes o después de la muerte de Franco. Ella dijo asimismo que nunca entraban en conversaciones de hondura y siempre se mantenían flotando en la superficie. El trato con los Franco, según la entonces princesa, fue «un poquito banal».

Y para completar esas elegantes declaraciones, doña Sofía se remite a la norma de su marido, el rey, quien prohibió desde el principio que en presencia de él se hablara mal de Franco. Con ello, según la reina, quiso evitar que el Palacio de La Zarzuela se convirtiera en un nido de habladurías y conspiraciones contra el régimen franquista. Una norma, la de no criticar al dictador ni a su familia, que sigue vigente hoy en día para los reyes y sus hijos, que evitan pronunciarse respecto a ellos, al menos en público.

Lo que tanto él como ella hicieron siempre fue asumir su presencia junto

a los Franco en los desfiles de la Victoria —don Juan Carlos junto al general, doña Sofía junto a la Señora—, en el balcón del Palacio Real cuando las manifestaciones de adhesión al Caudillo o en las fiestas del 18 de julio en el Palacio de La Granja. Negar los hechos que les involucraban con el régimen y los colaboradores del dictador hubiera sido negar la realidad y hubiera supuesto una gran tontería. Pero nunca se sintieron humillados por vivir bajo la autoridad de Franco ni dominados por él. Simplemente, jugaron su papel, conscientes de que los malos tragos de entonces merecerían la pena si lograban alcanzar su objetivo, que no era otro que restaurar la monarquía en España.

Los cinco pretendientes al trono

Que Franco siempre pensó que a su muerte España tenía que volver a ser un reino es una verdad incuestionable. Pero que él se creyó con total derecho a decidir cómo debía ser ese reino y quién iba a ser el rey también lo es. Su idea fue siempre que España era un reino y que debía ser el sistema monárquico el que volviera a regir en España. De ahí que La ley de Sucesión del año 1947, que él mismo promulgó con sus adláteres, estableciera las condiciones por las cuales él decidiría el pretendiente que mejores condiciones reuniera para ser el sucesor.

Esa premisa desató una especie de tira y afloja durante casi tres décadas que muchos cronistas españoles y extranjeros definieron como un juego del gato y del ratón. Los aspirantes a ser los sucesores del Caudillo iniciaron, de alguna manera, una surrealista carrera para ser elegidos por el dictador, en la que tenían que demostrar que eran los que poseían más méritos para llegar a alcanzar la meta.

Está claro que el mejor posicionado debería ser el designado por el último rey de España, Alfonso XIII, en su testamento, como legítimo depositario de los derechos dinásticos de la Casa Real española. La realidad es que el monarca tuvo un duro y complicado panorama al nombrar sucesor, ya que dos de sus tres hijos, Alfonso, el mayor y príncipe de Asturias, y Gonzalo, heredaron de su madre, Ena de Battemberg, tenían el mal de la hemofilia. Esta terrible enfermedad que afecta únicamente a los hombres pero que transmiten las mujeres fue una espada de Damocles que al final provocó la muerte de los dos afectados por ella. A esa desgracia se unió la sordomudez del infante don Jaime, que bien fuera de nacimiento o debida a una infección que sufrió durante su niñez, le imposibilitaba para ejercer algún día las tareas de rey. Las complicaciones de salud de sus hijos amargaron la vida del monarca y fue uno de los motivos del alejamiento de su esposa, a quien, de alguna manera, reprochaba ser la responsable de la trasmisión de la hemofilia a sus hijos varones.

A todas estas circunstancias se unió el hecho de que sus dos hijos mayores, Alfonso y Jaime, se casaron con mujeres plebeyas, lo que hizo que perdieran automáticamente sus derechos sucesorios al celebrar matrimonios morganáticos, causa directa de exclusión, según las leyes internas de los

Borbones.

Una vez excluidos Alfonso y Jaime, Alfonso XIII designó a Juan como su sucesor y comunicó su decisión al responsable del Gotha para que quedara claro ante las otras casas reales europeas. A pesar de que don Juan intentó luchar en la Guerra Civil española del lado de los nacionales, propuesta rechazada por Franco, la historia se complicó con el paso del tiempo por el rechazo total del candidato a aceptar ser el sucesor de una monarquía de nuevo cuño, inventada por Franco, en la que él tenía que aceptar las leyes del Movimiento Nacional como principio inamovible de actuación. Siempre se mostró fiel a la restauración de una monarquía constitucional y democrática en la que el rey tendría que serlo de todos los españoles.

Ese rechazo frontal del conde de Barcelona, título usado por don Juan por ir unido a la condición de rey de España, provocó una reacción en cadena de desencuentros entre Franco y el heredero de Alfonso XIII, quien hizo públicos varios manifiestos para expresar y dejar bien claro ante los ciudadanos de todo el mundo su no aceptación del régimen franquista.

Exiliado en Portugal, país en el que estableció su residencia y la de su familia a partir de 1946, y consciente de que su hijo mayor no debía educarse fuera de España, en 1948 se entrevistó con Franco en San Sebastián para acordar que su primogénito, don Juanito, fuera a vivir a Madrid a partir de ese mismo otoño.

En ese instante se empezó a gestar el conflicto de rivalidad que estallaría años más tarde entre don Juan y su hijo y que alimentó de forma maliciosa Franco dando esperanzas al príncipe de ser el elegido como sucesor en lugar de su padre.

El hecho real es que a partir del año de 1964, momento en que dentro del régimen se empezó a presionar a Franco para que resolviera la incógnita de quién iba a ser su sucesor, en la cabeza del general creció la idea de que el príncipe Juan Carlos, criado de alguna manera a su sombra, tenía muchos más puntos en su haber para el puesto que su padre. Ello a pesar de que, según las leyes de la Casa Real española, era don Juan el legítimo heredero.

Pero el panorama se complicó más aún cuando don Jaime, sordomudo desde su nacimiento o desde su primera infancia, anunció en el año 1964 que anulaba su renuncia a los derechos sucesorios, hecha ante su padre en Roma. El infante entró así en la carrera para ser proclamado sucesor de Franco, y tan pronto se autodesignaba jefe de la Casa Real española y también de los Borbones como se dedicaba a repartir el Toisón de Oro a diestro y siniestro,

incluido el propio Franco.

También don Jaime tuvo que competir en un momento determinado con su primogénito, Alfonso de Borbón Dampierre, quien desde los dieciocho años vivía en España y estaba muy bien visto en El Pardo por sus buenas relaciones con los prebostes franquistas. Ello, unido a la frustración y el resentimiento que sentía por la exclusión de su padre de la línea sucesoria de la Familia Real española, que lo apartaba también a él, hizo que entrara de lleno en la competición por lograr la corona. Un pensamiento que dejó entrever en una entrevista realizada después de aprobarse la Ley de Sucesión de 1966, en la que consideraba como un deber suyo «estar a la disposición de mi país si algún día quiere disponer de mi persona».

El panorama de pretendientes se completó con la aparición de un príncipe de la rama carlista, Carlos Hugo de Borbón Parma, nacido en Francia, que logró el apoyo de los tradicionalistas, que tanta ayuda prestaron a Franco durante la Guerra Civil, aunque, según diferentes testimonios, Franco apenas consideró en serio su candidatura.

Como supremo hacedor y dueño de los destinos de los españoles, el todopoderoso Generalísimo jugó la baza de la ambigüedad con todos ellos, aunque con unos más que con otros. Manejó los hilos a su conveniencia, dando esperanzas en un momento determinado a don Juan Carlos, pero sin soltar prenda sobre la decisión que iba a tomar hasta el último momento. Enfrentó a don Juan de Borbón con su propio hijo en el juego de decir medias palabras y proponiendo a este último, a espaldas de aquel, ser el candidato elegido. Acogió y alimentó los pasos erráticos del infante don Jaime, al que mandaba cada dos por tres dinero para mantener su tren de vida y al que daban carrete en el Palacio de El Pardo. Y ya, en el colmo de los colmos, consintió la farsa de boda amañada principalmente por el marqués de Villaverde y doña Carmen Polo —con la ayuda inestimable de los falangistas más recalcitrantes— de Alfonso de Borbón con su nieta María del Carmen, una operación disparatada que trataba de implantar una monarquía que llevaría al trono español a la nieta del dictador y al nieto del rey Alfonso XIII, quien ordenó al responsable del Gotha que ni Alfonso ni su hermano Gonzalo tuvieran tratamiento de altezas reales.

En toda esta pugna, doña Carmen tuvo poco que ver al principio. Es verdad que ella cubría las apariencias en su trato con la Familia Real española, pero, en el fondo, la miraba con bastante recelo porque sabía la desconfianza y la falta de apego que sentían hacia su marido, al que

consideraban un usurpador. La Señora guardaba las formas con los príncipes Juan Carlos y Sofía porque así se lo indicaba su marido, pero era consciente de que, bajo el clima de cortesía, se escondía una situación de tirantez y antagonismo.

La proclamación del sucesor

En el mes de julio de 1969, como si de un parto se tratara, Franco alumbró el nombre de su sucesor. A pesar de que algunos miembros de su familia, como doña Carmen y el marqués de Villaverde, aliados con el sector más integrista del régimen, trataron de hacer cambiar de idea al general de designar al hijo de don Juan de Borbón, el dictador decidió que había llegado el momento de desvelar la incógnita y hacer oficial que el príncipe Juan Carlos era su elegido. A pesar de las dudas que a veces le surgían acerca de la lealtad de este a su padre y la influencia real que las ideas liberales del conde de Barcelona ejercían sobre su hijo, Franco se decantó por el joven Juan Carlos, al que, como se ha indicado en otras páginas de este libro, había tomado un gran afecto y cariño.

La ansiedad que se había apoderado de la esposa de Franco a mediados de los sesenta, desde que el mal de párkinson fuera minando el frágil cuerpo del Caudillo, era enorme. La Señora veía que las presiones de amplios sectores de la sociedad crecían y la posibilidad de que Franco se retirara a descansar los últimos años de su vida estaba en boca de muchos de sus colaboradores, que, en voz baja, se preguntaban: «¿Y después de Franco, qué?».

Ese fue el momento en que los llamados tecnócratas, miembros del influyente Opus Dei, junto con amigos de Franco como Alonso Vega o Carrero Blanco, pusieron todo su empeño en que el general nombrara ya sucesor y en vencer las reticencias de doña Carmen para que aceptara ese importante paso de su marido y así quedara aclarado el futuro del país cuando falleciera.

Fue el momento también en que comenzó a gestarse una fuerte alianza de intereses entre la Señora de El Pardo y su yerno, a pesar de la antipatía que aquella sentía por el marqués, a quien le preocupaba tanto o más que a su suegra el perder todo lo que había conseguido desde que se integró en el «clan de El Pardo» cuando su suegro falleciera.

Según don Juan Carlos, en conversaciones con José Luis de Vilallonga, a finales de junio se fue a Estoril con la princesa y sus tres hijos para pasar San Juan y otros días de vacaciones junto a sus padres. Antes de emprender el viaje a Portugal, fue a despedirse del general, quien le preguntó cuándo iba a

volver. El príncipe le dijo que el 12 o 13, antes del desfile del 18 de Julio, para el que estaría de vuelta en Madrid. Y en ese instante Franco le pidió algo que dejó a don Juan Carlos intrigado: «Venid a verme en cuanto regreséis, porque tengo algo importante que deciros».

Cuando llegó a Estoril, don Juan le preguntó a su hijo acerca de los rumores que circulaban por todo Madrid, y que él sabía de muy buena tinta, de que Franco tenía intención de nombrarle «sucesor a título de rey muy pronto». El hijo le confirmó que él también estaba al tanto de los rumores, pero que Franco no le había dicho nada cuando fue a despedirse de él.

A su regreso a Madrid, recibió la noticia bomba cuando fue a saludar al general, tal y como le había prometido días antes.

«Bien. Tengo que anunciaros algo», le dijo Franco sin cambiar de tono. «El próximo día 22 de julio voy a nombraros mi sucesor a título de rey».

El príncipe cuenta que se quedó «estupefacto» y que, cuando preguntó a Franco por qué no le había dicho nada antes de ir a Estoril, este le contestó que no quería que lo supiera antes de ver a su familia, y, a continuación, sin más, le preguntó: «¿Qué decidís, Alteza?». A lo que don Juan Carlos, después de darse cuenta que le exigía una respuesta inmediata, le contestó: «De acuerdo, mi general, acepto».

Más tarde llamó a su padre, el conde Barcelona, para contarle lo que acababa de ocurrir. Pero don Juan le reprochó que no se lo hubiera contado días antes, cuando estuvo en Estoril, y dio por sentado durante mucho tiempo que su hijo le había engañado. La sima que se abrió en la relación entre ambos fue insondable, e hizo falta que pasaran años para que don Juan aceptara la versión de don Juan Carlos.

De repente, se convirtieron en rivales, por no decir enemigos. Los dos luchaban por el retorno de la monarquía a España, pero desde frentes distintos: el padre condenando el régimen de Franco y el hijo con una estrategia de aceptación de los Principios del Movimiento que pensaba abandonar en cuanto llegara al trono.

La operación nietísima

Tres años antes de la designación de don Juan Carlos, se produjo un hecho un tanto sorprendente al coincidir en Lausana Alfonso de Borbón Dampierre con María del Carmen, nieta mayor de Franco y ojito derecho de su abuela, como ya se ha referido en otra parte de este libro. Ella estudiaba en un elitista colegio suizo, en el que enseñaban a las chicas de la buena sociedad idiomas y otras materias para darles un barniz cultural, y él estaba visitando a su abuela Victoria Eugenia, que le quería mucho así como a su hermano. Coincidieron en el cine, en el que también estaba el infante don Jaime, y Alfonso presentó a la jovencita de tan solo dieciséis años a la antigua reina de España.

Ese encuentro dio pábulo a unas especulaciones que fueron tomando cuerpo en los medios de comunicación que daban por segura y cierta una relación sentimental entre Mary Carmen y Alfonso, y se empezó a hablar con fuerza en periódicos extranjeros de la posibilidad de una boda entre la nieta de Franco y el nieto mayor de Alfonso XIII.

El asunto tenía mucho morbo, ya que se especulaba con la posibilidad de crear una nueva dinastía en España que surgiría de la alianza entre un Borbón y una Franco, lo más de lo más para la gente del régimen. Surgieron las habladurías, entre ellas la de la satisfacción enorme que embargaba a doña Carmen ante la posibilidad de que su nieta preferida se convirtiera en reina de España, con lo que eso significaba a todos los niveles para la familia Franco y sus posibilidades de perpetuación. Alfonso se vio en el primer plano de la actualidad, concediendo entrevistas en periódicos como *Le Figaro*, en las que expresaba sin ambages su identificación con los ideales franquistas.

Los rumores llegaron a tomar tanto cuerpo que la hija de Franco, Carmen, que según la mayoría de testimonios siempre ha sido una mujer de gran prudencia y la más sensata de la familia, hizo unas declaraciones al diario *Ya* en las que desmentía rotundamente el supuesto *flirt (sic)*. Alegó, principalmente, que su hija era aún una niña que iba a cumplir en unos meses los diecisiete años y Alfonso un hombre de treinta. Pero no hay que dejar de lado el mensaje laudatorio que la marquesa de Villaverde quiso incluir en sus declaraciones:

María del Carmen y Alfonso se conocen y algunas veces salen juntos.

Pero como buenos amigos. Alfonso, desde hace muchos años, es íntimo de la casa. Lo queremos mucho. Y María del Carmen muestra por él los mismos sentimientos.

Y como dice el historiador Ramón Garriga, lo que no pudo ser en 1966 se convirtió en un hecho real en 1972, cuando, en una suntuosa ceremonia en la capilla del Palacio de El Pardo, se celebró la boda de la nieta del Caudillo con Alfonso de Borbón Dampierre, un hombre profundamente triste, ambicioso, frustrado, rencoroso, insatisfecho y en desacuerdo con un destino, que, según él, le había apartado del futuro que merecía como nieto mayor de Alfonso XIII.

El noviazgo y compromiso matrimonial de la pareja fue muy rápido. María del Carmen acompañó «casualmente» a sus padres a un viaje a Estocolmo, en donde Alfonso ejercía de embajador de España, y, según palabras de la madre de la novia, ella sí se dio cuenta de que durante la visita Mary Carmen «había flirteado un poquito, pero yo no creí que él nunca se fuera a decidir, ni ella tampoco, por el matrimonio».

Pero sí se decidieron, y el 22 de diciembre de 1971 se efectuó la petición de mano de la novia en el Palacio de El Pardo en la que se acordó que la boda se celebrara en el mes de marzo del año siguiente. No había que perder tiempo si se quería intentar influir en el ánimo de Franco para revocar la designación de sucesor a título de rey, hecha hacía dos años a favor de don Juan Carlos, y poner en su lugar a Alfonso de Borbón Dampierre.

Carmen Franco, en las declaraciones que hizo para el libro *Franco, mi padre*, de Jesús Palacios y Stanley Payne, da una visión interesante y muy personal sobre la boda de su hija con Alfonso, en la que exonera a su familia de cualquier tipo de aspiración para que María del Carmen se convirtiera en reina. Ella carga toda la responsabilidad de la conspiración en el entonces prometido de su hija, Alfonso de Borbón.

Don Alfonso era un chico muy triste y una persona muy buena y muy capaz, pero demasiado seria para mi hija, que era un poco inmadura y no la consideraba preparada. A mí me preocupó.

La preocupación de Carmen Franco, según contó a los dos historiadores, no estaba motivada por las complicaciones políticas en las que esa unión podía derivar, sino porque su hija era una chica muy alegre y ella no veía que pudieran congeniar bien los dos caracteres. La hija de Franco también explicó que la aspiración de ser nombrado príncipe de Borbón y tener tratamiento de Alteza Real fue cosa de su yerno, aunque a ellos les hacía ilusión emparentar

con la familia de Alfonso XIII.

Don Alfonso sí tenía clavada la espina de que el conde de Barcelona y, por consecuencia, todos sus seguidores monárquicos en España, a él y a su hermano no les consideraran ni infantes, ni príncipes ni nada.

En la sociedad española les llamaban los «doños», explica Carmen, porque cuando vinieron aquí y se le preguntó a don Juan cómo había que llamar a estos chicos, a Alfonso y a Gonzalo, dijo que de «don» nada más. Y por eso les llamaban los doños, y además porque siempre iban los dos juntos a todos lados.

Carmen Franco asegura que a su padre nunca le pasó por la cabeza modificar la designación y también afirma que a ella, a sus padres y a toda su familia les daba la risa por el empeño del luego nombrado duque de Cádiz por conseguir ser príncipe de Borbón. E incluso critica el decreto por el que se le concedió ese ducado de la Casa Real con tratamiento de Alteza Real para él y sus descendientes, ya que ese término era demasiado amplio, porque los descendientes pueden ser montañas de personas y eso significaría dar el rango de Alteza Real a todo «quisqui».

En contraste con las declaraciones de la hija de Franco, están las de Mayte Spínola, amiga personal de doña Carmen, que, en su amplia charla con la autora, ha afirmado que a esta le hizo «muchísima ilusión» el noviazgo de su nieta con Alfonso de Borbón Dampierre.

«Doña Carmen conocía mejor que nadie a su marido y sabía que el príncipe Juan Carlos estaba preparado para reinar y que aquello no iba a ser de otra manera. A lo que sí aspiró doña Carmen es a que su nieta fuera princesa, pero no por ella sino porque lo deseó don Alfonso.

»Ella me llamó a mí al Palacio de El Pardo para que hablara con Nicolás Cotoner, marqués de Mondéjar, y le hiciera llegar su deseo de que el príncipe accediera a otorgar a su primo Alfonso el título de príncipe de Borbón. Doña Carmen estaba un poco irritada porque el entonces ministro de Justicia, Antonio María de Oriol y Urquijo, se había negado en redondo a conceder esa distinción que haría princesa a su nieta».

Mayte, en su relato, cuenta cómo, en la cacería del sábado siguiente, ella abordó directamente a don Juan Carlos, a quien le transmitió la petición de la Señora y su disgusto por la negativa de Oriol.

«El príncipe Juan Carlos me dijo que eso que doña Carmen pedía no podía ser, porque el título de príncipe de Borbón en España no existía, y, además, el único que puede llevar el tratamiento de príncipe en nuestro país

es el heredero del rey, que es el príncipe de Asturias».

También el general Franco abogó a favor de que se hiciera príncipe de Borbón a Alfonso de Borbón y se sentía muy dolido, según contó a su primo Pacón Franco Salgado-Araujo, porque le negaran ese privilegio a su nieta.

La boda de Alfonso y María del Carmen

El enlace matrimonial se celebró el 8 de marzo de 1972 en El Pardo. Después de tantos tiras y aflojas en los que el padre del novio, don Jaime de Borbón, concedió la víspera de la boda un Toisón de Oro a Franco que el general no se atrevió a lucir nunca, fue una ceremonia fastuosa en la que el clan de El Pardo quiso dejar claro su poderío.

«La boda de Mary Carmen y Alfonso fue preciosa, muy espectacular», afirma Mayte Spínola, que estuvo invitada a la ceremonia. «Yo llegué temprano a El Pardo y pude entrar en la capilla y verlo todo desde una posición privilegiada. La novia estaba radiante y guapísima y Alfonso también, con su uniforme del cuerpo diplomático. El banquete fue espléndido, estuvimos en mesas repartidas en los patios y en las galerías, hubo más de mil invitados... Todo fue perfecto».

María del Carmen entró en la capilla del Palacio de El Pardo del brazo de su abuelo, el general Franco, dejando a un lado a su padre, el marqués de Villaverde, que tuvo que ceder a su suegro el honor de llevar a su hija al altar, debido al rango de jefe de Estado del abuelo de la novia. Ella, con solo veintiún años, lució un precioso vestido cuyo diseño fue hecho por Cristóbal Balenciaga, que había cerrado todos sus talleres y casas de costura en 1968, pero que accedió a hacer los bocetos del traje. La confección la efectuaron Felisa Irigoyen y José Luis, elegidos por el propio Balenciaga para el cometido, y el resultado fue realmente espléndido. Un recogido culminado por una espectacular tiara de esmeraldas y brillantes, regalo de sus abuelos, convirtió a la nieta preferida de doña Carmen en la novia del año, además de, a partir del «sí, quiero», en Su Alteza Real, la duquesa de Cádiz.

Los invitados desempolvaron todas sus galas de las arcas de sus casas blasonadas y sacaron de las cajas fuertes las joyas de familia para lucirlas ante la pareja, que, en caso de que Franco cambiara su decisión, algo posible desde el punto de vista legal, podía convertirse en los próximos reyes de España. Embajadores, aristócratas con sus pecheras repletas de condecoraciones, medallas y bandas, y grandes prebostes del régimen franquista fueron testigos del enlace de una jovencita muy simpática y alegre, aunque inmadura, según su propia madre, con uno de los personajes de la dinastía Borbón más amargados, ambiciosos y resentidos.

Los príncipes de España, nombre asignado por Franco a don Juan Carlos y doña Sofía para evitar el de príncipes de Asturias, que implicaba reconocer a don Juan como rey, asistieron estupefactos a la ceremonia, en la que los integrantes del clan de los Franco se pavoneaban del rango alcanzado por uno de los suyos. Desde ese día, Alfonso de Borbón Dampierre trató por todos los medios de recuperar lo que reivindicaba como suyo y que era hacerse con los derechos dinásticos de la Familia Real española en tanto que hijo primogénito del hermano mayor de don Juan, hijo de Alfonso XIII.

En virtud de eso, el duque de Cádiz se proclamó único heredero legítimo de la dinastía e incluso hizo saber en su desvarío que don Juan Carlos solo podría instaurar una nueva monarquía, mientras que él, Alfonso, era el único que podía restaurarla.

Como dice José Luis de Villalonga en su libro sobre el rey, Alfonso de Borbón Dampierre fue más una espada de Damocles encima de la cabeza de don Juan Carlos en su camino hacia la corona que un auténtico obstáculo. Pero además de eso, hay que afirmar que el duque de Cádiz fue también el instrumento utilizado por el clan de El Pardo, especialmente por el marqués de Villaverde y la Señora, para tratar de perpetuar el poder de la familia después de la desaparición de Francisco Franco.

11. Decadencia del franquismo. La muerte del dictador

Los años setenta marcaron el principio del fin de la era franquista. Franco entró en una franca decadencia física, debido al avance de la enfermedad de párkinson. Los movimientos incontrolados de sus manos eran cada vez más evidentes, la rigidez de sus miembros se acentuaba y la inexpresividad de sus facciones llegó a hacer de su cara una máscara hierática.

Esta situación preocupaba mucho a doña Carmen, que veía cómo su marido perdía facultades a pasos agigantados, lo que le hacía temer que el fin de su época de esplendor estaba cada vez más cerca.

Franco, una vez que había dado el paso de nombrar sucesor a don Juan Carlos, centró su obsesión en el control del poder y su tarea se volcó en esos últimos años en repetir como un mantra en cada aparición pública o en cualquiera de sus discursos una frase que se hizo famosa: «Todo está atado y bien atado». Era un mensaje de seguridad para sus seguidores y entusiastas, para que estuvieran tranquilos de que nada iba a cambiar en el momento que él desapareciera. Pero también era una advertencia dirigida a los que pudieran pensar que las cosas iban a variar sustancialmente después de su muerte. El nudo gordiano pergeñado por los de su régimen era, según pensaba el dictador, imposible de deshacer.

Aquella fue una época en la que doña Carmen ejerció más que nunca su poderosa influencia, a pesar de que sus partidarios, entre ellos su propia familia, siempre han negado que la Señora desempeñara clase alguna de control político. Pero los numerosos testimonios dejados por los propios políticos que manejaron los hilos en ese tiempo desmienten que Carmen Polo se quedara al margen de todo, y afirman, por el contrario, que fue ella la encargada de guardar las esencias del sistema.

Ejerció más que nunca no solo de primera dama, sino también en algunos momentos de consejera áulica de Carrero Blanco o de Arias Navarro, a los que se permitió aconsejarles para incluir o desechar a algunas personas como ministros de sus gobiernos. Para esta tarea se apoyó, en los últimos dos años antes de la muerte de su marido, en su inefable yerno, Cristóbal

Martínez-Bordiú, una persona que se movía por afanes tales como mantener el poder de su suegro más allá de su desaparición física o el de incrementar su ya abultado capital económico.

Fue la época en la que doña Carmen ejerció más que nunca de Señora, incrementando a niveles muy altos la protección de su marido ante los envites de algunas personalidades que empezaban a hablar ya sin tapujos del declive vital del dictador y la conveniencia de su retirada al Pazo de Meirás a disfrutar los años que le quedaran de vida. Algo que tanto Franco como su esposa rechazaban de plano expresándolo en cada ocasión que se presentaba, él en las apariciones multitudinarias, como en la manifestación del 1 de octubre de 1971 en la que bajo el lema «Esta vez porque sí» lanzó su mensaje de permanencia.

«Dios ha estado a nuestro lado conservando mi salud y mi clarividencia», proclamaba el dictador desde el balcón del Palacio Real ante una multitud cifrada en un millón de manifestantes. «Mientras Dios me dé vida y claridad de juicio, seguiré empuñando el timón de la nave». O sea que había Franco para rato y nada de retirada a tiempo.

En medio de esta situación, una anécdota: la aparición en la escena pública de la hermana de Franco, Pilar, que siempre había sido muy espontánea al decir lo que pensaba sin pelos en la lengua. Ella hizo, sin encomendarse a nada ni a nadie, de portavoz oficiosa de la familia, y realizó frecuentes declaraciones sobre la buena salud de su hermano.

«Aunque les parezca a ustedes mentira, Paco nunca está quieto, tiene una salud a prueba de bomba. Corrió en tiempos el rumor de que tenía el mal de párkinson, pero no había tal». Y finalizó su debut en los medios de comunicación con una tajante afirmación: «Su idea es la de seguir al pie del cañón hasta que se canse».

Matesa, el Proceso de Burgos y el Opus en el poder

El régimen vivía ya algunos hechos convulsos que, al contrario que en décadas anteriores, trascendieron a los medios de comunicación. El escándalo de Matesa dejó al descubierto la corrupción latente del sistema y también la lucha por el poder dentro del franquismo entre los pertenecientes a la vieja guardia —Solís, Castiella, Nieto Antúnez y Fraga Iribarne, que se encargó de que la estafa se publicara con lujo de detalles en la prensa— y los tecnócratas del Opus Dei, a cuyo frente estaba el poderoso y también miembro de la Obra Carrero Blanco.

En una nota al Caudillo, el almirante subrayó la mala salud y la falta de condiciones físicas de los ministros partidarios de aclarar el fiasco de Matesa para pedirle al general que los cesara a todos ellos, y nombrara como sustitutos a destacados seguidores de la doctrina de monseñor Escrivá de Balaguer, fundador del Opus.

El nombramiento del nuevo gobierno monocolor, del que fueron descabalgados hombres que llevaban mucho tiempo junto a Franco y estaban considerados como fieles al régimen y a sus principios desde hacía años, no sentó bien a los guardianes de la ortodoxia falangista. Lo consideraron una traición a su secular fidelidad y un signo de debilidad de Franco, que se dejaba mangonear por los pertenecientes a una secta, y prueba también de su ocaso físico y mental.

Doña Carmen y su camarilla de prohombres del régimen, cuyas mujeres eran sus íntimas amigas, empezaron a encerrarse en un búnker que propugnaba volver a las esencias del franquismo de los años cuarenta y cincuenta. Ella se alzó como cabeza visible de un grupo de resistencia contra los hombres del Opus en el gobierno, considerados demasiado indulgentes contra los auténticos enemigos de España.

La situación en el País Vasco, en donde la organización terrorista ETA empezaba a hacerse notar por medio de atentados en los que quitaron la vida a personas como el inspector Melitón Manzananas, el guardia civil José Pardines y el taxista Fermín Monasterio, empezó a ser un auténtico problema para el gobierno autoritario del general Franco.

Cuando se apresó a sus autores, dieciséis hombres todos ellos miembros

de ETA, se decidió juzgarlos en Burgos ante un Consejo de Guerra. Un hecho que provocó un aluvión de críticas en el extranjero, movilizaciones dentro del país y peticiones previas de clemencia por parte de organizaciones como la Asamblea Plenaria del Episcopado español. No valió de nada, porque seis de los acusados fueron condenados a la pena capital tras un juicio, celebrado del 3 al 9 de diciembre de 1970, en el que uno de los miembros de ETA, Mario Onaindía, lanzó una proclama en la sala que fue muy aplaudida por familiares y seguidores de los acusados. Algunos intentaron atacar a los miembros del tribunal que los juzgaban mientras entonaban el *Eusko gudariak*, himno independentista vasco.

La condena a muerte de los acusados desató una campaña en el exterior para denunciar las irregularidades del proceso y pedir la conmutación de la pena de los sentenciados. El papa Pablo VI fue uno de los que intercedió y solicitó clemencia a las autoridades españolas para los militantes de ETA, algunas de las cuales estaban en contra de un castigo tan desproporcionado. Un gesto este que dolió profundamente a doña Carmen, que tan religiosa se consideraba.

La respuesta fue una defensa a ultranza del mantenimiento del orden público, la proclamación del estado de excepción por parte del gobierno de Franco y una muestra más de adhesión al Caudillo en la plaza de Oriente.

Pero, por fin, el día 30 de diciembre, se produjo la conmutación de la pena capital para los condenados. Una decisión que se tomó en un Consejo de Ministros en el que no todo el mundo estaba de acuerdo, pero que se ofreció a la opinión pública como una muestra de la generosidad y clemencia de Franco y su gobierno.

En la vida pública, los tecnócratas del Opus Dei tuvieron que salir en defensa de los múltiples ataques que se lanzaban contra la asociación fundada por Escrivá de Balaguer, que era acusada de ser un ambicioso grupo de poder cuyo fin era hacerse con el control de la política española. Sus representantes más carismáticos —López Bravo, López Rodó y el propio Escrivá de Balaguer— rechazaron de plano las insinuaciones de que el Opus era más un partido que una organización encargada de velar por la salud espiritual de sus asociados.

Pero lo que sí estaba sobre el tapete eran los primeros y tímidos intentos de abordar la creación de asociaciones de carácter político, aunque evitando en todo momento llamarlas partidos, una posibilidad constantemente denostada por los franquistas más recalcitrantes. Tendrían que pasar aún tres

largos años para que se produjera una menguada apertura política que terminó poco después abruptamente y quedó en agua de borrajas.

Los celos de la Señora de los príncipes

La designación del príncipe como sucesor de Franco no supuso el fin de la incertidumbre anterior a su nombramiento. Las pretensiones de Alfonso de Borbón Dampierre no cesaron y en un tris estuvo de conseguir que Franco impusiera su voluntad de nombrarle príncipe de Borbón en contra de la opinión, entre otros muchos, del ministro de Justicia, responsable de tramitar ese nombramiento y que se opuso tajantemente a ello.

Al final fue el propio don Juan Carlos, advertido por Carrero, el que cogió el toro por los cuernos al pedir audiencia con el general para explicarle que no se podía crear ese título de nuevo cuño pero sí darle el de duque de Cádiz y otorgarle el tratamiento de Alteza Real para él y sus descendientes. Pero la negativa de don Juan y su hijo a las aspiraciones de Borbón Dampierre influyó enormemente en las relaciones del clan de los Franco con los príncipes Juan Carlos y Sofía. Se creó un clima enrarecido, producto del resentimiento, por no acceder a sus deseos, que provocó que de El Pardo salieran instrucciones concretas para que no se invitara al sucesor y a su esposa a los actos oficiales que se celebraban en los ministerios.

Doña Carmen empezó a sentir celos enfermizos de la pareja formada por los jóvenes príncipes de España y comenzó una campaña por su cuenta para ningunearlos y relegarlos a un segundo plano, con el fin de que no destacaran y pasaran casi inadvertidos. Algo difícil de lograr, puesto que don Juan Carlos y doña Sofía eran unas personas jóvenes, de buena planta, atractivos, con capacidad de actuar con mucha desenvoltura y, además, contaban con el apoyo firme de los tecnócratas del Opus, que veían con esperanza el futuro del príncipe Juan Carlos al frente de España cuando Franco desapareciera.

De aquel tiempo se cuenta y no se acaba acerca de la parafernalia que doña Carmen montó en torno a su nieta Carmen y a su marido, a los que recibió en Barajas a su regreso de la luna de miel, ante una nube de fotógrafos, con una aparatosa reverencia similar a la que el protocolo reserva a los miembros de la realeza.

A pesar de que no consiguió que su nieta y don Alfonso fueran nombrados príncipes, ordenó a todo el personal de servicio de El Pardo, donde se instalaron a su regreso de Estocolmo, que fueran tratados como tales. Dispuso asimismo que al servir la mesa se diera preferencia a la

flamante duquesa de Cádiz por delante de ella misma. Y en las meriendas que organizaba para recibir a las mujeres de los ministros del Gobierno, guardaba un lugar destacado para su nieta, que llegaba a la estancia dándose gran importancia. En ese momento, su abuela se levantaba y hacía una gran genuflexión ante María del Carmen, a la que llamaba con mucha ceremonia «Alteza». Un gesto que, a no ser que quisieran despertar las iras de la Señora, tenían que imitar todas sus invitadas, a pesar de que en su fuero interno consideraran ridículo inclinarse ante una chica a la que conocían desde niña, cuando andaba por los salones del Palacio de El Pardo.

En el colmo de la cursilería y la pretenciosidad, cuando nació el primer hijo de Mary Carmen y Alfonso, la bisabuela preguntaba al personal que estaba al servicio del pequeño: «¿Le han dado ya el biberón al señor?».

Pero todo lo anterior queda en pequeñas anécdotas ante los feos que le hicieron en público a los príncipes en actos oficiales, como el que ocurrió en una cena oficial en el Palacio Real. El marqués de Villaverde pidió en presencia de don Juan Carlos y de su primo Alfonso a un camarero que trajera un güisqui para el príncipe. Don Juan Carlos, extrañado, le dijo al marqués que él no quería esa bebida. Y Cristóbal Martínez-Bordiú respondió que el güisqui lo había pedido para el príncipe don Alfonso, su yerno. Algo que dejó muy sorprendido a don Juan Carlos.

En otra ocasión, los duques de Cádiz llegaron invitados al banquete en honor del emperador de Etiopía, Haile Selassie, al Palacio de Oriente. A la entrada, fueron anunciados como Sus Altezas Reales el duque y la duquesa de Cádiz mientras que nadie se molestaba en hacer la presentación de don Juan Carlos y doña Sofía a su llegada a la misma cena.

Desde el año de la designación de don Juan Carlos, los príncipes eran invitados a pasar unos días de descanso en el Pazo de Meirás junto a Franco y su familia. Un gesto de cortesía que no estaba desprovisto de grandes dosis de hipocresía, dado el fondo de antipatía que doña Carmen sentía por la pareja y la falta de afecto sincero que reinaba entre ellos.

El príncipe acompañaba a Franco a La Zapateira a jugar al golf, un deporte en el que don Juan Carlos llegó a tener un hándicap realmente bajo, pero que le parecía sumamente aburrido. La princesa iba con doña Carmen a La Coruña al Club Náutico y a cumplir con algún compromiso oficial, y sus hijos iban a la playa de Bastiagueiro con los hijos pequeños de los marqueses de Villaverde, Aránzazu y Jaime, de los que el príncipe Felipe y las infantas se hicieron muy buenos amigos. La reina cuenta en una de sus charlas con la

escritora y periodista Pilar Urbano que los nietos de Franco iban siempre con su Nani, *miss Hibbs*, y que, como eran los tiempos en los que la gente llamaba al marqués de Villaverde el «yernísimo», sus hijos llamaban en broma a Nani «Nanísima».

El rey reveló también en una conversación con Pilar Urbano una anécdota que ocurrió la primera noche que pasaron él y la reina en el Pazo de Meirás. Cuando se retiraron a descansar a su dormitorio, que se conserva aún en el caserón con el nombre de Habitación de los Príncipes, don Juan Carlos se dejó caer en una de las camas, que debía tener poca estabilidad, y se rompió del todo, los barrotes, el cabecero, el somier, con gran estrépito en mitad de la noche. La reina, muy apurada, le preguntó: «¿Qué vas a hacer?». A lo que el príncipe contestó: «¿Que qué voy a hacer? ¡Pues dormir!». Y así lo hizo, como un lirón, toda la noche encima del colchón tendido en el suelo.

Carrero, presidente del Gobierno

El general Franco cumplió ochenta años el 4 de diciembre de 1972, en unas condiciones físicas preocupantes para un hombre que se mantenía en la primera línea del poder. A pesar de que el cumpleaños fue motivo para que se pusiera en marcha el incensario de la maquinaria oficial y se alabaran de nuevo las innumerables virtudes del Caudillo, lo cierto es que sus propios ministros aludían en los mentideros madrileños a que Franco estaba ya un poco gagá y que en los consejos se quedaba adormilado con frecuencia.

Los comentarios sobre el estado de salud de Franco llegaron a oídos de doña Carmen, que empezó a ver enemigos por todas partes. Su afán por neutralizarlos empezó a ser una auténtica obsesión de la Señora, quien no se cortó nada a la hora de abordar a Carrero en el antedespacho del Caudillo para decirle que era preciso que convenciera a su marido de que hiciera crisis de gobierno y cambiara a algunos ministros, que ella calificó de incapaces y traidores. Le dijo:

Carrero, estoy muy preocupada, no duermo de lo preocupada que estoy; por eso he querido verle. Las cosas cada vez van peor... ese ministro de la Gobernación me quita el sueño... Y el ministro de Asuntos Exteriores no es leal... En la embajada de París habló mal de Paco, con toda indiscreción. Habló delante del embajador Cortina, que sí es leal, que me lo contó todo. Llegó a decir que Paco ya no pintaba nada.

Carrero confesó haber quedado aterrado y no saber qué decir a doña Carmen. Nunca había visto a la Señora intervenir así, tan directamente, con tanta irritación y seguridad, lo que le preocupó mucho. Y recordó el almirante que, cuando Franco estaba en su plenitud, si la mujer del Caudillo se atrevía a decir algo, él la paraba en seco y le decía: «Calla, Carmen, que tú de eso no sabes nada».

Durante los primeros meses de 1973, se preparó cuidadosamente el nombramiento de Luis Carrero Blanco como primer presidente del Gobierno de España en la era de Franco. Su designación se produjo el 8 de junio después de que el general diera su nombre al Consejo del Reino y este incluyera, como era preceptivo, dos nombres más para completar la terna de la que salió elegido el almirante, fiel colaborador de Franco desde hacía treinta años.

El nuevo jefe del Ejecutivo remodeló el gabinete gubernamental, del que salió, por imperativo de El Pardo, o más bien de doña Carmen Polo, el responsable de la diplomacia española, Gregorio López Bravo, por haber comentado en París la franca decadencia física de Franco. Y también por exigencias del clan de El Pardo, entró como ministro de la Gobernación Carlos Arias Navarro, quien en su toma de posesión dedicó un caluroso elogio al que definió como su maestro, Camilo Alonso Vega, bajo cuyo mandato él fue director general de Seguridad

El 22 de octubre de ese mismo año, Francisco Franco y Carmen Polo celebraron una fecha especial en su vida como pareja, ya que cumplieron cincuenta años de casados. La jornada de estas bodas de oro del matrimonio Franco se inició con una misa y un Te Deum en la capilla de El Pardo, a la que asistieron el gobierno en pleno, los miembros del Consejo del Reino y una representación muy amplia de la familia del jefe del Estado y su esposa. Después hubo una recepción en el palacio.

La foto del acontecimiento refleja a una Carmen Polo sonriente, vestida de oscuro y con su eterno collar de perlas de tres vueltas, y un Franco muy desmejorado, en cuyo rostro son evidentes las huellas de la devastadora enfermedad de párkinson.

Aquella, sin embargo, fue una de las últimas ocasiones de celebración festiva de Franco, tan solo dos meses antes de recibir uno de los mayores golpes de su vida política, la muerte de Carrero Blanco en un atentado terrorista, que le dejó completamente noqueado.

El asesinato de Carrero

El período de tiempo que tuvo Carrero para ejercer su autoridad como presidente del Gobierno fue el más efímero de la reciente historia de España. Ciento noventa y cinco días estuvo en el poder, hasta que una potente carga explosiva lanzó el coche en el que volvía de su misa diaria hacia el gris y nublado cielo que cubría el día 20 de diciembre la ciudad de Madrid. El atentado terrorista, minuciosamente preparado por un comando de la banda terrorista ETA para desestabilizar el régimen franquista, se llevó por delante al más fiel y devoto de los colaboradores del Generalísimo.

Desde la destitución de Serrano Súñer, en la que él tuvo mucho que ver, Carrero fue paso a paso convirtiéndose en el hombre imprescindible de Franco. Su integrismo, su carácter poco simpático, su lealtad casi perruna al dictador y su intransigencia hacia todo lo que fuera innovador le mantuvo en los aledaños del poder durante tres décadas. Y justo en el momento que vio todos sus servicios recompensados, fue enviado al otro mundo por unos jóvenes vascos que lo consideraban un hombre clave para «mantener el equilibrio interno del franquismo».

Sobre la autoría del magnicidio han corrido ríos de tinta y se han hecho cientos de especulaciones. La visita a Madrid, la víspera de la muerte de Carrero, del secretario de Estado norteamericano Henry Kissinger y la existencia de muchos puntos oscuros en la investigación de los días previos al atentado, han propiciado teorías diversas sobre la implicación de la CIA en el asesinato de aquel. Su conservadurismo y fidelidad a un régimen considerado en el exterior ya caduco lo convirtieron en un objetivo a abatir por ser un obstáculo para la democratización de España después de la era de Franco.

La noticia de la muerte de Carrero cayó como un mazazo en el Palacio de El Pardo. Franco se derrumbó y, encerrado en su despacho, dio rienda suelta a sus sentimientos y su cara se convirtió en un mar de lágrimas. El vicepresidente del Gobierno, Torcuato Fernández Miranda, contó que cuando llegó a El Pardo se encontró con un Franco vestido con una bata a cuadros, con síntomas de gripe y tambaleándose al andar. Al principio, no podía creer que fuera un atentado y prefería pensar que había sido un accidente provocado por el gas, versión que circuló minutos después de la explosión debido al fuerte olor que había en la calle Claudio Coello provocado por la

rotura de tuberías del combustible. Pero cuando las sospechas de que había sido un atentado se confirmaron, el otrora poderoso jefe de Estado se encerró en su despacho, se negó a comer y no quiso ver a nadie. Tal era su abatimiento que no acudió a la capilla ardiente de Carrero, instalada en la sede de la Presidencia del Gobierno.

Doña Carmen se sintió cercada por esos «enemigos de España» a los que aludía con tanta frecuencia en los últimos tiempos y a los que había que eliminar con mano dura y dejarse de blandenguerías. Estaba aterrada, pero también furiosa por la ineficacia de los colaboradores más cercanos a su marido, y culpaba de la situación a los que no habían tenido suficiente sentido de la autoridad para enfrentarse a los crecientes desórdenes públicos y las revueltas estudiantiles, y a la permisividad de ciertos políticos...

Fue en esos momentos cuando decidió que aquello no podía volver a pasar y se convenció que ella era la única que podía pararlo, dada la vulnerabilidad y deterioro de su marido. ¿Cómo? Pues la única manera era tomando el control de cualquier decisión y recurriendo, como pasó días más tarde, a la presión sobre Franco para corregir su rumbo si ella pensaba que no era el adecuado.

Para llevar a cabo esa tarea, la Señora de El Pardo se rodeó de una camarilla de personas de ideología ultraconservadora, entre las que se contaban el médico del Generalísimo, el fanático falangista Vicente Gil; su yerno, el marqués de Villaverde; el general Gavilán, segundo jefe de la Casa Militar de Su Excelencia; y un ayudante de Marina, Antonio Urcelay, amigo íntimo de José Antonio Girón de Velasco. Todos ellos jugaron un papel determinante en los días posteriores a la muerte de Carrero a la hora de decidir quién iba a ser el sucesor del asesinado presidente del Gobierno.

Franco no fue capaz tampoco de asistir al entierro de Luis Carrero Blanco. El príncipe Juan Carlos, al comprobar lo hondamente afectado que estaba el general, aceptó ser él el que desfilara detrás del féretro, a pesar de la firme oposición a que lo hiciera de algunos de los encargados de su seguridad. Sí estuvo presente Franco en los funerales que se oficiaron en la basílica de San Francisco el Grande, donde estalló en lágrimas al dar el pésame a la viuda, Carmen Pichot. El llanto del dictador en público sorprendió enormemente a todos los presentes, que lo interpretaron como un signo de debilidad y de su estado senil. Una opinión que no compartió don Juan Carlos.

«Franco estaba muy lejos de estar senil. Era un hombre viejo que se dejó

ganar por la emoción cuando decía adiós al más fiel de sus fieles».

El nombramiento de Arias Navarro

Hay un dicho que asegura que más vale una imagen que mil palabras. Pues si hay un caso concreto que demuestra la validez de esa aseveración, ese es el de la serie de fotos tomadas de doña Carmen Polo en animada charla con el nuevo presidente del Gobierno, Carlos Arias Navarro, el día de su toma de posesión —2 de enero de 1974— en el Palacio de El Pardo.

Una indiscreta cámara de fotos, provista casi seguro de motor que aceleraba la captura de imágenes, tomó la secuencia completa del momento en el que una exultante Carmen Polo ríe de forma abierta ante Carlos Arias, que sucumbe a la contagiosa carcajada de la Señora y ríe él también indisimuladamente.

No era para menos la ocasión. La jura de Arias era la culminación de más de diez días de esfuerzos de la esposa de Franco para cambiar la decisión de su marido sobre quién iba a ser el nuevo presidente del Gobierno. Horas y horas de charla de doña Carmen y algunos de sus aliados, Antonio Urcelay y Vicente Gil, entre los más activos, noches en vela y algún que otro enfrentamiento con su marido, costaron que Franco aceptara que el favorito de la Señora fuera designado para figurar en la terna de candidatos enviada al Consejo del Reino.

La presión para elegir al sucesor de Carrero empezó el día mismo de su entierro, en el almuerzo y luego en la merienda en la que Urcelay y doña Carmen empezaron su labor de convencer a Franco de que había que escoger a un hombre duro para el puesto, y que la designación de Carrero había sido un error, por no estar capacitado para ejercer esa imprescindible firmeza. El primer nombre que doña Carmen le sugirió fue el de Girón de Velasco, al mismo tiempo que descartó de raíz al vicepresidente Torcuato Fernández Miranda, por considerarlo totalmente fiel al príncipe Juan Carlos.

Poco después, el nombre de Carlos Arias Navarro entró a formar parte de los favoritos de la camarilla de El Pardo, que no contaron con la maniobra que Franco hizo por su cuenta al pedirle a Pedro Nieto Antúnez, su amigo íntimo, que aceptara ser él el nuevo jefe de Gobierno. Mientras el presidente del Consejo del Reino, Alejandro Rodríguez de Valcárcel, proponía a Franco el día 22 de diciembre una terna que incluyera los nombres de Girón, Arias y el suyo propio, Pedrolo Nieto Antúnez había aceptado, aunque de mala gana,

el encargo de Franco de formar gobierno y ya había contactado con Fraga para que fuera vicepresidente y con López Bravo para encargarse de la cartera de Exteriores.

Doña Carmen y el resto de la camarilla montaron en cólera cuando se enteraron de las gestiones hechas por Franco a sus espaldas y se emplearon a fondo para descabalar a Nieto Antúnez, y lograr que el Generalísimo se inclinara por uno de sus candidatos. Pero no fue fácil la negociación, ya que a pesar de su abatimiento por la muerte de Carrero, el Caudillo no daba su brazo a torcer y seguía mostrando su interés por incluir en todas las listas de futuribles a su amigo Pedrolo. El día 27 de diciembre por la tarde, Franco comunicó a Rodríguez de Valcárcel que Nieto Antúnez era su elegido. Una decisión que consternó sobremanera a Carmen Polo, que se permitió hacer lúgubres presagios a su marido durante la cena de esa noche. «Nos van a matar a todos como a Carrero. Hace falta un presidente duro. Tiene que ser Arias. No hay otro».

El matrimonio Franco pasó la madrugada del 28 de diciembre en blanco, según contaron el propio Franco y la Señora, quien dijo en voz baja a Urcelay que, a pesar de sus llantos y súplicas, el general seguía en sus trece de nombrar a Nieto Antúnez. El doctor Vicente Gil presionó esa misma mañana del día de los Santos Inocentes a Franco, al que se atrevió a decir que la elección de Pedrolo significaría una hecatombe. Su ayudante le repitió lo mismo. Y al final, agobiado por todos, Franco cedió y comunicó ese mismo día al presidente del Consejo del Reino que incluyera a Carlos Arias en la terna y le dio las razones de la exclusión de Nieto Antúnez. «Pedrolo tiene casi tantos años como yo y las mismas lagunas de memoria». Así quedó zanjado el asunto.

Como detalle de la frialdad de Franco, la inclusión en su mensaje de Fin de Año de la frase «no hay mal que por bien no venga» al aludir al almirante asesinado.

La era Arias

El 2 de enero de 1974, Arias juró su cargo de presidente del Gobierno. Las risas del nuevo mandatario y la Señora dieron lugar a amplios comentarios en la prensa del día siguiente. Ella era una persona que no se mostraba tan expresiva en público, y su incontenible alegría les pareció a muchos inoportuna e incluso que estaba fuera de lugar en un momento como aquel.

El nuevo gobierno era un híbrido de las personas más integristas del búnker, resistentes a todo tipo de cambio, junto con algunas otras de corte más liberal. Pero lo más importante es que doña Carmen empezó a ejercer su poder real y a vetar a algunos de los hombres que Arias le proponía para nombrar ministros. Fue el caso de Manuel Fraga, al que quiso nombrar responsable de Exteriores y que fue tachado de la lista y sustituido por Pedro Cortina Mauri, amigo y confidente de doña Carmen. Tampoco pudo incluir Arias a Herrero Tejedor como ministro Secretario General del Movimiento debido a las presiones de Girón de Velasco, que colocó a Utrera Molina en ese puesto.

Arias, sin embargo, no se plegó totalmente a las indicaciones de la camarilla de El Pardo. Sabía que tenía que hacer algún guiño a los que reclamaban cualquier tipo de cambio para poder subsistir políticamente. Y así, el 12 de febrero, hizo un discurso programático en el que apuntó la necesidad de llevar a cabo ciertas innovaciones en el terreno político y asumir él directamente esa iniciativa sin involucrar a Franco.

Una decisión que sentó fatal a doña Carmen y al resto de sus adláteres, que se afanaron en boicotear cualquier aperturismo de Arias por tibio que fuera. Una táctica para la que contaron con la utilización de Franco por parte de los sectores más retrógrados del sistema. Un Franco, todo hay que decirlo, del que Fraga comentó en sus memorias que estaba distante del mundo real. «Escucha, pero no oye», fueron las palabras usadas por el político gallego.

El diplomático Antonio Oyarzábal, que estaba destinado en la Presidencia del Gobierno en ese tiempo, cuenta a la autora que fue una época terrible, porque «no solo veías la decadencia física de Franco, sino también la dicotomía entre la España real y la España oficial que nos llevaba al abismo».

La familia de Franco era la imagen viva de esa dicotomía.

«Era la corte de los milagros», cuenta Oyarzábal, «y los que dirigían esa corte eran Carlos Arias y doña Carmen. A ella, los antiguos ministros de su marido le mandaban toda clase de propaganda contra personas como Antonio Carro o Pío Cabanillas, en la que decían de todo contra ellos, como que eran masones o que su padre había sido fusilado por los nacionales, una cosa tremenda. Ambos, Carro y Cabanillas, cayeron pronto, y en el caso de este último, se cebaron contra su mujer, a la que doña Carmen no invitaba nunca a los tés que organizaba en El Pardo con las esposas de los ministros de su marido».

Antonio Oyarzábal aclara que «desde el punto de vista familiar, hubo dos clases de mujeres en la familia Franco: Carmen Polo, volcada a los collares, al lujo, la apariencia y todo lo que se quiera añadir; y Carmen Franco, una persona muy inteligente que ha sabido mantener una clase y una categoría admirables».

Aquel verano de 1974 comenzó la auténtica debacle del franquismo, cuando el 9 de julio el Caudillo fue ingresado en el Hospital Francisco Franco para ser tratado de una tromboflebitis que lo puso en algunos momentos a las puertas de la muerte. La decisión de hospitalizarlo partió de su médico personal, Vicente Gil, que consideró necesario internar al Generalísimo para ser tratado adecuadamente.

El marqués de Villaverde, ausente en ese momento de Madrid, montó en cólera al enterarse y desató una guerra abierta contra el médico del Caudillo.

«Vaya flaco servicio has hecho a mi suegro», le echó en cara Cristóbal a Vicentón, que tuvo que soportar todo tipo de reproches por haber causado alarma social entre los españoles y desatar una tormenta mediática en los periódicos de todo el mundo con la hospitalización de Franco.

Arias Navarro, viendo la gravedad del Caudillo, activó la Ley Orgánica del Estado para que el príncipe de España asumiera el cargo de jefe de Estado de forma interina, una medida que hacía ya irreversible la condición de sucesor de don Juan Carlos, y que causó otro berrinche al marqués de Villaverde, que culpó textualmente a Vicente Gil de hacer un buen servicio «a ese niñato de Juanito».

En esa tesitura, doña Carmen se puso de parte de su yerno y le dijo al médico que le hacía responsable de las consecuencias de lo que había hecho. Cuando Gil intentó defenderse de las acusaciones alegando que toda su intención estaba puesta en velar por la salud del enfermo, la mujer de Franco le espetó: «Nada, has hecho lo peor que habías podido hacer a Paco». Una

frase que le llegó a Vicentón, que había dedicado toda su vida profesional al Caudillo, al alma.

Las diferencias entre Villaverde y Gil se enconaron hasta el punto de que ambos llegaron a las manos y se liaron a puñetazos en los pasillos de la Ciudad Sanitaria Francisco Franco. Un escándalo que dejó a los médicos del centro atónitos y estupefactos y que se saldó con la orden de doña Carmen de cesar inmediatamente a Vicente Gil con una frase ya acuñada para la historia de: «Médicos hay muchos, Vicente, y yernos solamente hay uno». Y le despachó tal cual, después de cuarenta años al servicio del Generalísimo, sin más detalle que mandarle un televisor en color elegido de entre los muchos regalos que se recibían a diario en el Palacio de El Pardo.

Según contó el doctor Vicente Gil en su libro *Cuarenta años junto a Franco*, doña Carmen le llamó varios meses después del cese para decirle que le iba a mandar un regalo que querían hacerle ella y su marido.

«-No sabía qué enviarte, y entonces, como tú eres muy casero y muy familiar, te hemos mandado un televisor —le anunció la Señora.

—Señora, no haga eso. Yo ya tengo un televisor Telefunken que va muy bien. No me mande usted nada —le respondió el médico.

—De ninguna manera, porque lo tienes que aceptar. A Paco no le puedes hacer ese desprecio.

—Señora, no es mi intención hacer ningún desprecio. No sé qué decirle; vuelvo a repetir que hemos sufrido mucho en esta casa.

—Nosotros también hemos sufrido, porque tú sabes que hemos tenido muy mala suerte.

Cuando llegó el regalo a casa del defenestrado médico, que idolatraba a Franco, al que había dedicado su vida entera, él y su familia quedaron estupefactos.

—Mirad, hijos —dijo el doctor Gil—, una vida consagrada a un hombre; una vida de lealtad y sacrificio se resume en un televisor.

El aparato permaneció encima de una mesa, sin desembalar, durante mucho tiempo, por la incapacidad de superar su destinatario la profunda tristeza que le había causado el recibirlo como pago de todos sus desvelos».

A partir de finales de julio se encargó de la salud de Franco el doctor Vicente Pozuelo. Lo trató desde una óptica gerontológica, le cambió la dieta y lo sometió a un tratamiento de ejercicio y rehabilitación que le hizo mejorar sensiblemente, hasta el punto que autorizó que se trasladara a Galicia en avión el 16 de agosto para descansar unas semanas en el Pazo de Meirás.

Durante ese tiempo, la paranoia del marqués de Villaverde y doña Carmen Polo se acentuó de tal manera que empezaron a ver conspiraciones por todos lados, especialmente por parte del príncipe, que seguía ejerciendo la tarea de jefe de Estado en funciones. Se enteraron de que don Juan Carlos hablaba con mucha frecuencia con su padre y pensaron que el príncipe iba a aprovechar su cargo provisional para traer a don Juan de Portugal.

La única persona, según todos los testimonios, que mantuvo la sensatez fue Carmen Franco, que hubiera preferido que su padre dejara ya su cargo y se dedicara a descansar el tiempo que le quedara de vida. Pero no le dejaron. Esposa y yerno le metieron en la cabeza todos sus temores, hasta que lograron que Franco retomara sus poderes, una vez que los doctores declararon que ya estaba plenamente recuperado de la tromboflebitis sufrida.

Esa decisión se tomó después de un Consejo de Ministros en el Pazo de Meirás, celebrado el 30 de agosto, presidido por el príncipe como jefe de Estado en funciones. El presidente del Gobierno, Carlos Arias, después de hablar con Franco en su despacho del pazo, salió diciendo: «No hay mal que por bien no venga, y ya le he convencido para que no vuelva a tomar los poderes. Hemos dado un paso muy importante, él se queda como está, aquí en Meirás, el príncipe se queda con los poderes y ya está».

Oyarzábal, que vivió esa historia muy de cerca, cuenta cómo se enteró en el aeropuerto de La Coruña de que «Arias, nada más llegar a su casa de Salinas, había recibido una llamada de Cristóbal Martínez-Bordiú, en la que el yerno de Franco le había dicho, mira te voy a leer el último parte médico. Lo hace y le dice a Arias, llama tú a Alejandro Rodríguez de Valcárcel y dile que mi suegro vuelve a recuperar los poderes a partir de hoy».

Arias exigió que eso se lo tenía que decir el Caudillo, quien se puso al teléfono para confirmarle con una voz que no se le entendía nada que sí, que volvía a tomar los poderes.

«No hay duda de que la camarilla le forzó a dar ese paso, doña Carmen y otros que la rodeaban le convencieron de que no podía abandonar el timón en un momento como ese», comenta el diplomático Oyarzábal en la larga tarde que él y su esposa, Beatriz, hija del que fue embajador estadounidense en España, Cabot Lodge, dedicaron a la autora con total generosidad y simpatía.

Carmen Franco, en sus declaraciones a Palacios y Payne, asegura que ella no entendió por qué su padre quiso recuperar los poderes. «Quizás porque cuando has mandado siempre es muy difícil no mandar, no seguir

mandando».

Quizás también porque, como dice el refrán, «genio y figura hasta la sepultura». **Los últimos meses del dictador**

Un Franco deteriorado, ausente, incapaz de controlar la avalancha de acontecimientos que se sucedían, todos ellos en contra del régimen, fue manejado como una marioneta por el clan de El Pardo, que vivía en permanente alarma y aterrorizado por la evidencia de que los años de poder absoluto estaban llegando a su fin.

La visita del presidente Gerald Ford, en mayo de 1975, fue uno de los últimos actos oficiales del régimen en práctica extinción, y registró momentos de un gran patetismo en los encuentros entre el mandatario norteamericano y el español, según relato del diplomático Oyarzábal, que hizo de intérprete entre ambos.

«Lo pasé fatal, porque los dientes —tenía dentadura postiza— le hacían ruido y le entendía muy mal. Ford le decía, hace muy buen día. Y él no contestaba nada. Cuánta gente joven sonriente, comentó Ford. Y Franco le contestó: la gente joven siempre está sonriente... si no fuera por la gente que la envenena. Y ¡ni una palabra más!».

Antonio Oyarzábal cuenta con mucha ironía cómo Franco le enumeró una lista interminable de tipos de peces que se comían en España a Betty Ford, la esposa del presidente, mientras trataba inútilmente de controlar las sacudidas de su mano al llevarse a la boca cucharadas de la crema de guisantes que se sirvió como entrante.

Mientras tanto, el terrorismo de ETA incrementaba sus ataques, y también el del FRAP (Frente Revolucionario Antifascista Patriótico), que atacaba a las fuerzas de orden público de forma indiscriminada, lo que dejó un largo reguero de víctimas y provocó la promulgación de una durísima Ley Antiterrorista. El resultado fue la celebración de varios consejos de guerra sumarísimos para enjuiciar a los culpables que desembocaron en once condenas de muerte para los acusados.

El escándalo internacional y la indignación por esas penas capitales, que finalmente quedaron reducidas a cinco, fueron mayúsculos.

Manifestaciones, llamadas a consulta de los embajadores de los países democráticos, ataques a las representaciones españolas en el extranjero y llamadas de mandatarios de todo el mundo, entre ellos el papa Pablo VI, trataron de evitar los fusilamientos. Pero no hubo manera, y el día 27 de septiembre, los cinco condenados fueron ejecutados.

Después de la reacción de rechazo del exterior, los fieles al dictador organizaron el día 1 de octubre, aniversario de su proclamación, una de sus multitudinarias concentraciones en la plaza de Oriente en desagravio a su viejo y renqueante Caudillo. En sus palabras de agradecimiento, apareció de nuevo el viejo mantra de que todo era producto de «una conspiración masónica-izquierdista de la clase política en contubernio con la subversión terrorista-comunista». De nuevo, la clave era sacar a colación los viejos demonios familiares.

Pero parece ser que en esa concentración empezó a resentirse otra vez la salud del anciano jefe de Estado. Unos días después de asistir a un acto en el Instituto de Cultura Hispánica, Franco oficialmente sufría una gripe, que lo retiraba de la vida oficial, pero sin que trascendiera que tras esa dolencia común, Villaverde y otros miembros del clan de El Pardo ocultaban síntomas de problemas cardíacos.

Antonio Oyarzábal, destinado en la Presidencia del Gobierno, se enteró por José Joaquín Puig de la Bellacasa de que algo pasaba. Este diplomático, luego secretario general de la Casa de S. M. el rey, le preguntó a Oyarzábal con cierta sorna: «¿Qué le pasa a Franco?». A lo que aquel le contestó con otra pregunta: «¿Qué le pasa?». Y Puig de la Bellacasa solo le respondió: «Tú pregunta, pregunta».

Al día siguiente, 16 de octubre, le comentó lo sucedido al presidente Arias, quien, alarmado, habló con Fuertes de Villavicencio para indagar qué le pasaba en realidad al Caudillo. El jefe de la Casa Civil de Su Excelencia quitó importancia al asunto diciendo que tenía una gripe, pero que ya lo había visto el doctor Pozuelo. Arias Navarro, escamado, llamó a Vicente Pozuelo, quien le informó que creía que Franco había tenido un ataque al corazón y habían llamado a otro médico para consultar con él.

Había empezado la larga y lenta agonía de Franco. El día 17, en plena reunión del Consejo de Ministros que se empeñó en presidir, el general sufrió un nuevo síncope cardíaco que le provocó un desvanecimiento del que fue atendido por el equipo médico que lo controlaba desde una habitación contigua. Cuatro días más tarde, se hacía público un comunicado oficial para acallar los intensos rumores en el que se hablaba de que el Generalísimo sufría una insuficiencia coronaria aguda...

Las dolencias se agravaban e intensificaban día tras día: edema pulmonar, insuficiencia cardíaca, parexia intestinal e hipotensión arterial.

La muerte del dictador

La vida empezaba a irse a chorros del débil cuerpo de un Franco terriblemente devastado por una cadena de fallos multiorgánicos a los que iban poniendo parche tras parche para intentar parar lo imparable. La salud del dictador empeoraba de forma inexorable, mientras que el equipo de médicos, capitaneado por el inefable marqués de Villaverde, empezaba una carrera contrarreloj para mantener con vida al jefe del Estado. El 3 de noviembre, se le operó en unas dependencias anejas al Palacio de El Pardo para cortar una hemorragia intestinal y se precisó hacerle una trasfusión de siete litros de sangre. Cuatro días más tarde, se le trasladó a la Ciudad Sanitaria La Paz para operarle otra vez ante una nueva hemorragia.

Doña Carmen y su hija Nenuca le visitaban todos los días en La Paz. La Señora, entregada a las decisiones de su yerno en su voluntad de mantener con vida, si es que aquello podía llamarse vida, al enfermo. Su hija, angustiada ante el encarnizamiento de los doctores con el cuerpo exhausto de su padre, pidió que lo dejaran morir en paz. Quizá porque había quedado conmovida por la frase «Qué difícil es morirse», pronunciada en dos ocasiones por Franco en presencia de Carmencita. Ella, de todas maneras, guardaba con esmero la carta testamento que su padre le dictó el 17 de octubre en su pequeño despacho de El Pardo, en la que dirigía un último mensaje a todos los españoles.

La habitación contigua a la de Franco se convirtió en esos días previos a su muerte en un inmenso relicario en el que al brazo incorrupto de santa Teresa se añadieron un fragmento del cuerpo incorrupto de san Diego, los mantos de la Virgen del Pilar y de Guadalupe, un altar de la Virgen de la Peña traído de Francia, además de las imágenes de la Macarena de Sevilla y de la Virgen de Chamorro, de Ferrol del Caudillo.

Nada logró arrancar al Caudillo de las garras de la muerte. El día 19 se le retiraron todos los aparatos que lo mantenían con vida. En la madrugada del 20 de noviembre, Francisco Franco Bahamonde moría.

Como dato curioso, unos días antes de perder la consciencia, doña Carmen visitó a su esposo en el lecho de muerte y él permaneció todo el rato con los ojos cerrados. Solo los abrió cuando ella abandonó el cuarto del hospital. Lo contó el doctor Vicente Pozuelo, quien advirtió al levantar los

párpados Franco, que sus ojos estaban cuajados de lágrimas.

Los funerales de Franco. Entierro en el Valle de los Caídos

La falta de transparencia informativa que marcó toda la era franquista se agudizó de forma significativa en las horas posteriores a la muerte del dictador y en los siguientes días, en los que se produjo el primer pulso del denominado búnker político, aglutinador de las fuerzas más integristas que no querían dejar el poder ni a tiros, y los hombres que rodeaban al rey, partidarios de empezar cuanto antes su labor renovadora.

El primer asunto en el que se manipularon los datos fue en la hora exacta de la muerte de Franco y en cómo se informó a los medios de comunicación nacionales y extranjeros que seguían minuto a minuto la agonía del jefe del Estado.

Curiosamente, a última hora de la noche del 19 de noviembre, Fuertes de Villavencio, factótum de la familia Franco, dijo a todas las autoridades y amigos que se encontraban en la primera planta de La Paz que se marcharan a sus casas y desocuparan las salas reservadas habitualmente a las visitas. Así lo hicieron, y la razón, según todos los indicios, era que poco antes se había tomado la decisión de desenchufar todos los aparatos que mantenían a Franco con vida.

La razón era que la fecha del 20 de noviembre, aniversario del fusilamiento en Alicante del fundador de la Falange, José Antonio Primo de Rivera, era el día idóneo para que Franco también abandonara este mundo, con lo cual, en el futuro, se fundirían en una misma fecha los aniversarios de las muertes de ambos.

La víspera, los doctores que atendían a Franco, con Hidalgo Huerta a la cabeza, negaron la posibilidad de cualquier otra intervención quirúrgica ante la nueva hemorragia digestiva que se había presentado, porque, según la opinión casi unánime, el general no la toleraría. Así lo comunicaron al marqués de Villaverde, quien desistió al fin de seguir su encarnizada lucha por mantener con vida a su suegro por medio de un tratamiento que tan solo lograba prolongar su intenso sufrimiento.

Doña Carmen, que había dejado hacer a su yerno sin meterse demasiado en los medios empleados para conservar vivo a su marido, abandonó también el hospital a eso de las diez de la noche del 19, con gesto apenado y

entristecido. Su hija Carmencita se sorprendió al depositar un último beso en la frente de su padre por la frialdad que percibió, fruto del intento de los médicos de rebajar la temperatura corporal de Franco a base de ponerle bolsas de hielo y sábanas especiales que mantuvieran la hipotermia de su cuerpo.

En el libro de los periodistas Javier Figuera y Luis Herrero *La muerte de Franco jamás contada*, escrito diez años después, se describe paso a paso, de forma pormenorizada, lo que pasó aquella noche histórica en la habitación de la Ciudad Sanitaria La Paz, en la que Franco estuvo internado sus últimos días. En sus últimos capítulos se narra cómo, a las once y media de la noche, Cristóbal Martínez-Bordiú se encargó personalmente de desenchufar todos los aparatos que mantenían con vida a Francisco Franco, lo que provocó que en un espacio de tiempo de tres horas escasas su suegro dejara de respirar y que su corazón dejara de latir.

Cuando el yerno de Franco llevó a cabo tan trascendental tarea, ya había perpetrado la bochornosa y repugnante labor de tomar unas fotos del general en su lecho de muerte, en las que se podía apreciar el grado horrendo de degradación a la que se puede llevar a un ser humano cuando se aplican sin escrúpulos los métodos más cruentos para prolongar artificialmente su vida. Lo que pasó por la mente del marqués de Villaverde a la hora de tomar esas fotos, que se publicaron años más tarde en la revista que dirigió el periodista Jaime Peñafiel, es difícil de imaginar. Fue una acción reprochable desde el punto de vista ético que llenó los bolsillos del vendedor de las crueles imágenes, cuyo nombre no se ha desvelado hasta ahora. Y un motivo de dura y fuerte crítica de la propia familia Franco, algunos de cuyos miembros condenaron sin paliativos la pésima idea del «yernísimo» de tomar esas fotos terribles de la agonía de su suegro.

Pero volvamos de nuevo a la Ciudad Sanitaria La Paz aquella noche del 19 al 20 de noviembre de 1975.

Uno de los auxiliares de cámara de Franco llevó pasada la medianoche el uniforme de capitán general que le iba a servir de mortaja, signo evidente de que todo estaba programado. La familia del jefe del Estado cambió lo dispuesto en los planes de la «operación Lucero», puesta en marcha desde días antes por la Presidencia del Gobierno, que preveía vestir el cadáver de Franco con el uniforme militar de diario. Es de suponer que, dado el rango del fallecido y que su cuerpo se iba a exponer al público en el Palacio Real, la Señora de El Pardo, que pronto se convertiría en señora de Meirás con

grandeza de España, o su hija, la marquesa de Villaverde que también ascendería en el escalafón de la nobleza a duquesa de Franco, prefirieron que el cuerpo de su padre se vistiera con el atuendo de gala utilizable en los momentos más importantes de su vida castrense.

El único ministro que, según los periodistas Herrero y Figuro, permaneció en La Paz, a pesar de las indicaciones del poderoso jefe de la Casa Civil de Franco, fue José Solís. Lloroso y compungido, el ministro se mantuvo en la habitación contigua a la del dictador junto a un íntimo amigo de la familia Franco, Mariano Calviño, quien le tuvo al tanto de lo que pasaba en cada momento.

Los que no intuyeron el momento crítico que se estaba viviendo fueron los periodistas que estaban en la sala destinada a la prensa en la ciudad sanitaria. Salvo el redactor de la agencia Europa Press, Mariano González, que abandonaba con frecuencia la estancia de los informadores y recorría otras dependencias del hospital para ver si detectaba algún movimiento o presencia anormal. Esa actitud vigilante le valió a su agencia dar la primicia de la muerte de Franco antes que ningún otro medio de comunicación.

La hora de la muerte de Franco

Después de la desconexión de todos los aparatos que mantenían con vida al Caudillo, se establecieron unos turnos de guardia para que dieran el aviso cuando su maltrecho cuerpo dejara de respirar. El marqués de Villaverde había advertido de que la muerte se podía demorar aún unas horas a pesar de habersele retirado ya las ayudas que lo mantuvieron con vida en los últimos días. Uno de los oficiales de esos turnos, Quintana, avisó a su compañero el comandante Llaneras a las 2.25 de la madrugada del ya día 20 de que Franco había muerto. Inmediatamente se llamó al doctor Pozuelo, su médico de cabecera, al ayudante militar del general, al responsable de seguridad, al marqués de Villaverde, único miembro de la familia que se encontraba en el centro sanitario... y la rueda se puso en marcha de forma inmediata.

Se supone que a esas horas de la madrugada, la primera persona de la familia Franco que fue informada de la muerte del general fue su hija Carmencita, y que ella se tuvo que encargar de transmitir la noticia a su madre, a quien ya por entonces se le había detectado una delicada dolencia cardíaca, y al resto de la familia. También, como es lógico, se llamó por teléfono al presidente del Gobierno, Carlos Arias, y se dio la orden de ir a buscar al embalsamador, doctor Antonio Pita, para que procediera a hacer lo necesario para la conservación del cadáver de Franco.

A las tres horas y cuarenta minutos, según el relato de los periodistas Herrero y Figuero, llegó a La Paz el ministro de Información y Turismo, León Herrera Esteban, cuyo domicilio estaba muy próximo y que se había acostado vestido para poder salir de forma inmediata cuando lo llamaran. Para entonces, los periodistas se habían movilizado y andaban inquietos, al sospechar que algo pasaba cuando vieron llegar al hospital a Fuertes de Villavicencio y al segundo jefe de la Casa Militar, José Ramón Gavilán. Ninguno de ellos, sin embargo, se fijó en el detalle de que el ministro de Información y Turismo llegó a La Paz con una corbata negra, señal evidente de luto, lo que le valió una seria reprimenda por parte de uno de los ayudantes de seguridad presentes en el hospital.

Mientras todo esto ocurría, la agencia de noticias Europa Press confirmaba a las 4 de la madrugada la noticia de la muerte de Franco por medio de una llamada a un confidente que prometió contestar la verdad

cuando le consultaran y que, según se supo más tarde, fue Nicolás Franco. El director de la agencia, Antonio Herrero, ante la evidencia de la noticia y la fiabilidad de la fuente, dio orden de dar la primicia antes de que una fuente oficial la confirmara.

El comunicado oficial

El primero en transmitir oficialmente la noticia a los españoles fue León Herrera Esteban, responsable de Información, quien leyó un comunicado en el que se informaba oficialmente de la muerte de Franco. Una noticia que andaba ya de boca en boca del pueblo soberano, pendiente desde hacía más de un mes de la inminente muerte del jefe del Estado. Aunque en ese primer texto no figuraba la hora exacta de su muerte, más tarde se reconoció como hora del fallecimiento las 5.25 de la madrugada. Tres horas y media más tarde del momento en que el corazón de Franco dejó de latir.

Las causas de la muerte, según el equipo médico habitual compuesto por treinta y seis doctores eran apabullantes: enfermedad de párkinson, infarto de miocardio, úlceras digestivas agudas con hemorragias masivas reiteradas, peritonitis, fracaso renal, tromboflebitis, bronconeumonía, choque endotóxico y parada cardíaca. Todo ello, mortal de necesidad.

A las 10 de la mañana, se emite por Televisión Española, la única entonces, una alocución del presidente del Gobierno, Carlos Arias Navarro, quien con voz compungida y entre sollozos da cuenta a los ciudadanos del fallecimiento de Franco. Lee también a continuación el testamento de Franco que su hija Carmen pasó a máquina y mantuvo guardado hasta el día anterior, en el que se lo entregó al segundo jefe de la Casa Militar de Franco, José Ramón Gavilán, quien a su vez se lo dio en mano al presidente de las Cortes y del Consejo del Reino, Alejandro Rodríguez de Valcárcel.

Al rechazar este, máxima autoridad de la nación hasta la jura del príncipe Juan Carlos como nuevo jefe del Estado, ser él quien lo diera a conocer a los españoles por pensar que era una tarea que debía efectuar el presidente del Gobierno, Arias fue finalmente el responsable de difundir el último mensaje de Franco a su pueblo.

El contenido del testamento político de Franco, leído entre sollozos por Arias Navarro, tenía tres ejes fundamentales. El primero, pedir perdón a todos de corazón y perdonar él a su vez a todos los que se consideraron sus enemigos a los que él no tuvo como tales. El segundo, agradecer a todos los que habían colaborado en la empresa de hacer de España una, grande y libre, a los que solicitó que rodearan al futuro rey de España, Juan Carlos de Borbón, del mismo afecto y lealtad que habían tenido hacia él junto con el

mismo apoyo de colaboración que le habían dado. Y tercero y último, alertar contra los enemigos de España y la civilización cristiana y hacer un llamamiento para mantener la unidad de la patria.

El traslado al Palacio Real

Al día siguiente de la muerte de Franco, con una España declarada oficialmente en luto oficial durante veinte días y los espectáculos públicos suspendidos hasta el día 23, los restos mortales del todopoderoso Generalísimo de los Ejércitos fue trasladado al Palacio Real. Antes de ese desplazamiento, el féretro se llevó a la capilla de El Pardo, donde fue oficiada una misa de *corpore insepulto* a la que asistió la familia Franco, el gobierno de la nación en pleno, el Consejo de Regencia y los todavía príncipes de España, en un sitio preferente en el lado izquierdo del altar, el del Evangelio.

Durante ese día empezaron también las intrigas políticas para saber quién iba a suceder en el Consejo del Reino y las Cortes a Rodríguez de Valcárcel, un puesto clave para las reformas políticas que planean los hombres del Palacio de La Zarzuela y que el rey quiere que ocupe Torcuato Fernández Miranda. También Arias Navarro inició su propia batalla para mantenerse al frente del gobierno y no ser destituido por don Juan Carlos, con el que simpatizaba poco y al que despreciaba bastante, refiriéndose a él cada dos por tres como «el niño ese». Con Franco de cuerpo presente, se desencadenó entre las distintas facciones del franquismo una lucha encarnizada en la que todos aspiraban a mantener su parcela de poder e, incluso, si era posible, aumentarla.

En la madrugada del día 21, el féretro con el cadáver de Franco fue trasladado al Palacio Real, el lugar donde tantas veces había aparecido en el balcón principal para recibir el homenaje enfervorizado de los ciudadanos españoles y cuyas estancias quiso usar de vivienda habitual al término de la Guerra Civil. Ahora entró de nuevo al palacio en el ataúd, llevado a hombros por su guardia personal y hombres de confianza hasta el Salón de Columnas, donde se destapó el féretro y se instaló la capilla ardiente, que abrió sus puertas al público a partir de las 8 de la mañana. Desde la madrugada anterior, una interminable fila de personas esperaban pacientemente para entrar y dar su último adiós a Franco.

Durante los dos días siguientes, el flujo de gente que desfiló por el Palacio Real ante el cuerpo sin vida del Caudillo fue impresionante. Militares, monjitas y religiosos con sus hábitos, falangistas con la reglamentaria camisa azul, hombres que saludaban brazo en alto al modo

fascista al paso ante el féretro, mujeres y hombres de edad que enjugaban sus lágrimas ante los restos mortales de Franco... e incluso más de un puñado de sus enemigos no dejaron pasar la ocasión de comprobar que el hombre que les causó tanto daño y desdichas, que rompió sus vidas por la mitad por las represalias de la posguerra yacía, por fin, muerto.

Una doña Carmen desolada y vestida de pies a cabeza de luto riguroso, con un velo negro sobre su perfecto peinado, acudió a rezar ante el cuerpo de Franco. Con el rostro escondido tras sus manos, permaneció en actitud de recogimiento orando durante largos ratos. No perdió la compostura ni siquiera entonces, aunque por su cabeza ya empezaron a desfilan negros pensamientos de lo que podía ocurrir en el futuro, si iba a ser necesario abandonar el país si se ponían las cosas muy en su contra y con temor ante las represalias que podrían sufrir ella y su familia cuando pasaran estos primeros días de pesar y abatimiento.

En los alrededores del palacio, los altavoces difundían obras de música sacra que contribuían a mantener la atmósfera permanente de duelo. Mientras, en el Salón de Columnas, los políticos y hombres destacados del régimen se turnan para velar el cuerpo del Caudillo.

Actividad en el Palacio de La Zarzuela

En el Palacio de La Zarzuela, la actividad estaba centrada en la jura del rey en las Cortes programada para el día siguiente, 22 de noviembre. Don Juan Carlos de Borbón daba los últimos toques a su primer discurso como monarca. Llevaba casi un mes desde que asumiera de nuevo de forma interina la jefatura del Estado después de que Carmen Franco le asegurara que esta vez no se volvería a retomar el poder por parte de su padre. Y sabía perfectamente que de esas primeras palabras que iba a dirigir a los ciudadanos españoles iba a depender el que pudiera empezar a ganarse su confianza. Torcuato Fernández Miranda, decidido partidario suyo, le había insistido sobre ese tema muchas veces: «Todo dependerá de vuestro primer discurso. Es preciso decir a los españoles lo que queréis hacer y cómo lo queréis hacer».

No era fácil, porque, por otra parte, era consciente de que iba a tener a todo el búnker buscando palabra por palabra cualquier indicio que a ellos les pareciera una deslealtad a su Caudillo.

Los hombres próximos al sucesor se movían con sigilo y habilidad para asegurarse de que los líderes sindicales iban a mantener a sus afiliados tranquilos y sin manifestaciones en la calle, mientras otros habían contactado en el último año con los responsables de los partidos políticos de izquierdas para asegurarles que iba a haber cambio político y pedirles paciencia y tiempo para ir cambiando las cosas. Carrillo, aún en París, no acababa de creerse del todo las buenas palabras que le transmitían desde Madrid hombres del PCE, como Jaime Sartorius o Armando López Salinas, pero de forma prudente, decidió esperar acontecimientos. Felipe González, instalado ya con su familia en el madrileño barrio de la Estrella, prefirió también confiar en lo que socialistas de primera fila como Luis Solana le decían acerca de la voluntad inequívoca del príncipe Juan Carlos de reformar de arriba abajo el aparato del Estado.

La reina, por su parte, ultimaba con su modista el llamativo traje de ceremonia de brillante color fucsia elegido para el solemne acto de la jura de su marido como rey. No fue casual que, entre tanta gente enlutada, doña Sofía escogiera un tono para su atuendo como ese, sino que, con ello, la princesa quería señalar distancias entre el escenario de las Cortes en un día de

júbilo que marcaba el inicio de una nueva etapa en la vida de España y el de la plaza de Oriente, donde el sentimiento predominante era la nostalgia.

Pero la noticia más importante de esa víspera para el príncipe fue el manifiesto hecho público desde París por su padre, el conde de Barcelona. Pese a que en las semanas anteriores al fallecimiento de Franco se insistía en que el padre de don Juan Carlos iba a emitir un comunicado beligerante hacia su hijo, finalmente don Juan de Borbón hizo un gesto de generosidad y no cuestionó la legitimidad del sucesor del general.

A la mañana siguiente, antes de que don Juan Carlos se convirtiera en nuevo rey, en el Palacio de El Pardo se dirimía una cuestión importante para el futuro de la familia Franco. Lo que estaba en cuestión era el decreto que debía aprobar el Gobierno sobre los títulos nobiliarios que se iban a otorgar a la viuda y a la hija del Caudillo. El jefe de la Casa Civil de Su Excelencia, Fernando Fuertes de Villavicencio, logró que la Señora saliera de la burbuja silenciosa y aislada en la que se había encerrado desde que supo que su marido había fallecido para tratar un asunto tan importante para el futuro como el de su estatus. Para él era crucial el que el tema se cerrara cuanto antes, con Franco todavía de cuerpo presente y sin enterrar, ya que temía que, si se dejaba para más adelante, el rey podría ceder a las presiones de los que se opusieran a otorgar títulos nobiliarios para evitar la protesta de los antifranquistas.

En principio, doña Carmen quería que su hija fuera nombrada duquesa de Ferrol, pero sus colaboradores le explicaron que los títulos con nombres de ciudades son privativos de la Corona y para uso exclusivo de la Familia Real. Por tanto, quedó descartado y se le propuso a la Señora el de duquesa de Franco para Carmencita y para ella el del Señorío de Meirás. Ella aceptó, pero todavía quedaba un inconveniente, doña Carmen exigía que los dos tuvieran carácter hereditario, algo que no estaba contemplado por parte del ministro de Justicia, que tuvo que consultar ese detalle. Según los periodistas Herrero y Figuero, la Señora expresó su disconformidad con una frase muy expresiva: «Si no se pueden heredar, ¿para qué nos sirven?».

El Consejo de Ministros del día 26 de noviembre aprobó que el Señorío de Meirás tuviera carácter vitalicio en la persona de Carmen Polo Martínez Valdés y se extinguiera con la desaparición de la viuda del dictador, mientras que el de su hija fuera hereditario para sus hijos y descendientes. Sin embargo, posteriormente, se restableció el carácter vitalicio del título nobiliario mediante un real despacho, lo que permitió que la distinción pasara

a la muerte de doña Carmen a su nieto Francisco Franco.

La jura del rey en las Cortes

A las doce y cuarto del día 22 de noviembre, la Familia Real llegó al palacio de la Carrera de San Jerónimo para que el presidente del Consejo de Regencia, de las Cortes y del Consejo del Reino tomara juramento al nuevo rey. Por deseo expreso de La Zarzuela, se colocó una plataforma en la que estuviera no solo don Juan Carlos, sino también doña Sofía y sus hijos Elena, Cristina y Felipe, ya que era la institución de la Corona la que debía estar representada por medio de todos sus integrantes.

En primer lugar, Alejandro Rodríguez de Valcárcel tomó juramento al príncipe para asegurar el cumplimiento de las Leyes Fundamentales del Reino y guardar lealtad a los principios del Movimiento Nacional. Después, se produjo la proclamación de Juan Carlos como rey, en la que Valcárcel, franquista acérrimo, había pactado pronunciar alguna frase que aunara la etapa anterior con la nueva era que se abría. Pero la promesa se quedó en agua de borrajas cuando sus palabras no fueron exactamente las acordadas. «Desde la emoción en el recuerdo a Franco, ¡viva el rey! ¡Viva España!». Lo que omitió decir fue «nueva era» antes de los vivas, para establecer ante todos que eso era lo que se iniciaba exactamente en esos momentos, una etapa totalmente diferente a la vivida en los últimos cuarenta años.

En los palcos de invitados, pocas personas de peso, el dictador chileno Augusto Pinochet, que visitó la capilla ardiente de Franco para elogiarle, el hermano de la reina, el destronado rey Constantino de Grecia, el vicepresidente norteamericano Rockefeller y todos los egregios representantes de lo más rancio del régimen franquista. Los invitados de mayor rango, miembros de la realeza y políticos internacionales, prefirieron esperar a la misa de la Coronación celebrada en la iglesia de los Jerónimos cinco días más tarde y evitar la ceremonia de unas Cortes que no consideraban de verdad representativas del pueblo español.

El discurso de don Juan Carlos a los procuradores presentes en las Cortes, el primero como rey, estuvo plagado de palabras que antes se usaban poco en el hemiciclo: concordia nacional, integración, consenso, toda una serie de conceptos que abrían la puerta a la esperanza de todos los españoles que ansiaban una normalización de la vida pública, una democratización de las instituciones, una constitución en la que se reconocieran los derechos de

los ciudadanos, un sistema político basado en la libertad como principio inamovible.

Los procuradores y consejeros aplaudieron con entusiasmo. No todo estaba perdido. El nuevo rey había jurado guardar y hacer guardar las Leyes Fundamentales dictadas por ellos mismos en ese remedo de un auténtico parlamento que eran las Cortes franquistas y también había jurado lealtad a los principios del Movimiento Nacional. La voluntad de Franco de que la institución instaurada a su muerte fuera la monarquía del Movimiento se empezaba a cumplir. Las palabras del nuevo monarca habían sido un poco audaces, es verdad, pero no se había pronunciado ni una vez la palabra democracia, que era como mentar a la bicha para ellos. Así que no había nada que temer. Y siempre, además, estaba el recurso a atar en corto las pretensiones del Borbón si de repente decidiera salirse del guión preconcebido por el propio Franco y sus incondicionales. Si eso ocurría, ya se encargarían todos ellos de meter en cintura al que muchos llamaban «el niño» y dejarle claro que no iban a permitirlo.

Esa misma mañana, al término de la sesión de las Cortes, estaba programado un responso ante el cuerpo sin vida del anterior jefe del Estado en el Palacio Real, que los hombres del régimen siempre prefirieron llamar de Oriente. Los reyes se desplazaron hasta allí en uno de los Rolls Royce de Patrimonio Nacional por las calles de Madrid controladas por las fuerzas de seguridad en las que algunas personas que se atrevieron a salir lanzaron tímidos vivas al rey y a la reina.

Una vez llegados al interior del palacio, se reunieron con la familia Franco y otras autoridades para estar presentes en el oficio en memoria del desaparecido jefe del Estado. Hábilmente, la reina había previsto que tenía que evitar lo que hubiera sido un escándalo: aparecer en la capilla ardiente de Franco con el traje de ceremonia color fucsia que había lucido en las Cortes. Por eso, cubrió su atuendo con un abrigo de color negro que ocultaba por completo el tono brillante de su vestido.

Después del responso, en el que se encontraron con la apenada familia Franco, don Juan Carlos le repitió a doña Carmen que se tomara su tiempo para recoger todas sus pertenencias antes de abandonar el Palacio de El Pardo. No había prisa por dejar el lugar de residencia durante más de treinta años de los Franco, que habían llegado a comportarse como los miembros de una dinastía, pero se descartaba de raíz la posibilidad de que su viuda siguiera viviendo allí ni que se cediera su uso a la familia del general para instalar un

museo o fundación que sirviera de recordatorio a todo el mundo de la figura del Caudillo.

La decisión de enterrar a Franco en el Valle de los Caídos

El porqué se decidió enterrar a Franco en la basílica del Valle de los Caídos y de quién fue esa decisión se ha convertido con los años en objeto de una fuerte controversia. La orden, según el documento oficial que se conserva dirigido al abad mitrado del Valle de los Caídos, Luis María de Lojendio, está firmada por el rey Juan Carlos a las cuatro de la tarde del mismo día de su jura. En el escrito, encabezado por el escudo de armas del nuevo monarca, el rey decide que los restos mortales se le entreguen al prior de la basílica.

«Y así encarezco los recibáis y los coloquéis en el Sepulcro destinado al efecto, sito en el Presbiterio entre el Altar Mayor y el Coro de la Basílica, encomendando al Excmo. Señor Ministro de Justicia, Notario Mayor del Reino, don José María Sánchez Ventura y Pascual, que levante el Acta correspondiente a tan Solemne Ceremonia».

Pero es difícil aceptar que la decisión pudo ser suya, puesto que ese es un asunto que normalmente se dirime en el ámbito familiar. Más bien, la decisión fue tomada por otra u otras personas allegadas a Franco, y el rey se limitó a cumplir con su obligación oficial de ponerlo por escrito en un decreto firmado por él.

Los miembros de la familia Franco, casi cuarenta años más tarde, niegan terminantemente que fueran ellos los que decidieran que el cuerpo del general fuera enterrado en el presbiterio de la basílica, justo en la parte de atrás del altar mayor. Ni siquiera admiten que fuera el propio Franco el que quiso que su última morada fuera el monumento alzado por voluntad suya en memoria y homenaje a los caídos en la Guerra Civil, en defensa de la religión católica y de la civilización cristiana.

Hay un solo testimonio de uno de los arquitectos del valle, Diego Méndez, que aseguró que Franco le señaló con el dedo índice de su mano el lugar donde quería ser enterrado. «Yo, aquí», manifestó, al parecer, al arquitecto.

Pero la hija y los nietos de Franco no admiten esa tesis, porque, aun en el caso de que sea cierta, no les parece válida, y siguen en sus trece de que de ellos no salió la idea ni la decisión de enterrarle en la basílica de Cuelgamuros.

El actual abad de la basílica, fray Anselmo, accedió a mantener una conversación con la autora en el verano de 2011 acerca de la polémica, justo en el momento en que estaba siendo planteada la posibilidad de trasladar los restos mortales de Franco desde su actual ubicación hasta el lugar que su familia designara.

El prior de los benedictinos, que respiraba por la herida de que la basílica solo estuviera abierta al culto por decisión de los socialistas y no pudiera ser un lugar de visita de los miles de viajeros y turistas como había sido durante todos los años anteriores, corroboró la versión de la familia Franco.

«No había ninguna clase de tumba preparada en la parte de atrás del altar mayor de la basílica. Hubo que excavarla de prisa y corriendo en los dos o tres días después de la muerte de Franco. Desde que me ordené como monje benedictino, he estado siempre aquí, en la abadía del valle, y sé con seguridad que nunca se habló de que Franco iba a ser enterrado allí a su muerte.

»Según lo que yo sé, el presidente Arias Navarro preguntó después de la muerte de Franco a su familia si había dejado una disposición especial sobre dónde quería ser enterrado y ellos contestaron que no, que no había dispuesto nada», prosiguió fray Anselmo. Pero el religioso dejó caer a continuación una frase que apunta en la misma dirección que los que responsabilizan de la decisión al rey Juan Carlos. «Pero esos días, los que decidían todo eran los integrantes del Consejo del Reino y daban cuenta de todo al príncipe Juan Carlos...».

Fray Anselmo estaba francamente disgustado con el gobierno socialista de Rodríguez Zapatero por cómo había dejado en manos de una comisión de expertos, de los que dudaba sobre su neutralidad e independencia de criterio, el futuro del monumento alzado por orden del propio Franco.

«Este es un lugar de culto y está sometido a las leyes internacionales sobre los lugares de culto. Y el gobierno sabe que cualquier cambio en este lugar debe ser consensuado».

El religioso rechazó también durante la conversación con la autora el que existiera una utilización política del lugar por los falangistas y los franquistas. Los funerales en memoria de José Antonio y de Franco cada 20 de noviembre y las ceremonias de exaltación del Movimiento Nacional que se hacían en la explanada de la basílica eran para el actual abad del valle más «historietas» que historias verdaderas.

El funeral de Franco y el entierro en el Valle de los Caídos

A las siete y media de la mañana del día 23 de noviembre se cerró la capilla ardiente, aunque todavía quedaba público que permanecía en la cola para desfilarse ante el cuerpo de Franco. Entre trescientas mil y quinientas mil personas se calcula que habían pasado por el Salón de Columnas del Palacio Real para rendir tributo al fallecido jefe del Estado.

Después, el féretro fue llevado a hombros hasta la Puerta del Príncipe del palacio, donde se celebró un solemne funeral al aire libre al que asistieron decenas de miles de personas. En el lado de la Epístola, a la derecha, la Señora, de luto riguroso con velo por delante de la cara, igual que su hija Carmen. A la izquierda, los ya reyes Juan Carlos y Sofía en el lado del Evangelio.

La familia de Franco al completo asistió, como es natural, a la ceremonia religiosa, tras la cual se enfiló el cortejo fúnebre hacia la carretera de La Coruña, con destino a Cuelgamuros.

Uno de sus nietos, José Cristóbal, que cambió poco después su carrera de Arquitectura por la militar para seguir los pasos de su abuelo, nos dejó su testimonio de cómo vivieron aquella jornada de funeral y entierro.

«A lo largo de la interminable ceremonia del funeral, yo mantenía una conversación, imaginada o recreada, como se quiera llamarla, con mi abuelo. Él era lo que más admiraba, y desde entonces nadie ha suplantado al abuelo en el pedestal en el que yo le había puesto. En mi conversación le contaba las divergencias y discusiones en el seno de la familia. Entre otras estaba la de salir de España o quedarse».

A eso de las dos de la tarde, llegaron a la explanada de la basílica los restos mortales del general a hombros de sus familiares varones. Doña Carmen y su hija prefirieron orar por el fallecido en la capilla de El Pardo. Tampoco asistió la reina Sofía, pero sí todos los nietos del Caudillo.

El cuerpo de Franco recibió sepultura poco después de que el abad de la basílica del valle rezara un último responso ante su féretro en la tumba situada en la parte posterior del altar mayor, al pie de un Cristo tallado en madera por el artista vasco Julio de Beobide. Bajo la cúpula sobre la que se apoya la cruz de 150 metros, construida por deseo del Caudillo para que fuera

vista desde una distancia de varios kilómetros, en cuyo primer basamento están las esculturas de los cuatro evangelistas, Juan, Marcos, Lucas y Mateo, hechas por el escultor Juan de Ávalos.

Una losa de granito con el nombre de Francisco Franco cubrió la fosa donde se depositó el féretro.

Lo que no deja de ser una gran paradoja es que Franco fuera enterrado tan cerca del fundador de la Falange, José Antonio Primo de Rivera, con el cual mantuvo una relación conflictiva desde el primer momento que se conocieron personalmente en 1931, en la boda de Ramón Serrano Súñer y Zita Polo. El cuñado de Franco intentó de forma perseverante el acercamiento entre el militar y el líder político de derechas, a quienes puso en contacto en varias ocasiones. Pero fracasó en todos los intentos, uno de ellos celebrado en casa del padre y hermanos de Serrano antes de las elecciones, que terminó como el rosario de la aurora. Primo de Rivera quiso convencer a Franco de la necesidad de un golpe militar de precisión que atajara el peligro de una revolución comunista. La propuesta recibió una respuesta evasiva y cauta del general, que tenía claro que no quería ser cómplice de una conspiración de un joven jefe falangista a quien no respetaba y que contaba, según su opinión, con escaso apoyo popular.

Pero la brecha principal que se abrió entre Franco y Primo de Rivera fue a propósito de la repetición de las elecciones de 1936 en la provincia de Cuenca, a las que se presentaba aquel, en las listas de la derecha, y José Antonio, en las de Falange. El veto de Primo de Rivera a Franco, por considerarle poco adecuado, fue tajante, y Serrano Súñer, íntimo correligionario de José Antonio, tuvo que viajar a Canarias para convencer a su cuñado de que se retirara de la candidatura.

Franco aceptó no ir de candidato al darse cuenta de la hostilidad del líder falangista, pero fue un hecho que no olvidó ni perdonó.

También está probado por documentos históricos que Franco no actuó de forma clara en los intentos de liberación de José Antonio de la prisión de Alicante. Aunque aparentemente dio su visto bueno a los planes del cónsul alemán en la ciudad levantina, Von Knobloch, después puso trabas a la posibilidad de ofrecer un rescate dinerario para obtener la libertad del fundador de la Falange y a la intervención directa del diplomático germano, que tan buenos resultados había conseguido en la gestión para liberar a la familia de la mujer de su hermano Nicolás, los Pascual de Pobil.

No tuvo, sin embargo, Francisco Franco ningún escrúpulo a la hora de

presentarse a partir de 1937 como heredero político de José Antonio ante las masas falangistas. Ni al abortar los intentos de rebelión de los dirigentes de Falange al ver cómo el general se iba apoderando de la herencia ideológica de su líder ya desaparecido y la adaptaba a esa creación que se dio en llamar Movimiento Nacional.

Sin embargo, el destino es caprichoso. Allí, en el altar mayor de la basílica del Valle de los Caídos, se juntaron los restos mortales de ambos hombres que no solo no fueron amigos, sino que más bien llegaron a ser claramente adversarios. Uno de ellos, muerto el mismo día pero treinta y nueve años antes, en la parte delantera del altar mayor. El otro, el hombre que detentó el poder durante casi cuarenta años con mano dura y con espíritu de revancha, en el presbiterio o parte posterior. Acompañados ambos en ese inmenso y frío mausoleo por muchos de los que murieron por defender la legalidad del régimen constituido por la República española en la Guerra Civil —hermanos contra hermanos— provocada por el golpe de Estado franquista, cuyos familiares reclaman ahora sus cuerpos. Ironías de la vida.

Epílogo

La viuda de Franco, señora de Meirás, sus hijos, los marqueses de Villaverde y duques de Franco, y sus nietos empezaron a vivir esa vida de la que Nani les había hablado tan a menudo a los chicos cuando les advertía que los tiempos en que ellos eran los niños más mimados y bien tratados de España no iban a durar siempre. Pero lo que nunca sospecharon fue que iba a ser un trago tan amargo, en el que iban a comprobar cómo mucha gente les daba la espalda y emitía los juicios más severos y duros sobre su abuelo.

Afortunadamente para ellos, nadie les hostigó tanto como para verse obligados a abandonar el país, una hipótesis que barajaron en el último año de la vida del dictador, atemorizados de que pudiera desencadenarse una venganza por parte de los oprimidos y represaliados durante el régimen de Franco y que pudieran caer en la tentación de hacerles la vida imposible.

El rey, como ya se ha dicho en otras páginas de este libro, trató con guante de seda a la familia Franco Polo, a la que otorgó títulos nobiliarios, y nadie exigió su salida del país a pesar de haber sometido a los ciudadanos de España durante cuarenta años a un régimen en el que faltaba lo más importante: la capacidad para elegir libremente a sus gobernantes. Como la situación política no cambió de golpe y apenas variaron las cosas en los meses posteriores a la muerte del Caudillo, la viuda de Franco tan solo mudó de domicilio desde el Palacio de El Pardo a una casa señorial en la calle Hermanos Bécquer.

Doña Carmen conservó a sus amigas de siempre, que la siguieron visitando en su nuevo hogar, con las que podía explayarse a fondo y quejarse por el trato que recibía de muchos de los aduladores de antes. Sus apariciones en público, tan frecuentes en vida de su marido al ejercer plenamente de primera dama, se hicieron muy escasas. Siempre enlutada, con un rictus de amargura permanente por lo que ella consideraba la ingratitud de tantos y tantos españoles que pronto habían olvidado la obra de su marido y se dedicaban a borrar todas las huellas dejadas por ella tras cuatro décadas de poder absoluto.

Fue un aprendizaje duro para toda la familia. Tuvieron que ver las páginas de los periódicos de una prensa que empezaba a arrancarse la mordaza de la censura y a iniciar el camino de lo que es habitual en un país

libre; acostumbrarse a las manifestaciones de los ciudadanos que reclamaban cada día en la calle la restauración de la democracia y de la libertad para todos, después de cuarenta años de represión; contemplar cómo el edificio del régimen franquista empezaba a desplomarse hasta quedar completamente destruido en una oleada imparable que arrollaba a su paso todo lo que trató de afianzar el patriarca para hacer pervivir un régimen caduco y obsoleto.

Ante esa situación, las reacciones dentro de la familia Franco fueron variadas: algunos fueron incapaces de asumir el rechazo y optaron por seguir comportándose como cuando Franco vivía y seguir con sus prerrogativas. Otros, por llevar una vida de lo más discreta dentro del círculo de sus propias familias sin dar el más mínimo pie a escándalo. Y unos pocos por estar permanente en el candelero mediático, después de ponerse el mundo por montera y vivir sin prejuicios una vida muy alejada del rigor y puritanismo impuesto por Franco y doña Carmen.

Ella, la Señora de El Pardo, eligió replegarse como un caracol en su concha y adoptar un espíritu de resignación ante todo lo que pasaba a su alrededor, muy acorde con su beata visión de la religión cristiana que practicó a lo largo de su vida. Retirada en su refugio, en el que todos los días asistía a la celebración de la misa en la capilla de su casa, la antes todopoderosa Señora de El Pardo se apoyó en su familia, su hija Carmen y sus nietos, y no tuvo más remedio que soportar al marqués de Villaverde, su yerno, a quien despreciaba profundamente y al que se refería como «el señor con el que está casada mi hija».

El intento del marqués de entrar en política

Cristóbal Martínez-Bordiú siguió enredando en los círculos de la política, y trató, por todos los medios, de ser elegido miembro del Consejo Nacional, al quedar una vacante en el organismo a la que también aspiraba Adolfo Suárez, entonces ministro secretario general del Movimiento. El yernísimo, tan prepotente en sus formas de actuación, pretendió ganar ese puesto con una estrategia totalmente equivocada, ya que se presentó ante los que tenían que votarle nada menos que como heredero político de Franco y representante del clan de El Pardo. Mandó a los que tenían que votar un telegrama con un texto tan rimbombante como este: «En nombre del Caudillo Franco, te pido tu voto para mi candidatura. Espero que cumplas con tu deber en conciencia».

En el intento por hacerse con el sillón en el Consejo, el marqués y duque de Franco consorte utilizó toda clase de presiones, creyendo que podía seguir ejerciendo su influencia como cuando su suegro estaba vivo. Llamó al presidente del Gobierno, Carlos Arias, a la desesperada, a las tantas de la madrugada para pedirle que se retirara Adolfo Suárez y amenazarle con que su derrota si no se efectuaba su petición sería tan estrepitosa que su gobierno tendría que dimitir. La votación, finalmente, dio la victoria al que luego sería presidente del Gobierno, Adolfo Suárez, y hacedor en primera persona de la transición política de la dictadura a la democracia. El marqués se llevó un gran disgusto que le hizo dejar de lado sus aspiraciones de entrar en política como sucesor de su suegro.

Esa derrota no hizo que el yerno de Franco cejara en sus tejemanejes. Fue vendiendo en los círculos editoriales unas supuestas memorias de Francisco Franco, por las que pedía 500 millones de pesetas, pero que no terminaron de aparecer, no se sabe si porque no existían más que en la imaginación de Villaverde o porque su hija Carmen las tenía o tiene guardadas bajo siete llaves para impedir que se especule con el legado escrito de su padre. De alguna manera, al ver que la gente les dejaba de lado y que él ya no formaba parte de la élite del país, Cristóbal se convirtió en un paranoico que veía enemigos por todas partes que querían arrebatárles a él y a su familia todos los bienes conseguidos en vida de Franco. Un temor infundado, porque nunca se les ha exigido que devuelvan las propiedades,

adquiridas a veces de forma más que dudosa, algo que sucede casi siempre cuando cae en desgracia o desaparece un gobernante autoritario.

Es verdad que la muerte de Franco marcó el inicio de una serie de hechos que sacaron de quicio al marido de Carmen Franco. Además de su frustrada entrada en política, el marqués se llevó un enorme disgusto cuando su hijo Francis le anunció que no iba a ejercer la carrera de Medicina, que acababa de finalizar, alegando que su apellido le iba a condicionar de forma negativa en todos sus intentos de llegar a ser un buen médico. En palabras de José Cristóbal, el nieto de Franco que cambió de carrera para hacerse militar como su abuelo, «la postura de Francis llegaba a ser una constatación atroz del descrédito en el que había caído la familia a los nueve meses de haber muerto el abuelo».

Por otra parte, al enterarse el marqués de Villaverde de que el matrimonio de su hija Carmen hacía aguas y parecía irse irremediablemente a pique, fue presa de la desesperación, por haber sido uno de los inspiradores de la idea de ese enlace como forma de crear una nueva dinastía: la de los Borbón Franco. La ruptura de su hija mayor con el duque de Cádiz y su huida a Francia para vivir con el anticuario Jean Marie Rossi fue algo superior a la capacidad de encaje del marqués, que nunca perdonó a Carmen su forma de actuar.

La detención de Carmen Franco

Tres años después de la muerte de Franco, se produjo un hecho que conmocionó a la opinión pública española: Carmencita Franco, la hija única del Caudillo, fue detenida en Barajas con una valija que intentaba sacar a Suiza que contenía una colección de medallas de oro y brillantes con un valor estimado de 25.000 dólares. Las joyas fueron retenidas por la policía aduanera.

La explicación de la duquesa de Franco, grande de España, fue que las más de treinta medallas de oro y brillantes estaban destinadas «a adornar un reloj de oro que iba a encargarse para mi madre». Una justificación que no convenció a los expertos, que consideraban las medallas como objetos de gran valor histórico y artístico, además del intrínseco como alhajas. Un tribunal dedicado a juzgar los casos de contrabando y defraudación condenó a la duquesa a pagar una multa de 6.800.000 pesetas por exportación ilegal.

Lo curioso del caso es que, a día de hoy, sus hijos siguen tratando de minimizar la importancia de este delito, cuyo eco mediático atribuyen a la revancha que existía contra la familia Franco en esos momentos. Quizá sea esa una consecuencia de la falta de diferenciación entre los bienes pertenecientes al Patrimonio Nacional y los que eran personales de los Franco.

Prueba de esa confusión es la pertinacia en el uso del coto de caza del monte de El Pardo por parte de algunos de los nietos del dictador, como Francis y José Cristóbal, este último muy aficionado a recorrerlo en su moto especial para campo a través. Francis fue condenado como furtivo en varias ocasiones. Y no es de extrañar, porque, según cuenta su hermano José Cristóbal en su libro *Cara y cruz*, a su hermano le encantaba cazar sin permiso, ya que a la emoción de abatir la pieza se une la de despistar al guarda. Un aliciente más.

Por aquel tiempo, a Carmen Franco le dieron también bastantes dolores de cabeza las entrevistas realizadas a sus hijos que aparecían en los medios, algunas inventadas, es cierto, pero otras «exclusivas», que concedían a cambio de buenos pellizcos de dinero. Una práctica totalmente innecesaria, dada la posición económica de la familia del Caudillo, y éticamente reprobable, ya que se trataba de sacar provecho del interés de la opinión

pública por leer el testimonio directo de la familia Franco sobre los nuevos tiempos que se estaban viviendo. Fue algo que hicieron con frecuencia y, todo hay que decirlo, sin ningún tipo de escrúpulos.

Mery, la cuarta hija de los Villaverde, una chica con una fuerte personalidad rebelde e independiente, causó también ciertos problemas a sus padres con su boda con Jimmy Ginénez-Arnau, hijo de un diplomático y periodista independiente, que no terminó de acostumbrarse a una familia tan particular como la de los Franco. Después de divorciarse de Mery, aireó con su ácido e irónico estilo en un libro las interioridades de la familia de su mujer, en un ejercicio de acerada crítica que no dejó títere con cabeza, en el que los que peor parados salieron fueron su suegro, el marqués de Villaverde, auténtico villano de la historia según el yerno, y su cuñado Francis Franco. Eso sí, una de las que mejor quedó en las páginas del libro de Jimmy fue la Señora de El Pardo, a la que siempre describió como mujer de gran empaque y dignidad.

El incendio del Corona de Aragón

Durante muchos años, el incendio del Hotel Corona de Aragón de Zaragoza, la mañana del 12 de julio de 1979, en la que José Cristóbal Martínez-Bordiú iba a recibir su estrella de alférez en la Academia General Militar, estuvo considerado como un hecho fortuito. Pero casi treinta años más tarde, en febrero de 2009, el Tribunal Supremo admitió en una sentencia que fue intencionado y provocado por al menos tres personas, que usaron productos químicos para propagar rápidamente el fuego. Asimismo, el gobierno del Partido Popular de José María Aznar reconoció la condición de víctimas de terrorismo a los 83 fallecidos en el siniestro.

La familia Franco sostuvo desde el principio que el incendio fue un acto terrorista de ETA, que lo reivindicó al día siguiente por medio de una llamada telefónica. Lo cierto es que el establecimiento hotelero de cinco estrellas estaba lleno aquella mañana de familiares de los cadetes que iban a recibir sus despachos de oficiales. Los más conocidos huéspedes alojados en el Corona eran doña Carmen Polo, los marqueses de Villaverde y dos de sus hijos, Arancha y Jaime.

José Cristóbal, en su libro, mantiene con firmeza que «a mí, nada ni nadie me quitará la íntima y profunda convicción que el holocausto», como lo llama él, «fue un atentado en toda regla contra mi familia y los altos estamentos del Ejército». El nieto militar del Caudillo también afirmó en sus memorias que según el chófer de doña Carmen las llamas comenzaron simultáneamente justo debajo y encima de la habitación de su abuela.

Ninguno de los miembros de la familia Franco sufrió lesiones de importancia. La señora de Meirás tuvo que ser hospitalizada por una crisis nerviosa y todos ellos pasaron momentos de agobio por el avance de las llamas; el marqués de Villaverde tuvo que escapar en paños menores saltando por la ventana de su habitación, pero fueron rescatados con fortuna por los bomberos aragoneses, que actuaron con eficacia.

Para los Franco, aquello fue «milagroso». Así lo afirmaba doña Carmen cuando la sacaron de aquel infierno al repetir «ha sido un milagro que nada nos ha ocurrido a ninguno».

Los nietos más discretos ... y los más díscolos y escandalosos

Indudablemente, los que se llevan la palma en cuanto a discreción son Mariola Martínez-Bordiú, la segunda hija de los Villaverde, y Arancha, la más pequeña de las chicas, seguidas de Mery y José Cristóbal, que, aunque algo han dado que hablar en momentos concretos, prefirieron después alejarse de los focos mediáticos y adoptar una vida al margen de ellos.

María de la O, casada con Rafael Ardid, su novio de toda la vida e hijo de unos íntimos amigos de sus padres cuya familia había sido republicana durante la guerra, ha sido un modelo de discreción y elegancia en su comportamiento. Licenciada en Arquitectura, no ejerció nunca su carrera y es madre de tres hijos que ya la han hecho abuela. Tímida de carácter, en contraste con su hermana mayor, Mariola se enfrentó con firmeza a su padre para casarse con su novio, que a él le parecía poca cosa para ella.

Arancha, la penúltima de los nietos de Franco, no ha dado que hablar en absoluto al mundillo de los medios de comunicación rosa. Muy retraída y silenciosa, está casada actualmente con Claudio Quiroga, hijo de la ilustre familia gallega amiga muy próxima de su madre, la duquesa de Franco. Antes, tuvo un efímero matrimonio con su primo Alejo Martínez-Bordiú, para el que tuvo que insistir mucho a la hora de obtener el visto bueno de sus respectivas familias por su condición de primos carnales y que duró apenas un año.

Mery, la preferida de su abuelo, optó por eludir la exposición pública y huir al extranjero después del fiasco de su boda con Jimmy Giménez-Arnau. Su exmarido pugna continuamente contra ella en los medios de comunicación por considerarla responsable de que él no tenga relación alguna con Leticia, la hija de ambos.

José Cristóbal, quien se ganó la admiración total de su abuela al seguir la carrera militar como su abuelo, se dio cuenta pronto de que el Ejército no era lo que él había pensado y decidió dejarlo, con gran tristeza de su familia. Casado con la modelo y presentadora Jose Toledo, lleva una vida familiar discreta, alejada de los medios de comunicación y centrada en su trabajo y familia.

A la hora de hablar de los nietos más rebeldes y díscolos de doña

Carmen y su marido, la palma se la lleva sin duda la mayor, Carmen. Mimada desde la cuna por sus padres y sobre todo por su abuela, la primogénita de los Villaverde ha sido la que ha llevado una vida más alejada de los clichés impuestos por el puritanismo obligado durante la época franquista.

Carmen, de quien todos los que la conocen afirman que es una persona de trato agradable y encantador, rompió ataduras con las costumbres de su familia cuando abandonó a su marido y a sus hijos en España y se fue a vivir a París con el anticuario Rossi, que le doblaba la edad. Pasó por la experiencia terrible de la muerte de su hijo Fran en accidente de tráfico cuando ella vivía lejos de sus hijos. Pero se rehízo y tuvo una tercera hija, Cinthya, quien se quedó junto a su padre cuando Carmen se divorció de él y se enamoró de un arquitecto italiano, con el que mantuvo una relación de años sin llegar a casarse de nuevo. Pero con quien sí decidió volver a pasar por la experiencia del matrimonio por la Iglesia fue con José Campos, un cántabro más joven que ella y con el que, de momento, sigue unida.

Colabora con la revista *¡Hola!*, que publica de vez en cuando exclusivas de Carmen, sola o con su marido, en tierras exóticas, participa en programas de televisión y lleva una intensa vida social en la que hace gala de una falta total de prejuicios que contrasta vivamente con las normas estrictas que respiró de niña y jovencita en casa de sus abuelos.

El caso más triste y patético de los nietos de la Señora lo ha protagonizado el benjamín de la familia, Jaime, que hace un tiempo salió en los medios de comunicación al ser acusado por su pareja de entonces de ser un presunto maltratador. A raíz de ese episodio, trascendió también que el hijo menor de la duquesa de Franco tenía ciertos problemas con las drogas, concretamente con la cocaína, una adicción de la que ha tenido que rehabilitarse en un centro especializado en ese tipo de tratamientos. Sus hermanos declararon su total apoyo a Jaime y su disposición a ayudarlo a salir del laberinto de la droga, pero su principal protectora en toda esa difícil etapa ha sido su madre, Carmen Franco, que le ha dado siempre su amparo.

Y Francis, el más mimado por Franco, dejó España por un tiempo para irse a vivir a Chile, donde emprendió el camino de los negocios, de los que de vez en cuando nos llegan noticias conflictivas. Hace poco, escribió un libro sobre los aspectos más humanos de su abuelo en el que contó las experiencias que vivió junto al general durante su niñez y adolescencia. Participa de vez en cuando en programas de televisión en los que rechaza de plano su responsabilidad y la de su familia en cuestiones polémicas, como el origen

dudoso de la fortuna de los Franco, su cuantía y quién la tiene en la actualidad.

Es común a todos ellos una característica: ninguno de los nietos ha admitido, ni siquiera de forma somera, el carácter dictatorial del régimen de su abuelo. Ni una crítica al secuestro de la libertad y la democracia al que sometió al pueblo español.

La muerte de la Señora

La Señora sobrevivió a su marido trece años. Murió el 6 de febrero de 1988 en su domicilio de Hermanos Bécquer de Madrid a los ochenta y seis años. Desde que Franco falleció, ella desapareció de la vida pública y se convirtió en una sombra de sí misma que solo volvía a las páginas de los periódicos cada 20 de noviembre, cuando asistía al funeral que se oficiaba en la basílica del Valle de los Caídos y presidía el acto de exaltación de la figura de Francisco Franco.

Quienes la trataron en su última época afirman que la Señora aceptó resignada, no sin dosis elevadas de amargura, el dismantelamiento del régimen franquista y vio cómo, a pesar de lo que decía su Paco, nada está nunca atado y bien atado.

Sus restos descansan en el panteón familiar adquirido por ella en el cementerio de El Pardo, en el que le hubiera gustado estar al lado de los restos de su marido. Entre los elogios dedicados a Carmen Polo el día de su muerte de sus aún incondicionales, que antes lo fueron de su marido, uno de su controvertido cuñado Ramón Serrano Súñer, totalmente acertado: «Fue la mujer más absolutamente incondicional, más adicta a su marido».

Esa fue la gran verdad de la Señora de El Pardo.

Bibliografía

- Anson, Luis María, *Don Juan*, Plaza & Janés, 1994.
- Cobos Arévalo, Juan, *La vida privada de los Franco. Confesiones del monaguillo del Palacio de El Pardo*, Editorial Almuzara, 2009.
- Enríquez, Carmen y Oliva, Emilio, *Doña Sofía. La reina habla de su vida*, Aguilar, 2008.
- Fernández-Miranda, Pilar y Alfonso, *Lo que el rey me ha pedido*, Plaza & Janés, 1995.
- Fernández Santander, Carlos, *El general Franco. Un dictador en un tiempo de infamia*, Crítica, 2005.
- , *Francisco Franco y La Coruña*, Arenas Publicaciones, 2008.
- Figuro, Javier y Herrero, Luis, *La muerte de Franco jamás contada. Diez años después*, colección Espejo de España, Planeta, 1985.
- Franco, Pilar, *Nosotros, los Franco*, colección Espejo de España, Planeta, 1980.
- Franco Martínez-Bordiú, Francisco, *La naturaleza de Franco. Cuando mi abuelo era persona*, La Esfera de los Libros, 2011.
- Franco Salgado-Araujo, Francisco, *Mis conversaciones privadas con Franco*, colección Espejo de España, Planeta, 1976.
- Garriga, Ramón, *La Señora de El Pardo. España, a sus pies*, colección Espejo de España, Planeta, 1979.
- Gil, Vicente, *Cuarenta años junto a Franco*, colección Espejo de España, Planeta, 1981.
- Giménez-Arnau, Joaquín, *Yo, Jimmy. Mi vida entre los Franco*, colección Espejo de España, Planeta, 1981.
- Gracia, Vicente y Salgado, Enrique, *Las cartas de amor de Franco*, Ediciones Actuales, 1978.
- Jackson, Gabriel, *La República española y la Guerra Civil*, Crítica, 2008.
- Jaraiz Franco, Pilar, *Historia de una disidencia*, colección Espejo de España, Planeta, 1981.
- Martínez-Bordiú, Andrés, *Franco en familia*, colección Espejo de España, Planeta, 1994.

Martínez-Bordiú, José Cristóbal, *Cara y cruz. Memorias de un nieto de Franco*, colección Espejo de España, Planeta, 1983.

Palacios, Jesús y Payne, Stanley G., *Franco, mi padre*, La Esfera de los Libros, 2008.

Pardo, Jesús, *Las damas del franquismo*, Temas de Hoy, 2000.

Peñafiel, Jaime, *El general y su tropa. Mis recuerdos de la familia Franco*, Temas de Hoy, 1992.

Pozuelo Escudero, Vicente, *Los últimos 476 días de Franco*, colección Espejo de España, Planeta, 1980.

Preston, Paul, *Palomas de guerra. Cinco mujeres marcadas por el enfrentamiento bélico*, Editorial Plaza & Janés, 2001.

—, *Juan Carlos. El rey de un pueblo*, Plaza & Janés, 2003.

—, *Franco, Caudillo de España*, Ediciones de Bolsillo, 2006.

Roura, Assumpta, *El misterio de la mujer de El Pardo*, Martínez Roca, 2000.

Serrano Súñer, Ramón, *Memorias. Entre el silencio y la propaganda, la historia como fue*, colección Espejo de España, Planeta, 1977.

Soto Trillo, Eduardo, *Las mujeres de los dictadores. Diane Ducret y posfascio*, Aguilar, 2011.

Urbano, Pilar, *La reina*, Plaza & Janés, 1996.

—, *El precio del trono*, Planeta, 2011.

Vilallonga, José Luis de, *El rey. Conversaciones con don Juan Carlos I de España*, Plaza & Janés, 1993.

Viñas, Ángel, *La conspiración del general Franco*, Crítica, 2011.

This file was created

with BookDesigner program

bookdesigner@the-ebook.org

08/07/2013